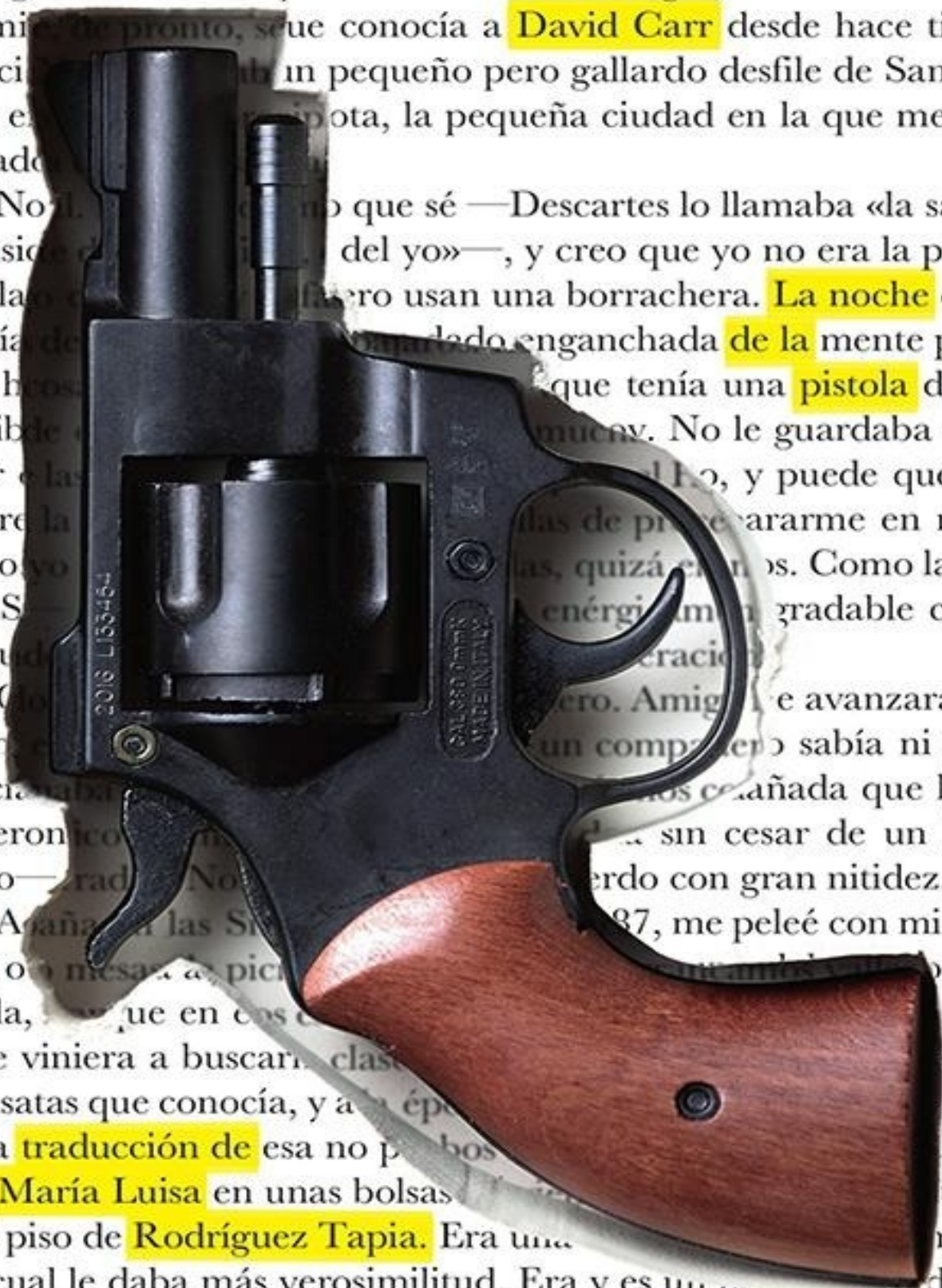


mi legado genético con cerveza verde y *whiskey* irlandés. Y cocaína. Montones y montones de cocaína. Teníamos vehículo, había amigos de la oficina y llamamos a otros colegas, entre ellos Tom, un amigo de pronto, seue conocía a **David Carr** desde hace tiempo. Decidimos ir a un pequeño pero gallardo desfile de San Patricio en la ciudad de Nueva York, la pequeña ciudad en la que me había criado.

No sé lo que sé —Descartes lo llamaba «la sagrada música del yo»—, y creo que yo no era la persona de las borracheras. La noche en que me quedé enganchada de la mente porque tenía una pistola de gran calibre. No le guardaba rencor por el hecho, y puede que yo lo mereciera en algún caso. Como la pistola, un lugar agradable casa de alguien.



En 1987, me peleé con mi novia. En ocho meses de picardías por agredirla, aunque en esos días era un amigo que viniera a buscarme clases de sensatas que conocía, y a la época estaba en una traducción de esa no pocas cosas de María Luisa en unas bolsas trasera del piso de Rodríguez Tapia. Era una misado, lo cual le daba más verosimilitud. Era y es un maldonado, al que nunca se le agotaba la paciencia conmigo. Mientras yo



Cuando rondaba la treintena, David Carr era adicto a las drogas. Y manipulaba a quien hiciera falta con tal de conseguir otra dosis. Y bebía sin medida. Y agotaba la paciencia de sus empleadores. Y vendía cocaína defectuosa. Y las terapias de desintoxicación no le surtían ningún efecto. Y golpeaba a su pareja. Y tuvo que dejar a sus hijas en una casa de acogida porque era incapaz de cuidarlas.

Antes de cumplir la cincuentena, David Carr había dejado atrás sus adicciones, ya no dependía de los servicios sociales, había recuperado la custodia de sus hijas, había superado un cáncer, se había casado nuevamente y mantenía una relación muy sana con su mujer, y había escalado posiciones en el periodismo hasta convertirse en uno de los escritores más respetados de The New York Times.

Ambos retratos, pese a los veinte años transcurridos, pertenecen a la misma persona. En La noche de la pistola, David Carr investiga su propio pasado. Y lo hace valiéndose de las herramientas propias del periodismo: se sumerge en archivos policiales, desempolva expedientes médicos y, sobre todo, entrevista a sesenta personas que le quisieron y le sufrieron. David Carr se enfrenta a los episodios más oscuros de su vida para quitar el maquillaje que, conscientemente o no, todos vertimos sobre nuestras biografías.

Lectulandia

David Carr

La noche de la pistola

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2018

Título original: *The Night of the Gun*
David Carr, 2008
Traducción: María Luisa Rodríguez Tapia
Diseño de cubierta: Artur Galocha & Lino Escurís

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para las hadas mágicas
Jill, Meagan, Erin y Madeline

NOTA DEL AUTOR

Este libro se basa en sesenta entrevistas realizadas a lo largo de tres años, en su mayoría grabadas en vídeo o audio y después transcritas por otra persona. Los hechos representados son fundamentalmente producto de recuerdos y discusiones. Para reconstruir la historia personal se utilizaron como materiales cientos de expedientes médicos, documentos legales, diarios e informaciones publicadas. Se han hecho todos los esfuerzos posibles para corroborar los recuerdos con datos y, en los casos importantes en los que no ha sido posible, se advierte en el texto. Todo ello no quiere decir que cada palabra de este libro sea cierta —todas las historias humanas están sujetas a errores de omisión, de hecho o de interpretación independientemente de los buenos propósitos—, solo que es tan verdadero como me ha sido posible hacerlo.

Es harto común que nos fastidie el oído, o más bien la memoria, el machacón estribillo de una canción vulgar o algunos compases triviales de una ópera. El martirio no sería menor si la canción en sí misma fuera buena o el aria de ópera meritoria. Así es como, al fin, me descubría permanentemente pensando en mi seguridad y repitiendo en voz baja la frase «Estoy a salvo».

Un día, mientras vagabundeaba por las calles, me sorprendí en el momento de murmurar, casi en voz alta, las palabras acostumbradas. En un acceso de petulancia, les di esta nueva forma: «Estoy a salvo, estoy a salvo, si no soy lo bastante tonto para confesar abiertamente».

Edgar Allan Poe, *El demonio de la perversidad*^[1]

PRIMERA PARTE

1

UNA PISTOLA EN LA MANO

Tan seguro como un arma.

Don Quijote

La voz vino de lejos, como una señal distante de radio, llena de chisporroteo y misterio, con alguna palabra ocasional. Y entonces fue como si hubiera superado una colina y la señal fuera firme. La voz, de pronto, se oyó con claridad.

—Puedes levantarte de esta silla, ir a tratamiento y conservar tu trabajo. Hay una cama que te espera. Solo tienes que ir —dijo el director, un tipo amistoso, sentado detrás de su mesa—. O puedes negarte y ser despedido —amistoso, pero firme.

La interferencia volvió, pero ahora había captado mi atención. Ya conocía el tratamiento: había farfullado los eslóganes, había comido la gelatina y me había puesto las zapatillas de papel en dos ocasiones. Estaba terminando mi mes de prueba en una revista de negocios en Mineápolis; había comenzado con serias promesas de reformarme, de ir a trabajar como una persona normal, y casi lo consigo. Pero el día anterior, el 17 de marzo de 1987, era San Patricio. No tenía más remedio que rendir pleitesía a mi tabernaria herencia irlandesa. Dejé mi jornada laboral a medias para celebrar mi legado genético con cerveza verde y *whiskey* irlandés Jameson. Y cocaína. Montones y montones de cocaína. Teníamos vehículo, había amigos de la oficina y llamamos a otros colegas, entre ellos Tom, un cómico al que conocía. Decidimos asistir a un pequeño pero gallardo desfile de San Patricio en Hopkins, Minesota, la pequeña ciudad en la que me había criado.

Mi madre organizó el desfile por puro voluntarismo. Tocó un silbato y la gente acudió. No había carrozas, solo un puñado de falsos irlandeses borrachos con sus hijos, gritos y banderas ante los espectadores locales, que colocaron sus sillas plegables como si fueran a presenciar un desfile de verdad. Después de recorrer la calle principal, acompañados solo por aquellos pequeños ruidos metálicos, nos dirigimos todos a la sede de los Knights of Columbus. Los adultos se dedicaron a beber mientras los niños se juntaban en espera de algún espectáculo. Le dije a mi madre que Tom, el cómico, tenía algunos chistes apropiados para niños. De inmediato empezó a soltar gracias de colgado en todas direcciones y varios adultos que estaban próximos lo expulsaron del escenario. Recuerdo haberle pedido perdón a mi madre mientras nos íbamos, pero no exactamente qué ocurrió después.

Sé que consumimos montones de «más», que es como llamábamos a la coca, porque era la palabra más recurrente cuando nos drogábamos. Ya desde la primera toma de cada noche, decíamos: «¿Tienes algo más?», porque siempre había más: más

necesidad, más coca, más chutes.

Tras el desastre de los Knights of Columbus —que calificamos de triunfo al entrar en la camioneta—, fuimos al centro de la ciudad, a McCready's, un bar que de irlandés solo tenía el nombre, y que en realidad servía como sede oficial para nuestro grupo. Consumimos algo más de coca y varios vasos de *whiskey* irlandés. Seguíamos diciendo que era «solo una gota» en honor de la ocasión. Los chupitos se apilaban entre viajes a la trastienda para esnifar una raya de coca detrás de otra, y, cuando llegó la hora del cierre, nos trasladamos a una fiesta privada. Y luego llegó la temida vuelta a casa acompañados por el gorjeo de los pájaros.

Era lo habitual, el recorrido por los bares, vendiendo, gorroneando o regalando cocaína, bebiendo como un marinero y maldiciendo como un pirata. Y luego, no se sabía cómo, arrastrarme hasta mi puesto de reportero. Puede que para espabilar me hicieran falta una o dos rayas de las que había al fondo del cajón, pero allí estaba, ¿no?

* * *

El día en el que me despidieron —tardaría tiempo en volver a trabajar—, estaba dando las últimas boqueadas en una joven carrera para la que había demostrado auténticas aptitudes. Por más que me dedicara a la coca de noche, me encantaba pedir cuentas a policías y funcionarios durante el día. Emborracharme y hacer el tonto parecían parte de mi trabajo, al menos tal y como yo lo entendía. Los redactores jefes soportaban mis idiosincrasias —informar sobre las reuniones del Ayuntamiento vestido con una camisa de jugar a los bolos y gafas de cristal rojo— porque tenía buenas fuentes en aquella ciudad pequeña y escribía mucho. Yo pensaba que mi doble existencia me permitía tener lo mejor de ambos mundos y ninguna preocupación. Pero ahora daba la impresión de que la carrera desenfundada había llegado a su fin. Me senté con las manos en los brazos de un sillón que, de pronto, me parecía atravesado por fuertes corrientes.

No tenía tiempo para sentir pánico, pero el pánico me invadió de todos modos. «Mierda. Me han pillado».

El director me pidió amablemente una respuesta. ¿Tratamiento o inhabilitación profesional? Para un adicto, la elección entre la cordura y el caos, a veces, es un rompecabezas. Pero mi mente, de pronto, se llenó de una claridad épica.

—No estoy acabado todavía.

Las cosas se precipitaron a partir de ese momento. Tras una parada en mi mesa, bajé en ascensor y salí a una mañana luminosa y brutal. Por arte de magia, mi amigo Paul pasaba por la calle justo delante de mi edificio, con los estragos de la víspera aún visibles, un abrigo de cuero y gafas de sol. Ni siquiera había llegado a casa antes de que salieran los pájaros. Le dije que acababan de despedirme, cosa que era verdad, pero no toda la verdad. Paul, cantante folk de considerable talento y con muchas

canciones despiadadas sobre las consecuencias de trabajar para el Hombre, me comprendió a la primera. Tenía unas pastillas de procedencia dudosa —ni él ni yo sabíamos mucho de pastillas, quizá eran relajantes musculares— y me las tomé.

Recién y enérgicamente despedido, me inundó un repentino sentimiento de liberación. Había que celebrarlo. Llamé a Donald, mi fiel escudero. Amigo mío de la universidad, era alto, moreno y obediente, un compañero ideal en cuanto se tomaba un par de refrescos. Nos habíamos conocido en un *college* público de mierda, en Wisconsin, donde hicimos docenas de gamberradas. Nos lanzaron ladera abajo dentro de una tienda de campaña en las Smoky Mountains, encendimos una fogata con cuatro mesas de pícnic en Wolf River y arrancamos vallas y buzones durante nuestros escarceos por todo Wisconsin. Nuestra afición común a saltarnos las clases para ir a caminar, jugar al *frisbee* y consumir ácido en aquella época se había convertido en otro tipo de juergas después de que ambos nos mudáramos a Mineápolis.



Trabajamos en restaurantes, sirviendo y bebiendo alcohol, y nos gastábamos el dinero con la misma rapidez con la que lo ganábamos. «¡Haz unas llamadas!» se convirtió en nuestro grito de guerra para muchas noches de locuras sin fin. Compartíamos amigos, dinero y, una vez, a una mujer llamada Signe, una camarera lánguida y con mucho mundo que trabajaba en un bar de copas y a la que, una noche, le hicieron gracia los dos tipos que consumían ácido a la hora de cerrar en un local llamado Moby Dick's.

—Decidme cuando hayáis terminado, chicos —anunció con voz aburrida

mientras Donald y yo nos sonreíamos como idiotas a cada lado de ella. No nos importaba nada. Cuando no estaba emborrachándose, él era pintor y fotógrafo. Y yo, en un momento dado, cuando no estaba metiéndome todas las sustancias a las que podía echar mano, me hice periodista. Vaya dos. Ahora que me habían despedido, y con razón, no tenía la menor duda de que Donald sabría qué decir.

—Que se jodan —exclamó cuando nos encontramos en McCready's para brindar por mi primer día en mi nuevo mundo de oportunidades. Yo me sentía raro por las pastillas, pero lo arreglé esnifando una raya de coca. Bien pertrechados, fuimos al Cabooze, un bar de *blues* de Mineápolis. Los detalles son confusos, pero hubo algún tipo de pelea y nos pidieron que nos marcháramos. Donald se quejó de que yo siempre hacía que nos expulsaran, y mi reacción incluyó arrojarle encima del capó de su viejo Ford LTD del 75. Viendo por dónde iban los tiros, decidió irse y me dejó allí, de pie, con treinta y cuatro centavos en el bolsillo. Ese detalle sí lo recuerdo.

Estaba furioso. No por haberme quedado sin trabajo: eso ya lo lamentarían. No porque nos hubieran echado: eso era lo habitual. Lo estaba porque mi mejor amigo me había abandonado. Estaba indignado, y alguien pagaría el pato. Recorrí a pie los escasos kilómetros que me separaban de McCready's para repostar y llamé a Donald a su casa.

—Voy para allá —al oír mi tono ligeramente amenazador, me aconsejó que no lo hiciera y me dijo que tenía una pistola—. ¿Ah, sí? Pues ahora sí que voy.

Su hermana Ann Marie y él vivían en una agradable casa de alquiler en Nicollet Avenue, en un barrio difícil del sur de Mineápolis, no muy lejos de donde vivía yo. No recuerdo cómo llegué hasta allí, pero subí corriendo hasta su puerta —una puerta gruesa de madera y cristal— y, al ver que no respondía nadie, intenté abrirme paso a patadas. Mi rodilla derecha empezó a ceder antes de que lograra algún resultado. Ann Marie respondió por fin al jaleo, salió a la puerta y me preguntó qué tenía pensado hacer si me dejaba entrar.

—Solo quiero hablar con él.

Donald salió a la puerta, fiel a su palabra, con una pistola en la mano. Con verdadero pesar en su rostro, me dijo que iba a llamar a la policía. Yo había estado en su casa docenas de veces y sabía que el teléfono estaba en el dormitorio. Di la vuelta a la casa, cojeando, rompí la ventana de un puñetazo, agarré el teléfono y lo levanté con mi brazo ensangrentado.

—¡Vale, llámalos, hijo de puta! ¡Llámalos! ¡Llama a los malditos polis!

Me sentía como el cabrón de Jack Nicholson. Impresionado por un instante, Donald se recuperó lo suficiente para arrebatarme el teléfono y hacer la llamada.

Cuando volvimos a vernos a través del cristal de la puerta delantera, seguía teniendo la pistola, pero hablaba con tono amistoso.

—Deberías irte. Están viniendo.

Miré por Nicollet hacia Lake Street y vi un coche patrulla que se acercaba a toda velocidad, con las luces encendidas pero sin sirena.

Ya no cojeaba. Me encontraba a ocho manzanas de mi apartamento, todas en cuesta. Bajé las escaleras de la entrada, rodeé la casa y me marché por los callejones traseros. Había varios coches patrulla cruzados. «¿Qué demonios les ha contado Donald?», pensé mientras corría. Me escondí detrás de un cubo de basura para evitar a una patrulla que acababa de doblar la esquina, desgarrándome el vaquero y la piel en la otra rodilla. Tuve que alcanzar unos arbustos y quedarme muy quieto mientras los polis registraban la zona con sus linternas. Pero logré llegar hasta la entrada posterior de mi piso en un cuádruplex en Garfield Avenue. Estaba sangrando, cubierto de sudor y, de pronto, muerto de hambre. Decidí recalentar unas costillas que me habían sobrado. Puse el horno fuerte y con la puerta abierta para olerlas mientras se calentaban. Y luego caí inconsciente en el sofá.

* * *

Todas las resacas comienzan con un inventario. A la mañana siguiente, la mía empezó por mi boca. Había pasado toda la noche cociéndome y mi boca estaba tan seca como un hueso de pollo de hace dos años. Mi cabeza era una pequeña prisión, llena de gritos de alarma y dolor, y cada movimiento parecía agitar trozos de cristal roto dentro de mi cráneo. Inspeccioné mi brazo derecho, que estaba cubierto de sangre, y vi que aún tenía dentro trozos de cristal. Y esto no es ninguna metáfora. Me dolían las piernas, pero cada una de una forma muy distinta.

Tres cuartas partes de mi cuerpo se encontraban bastante destrozadas; «vaya noche debí de pasarme», pensé con aire ausente. Entonces recordé que me había abalanzado sobre mi mejor amigo a la salida de un bar. Y, ahora que lo pensaba, eso fue antes de que intentara derribar su puerta a patadas y rompiera una ventana en su casa. Y recordé, por un instante, la mirada de horror y de miedo en el rostro de su hermana, una mujer a la que adoraba. Había sido tan gilipollas que mi mejor amigo me había tenido que apuntar con una pistola para que me fuera. Y entonces recordé que me había quedado sin trabajo.

Fue una cascada de remordimientos, a plena luz del día, de esas que conocen bien todos los adictos. De esas en las que crees que ya nada puede empeorar, pero empeora. Cuando se toca fondo, la fría realidad siempre es una sorpresa. Durante quince años, había hecho un recorrido aparentemente natural de fumar porros a ser un follonero, de pendenciero a desagradable matón. A mis treintaiún años, estaba quemado en mi profesión y corrupto moral y físicamente, pero todavía me quedaba casi un año en aquella espiral. Esa vida, la Vida, aún no había terminado para mí.

* * *

En el panteón de los peores días de mi vida está el día en el que me despidieron,

pero no recuerdo con exactitud cómo de malo fue. Se supone que debería guardar un recuerdo muy vivo. Pero eso pasó hace veinte años.

Aunque tuviera una memoria prodigiosa, que no la tengo, los recuerdos, muchas veces, se alteran. En parte es una cuestión reflexiva, el intento de enterrar unas verdades que no pueden digerirse. Pero otros recuerdos no son más que mitos de redención venidos a menos. Un relato personal no consiste sencillamente en abrir una vena y dejar que fluya la sangre hacia cualquiera dispuesto a mirar. El yo histórico se crea para mantener a raya las disonancias y hacer que la historia sea aceptable en el presente.

Pero mi pasado no tiene conexión con mi presente. Estaba *aquel tipo*, una máquina de hilaridad que cayó en desgracia, y está *este tipo*, el que tiene una familia, una casa y un buen trabajo como reportero y columnista en *The New York Times*. Para relacionarlos no basta con escribir. Una primera versión de mi historia puede sugerir que di un pequeño rodeo por el consumo de narcóticos, que atravesé un periodo aberrante de comprar, vender, esnifar, fumar e inyectarme cocaína. Y que, cuando conseguí superarlo, todo fue bien.

El meme de la degradación seguida de la salvación es un recurso tradicional en literatura, pero ¿transmite la complejidad de lo que realmente sucedió? A todo el mundo le contamos lo que necesita saber, incluyendo a uno mismo. En *Notas del subsuelo*, Fiódor Dostoievski explica que el recuerdo —incluso la memoria— es fungible y que, a menudo, deja fuera verdades atroces. Escribe: «El hombre está obligado a mentir sobre sí mismo».

No soy un mentiroso entusiasta ni experto. Aun así, ¿puedo contarles una historia verdadera sobre el peor día de mi vida? No. Para empezar, no fue el peor día de mi vida, ni mucho menos. Y quienes estaban allí juran que las cosas no pasaron como las recuerdo, ni ese día ni muchos otros. Y, si no puedo contar una historia verdadera sobre uno de los peores días de mi vida, ¿qué voy a hacer con los demás días, esta vida, esta historia?

* * *

Casi veinte años después, en el verano de 2006, me senté en una casucha de dos habitaciones en Newport, una ciudad a las afueras de las Ciudades Gemelas^[2], cerca de los corrales en los que vivía entonces Donald, que trabajaba en un vivero. Seguía siendo atractivo y un compañero magnífico. Llevábamos años sin vernos, pero lo que nos unía —un vínculo indestructible, creado en una gloriosa temeridad— seguía presente.

Le conté la historia de la noche de la pistola. Me escuchó con atención, paciente, mientras daba un trago ocasional a una botella de *whiskey* y se reía de los detalles cómicos. Dijo que era todo cierto, salvo lo relativo a la pistola.

—Nunca he tenido un arma —dijo—. Quizá eras tú quien la tenía.

Este es un relato sobre quién tenía la pistola.

2

POSESIÓN

A estas alturas, ¿quién podía saber dónde estaba cada cosa? Las llaves estaban en manos de mentirosos.

Norman Mailer, *Los ejércitos de la noche*

Yo no soy un tipo al que le gusten las armas. Eso es inamovible. Y eso incluye comprar, llevar y, sobre todo, disparar un arma. A mí me han apuntado unas cuantas veces, mientras me estremecía y pedía a la persona en cuestión que se calmara, joder. ¿Que yo había ido a casa de mi mejor amigo con una pistola metida en el pantalón? Ni hablar. No encajaba en mi historia, la del chico blanco que había decidido visitar las aficiones menos recomendables de la vida, sin que nadie le guiara, antes de convertirse en un ciudadano honesto. Ser uno de esos que blandían una pistola me convertía en un criminal o, peor aún, en un chiflado.

Pero ahí estaba la frase: «Quizá eras *tú* quien la tenía».

No estábamos discutiendo, solo tratábamos de recordar. Había ido a casa de Donald con una cámara de vídeo y una grabadora en busca del pasado. Los delitos habían prescrito, los cargos estaban suspendidos, no había ninguna amistad en juego.

Donald no es propenso a las mentiras. Tiene sus defectos: ha desperdiciado un rostro fantástico, y también su abundante talento por el *whiskey* y otras cosas peores. Pero es un tipo sincero, y solo le he visto inventarse cosas cuando la ley estaba por medio. No obstante, yo sé lo que sé —Descartes lo llamaba «la sagrada música del yo»—, y creo que yo no era una persona de las que tienen o usan una pistola. La noche de la pistola se me había quedado grabada en la mente porque daba a entender que yo era un peligro de tal calibre que mi mejor amigo no solo había tenido que llamar a la policía, sino que había tenido que blandir una pistola ante mis narices.

No le guardaba rencor por ello; Donald no era violento, en absoluto, y puede que yo lo mereciese. No creo que hubiera llegado a dispararme en ningún caso. Pero, ahora, ese recuerdo estaba entre los dos. Como la pistola.

Los recuerdos son así. Viven entre las sinapsis y entre las personas que los albergan. Los recuerdos, incluso los más épicos, son perecederos desde el mismo momento de su formación, incluso en personas que no se empapan el cerebro de sustancias que afectan el estado de ánimo. En el disco duro de una persona hay un espacio limitado, y los viejos recuerdos tienden a ser sustituidos por otros posteriores. Existe incluso una fórmula que expresa el fenómeno:

$$R = e - \frac{t}{s}$$

En la curva de Ebbinghaus, o del olvido, R es la retención memorística, s es la intensidad del recuerdo y t es el tiempo. Un recuerdo puede adquirir cada vez más fuerza mediante la repetición, pero es el recuerdo que evocamos al hablar, no el hecho. Y las historias se templan cuando se relatan, se editan cada vez que se recuerdan, hasta que se convierten en poco más que quimeras. La gente recuerda más a menudo lo que puede soportar que lo que fue en realidad. Yo aborrezco las armas y, con ciertas excepciones, a las personas que las usan, así que no fui una persona capaz de empuñar una pistola. Quizá durante la transformación de *aquel tipo* a *este tipo*, hay una muda de viejos yos que exige una especie de alzhéimer voluntario.

En este caso, no parecía posible conocer la verdad. En el mejor de los casos, habría una anotación perdida desde hacía tiempo en el registro nocturno de una comisaría sobre un loco en la esquina de la calle 31 y Nicollet. En la cuestión de la pistola, tanto Donald como yo somos testigos poco fiables, dados los años que han pasado y nuestros historiales químicos. Pero también estaba allí Ann Marie. En mi intento de aclarar la disputa, la llamé. Me dijo que recordaba mi llegada en un estado de total agitación, pero no sabía nada de una pistola. Pero luego añadió: «La verdad es que no me quedé para verlo». Tal vez su hermano o yo tuvimos la decencia de no blandir una pistola en su presencia. No tenía sentido que el arma hubiera cambiado de manos. Es cierto que, en aquella época, vivía inmerso en el mundo de las drogas, comprando y vendiendo cocaína, pero las armas no formaban parte de mi rincón de ese mundo.

Chiflado o no, el peso de una pistola de gran calibre en la mano no es algo que se olvide así como así. He sostenido algunas durante mi labor como reportero, y siempre me ha asombrado lo pesadas que son y el miedo que dan. Cuando me puse a pensar en ello, comprendí que habría tenido que ir a su casa con el arma metida en el pantalón. No es que esté obsesionado con mis partes íntimas, pero tampoco veo la necesidad de apuntarlas con una pistola.

Donald fue la primera persona a la que fui a ver cuando decidí contrastar mis recuerdos con los de otros, una búsqueda que, a veces, se convirtió en una especie de danza de los espíritus en clave periodística, un intento de conjurar los fantasmas del pasado, incluido el mío. Donald fue la primera etapa de mi recorrido porque era y es una persona increíblemente querida para mí. Y, para ser sincero, pensé que la adicción, la misma que casi me cuesta la vida, iba a acabar con él, y entonces perdería mi oportunidad. Cuando hablamos se encontraba muy lúcido y divertido, pero la botella se iba imponiendo, jaleada por una adicción a la metadona que, como un elástico, siempre le devolvía al mismo y terrible lugar. (A veces, la adicción parece casi una posesión, unas garras diabólicas de la muerte que requieren una intervención

sobrenatural. Verse absuelto de una obsesión química terminal tiende a poner de rodillas a cualquier hombre, por incrédulo que sea).

Otros misterios se irían amontonando conforme avanzara, pero nunca perdería de vista la noche de la pistola. Quizá Donald no sabía ni lo que decía. Quizá su memoria estaba todavía más dañada que la mía. Fueron días muy ajetreados —yo corría sin cesar de un lado a otro—, pero hay varias cosas que recuerdo con gran nitidez.

Aquel mismo año, hacia finales de 1987, me peleé con mi novia. En otra pelea anterior yo había acabado en un calabozo por agredirla, así que en aquella segunda ocasión tuve la astucia de pedir a mi amigo Chris que viniera a buscarme. Chris era una de las personas más sensatas que conocía, y acostumbraba a llamarle cada vez que me metía en un lío. Esa noche le pedí que viniera a por mí, metí mis cosas en unas bolsas de basura y salí por la parte trasera de mi piso. Era una de esas escenas que se ven en *Cops*; incluso iba descamisado, lo cual le daba más verosimilitud. Chris era y es un hombre bondadoso, al que nunca se le agotaba la paciencia conmigo. Mientras yo jadeaba en la cabina de su camioneta, me aseguró que todo saldría bien, pese a que los dos sabíamos que no era cierto.

En el verano de 2007, un año después de que hablara de la pistola con Donald, fui a Nueva Orleans para ver a Chris. Él trabaja hoy como profesor de escritura creativa en la Universidad de Loyola y es padrino de una de mis hijas. Sentados en su jardín, nos pusimos al día en cuestiones familiares y luego le pregunté por aquella noche.

—Recuerdo que fui a buscarte —contestó—. Tenía una camioneta GMC. Tú pusiste las bolsas de basura en la parte de atrás, y nos fuimos.

Y dijo algo más:

—Después de que te fueras, volví a tu casa. Me enviaste a buscar una pistola que te habías dejado allí...

Ups.

—Te preocupaba que los polis registraran el piso, así que me pediste que volviera a buscar varias cosas que tenías escondidas. Creo que tenías un .38 Special —dijo en tono tranquilo—. No sé de dónde la sacaste. Era hacia el final, y estabas empezando a hacer cosas verdaderamente...

No terminó la frase, pero no hacía falta.

—Sí, sí, tenías una pistola, no sé desde cuándo —dijo—. En el armario, encima de un estante o algo así. Y encima de la nevera tenías los bártulos para drogarte, y me pediste que fuera para limpiar todo lo que pudiera incriminarte...

Si Chris era capaz de asegurar que la pistola estaba guardada dentro del armario, en el piso que tenía cerca de la casa de Donald, seguramente las cosas habían sucedido como las recordaba él. Empezaron a sonar unas señales lejanas y alarmantes en mi cabeza. Ah, sí, mi pistola. Puede ser.

Pero, si estaba equivocado sobre la pistola, ¿sobre qué otras cosas estaba equivocado?

¿A QUIÉN VAS A CREER, A MÍ O A TUS OJOS MENTIROSOS?

La cuestión moral de si uno está mintiendo o no, no se arregla estableciendo la veracidad o falsedad de lo que dice. Para resolverla, debemos saber si la intención es engañar.

Sissela Bok, *Moral Choices In Public And Private Life*

A primera vista, yo estoy tan poco cualificado para hacer el inventario de mi propia historia como el drogadicto de rastas pestilentes que pide dinero en el metro mientras canta *Stand by me*. Si se le pregunta cómo ha acabado sacando los cuartos a la gente con canciones desafinadas, quizá tenga una respuesta, pero nunca contará la historia completa. No la conoce y probablemente no soportaría conocerla.

Ser drogadicto es ser una especie de acróbata cognitivo. Difundes versiones de ti, y das a cada persona la verdad que necesita oír —la que necesitas tú, en realidad— para mantenerlos a cierta distancia. ¿Cómo conciliar, pues, ese montaje de engaños con la auténtica historia?

La adicción, que Oliver Sacks define como «una forma de catatonia autoinducida, una acción repetitiva y rayana en la histeria», es un poco obsesiva. Y, si el mecanismo está impedido, ¿qué ocurre con la voluntad de ser veraz? Digamos que no tengo buena memoria, después de haberme frito el cerebro temerariamente con puñados de especias farmacéuticas. En general muestro bastante inteligencia, pero si en aquella época, después de veinticuatro horas de castigo, me preguntaban simplemente: «¿Qué te ha pasado?», lo normal era que me quedara sin habla.

Enseguida aprendí que, así como seguramente no pasaba nada por mentir a mis padres, en el mundo exterior la cosa no estaba tan clara. Mentir a la policía es una estupidez, una lección que se me quedó grabada a muy tierna edad. Años después, cuando un policía me hacía una pregunta directa sobre algo que podía incriminarme, siempre decía lo mismo: «No puedo ayudarle con eso, agente».

No obstante, quitando tal vez un sociópata completamente diagnosticado, es posible que no exista un narrador menos fiable que un drogadicto. Está rehabilitado o no, es alguien que ha utilizado su lengua y sus palabras durante mucho tiempo buscando una oportunidad más de colocarse. Aun así, merece la pena conocer mi versión de los acontecimientos, aunque solo sea porque estuve allí.

* * *

ESTO ES LO QUE ME MERECÍA: Hepatitis C, una condena en una prisión federal, VIH, un frío banco en un parque, una muerte prematura y confusa.

ESTO ES LO QUE ACABÉ TENIENDO: Una buena casa, un buen empleo, tres hijas encantadoras.

ESTO ES LO QUE RECUERDO DE CÓMO *AQUEL TIPO* SE CONVIRTIÓ EN *ESTE TIPO*: No mucho. Los yonquis normalmente no guardan las cosas en cajas, llevan las cajas sobre sus cabezas, de forma que no ven nada de lo que les rodea: el cielo, el futuro, la casa que está un poco más allá.

En la medida en que soy capaz de recordar, esto es lo que sé: nací en una familia de siete hijos —yo era el mediano—, en un escenario propio de una novela de John Cheever, en el límite entre Hopkins y Minnetonka, al oeste de Mineápolis. Era una vida idílica en un barrio residencial, en la que cualquier caos se ocultaba en las habitaciones traseras de espaciosos chalets. Yo siempre estaba metiéndome en líos, aunque tuviera que andar mucho para encontrarlos. Mi casa era un buen hogar, mis padres eran maravillosos. Nadie me dio nunca drogas y, si me las hubieran dado, las habría devorado y habría querido más. Yo bebía y me drogaba por el mismo motivo que un niño de cuatro años da vueltas sin parar hasta que se marea: porque me gusta sentirme de otra forma. Tres de mis hermanos son alérgicos al alcohol. Mi padre es un alcohólico rehabilitado y mi madre, aunque no era alcohólica, sabía beber en una fiesta. Era una mujer divertida.

Pasemos por alto el instituto. Es lo que hice yo, en general, cada día de esos cuatro años, mientras me dedicaba a fumar porros como si fueran Pall Malls. Iba a un centro solo para chicos, un lugar que detestaba y del que me escondía detrás de mis ojos rojos y un cabello largo que me caía sobre el rostro. Al día siguiente de acabar bachillerato, mi amigo Greg y yo fuimos en autoestop hasta la acampada *yippie* en Spokane, Washington, próxima a la Exposición Internacional de 1974. Me hice *hippie* justo cuando había perdido su relevancia cultural. La acampada era patética: Nixon estaba de salida, la guerra y el servicio obligatorio se habían terminado, y aquello eran sobre todo colgados que intercambiaban cupones de comida por hierba y comían las gachas que repartían los *krishnas* con sus sonrisas beatíficas. Al final, me subí a un autobús de la llamada Tribu Arcoíris, y en el trayecto me dieron peyote, una intensa experiencia de las posibilidades psicodélicas de la vida y un pertinaz caso de ladillas.

Volví y empecé a trabajar en una fábrica de gominolas, Powell's Candy, donde llevábamos cascos, protecciones para la barbilla y orejeras, y producíamos bandejas tras bandejas de azúcar enrollado. Mi capataz me llamaba Tirabuzones por mis largos

rizos, y solía dirigirse a mí puntuando sus palabras con el dedo índice contra mi esternón. Trabajé también en una planta de montaje de conductos hidráulicos, con un jefe que era un enano llamado George, cuyos iconos religiosos fundamentales eran los senos de Dolly Parton. Además, de vez en cuando, cavaba zanjas, trabajaba en un campo de golf y fregaba platos.

Como las cosas me iban tan bien, decidí que no era buen momento para ir a la universidad, pero mi padre no pensaba lo mismo. Me llevó a una sucursal de la Universidad de Wisconsin en River Falls, una pequeña ciudad agraria junto al límite de Minesota. Me dejó en medio del campus con mi puf y mi caja de porros y me dio un cheque de veinte dólares. Que me rechazaron.

Mi máximo triunfo llegó muy pronto: nada más empezar primer curso, gané el concurso de bebedores de cerveza, con cinco tercios en menos de veinte segundos. Mis nuevos amigos me dieron palmadas en la espalda mientras vomitaba. Permanecí allí dos años y me fui a vivir con una chica preciosa, Lizbeth, que pronto se hartó de mí. Trabajé en una residencia de ancianos local, donde descubrí que era el único varón en un turno de noche lleno de chicas del pueblo. Me pegué una gran vida hasta que, una noche en la que estaba lavando mi ropa en la caravana de una de ellas, apareció su exmarido, completamente borracho, y me apuntó con una pistola. Poco después de aquello me fui de la ciudad. (Nunca jamás hay que mezclarse con los lugareños).

Después de varios meses de viaje por el oeste, volví a Mineápolis y me matriculé en la Universidad de Minesota, un inmenso campus en el centro de la ciudad. Por las noches trabajaba en un restaurante llamado The Little Prince —éramos dos hombres heterosexuales en un equipo lleno de gays y mujeres, así que, una vez más, la suerte estaba de mi parte— y, de día, pasaba el tiempo en aparcamientos de la universidad con mis colegas, sobre todo lesbianas y fumadores de marihuana. Durante mis años de universidad tuve muchos amigos, muy poco dinero y lo que Pavlov llamaba «la ciega fuerza del subcórTEX». En cuanto sonaba la campana para colocarse, allí estaba yo.

Me mantenía a base de Pop-Tarts y Mountain Dew, además de otras sustancias menos nutritivas: LSD, peyote, hierba, hongos, mescalina, anfetaminas, cuaaludes, valium, opio, hachís, alcohol de todo tipo y —esto es embarazoso— semillas de campanillas (decían que tenían propiedades psicodélicas, pero no es verdad). En mi cabeza había todo tipo de basura.

* * *

El día que cumplí veintiún años, salí con Kim, que trabajaba en The Little Prince y más tarde sería mi mujer. También probé la cocaína. La relación con la coca iba a ser mucho más duradera e iba a definir mi siguiente decenio.

Un traficante que había comprado una botella de Dom Pérignon en el restaurante

me pasó una cajetilla de cigarrillos Balkan Sobranie al enterarse de que era mi cumpleaños. Me dijo que la abriera en el cuarto de baño. Vi el polvo y comprendí lo que tenía que hacer.

Fue un momento como el de Helen Keller con su mano bajo el agua. ¡Señor, por fin puedo ver! La fusión fría en aquel aseo; lo mejor que había probado jamás. Mis endorfinas saltaron ante la nueva oportunidad, la abrazaron y sintieron cada uno de sus espléndidos resquicios. «Mmmm, mucho mejor». Pueden reírse lo que quieran, pero Proust tuvo una epifanía similar cuando comía una magdalena: «... me recorrió un escalofrío, y me detuve a reflexionar sobre aquello tan extraordinario que me había sucedido. Un placer exquisito invadió mis sentidos, algo aislado, despegado, sin indicación alguna de su origen».

Todos los drogadictos se forman en el crisol del recuerdo de esa primera vez. Incluso cuando se atenúan las endorfinas, el recuerdo *está ahí*. Y empieza la búsqueda, a veces durante horas, a veces durante días; en mi caso, durante años seguidos. Era capaz de colocarme solo con tener la coca en mi bolsillo, consciente de que tenía algo que pocos más tenían. Había pasado la vida con el terror de perderme algo, y ahora no tenía por qué. Si hubiera indagado más, quizá me habría dado cuenta de que la coca llegaba a una parte de mí que era anárquica e ingobernable, pero eso lo vería más adelante.

Tanto en la facultad como en otros sitios —iba a clase cuando me dejaba mi trabajo en *The Little Prince*—, le decía a la gente que era periodista, con esa autodesignación como única prueba. Entonces me hice con una verdadera noticia para el *Twin Cities Reader*, un semanario alternativo local, y sentí un punzante deseo de seguirla. Inmediatamente desarrollé un interés intenso por el oficio.

Sin embargo, ni el trabajo de periodista ni la atención que despertaban las historias que cubría fueron nunca suficientes. Los chicos como yo, que habían tenido una vida agradable, refugiados en reductos residenciales, fabricaban su propio peligro. Cuando no hay riesgo, nos lo inventamos, en busca de algo que se asemeje al cliché de vivir a tope porque podríamos morir en cualquier instante. Esa búsqueda de emociones lleva a separarse del cuerpo, como Descartes, y a una vida de falsos peligros. Todo lo que me daba felicidad implicaba riesgos. «Sí, voy a tomar mescalina, sí, vamos a subirnos a ese puente de caballetes que está a cientos de metros sobre el río St. Croix. Estoy seguro de que, si viene un tren, lo oiremos, ¿verdad?». Mis amigos tomaban LSD y observaban las maravillas de sus propias manos. Yo tomaba ácido y me daba por organizar un viaje.

* * *

A principios de 1986 probé una cosa que estaba de moda, que se llamaba pasta base, y más tarde, *crack*. Otro momento de eureka: «Esto es lo más. Mejor y más rápido». Lo inhalaba y, en unos cuatro segundos y medio, se convertía en un cohete

farmacológico. Rápidamente me hice autodidacta, aprendí a hacer *crack*, con un poco de coca y bicarbonato en una cuchara que luego ponía sobre la llama, y ¡ya está!, a comerse el mundo.

De día, redactaba noticias para el *Twin Cities Reader*. Me tomaba como algo personal la actitud obstinada y escurridiza de los funcionarios públicos —en retrospectiva, mi reserva moral de aquella época está llena de ironía— y me aliaba con unas fuentes que, a mi juicio, trabajaban para el pueblo.

La sección de Sucesos me fascinó desde el principio: entre el policía y el ladrón hay un corto trecho. Ahora bien, cuando me metía en algún lío personal, nunca utilicé mis contactos en el departamento, sino que me limitaba a bajar la mirada y a esquivar cualquier uniforme de los que conocía mientras me hacían la ficha. Algunas cosas que aprendí aquellas noches me fueron útiles en mi trabajo, pero, en general, si prosperé en mi trabajo, fue a pesar de mi adicción, y no gracias a ella.

En el otoño de 1983, escribí un reportaje sobre un banco de alimentos que estaba gestionando mal sus fondos y su misión, y un poco más tarde, otro sobre los esfuerzos de un barrio para cerrar una gran cadena de alimentos para los sin techo. En 1984 hubo una historia sobre una demanda civil colectiva en los tribunales federales que alegaba que los fabricantes del DIU Dalkon habían distribuido, a sabiendas, un producto que, según habían demostrado sus propias investigaciones, era peligroso. Ese año informé mucho sobre política, por ejemplo, sobre la campaña para la presidencia del ídolo local Walter Mondale. También denuncié a un prolífico estafador que había sacado millones de dólares a mucha gente.

Mis mundos empezaron a encontrarse en 1985 y en 1986, cuando hice un reportaje muy detallado sobre un gran centro de desintoxicación —al que luego volvería como cliente— y, junto con otro periodista, hice un espléndido y cariñoso retrato de Block E, una manzana llena de patología y tradición urbana en pleno centro de la ciudad. Investigué el importante papel de la empresa de superordenadores Control Data Corporation en el suministro de infraestructuras al Gobierno de Sudáfrica y di las primeras informaciones sobre el ascenso de las bandas callejeras urbanas en lo que hasta entonces había sido un tranquilo municipio del medio oeste.

Pronto tuve indicios de que la base no iba a seguir aguantando mucho tiempo. En esa época, estaba elaborando una historia sobre un duro policía que dirigía la unidad de agentes infiltrados en la policía de Mineápolis. Un sospechoso había recibido un disparo involuntario durante su arresto, y otro periodista y yo descubrimos que el policía que encabezaba la unidad había estado ingresado para recibir tratamiento por dependencia química, pero no lo había completado. Tal como requerían las leyes estatales, había entregado su arma de forma temporal, y, cuando le llamé, se mostró serio y educado. Sin embargo, unos días después, me llamó por teléfono y dijo —lo recuerdo aún, décadas más tarde—: «He preguntado por ahí sobre ti, y tu vida no está impoluta. Más te vale tener cuidado». Durante varias semanas, cada vez que iba en coche, veía por el retrovisor la camioneta de su unidad. Tenía miedo y no podía

desarrollar mi vida con normalidad, así que tuve una conversación muy incómoda con el jefe de policía en la que me quejé de que algunos agentes me seguían. Les ordenó parar.

En cualquier caso, durante gran parte de los años ochenta, me dediqué a muchas cosas al mismo tiempo. En mi pequeño mundo provinciano de Mineápolis, me sentía el rey. Tenía trabajo, coca y un montón de amigos. En mi trigésimo cumpleaños, el 8 de septiembre de 1986, un amigo me dio unos cuantos hongos y me llevó a la trastienda de McCready's para esnifarlos. Se abrió la puerta y vi un grupo musical, serpentinas y más de cien personas: roqueros, cómicos, camellos, abogados, periodistas y delincuentes, todos con camisetas que decían «Soy amigo íntimo de David Carr».

Quién lo iba a decir.

* * *

En esa época, muchos amigos acabaron en la cárcel. Por mi parte, más que delitos, yo cometía faltas, las cuales me hicieron pasar horas —y, de vez en cuando, días— en diversos calabozos del condado. Cuando las cosas se me iban de las manos, mi familia —normalmente, mi padre— intervenía. Después de largas y atormentadas discusiones familiares sobre las expectativas que estaba desperdiciando y el sufrimiento que estaba causando, ingresaba para recibir tratamiento (en total, lo hice cuatro veces) y prometía enmendar mi conducta. Pero, con tratamiento o sin él, seguía viviendo conforme al credo de Emerson: moderación en todas las cosas, especialmente en la moderación.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, mi vida era, cada vez más, una combinación de unos prometedores comienzos de escritor con unas noches siniestras, llenas de gánsteres de medio pelo y una adicción abrumadora. Me convertí en proveedor habitual para el mundillo creativo en Mineápolis, en el que vendía coca a músicos, cómicos y clientes de discotecas. Comerciaaba con gramos, bolas, onzas, cuartos de libra; nadie se fiaba de mí con un kilo.

No salía con mujeres, capturaba rehenes. Me casé con Kim por motivos equivocados y saqué nuestra cuenta bancaria con mi tarjeta. (En aquella época, estaba medio convencido de que las tarjetas de débito las había inventado un cártel de la droga para hacer circular el dinero a altas horas). Había noches en las que me acostaba a su lado como una persona normal y, en cuanto se dormía, me levantaba y cruzaba la calle para estar con otra mujer a la que conocía. Cuando nos divorciamos, inicié una relación con una joven llamada Doolie a quien, poco a poco, volví loca. Era bellísima y muy ingeniosa, y atraía las miradas en los bares, lo cual fue motivo de muchas peleas. Mi duplicidad con las mujeres era inmensa y crónica. Las embaucaba para meterme en sus camas y luego las trataba como si fueran joyas, algo que lucir. Desde luego, nada que ver con mi aspecto porque, lejos de ser lo que se dice guapo,

tengo un rostro que parece esculpido con puré de patatas, y mi idea de ejercicio es recorrer mi cuerpo.

Una noche de 1986, estaba en una fiesta en honor de Phil, un colega de coca al que conocía desde hacía mucho y que estaba a punto de ingresar en una prisión federal. Allí conocí a Anna, que tenía mejor cocaína que Phil y que pronto me cogió cariño. Éramos una mezcla terrible, metastatizada por su inagotable provisión de droga. Yo le enseñé a fumarla. En 1987, apareció un día en casa con una aguja en el bolsillo, y me uní a la diversión. Yo perdí mi trabajo y ella perdió su negocio.

La cosa habría terminado ahí si no fuera porque, el 15 de abril de 1988, Anna dio a luz a unas gemelas. Mis hijas. Los amigos que nos quedaban nos habían suplicado, con bastante lógica, que abortáramos. El día que Anna rompió aguas estábamos fumando *crack*, y las niñas nacieron dos meses y medio antes de tiempo, con un peso inferior al kilo y medio cada una. Los amigos estaban dejando de venir a nuestra casa porque se había convertido en un ejemplo siniestro y casi de libro de cómo se desarrolla una adicción.

Con el tiempo, los dos buscamos tratamiento, y nuestras niñas se quedaron en acogida. Yo me rehabilité, Anna, no, y yo recuperé a las gemelas, Erin y Meagan. A partir de ahí, viví la mayor parte de las dos últimas décadas en un mundo hecho de esas promesas que la rehabilitación permite hacer realidad, con suerte, esfuerzo y el destino guiándome hacia una vida mucho más allá de lo que podía esperar.

* * *

¿Pero realmente fue todo así? Shakespeare define la memoria como la carcelera del cerebro, pero también su cortesana. Todos recordamos las partes del pasado que nos permiten afrontar el futuro. Los arquetipos de la mentira —piadosa, dolorosa, práctica— se dan a conocer cuando se apela a la memoria. La memoria, normalmente, responde con patrañas. A todo el mundo le gusta una buena historia, en especial a quien la está contando, y, en el proceso, los hechos históricos suelen quedar manchados. Todas las personas tienen buena intención, y es evidente que la mayoría de los que se proponen decir la verdad no mienten a propósito. ¿Cómo es posible, entonces, que en cada taburete de bar haya sentado un héroe, el protagonista de su propia epopeya, la suma de sus asombrosos relatos?

Mis historias, en su mayoría, no son agradables, y lo que puedan tener de heroico queda enturbiado por el hecho de que yo mismo causaba mis problemas. Los relatos personales auténticamente ennobecedores describen a una persona que supera los contratiempos que le ha deparado el destino, no a alguien como yo, que tiene unas cartas estupendas y les prende fuego. No tengo reparos en reconocer que hice cosas malas sin motivo, pero me niego a decir que era abiertamente malo. Era un gilipollas que disparaba contra sí mismo y que, tal vez, causó daños colaterales. Lo que descubrí veinte años más tarde fue más siniestro, más ostentoso, pero, en el recuerdo,

esos relatos tienden a estar bañados en *pathos* y revisten los fragmentos del pasado en una rica sustancia que facilita su digestión. Incluso sin el impulso de adornar el pasado, existen impedimentos prácticos para transmitir la realidad fundamental de la adicción, porque, cuando cada día se construye en torno a la obtención y el consumo de una sustancia, todos esos días se superponen y no arraigan en la memoria.

Hay asimismo un sesgo casi irresistible. La memoria no solo expresa el recuerdo, sino también la mirada retrospectiva, de modo que mi relato debe incluir el hecho de que, al final, me redimí de aquella vida de drogas, alcohol y obsesiones. En esta recreación están muy vivos los momentos en los que experimenté una epifanía, mientras que los aspectos más corrosivos se pierden en una especie de amnesia de supervivencia. Ser plenamente consciente de las ruinas del propio pasado puede ser paralizante, y por eso nosotros, o al menos yo, las reducimos todo lo posible. Ese es un imperativo que en ningún sitio es tan patente como en unas memorias. La literatura popular necesita un personaje con el que podamos simpatizar, con el que podamos identificarnos o, como dicen en los estudios de cine, que sea cercano.

Si yo dijera que fui un matón gordo que pegaba a las mujeres y vendía cocaína defectuosa, ¿les gustaría mi historia? ¿Y si dijera, por el contrario, que soy un adicto rehabilitado, que obtuve la custodia de mis hijas gemelas, conseguí que saliéramos de la beneficencia y las críe yo solo, a pesar de tener un pequeño encuentro con el cáncer? Eso es otra cosa. Pues las dos cosas son ciertas, pero, como miembro de una especie que gusta de interpretarse a sí misma, que se esfuerza por mantener a raya la discordancia, prefiero detenerme en las tiernas atenciones que procuraba a mis hijas en mi calidad de padre soltero antes que llegar al hecho de que, cuando su madre y yo vivíamos juntos, yo le pegaba.

¿Y si tuve la pistola? Un arrebató ebrio después de ser despedido tiene su encanto, pero ¿blandir una pistola en la cara de tu mejor amigo? Ese es un comportamiento que crea una enorme grieta en el relato de mi personaje como un idiota que se dejó arrastrar a asuntos que iban más allá de su comprensión. Si la anécdota de la pistola ocurrió tal como la recuerdan Donald y Chris, entonces yo pasaría a estar en el extremo de la línea que va de víctima a criminal.

Nos decimos que mentimos para proteger a otros, pero lo normal es que el yo salga muy bien parado en el proceso. «Las historias son para los libros», me dijo una vez Phil, mi camello durante un tiempo. Yo estaba explicándole, quejumbroso, que, a pesar de mis buenas intenciones, las cosas no habían salido bien, me habían desaparecido muchos clientes y no tenía dinero para pagarle. Me remitió a los recaudadores y envió a sus chicos a hablar conmigo. Las historias son para los libros.

Y es verdad. Aunque seas una persona normal que deja sin acabar la segunda copa de vino, los conoces de memoria. La trayectoria del adicto es ya tan cercana y conocida como una película navideña: la infancia compleja, la degradación, la epifanía, la recaída, la rendición definitiva. Los drogadictos muertos no dejan ningún rastro esperanzador, de manera que su narrativa la escriben personas capaces de ir a

la televisión y actuar como charlatanes y aprovechar su humillación.

En el relato convencional de la rehabilitación, los lectores quieren pasar a toda prisa la parte de la anticipación y llegar a las partes más desagradables para sentirse mejor consigo mismos. (Un ejemplo: cuando entré en tratamiento de desintoxicación, la que yo creía que iba a ser mi última vez, echaron un vistazo a mis brazos y me trajeron un barreño lleno de agua templada y detergente para sumergir mis marcas, escabrosas y llenas de pus. Ni siquiera los borrachos más borrachos se me acercaban. ¿Qué les parece?).

Leí varios clásicos del género, desprestigiados y prestigiosos. Después de leer cuatro páginas de un diálogo ocurrido diez años atrás y mágicamente reconstruido por alguien que entonces estaba en pleno mono de alcohol, me pregunté cómo lo había conseguido. No, no me lo pregunté. Sabía que se lo había inventado. Era fácil y defendible, la verdad, sublimar y evitar el pasado en aras de una Verdad Emocional superior. La verdad es singular y las mentiras son plurales, pero la historia —los hechos que ocurrieron— es inmutable y, en su mayoría, inescrutable. ¿Puedo recordar lo suficiente para abrirme paso hacia un recitado sin adornos de lo que me pasó? Ni hablar.

Sentado aquí, hoy, soy una persona sincera, a menudo agradable. Soy capaz de imitar a un ser humano durante largos periodos de tiempo, hago un buen trabajo para una empresa de prestigio y, a lo largo de los años, he demostrado ser un padre y marido atento. De modo que ¿cómo concilio mi pasado con mis circunstancias actuales? Tengo la impresión de que las drogas no conjuran los demonios, sino que abren sus puertas. ¿Estaba fingiendo entonces o estoy fingiendo ahora? ¿Cuál de mis dos yos —podrían preguntarse— me inventé?

Ahora bien, existe un camino, no hacia la Verdad, sino hacia un número menor de mentiras. Cuando me propuse escribir mis memorias, decidí comprobar los datos de mi vida utilizando las herramientas prosaicas del periodismo. Durante los últimos treinta años, quitando algún periodo en el que estuve ingresado por borracho y por lunático, he utilizado esas herramientas con entusiasmo. Así que decidí volver y preguntar a la gente que estaba allí: los traficantes para los que trabajaba, los amigos que tenía, las mujeres con las que salía, los jefes a los que hice la pascua. Habría informes policiales, fotos policiales de mi breve carrera de delincuente y varios expedientes médicos de mis tratamientos crónicos.

Los drogadictos —o las personas que tratan de hacerse pasar por ellos, por motivos que nunca he acabado de entender—, abandonados a su suerte, terminan siendo un ideal, una construcción que ellos mismos crean para satisfacer determinados apetitos. Siempre he pensado que informar de una cosa, aunque sea pesado, es más fácil que inventársela. Abundan los grandes reporteros y existen muy pocos novelistas verdaderamente extraordinarios. Como escritor, prefiero estar bajo el control de mi bloc de notas y los datos que contiene. Quizá no produzcan un arco perfecto y constante, pero sí un relato que tiene otro tipo de coherencia, la que le da

ser, en su mayor parte, veraz. Todos los datos que he podido descubrir, al entretenerse con los recuerdos de las personas a las que entrevisté, dan como resultado una historia que ya parece bastante fantástica e irreal. Pero, para contar algo que me tocaba tan de cerca, necesitaba refuerzos.

En la primavera de 2006 fui a la tienda de Best Buy a las afueras de Mineápolis. Le dije al dependiente que quería una serie de aparatos que me ayudaran a documentar cada centímetro de un libro que estaba escribiendo. Esta vez, pensé, quería recordar todo o, al menos, ponerlo en algún lugar en el que fuera posible encontrarlo. Me vendió una cámara de vídeo, una grabadora digital y un disco duro externo para capturarlo todo. Los dispositivos iban a hacer lo que yo no podía, que era recordar todo, codificarlo en unos y ceros y hacer de testigos digitales.

Durante dos años, de manera ocasional, llamaba a una persona a la que hacía mucho que no veía, fijaba una cita y aparecía con un montón de preguntas, la cámara y la grabadora. Empezaba hablando de cosas triviales y luego sacaba a relucir alguna gran costra del pasado. «¿Te importa que la arranquemos?». Fue un ejercicio de lo más embarazoso, pero me permitió experimentar no pocas epifanías. Había muchas cosas sobre las que no tenía razón. En la versión novelada de mi vida, yo era básicamente un buen tipo que dio un par de giros equivocados y acabó en una zanja. En la versión periodística, yo era una persona que vio la señal que decía curvas peligrosas, pero pisó el acelerador y, en su carrera desenfrenada, atropelló a todo tipo de gente.

Algunas de las personas a las que entrevisté me pidieron que dijera que lo sentía; lo siento, y así lo dije. Otros querían que reconociera que me acordaba; de algunas cosas sí y de otras, no. Y otros querían que dijera que todo era un error; lo fue y no lo fue. Más que periodismo, parecía arqueología, un trabajo que necesitaba picos y palas y que me permitió abrirme paso en unos pasadizos oscuros y poco usados, encontrar el camino a tientas, descubrir piezas que no encajaban y comprender que estaba guiándome por un mapa que no valía. Fue una aventura esclarecedora y nauseabunda, una nueva frontera en los anales del egocentrismo. Me presentaba en las casas de gente a la que no veía desde hacía dos décadas y les pedía que me explicasen cómo era yo.

Esto es lo que me contaron.

LOS PIES ALADOS DEL TIEMPO

Como durante un tiempo trabajé en residencias de ancianos y pasé mucho tiempo con gente que estaba de salida, pronto aprendí que el paso del tiempo no se acumula, no se transforma en algo corpóreo capaz de consolarnos y de servirnos de apoyo. Somos prisioneros del momento —«insectos atrapados en ámbar», escribió Vonnegut—, unos que miran hacia delante y otros que miran hacia atrás.

En una residencia de River Falls en la que trabajé durante la universidad, a mediados de los setenta, cuidé a un tipo llamado Seth. Los pies alados del tiempo le habían golpeado, y era un hombre diminuto y encorvado. Un hombre con forma de C. Sin embargo, a pesar de sus circunstancias, estaba siempre alegre y nunca hablaba de sus necesidades ni sus molestias. Una noche, estaba dándole de comer una gelatina verde que habían cortado en cubitos días antes y se había puesto correosa. Empezó a atragantarse con uno de los cubos y, por su color, supe que tenía completamente obstruida la tráquea. Corrí a la puerta de la habitación, llamé a gritos a la enfermera de guardia —siempre faltaba personal en la residencia— y no respondió nadie. Volví junto a la cama, me puse detrás de él y le rodeé el tórax con los brazos para hacerle la maniobra de Heimlich. La bolita de gelatina salió disparada a dos metros de distancia y rebotó contra su viejo televisor en blanco y negro. Le pregunté si estaba bien.

—Sí, estoy bien —dijo con un acento noruego y nasal. Y añadió, casi como sin importancia—: Pero creo que me has roto las costillas.

Y eso había hecho. Aun así, estaba agradecido, porque sabía que, en caso contrario, habría fallecido, y yo me sentí orgulloso de haber absorbido por ósmosis suficientes conocimientos médicos como para poder ayudar a otro ser humano. Yo trabajaba de noche, y Seth dormía poco, de modo que muchas veces acababa en su cuarto, hablando y recorriendo con él su historia. Cuando era joven, siempre sentí afinidad con los ancianos y un interés que nunca mostré hacia la gente de mi edad.

Los detalles de la historia de Seth —el viaje con sus padres desde Noruega cuando era niño, la dura vida de agricultor, la joven a la que conoció y con la que se casó en la iglesia, las vacas que ordeñaban, la muerte de ella, que le había dejado solo durante sus últimos veinte años— eran relatos que me encantaba escuchar. Había tenido una buena vida; ningún gran destello salvo algún accidente en el campo y la batalla ocasional con el criador de cerdos vecino. Pero, pese a ello, no había estado mal.

Al terminar una de aquellas noches, sus ojos lechosos miraron fijamente a los míos, me señaló como en una novela de Dickens y dijo, más como observación que como queja:

—Todo pasa deprisa, muy deprisa. No olvides nunca que todo pasa muy deprisa. Un minuto estás sentado ahí, como tú, un joven grande y fuerte, y al siguiente, estás tendido como yo, todo seco y casi acabado. Tengo recuerdos, pero mi vida está casi terminada.

* * *

Cuando volvía a casa esa noche, en un Mustang del 65 con los parachoques oxidados, corriendo por Happy Valley Road, donde vivía en una granja alquilada con mi novia de entonces, Lizbeth, recuerdo que reflexioné sobre lo que había dicho Seth. «Pasa muy deprisa». Ya entonces me aterraba perderme algo. Me pregunté si mi velocidad personal, las locas idas y venidas de mi vida diaria, eran una reacción de miedo a la idea de que la vida se me podía escapar.

En algún momento de aquella época, quizá cuando estaba en segundo de carrera, algo cambió en mi interior. Vivir dando trompicones, siempre con mi tribu adoptiva, fumando porros y yendo a clase no era suficiente. Empecé a pensar en otras posibilidades, en madurar, tener algún trabajo que no implicara llevar una etiqueta con mi nombre ni soportar jefes deseosos de compensar sus vidas mezquinas dando órdenes constantes. Quería ser algo más que un drogata que tocaba extraordinariamente mal la armónica. Decidí irme de River Falls.



Cuando salía de la ciudad, en 1976, me detuve a ver al profesor Robert en su despacho. Tenía los dedos y la barba tatuados de nicotina. Sus ojos me observaron con amabilidad, pero me desconcertaron. Me ofreció un Pall Mall y señaló las cerillas que había junto a un cenicero parecido a una escultura de Paulanship, de una textura y abundancia casi heroicas. Me marchaba de allí, no en busca de praderas más verdes, sino de algún lugar en el que su olor a hierba no fuera tan intenso.

Me había matriculado en la clase de literatura del profesor Robert después de haberme paseado por el pequeño campus de Wisconsin durante los primeros trimestres. Los alumnos —incluido el colgado que se sentaba en un rincón con un sujetaporrós colgado de su vaquero grasiento— se erguían para escucharle cuando hablaba. El profesor Robert murió en 1996, veinte años después de que habláramos, así que es posible que el paso del tiempo haya adornado ligeramente la conversación, pero no de forma intencionada. Cuando me detuve a verle aquel día, tuvo la honradez de decirme, antes de mi marcha, la verdad sobre la despreocupada vida que llevaba y, de esa forma, me orientó hacia mi futuro.

—La última vez que te vi, te paseabas en un descapotable a altas horas de la noche por las aceras del campus, saludando como un loco, como si estuvieras en un desfile. Fue... impresionante —dijo con su acento de la costa atlántica. Y con esos ojos amables que yo rehuía—. Eres un chico inteligente, David. Muy inteligente, pero no *sabes* nada. No has *leído* nada.

Eso no era exactamente así. Después de que, en cuarto de primaria, una monja me dijera que no, que mis padres no estarían en el cielo cuando llegara yo allí, me pasé un año sin dormir y me dediqué a devorar todos los Hardy Boys, Nancy Drew y Black Stallions que contenía el sótano familiar. Me llenaron la cabeza de palabras y de historias, y yo no he dejado de escupirlas desde entonces. Sin embargo, sentado allí con el profesor Robert, no estaba pensando en escritores, ni mucho menos en serlo yo. El profesor abrió un cajón y me dio una lista de sesenta autores estadounidenses contemporáneos. «Esta —dijo— es una pequeñísima muestra literaria, pero lee estas obras y, por lo menos, sabrás *algo*».

En los años sucesivos leí los libros de la lista. Faulkner, Mailer, Brautigan, Vonnegut, Wolfe, Hemingway. Los leí en una hamaca, con Led Zeppelin a todo volumen por los auriculares. Los leía cuando hacía una pausa de derribar patios con un martillo de cincuenta kilos. Los leía cuando todos los demás se habían dormido. No es que quisiera ser escritor. Sencillamente, no quería ser estúpido.

Lo del periodismo no era más que una cosa que le decía a la gente. Un profesor de arte y literatura en mi instituto me había enviado a una jornada sobre periodismo en River Falls, y me daba cuenta de que la gente parecía apreciarme más cuando mencionaba que estudiaba eso. Unos años después de que Woodward y Bernstein se hubieran cargado a un presidente en activo —de que hubieran salvado la maldita república con una máquina de escribir, por el amor de Dios—, el periodismo seguía siendo algo admirado.

Pero no lo ejercía. Mi única experiencia real había sido mi periodo como director del periódico en octavo. Cuando entregué el testigo al terminar el curso, fui de lo más modesto —«Estamos orgullosos de nuestros logros y nos gustaría que continuasen»—, pero después no había escrito nada más que los textos que nos pedían en clase. Hice las prácticas que nos exigía la facultad en periódicos locales —«Estudiantes locales pegaron un bocado a la Gran Manzana la semana pasada»—, pero evitaba los periódicos escolares y a los empollones que trabajaban en ellos. Demasiado normales. Demasiado estrictos. Demasiado intimidatorios. Sin embargo, estaba buscando algo como lo que ellos tenían.

—Estabas lleno de entusiasmo y alegría de vivir —me aseguró Lizbeth durante una visita a Nueva York en 2007—. Estábamos en segundo y tercero de carrera. Creo que tenías tantos sueños y esperanzas como los demás. Ese es el recuerdo que tengo. Estábamos todos juntos, íbamos todos hacia adelante. Al final, más que tu triunfo, me sorprendió que te derrumbaras.

Después de River Falls viajé mucho, siempre dentro del país, pero suficiente para conocer gente y cosas que no tenían nada que ver con mi pequeño mundo del Mineápolis residencial. Tenía la sensación de que había muchas oportunidades, pero no veía mi lugar en ellas. Pasé muchas noches solo, recorriendo el oeste, contemplando cielos llenos de estrellas y haciendo planes que no incluían ningún plan real.

5

HISTORIA DE UN LUCIO

... Dotado de tan prodigiosa fuerza y velocidad de natación que desafía todas las actuales persecuciones del hombre, este leviatán parece el desterrado e inconquistable Caín de su raza...

Herman Melville, *Moby Dick*^[3]

Cuando vas a esas reuniones, esas con un café asqueroso y miles de aforismos que salvan la vida a tanta gente, incluido yo, nadie habla de la parte divertida. Es de mala educación, no se hace, no pega con el ánimo de la ocasión. Pues bien, cuando las sustancias químicas y el karma se fundían en un éxtasis, era muy, muy divertido. Si no fuera por esos momentos, ¿por qué iba a pasar la gente toda su vida tratando de recuperar ese sentimiento? Las ratas —y los seres humanos— siguen empujando la barra en la jaula de nuestra existencia en busca de una recompensa irracional porque, de vez en cuando, por el orificio cae algo increíblemente delicioso.

Que conste que yo me divertí, y que a veces lo hice junto a David B. Él es amigo, colega de profesión y el tipo que me observó por encima del hombro cuando escribí mi primer reportaje. David me enseñó mucho, empezando por el uso apropiado de las palabras. Es una de las muchas personas en mi vida que se desviaron a la derecha o a la izquierda mucho antes de que yo emprendiera una ruta que acababa en un puente a ninguna parte y en una ruina humana. Con una vida tranquila, una familia y una carrera de periodista *free-lance*, aceptó reunirse conmigo y acabamos reflexionando, no sobre el precio del pecado, sino sobre sus esplendores. Nos lo pasamos muy bien.

—Hubo una experiencia épica en la que estábamos, creo, en tu cabaña o en la cabaña de tus padres, en algún lugar hacia el norte —dijo, pensando en un viejo campamento para pescadores que había comprado mi familia, aunque en realidad me parece que era la cabaña de mi amigo Joel. Los dos sitios fueron escenarios de muchas aventuras, y la que él decía, como otras muchas, tenía que ver con una embarcación, LSD, fuegos artificiales y largos ataques de risa. David estaba en el agua con Brownie, un querido amigo que casi siempre estaba dispuesto a apuntarse a nuestros alocados planes.

»Estábamos todos allí el fin de semana del 4 de julio —dijo David; seguramente era una noche en el 83 o el 84—. Brownie y yo estábamos consumiendo de la misma papelina verde. Había circulado mucho por la ciudad, así que sabíamos que era buen material. Cogimos una canoa y salimos al centro del lago para contemplar los fuegos

artificiales, que subían por encima de los árboles a nuestro alrededor. Nos lo estábamos pasando genial, el ácido nos había colocado lo justo, con los colores y todo eso. La percepción supersensorial.

»Y de pronto, ¡buum! Resulta que Donald y tú, y quizá Eddie, estáis en el muelle disparando unos jodidos cohetes caseros contra nosotros —continuó—. Así que ahí estamos, en pleno nirvana, y los jodidos criminales del muelle tratando de alcanzarnos con fuegos artificiales.

Le dije que estábamos intentando mejorar el espectáculo.

—Y lo hicisteis. Estuvo lleno de significado y mejoró todo, sin duda. Así que me vuelvo hacia Brownie en la canoa —estamos hasta arriba de ácido, de modo que, una vez que superamos el susto, casi estamos disfrutándolo—, y le digo: «Sabes qué, están más colocados que nosotros. Va a pasar algo». Y efectivamente, cuando miramos, el muelle está en llamas. Uno de los cohetes había caído entre vuestros fuegos artificiales, y empezaron a dispararse todos. Y vosotros gritabais y corríais en todas direcciones.

»Prácticamente todas las veces que he estado a punto de morir han tenido que ver contigo —dijo—. No sé hasta qué punto estuvimos cerca. Recuerdo deslizarme por carreteras secundarias e ir a parar a zanjas de drenaje contigo al volante, sin saber cómo coño íbamos a salir vivos. Todavía lo recuerdo con claridad.

Otra vez, David y yo estábamos en Mankato, informando sobre la pretemporada de los Minnesota Vikings, y una noche, cuando conducía él, nos pararon. Le hicieron la prueba y volvió a meterse en el coche.

—Ya nos alejábamos, y estoy seguro de que mi corazón aún latía a cien kilómetros por hora. Y tú dices algo así como: «Buf, me alegro de que hayas pasado la prueba, porque hay una cucharada enorme de cocaína debajo del asiento delantero».

En aquellos tiempos, siempre había algún borde más por el que pasar los dedos, por mucho que fuera una idea estúpida. David, que en aquellos días tenía más sentido común que todos nosotros, y sigue teniéndolo, dijo que intentó fumar *crack* porque quería ponerse en mi lugar por una noche.

—La gente quizá no me crea, pero uno de los motivos por los que quise hacerlo, aparte de una curiosidad innata, fue que quería entender lo que te pasaba, porque tú estabas en otra categoría completamente distinta. No sé cómo describirlo. Siempre había complicaciones, era complicado, ¿verdad? Estar contigo es complicado. Muy divertido, pero requiere mucha logística. Altibajos emocionales, complicaciones legales. Pero había un nivel de anticipación, de miradas huecas, de obsesión, de ensimismamiento. Era distinto. Desde luego, mucho más allá de nuestra capacidad de hacer algo al respecto.

De modo que, además de enseñar a David a que no dejara de escribir hasta que se le ocurriera una idea, le enseñé a fumar *crack*.

—Entonces ya había consumido mucha cocaína, pero aquello era otra cosa,

sorprendentemente suave, fuerte y agradable —dijo—. La segunda vez que lo consumí fue cuando comprendí la diferencia entre el gen adictivo y el gen no adictivo.

Chico listo. Nunca volvió a fumar coca.

David me apoyó de una forma increíble cuando estaba en desintoxicación. Después, hubo un momento en el que se quedó vacante la dirección del *Twin Cities Reader*, para el que trabajábamos los dos, y David hizo descaradamente campaña para que le dieran el puesto. Me contaba a menudo lo que pensaba que podía hacer con el periódico. Yo presenté mi candidatura discretamente, y le envié al editor una nota en la que decía que, si me nombraba a mí, yo cambiaría a la mayoría del personal. Y me dieron el puesto.

—Yo te exponía mis esperanzas, mis sueños y mis planes, y tú asentías y me dabas tu opinión, pero en realidad te preparabas para dar el salto —dijo, sin reproches, en tono tranquilo—. Y yo pensé: «Si estás pensando en presentarte y eres un buen amigo, en algún momento dices: “Eh, cállate, que yo también quiero ese puesto”». Pero tú no lo hiciste. Y más tarde, cuando me atreví a pedirte cuentas (a ti, que eras el macho alfa de mi mundo), lo único que me respondiste fue que tenía que haberme dado cuenta. Era culpa mía.

No se lo había dicho a David porque no quería que los que tenían dudas sobre mí —que eran legión, y con muchos motivos para el escepticismo— se dieran cuenta de que quería el puesto.

Sería fácil, por supuesto, decir que David estaba manipulando sus recuerdos en beneficio del presente. Pero, cuando le conté su versión de los hechos a mi mujer, Jill, me respondió:

—Tenías que habérselo dicho.

* * *

Una vez, a principios de los ochenta, organicé un fin de semana con los amigos. En la invitación figuraba la foto de un lucio —un pez de agua dulce grande y depredador— y del senador Ed Muskie. El texto decía: «Tus posibilidades de ver a uno de los dos *muskies*^[4] este fin de semana son más o menos las mismas».

La pesca del lucio es una metáfora apropiada para la suerte del hombre corriente. Uno puede echar la caña una media de doce mil veces antes de atrapar uno. Si aún viviera Sísifo, se dedicaría a pescar lucios. En Hayward, Wisconsin, no era infrecuente que la gente sacara sillas de pícnic y prismáticos cuando alguien enganchaba uno, porque la lucha podía durar horas. Todo un espectáculo pesquero para los sábados. Los lucios nadaban como una exhalación, luchaban con ferocidad y escaseaban por el exceso de pesca. Pero les encantaba comer: en el periódico de Hayward vi publicado un reportaje sobre un ejemplar de 1,20 metros en cuyo estómago, cuando lo abrieron, descubrieron un pez de 73 centímetros. Y aun así,

había ido a por el anzuelo, dispuesto a seguir comiendo. Eso es un pez.

Jim, un amigo mío de aquella época que se había apuntado a la aventura, era un escritor divertido, de talento, pero no me parecía que estuviera dotado para preparar cebos, ni vivos ni de otro tipo. No obstante, antes de salir, insistió: «Voy a atrapar una de esas malditas cosas». Durante un rato, le expliqué con paciencia que el objetivo del viaje no era capturar un lucio —«Es una metáfora, idiota»—, pero él no dejó de desafiarme.

El viernes por la noche tuvimos un pequeño problema de ritmos. Hubo drogas psicodélicas y cocaína, y nos emborrachamos como cerdos. Fuimos a un bar de *strippers* próximo a las cabañas, el tipo de local en el que repartían cascos de mineros para quienes querían sentarse cerca e iluminar a las artistas con las linternas. Dos bailarinas volvieron con nosotros a la cabaña, pero no en plan profesional, sino social. Al verlas vestidas, nos mostramos curiosamente vergonzosos y educados. Recuerdo que, al final de la noche, le di la mano a una de ellas y dije que había sido un placer conocerla. Eran las tres y media de la mañana. Nos metimos en unas cabañas medio en ruinas para dormir unas horas.

Éramos más de una docena, y a las siete en punto —era un frío día de otoño, con lluvia intermitente, y *resaca* no es un término que capte en toda su amplitud nuestra *Gestalt* colectiva— nos fuimos a Lac Courte Oreilles, una cadena de lagos interconectados, donde habíamos quedado con nuestro guía. El hombre, antiguo piloto de combate, nos miró de arriba abajo y preguntó quién estaba al mando. Tambaleándome, di un paso al frente.

—No más de tres al mismo tiempo en mi lancha —dijo en tono reservado—. Si alguien vomita en la lancha, se larga.

Hubo bastante vómito cuando nos pusimos en marcha repartidos en varias embarcaciones. Varios no habían tocado jamás una fuera borda y se dispersaron por un vasto horizonte de bahías, islas flotantes y lagos misteriosos. Yo nunca llegué a subirme a la barca del guía y, al final de la jornada, me tocó buscar a los que verdaderamente se habían perdido. Encontré el último barco —«gracias a Dios que has venido, no nos quedan más que dos cervezas»— y volvimos en caravana hasta la orilla. Allí estaba Jim, junto al guía. Y junto al lucio que estaban pesando. Me acerqué a verlo. Era una maravilla, pero de aspecto siniestro. Por los ojos, seguramente. Le pregunté al guía si había costado mucho pescar aquel monstruo, y él miró hacia el horizonte mientras me decía: «Picó casi sin enterarnos».

—¡He cogido uno! ¡Te dije que iba a coger uno! —interrumpió Jim, mientras bailoteaba.

Esa noche fuimos al Ojibwa Club, un local de moda en Wisconsin, y pedimos unos entrecots propios de Pedro Picapiedra que desbordaban los platos y que llenaron de grasa el mantel. Me rindieron grandes pleitesías en la cabecera de la mesa, en reconocimiento por ser el organizador de la espléndida cacería.

Varias semanas después, estábamos Donald y yo en un bar y yo aburría a alguien

por enésima vez con la historia de la maravillosa pesca del lucio que había organizado. Vi por el rabillo del ojo que Donald se reía. Le conozco desde hace mucho tiempo y le presioné hasta que, por fin, me confesó que Jim había traído un lucio muerto que había conseguido no se sabía cómo. Todos los del grupo lo sabían menos yo. La broma me enseñó que hasta las cosas que creía saber, las que había visto con mis propios ojos, estaban sujetas a revisión.

* * *

En 2007, Jim fue a Nueva York porque le habían nominado para el Premio Nacional de Revistas, y nos sentamos en Bryant Park para reconstruir la historia del lucio. Jim tiene una memoria asombrosa y una voz de narrador que hace creíble cualquier historia.

Yo recordaba que una de las *strippers* era guapa y simpática, sobre todo para el páramo rural en el que vivía. Jim recordaba unas cuantas cosas más.

—Había una muy delgada, sin ningún tratamiento estético —dijo—. Tenía unas tetas que podían haber alimentado a Rómulo y Remo, aquellos a los que amamantó la loba. Su rostro era amable y muy sonriente.

»Luego había un tipo grandón, gordo y baboso, sentado cerca de la pasarela, que no dejaba de darle dinero. En un momento dado, se levantó y le tocó la pierna, y ella pasó de tener cara de ángel a un rostro diabólico. Le agarró de las orejas, le estampó la cabeza contra la madera y dijo: “No vuelvas a tocarme jamás”. Recuerdo que aquello nos dejó a todos de piedra. Tú te divertiste con ella. Pasado el incidente, estuvo más simpática. Yo bebí, pero no fui de los que le dieron a la cocaína.

Nunca me había enterado de dónde había salido el pez. Al parecer, Jim visitó a un pintor de escenas de la naturaleza para un reportaje sobre los fraudes en la elaboración de sellos ilustrados y vio que el pintor usaba un lucio como modelo.

—Sabía que íbamos a ir a la pesca del lucio, así que le dije: «¿Necesita todavía el pez?».

Fue una broma fantástica, que recuerdo que en su momento me produjo gran admiración, pero, al cabo de tantos años, a Jim aún le preocupaba si me había sentado mal.

—Quizá pensaste que yo había hecho lo del lucio para fastidiarte... No tanto para fastidiarte, sino para reírme de ti. No fue así. Solo me pareció que era la oportunidad perfecta.

Me pregunté por qué tenía tantas reservas con la anécdota, pero él me recordó que, en aquella época, entre nosotros no todo eran risas y juegos. Una vez, me lo encontré en la redacción del *Reader* y le increpé por algo que me habían dicho que había dicho.

—Me amenazaste con matarme, y me asusté, y luego dijiste que ibas a darme un puñetazo —explicó—. Había un par de personas, y yo miraba las salidas, pero en

aquellos tiempos tú eras como un jugador de fútbol americano. Temí por mi salud, y alguno de los que estaba trató de tranquilizarte. Te pedí todas las disculpas del mundo, pero no acababa de comprender qué era lo que había hecho. Luego me enteré de que eras adicto a la cocaína.

Es decir, tenía un pequeño problema con el control de mi ira. Y lo que siempre me había parecido un entretenimiento sano e inocente —un juego— parecía más oscuro y trascendental visto muchos años después. Ahora, vaya fiestas que organizaba.

En retrospectiva, era muy complicado tenerme de amigo: un tipo con muchas ventajas —cuando nos divertíamos, nos divertíamos como nadie— pero que, de tanto empujar a la gente a hacer otras cosas, perdió de vista sus propios límites.

Daniel, un amigo mío que hoy es cineasta en Los Ángeles, me recordó en un correo electrónico que el fin de semana del lucio tuvo su parte divertida, pero también un componente de oscuridad.

«Entonces tenías ese impulso, esa necesidad de hallar los límites para rebasarlos o, en algunos casos, eliminarlos. También parecía que necesitabas empujar a otros a rebasar esos límites, ya fuera contigo o sin ti. Ese era tu desafío constante, implacable, audaz e incluso bello en ocasiones».

Ah, por fin, alguien me reconocía como el príncipe heredero de los bufones de la corte. Pero luego siguió escribiendo:

«Pero las cosas también podían ponerse desagradables a toda velocidad. Porque, a la hora de la verdad, muchas veces, cuando tú y todos nosotros estábamos agotados y enfermos, de las drogas, el alcohol y cualquier otra barbaridad que hubiéramos hecho, cuando ya no quedaba nada, tú seguías presionando».

EL FACILITADOR DE MI HERMANO

La pura y simple verdad rara vez es pura y nunca simple.

Oscar Wilde

Se daba por hecho que yo estudiaría en Benilde High School, un colegio católico para chicos al que habían ido mis hermanos. Que trabajaría durante el verano para pagar la mitad de la matrícula. Fui cadi en un club de campo judío, gané el dinero que me correspondía, y aborrecí cada segundo de la experiencia. Benilde tenía el mismo triunvirato de todos los institutos y colegios de la época: deportistas, empollones y friquis. Yo me apunté a los friquis.

En un ambiente totalmente masculino, la valía se mide por las hazañas atléticas y la capacidad de ligarse a una chica. Yo era un deportista respetable pero indiferente, y tenía suficientes amigas como para sentirme incómodo hablando de las chicas con las que había conseguido acostarme. Así que, en lugar de ello, fumaba marihuana. Ir a un colegio que era una isla de virilidad, un lugar en el que la idiosincrasia se consideraba una patología, hacía que colocarse a diario pareciera razonable. Escuchábamos discos de Queen, tocábamos la guitarra invisible y fumábamos cantidades interminables de mierda mexicana. Greg, Tim, Fred, John y Dan. Algunos otros. De vez en cuando, dejábamos el canuto y nos metíamos en algún lío; me interrogaron, aunque nunca presentaron cargos contra mí, por el robo de un Maverick amarillo en la tienda de coches que estaba enfrente del colegio. No éramos estúpidos; solo hacíamos estupideces. En retrospectiva, estar crónicamente colgados, ya desde el bachillerato, fue una idiotez, casi como lo hubiese sido atravesar la vida con el freno de mano echado.

Fred estaba mucho más metido en la hierba que casi todos los demás. No fingía que las notas, la disciplina y los convencionalismos le importaran especialmente. Al final, le echaron del colegio, o lo dejó, y se fue haciendo autoestop a California. Volvió una gloriosa noche de verano, justo después de acabar nuestro penúltimo curso.

Hicimos planes para vernos más tarde. Greg y él estaban en Shady Oak Beach, en Hopkins, metiéndose varios tranquilizantes mientras se ponían al día, y yo estaba al otro lado de la ciudad, borracho y colgado, sentado en el tejado de la casa de los padres de alguien, que se habían ido a veranear, mirando las estrellas. No me enteraba de lo que pasaba a mi alrededor. Y a unos kilómetros de distancia, Fred se fue a nadar.

Las autoridades dijeron que Fred, de dieciséis años, murió el sábado en el Hospital Metodista, después de un accidente mientras nadaba en el lago Shady Oak en Minnetonka. El accidente había ocurrido el miércoles, y él había estado en estado crítico desde entonces.

[Fred] y un amigo intentaron nadar unos 45 metros desde el muelle hasta la orilla cuando él se sumergió, dijeron las autoridades. Los socorristas le sacaron del agua y le llevaron al hospital.

Minneapolis Tribune, 1 de julio de 1973.

El funeral fue horrible. Todos los deportistas a los que detestaba, que nunca habían dado a Fred los buenos días, aparecieron temblando de dolor.

La familia de Fred estaba desolada: su hermano Frank tenía nueve años. En mi familia nos enseñaban a ayudar a la gente. El rollo católico de clase media. Les dije a los padres de Fred que trataría de llenar alguno de los huecos dejados por él, y así lo hice. Llevé a Frank al zoo, a partidos de béisbol y a jugar al *frisbee*. También salí con su hermana, que tenía una risa musical y generosa.

Con el paso del tiempo, Frank y yo permanecemos en contacto y, cuando volví de mis viajes por el oeste, él había terminado el instituto. Las cosas habían cambiado para ambos. Frank conocía a un tipo de su barrio que ponía dinero en la calle a cambio de un alto interés. Yo conocía a alguien en la Universidad de Minesota que, a su vez, conocía a traficantes de coca con acceso a cantidades serias. Ni él ni yo teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo, pero, a altas horas de la noche, en mi casa de Mineápolis, hacíamos números que indicaban que nos pondríamos hasta arriba y que ganaríamos mucho dinero. No teníamos en cuenta las reducciones por nuestro propio consumo, los descuentos que hacíamos a los amigos, la coca que regalábamos a las chicas, por no hablar de la vez que íbamos a pesar siete gramos en un cuartito oscuro de mi sótano, decidimos probar el producto antes y, cuando llegó el momento de pesarlo, había desaparecido, esparcido entre la porquería del suelo. Ninguno reconoció haberlo tirado. Éramos unos idiotas, ¿qué íbamos a hacer?

Nuestro primer gran trato tuvo más de comedia que de actividad delictiva, y, como en todos mis contactos con las drogas de categoría I^[5], acabó mal. La chica que lo organizó, Julie —bajita, preciosa, una chica dura del norte de Minesota—, nos llevó a un apartamento del sur de Mineápolis donde nos aguardaban unos tipos de aire muy serio, y se marchó después de darme un beso en la mejilla. Nos quedamos sentados allí, dos catetos de las afueras con dos tipos negros de más edad que nosotros. El más grandullón habló diez minutos seguidos en jerga callejera sobre las distintas opciones que teníamos para comprar medio kilo: piedra o polvo, embalaje, precio, ese tipo de cosas. Para mí, era como si hablase en mandarín. Cuando terminó, Frank y yo nos miramos con nerviosismo y sin saber qué decir. El otro tipo, Bart, rompió el hielo y le dijo a su socio: «Estos chicos blancos no tienen ni idea de lo que

estás diciendo. Habla despacio y sin rodeos». (Bart acabó siendo amigo mío, y le vi años más tarde. «Mírate ahora, tan próspero. Yo te conocí cuando no sabías contar. Recuérdalo». Lo recuerdo).

Cuando, por fin, descubrimos lo que queríamos —«una bolsa de producto puro, una de polvo»—, resultó que teníamos que ir a otro sitio. Este negocio de vender drogas estaba lleno de sorpresas. Fuimos a la orilla oeste de Mineápolis, cerca de nuestra universidad, y subimos por la escalera exterior de un edificio hasta un apartamento viejo y asqueroso. Cogieron nuestro dinero, fueron a otra habitación y nos quedamos mirándonos entre nosotros, sin saber si iban a volver a entrar con droga o con pistolas. Volvieron con la droga y nos fuimos, aliviados y contentos de haber conseguido lo que queríamos. Como yo era el cerebro de nuestra operación, por decir algo, sentía cierta responsabilidad y cierto afecto hacia Frank, a pesar de que le había abierto las puertas a un volumen de droga serio, tipificado con la categoría de delito, y a sus correspondientes criminales. Cuando recobré la sobriedad, sentí durante mucho tiempo la vergüenza de haber convertido un buen gesto —hacer de hermano mayor para un chico que había perdido al suyo— en una relación tóxica.

Después de más de una década sin contacto, encontré a Frank en su granja al oeste de las Ciudades Gemelas. Cuando llegué a su casa, salió por la puerta con algo de tripa cervecera, pero, por lo demás, como el Frankie de siempre. Como tantos amigos de aquella época, en realidad solo tenía una pregunta: «¿Dónde has estado?». Una larga historia, respondí. Nos pusimos al día. Él está más o menos casado, tiene unos niños preciosos y trabaja mucho en su imprenta. Caminamos hasta un gran cobertizo que era su cabaña privada, con todas las herramientas, un frigorífico y una enorme embarcación de madera que algún día arreglará.

Cuando surgió la historia de aquel primer paquete de droga, acabamos riendo como locos. Qué idiotas éramos. La casa a la que fuimos era un sitio que daba miedo y, según recuerda Frank, nos dio todavía más cuando abrimos la puerta.

—Antes incluso de entrar en la habitación, había un tipo negro, mayor, meciéndose en una silla con un arma sobre el regazo. Recuerdo que el cañón era más o menos...

Le digo a Frank que no es verdad. La memoria le engaña. Pero él insiste.

—Tenía un arma en el regazo con un cañón de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, que acariciaba con la mano, y enseguida pensé: «Vale, yo soy el que tiene dos mil en el bolsillo, ¿qué va a pasar?».

Ese sentimiento sí lo recuerdo. ¿Hasta qué punto conocía yo a Julie, en realidad?

Los tipos volvieron con la droga tal y como habían dicho. Y más, recuerda Frank.

—Dijeron: «¿No queréis más? ¡Mirad todo lo que tenemos!». Y abrieron una bolsa de basura llena de hierba. Y luego el tipo sacó una revista llena de páginas con LSD y yo dije: «Ahora no venimos más que a por lo primero; creo que nos lo llevaremos y ya está».

Mi orgullo de colgado se remueve mientras cuenta la historia. Le digo a Frank

que, tal y como lo cuenta, es como si él se hubiera encargado de todo, y eso que tenía diecinueve años. Es verdad que yo no sabía nada de nada, pero desde luego era el mayor de los dos.

—Eh, tío, yo estuve a tu lado todo el tiempo —reconoce por fin.

Eso está mejor.

Charlamos un poco sobre cuando éramos socios y dijo que a mí me gustaba demasiado mi propio producto como para ganar dinero, sobre todo cuando empecé a fumarlo.

—Creo que fui yo el que te inicié —dijo, con una sonrisa entre idiota y avergonzada.

Así que fue él.

—Calla, hombre. ¿Crees que no me he sentido culpable por ello el resto de mi vida? —En realidad, estoy encantado. Eso nos sitúa a la misma altura, por así decirlo. La culpa que sentía respecto a Frank me había incordiado todos mis años de sobriedad. Algunas cargas que llevamos incluyen pesos falsos, quizá para compensar todas las cosas horribles que sí hemos hecho y hemos olvidado.

Según Frank, cuando descubrí que él sabía hacer pasta base, algo de lo que yo solo había oído hablar, insistí en que viniera a mi casa de día. Invité también al Loco Ken, un campeón de ajedrez pesado y friqui que tenía acceso a una coca con un nivel de pureza poco frecuente.

—Aquel tipo sacó una bolsa de mierda, más de cien gramos, no bromeo —recuerda Frank.

Mientras el Loco Ken y yo mirábamos, nerviosos, Frank cocinó dos gramos en el fuego y se metió la primera dosis.

—Fui a probarlo, encendí el soplete y... ¡joder! —dijo Frankie—. Se me doblaron las rodillas. «Genial, sí, qué bien». Recuerdo que Ken preguntó qué se sentía, y le dije que era como esnifar, solo que mejor.

Más o menos. Salvo que uno tenga el más mínimo gen o la más mínima propensión a la paranoia.

Kenny probó el *crack* por primera vez. Se puso de pie inmediatamente. Antes de que yo pudiera probar el mío, él había salido por la puerta de atrás y estaba levantando las tapas de los cubos de basura y mirando dentro en busca de agentes federales o algo así. Le miré con interés, pero más preocupado por que llegara mi turno.

—No le pasa nada —le dije a Frank.

Veinte años más tarde, Frank y yo, sentados en la penumbra del cobertizo, hablábamos y discutíamos sobre los viejos tiempos, las anécdotas más destacadas: la vez que descolgué un espejo del tamaño de una puerta y pinté una raya de coca de un extremo a otro; o la vez que los tipos malos nos persiguieron y tuvimos que obtener cuanto antes el dinero para pagarles, o la vez que nos peleamos y le rompí las costillas. ¿Pero el recuerdo de que yo le había corrompido, le había llevado por el mal

camino? De eso no hablamos mucho.

Resulta que era yo el que necesitaba a un hermano mayor.

—Bueno, hubo una ocasión en la que te metí en casa y te dije que te iba a encerrar en el sótano y te iba a sacar de ese pozo en el que te estabas metiendo —contó—. Quizá fue entonces cuando me rompiste tres costillas. Creo que sí. Te dije: «No me gusta ya nada lo que estoy viendo»; era mi forma de decirte que tenías que parar. Y a ti no te hizo ninguna gracia. Llevarte a casa, encerrarte en el sótano hasta que te recuperases. No habría estado mal, ¿eh?

»Creo que llegaste a estar bastante mal de la cabeza. Y sobre eso, no tengo ninguna responsabilidad —dijo Frank, con las manos en las rodillas—. Supongo que nos hicimos daño los dos.

7

MOBY DICK'S

La energía necesaria para ejercer dos profesiones no la tiene todo el mundo, y solo en los últimos tiempos había encontrado yo la energía necesaria para ejercer una.

Anthony Trollope, *Autobiography*

Estaba un día en casa de mis padres, en 1982, cuando mi padre me habló de su amigo Peter, un tipo que dirigía la Beneficencia Católica. Peter vio cómo un par de policías cachas daba una paliza a dos sospechosos negros ya detenidos, se acercó a ellos para preguntar por qué y también recibió una paliza. Me pareció escandaloso.

—Alguien debería escribir sobre ello —le dije a mi padre.

—Quizá deberías hacerlo tú —dijo mi padre.

Llamé al director del *Twin Cities Reader*. Sonó vagamente interesado, como para salir del paso, y solo me prometió leer lo que escribiera.

Yo fingí que sabía lo que hacía —¿no consiste en eso la mayor parte de la vida?— y me puse a hurgar entre informes de la policía, expedientes disciplinarios y testigos pertinentes. Lo escribí con mi amigo David mirando sobre mi hombro. Cuando llegó el momento de entregarlo, acabé parlotteando sin parar delante de Brian, el director, e incapaz de entregárselo.

—Ah, sí, cuando me vendiste la historia —recordaba Brian cuando fui a verlo a su casa en 2006—. Sí, muy bien, te dije: «Dame de una vez el maldito reportaje. ¿Qué te parece que lo lea y tome una decisión?». Fue como si representaras el propio artículo, como en una *performance* de vanguardia. Te adelantaste veinticinco años a tu tiempo —concluyó Brian entre risas.

El reportaje apareció en la portada de la revista el 4 de febrero de 1982.

Era un visitante de otra parte de la ciudad y ya había visto suficiente. Se apartó de la multitud e hizo al policía una pregunta inapropiada. «¿Por qué ha hecho eso?». La pregunta le supuso [a Peter] un viaje al centro de la ciudad. Una breve estancia en el calabozo para hacerle la ficha y luego al hospital para que le examinaran la respuesta a su pregunta.

A este reportaje le siguieron muchos otros. Yo, que era una persona que odiaba pasar algo por alto, había encontrado un trabajo en el que se valoraba encontrar cada pequeño detalle. No era un fanático; era periodista, un loco con un propósito. El tirano obseso y codicioso que llevaba en mi interior había encontrado una forma de

expresarse a través de una actividad que me reportaría prestigio, recompensas y un motivo para hacer algo aparte de vivir colocado todo el tiempo.

—Tenías ahí dentro una energía mayor, una compulsión, un instinto obsesivo, como quiera que se llame eso que te lleva a hacer una cosa, y hacerla bien —dijo Brian—. Eras una fuerza de la naturaleza, y esa era una parte enorme de tu atractivo, por lo menos para mí, y creo que para mucha gente. Llegabas, enseguida caías bien, y lo mantenías mucho tiempo.

Brian y yo teníamos cubículos contiguos y compartíamos un procesador de textos situado entre los dos.

—Eran las nueve y media de la mañana, una hora rara para mí, pero allí estaba —recordó Brian—. De pronto, levanto la vista y aparece Carr, con pinta de no haber dormido o, si lo ha hecho, de no haberse cambiado de ropa. «Eh, Dave, ¿qué tal?». «Bien, Lambert, bien». Se sienta, y yo sigo tecleando. Oigo ruido de papeles, el cajón que se abre y se cierra, yo sigo tecleando, oigo un gran ruido y una exclamación de satisfacción. Son las diez de la mañana, pasan los de ventas y digo: «¿Qué tal, David?». «Sí, tío, estupendamente». No recuerdo dónde habías estado la noche anterior ni cuánto habías madrugado, pero aquel fue un momento inolvidable.

Nuestra redacción estaba justo al lado de una manzana mugrienta, Block E, que albergaba Moby Dick's, un bar que servía «jarras como balleneros». Solíamos ir allí a última hora, cuando la musa parecía necesitar algún empujón más.

Moby's era uno de los pocos locales en los que se mezclaba gente de todas las razas en un estado en el que hasta la mayor parte de los alimentos eran blancos: *lutefisk* [un plato a base de pescado], *lefsa* [un pan], océanos interminables de leche desnatada, semidesnatada y entera. Incluso la mantequilla era blanca. La reina de la feria era tan blanca como la mantequilla. Tan blanca como la fábrica de pinturas en *El hombre invisible*. Tan blanca como yo.

Moby Dick's no era blanco. La reina de mantequilla no lo frecuentaba. La puerta la vigilaba Clarence, que siempre me dejaba pasar por muy borracho que estuviera, porque siempre me mostraba educado y daba buenas propinas, en recuerdo de mis tiempos de camarero. Se trapicheaba en los rincones, pero la droga preferida era el alcohol: cócteles como los «separadores» y los «kamikazes», y arcoíris de chupitos. Se rumoreaba que las personas que tenían medallas por sus meses de sobriedad podían depositar una en el mostrador y volver a empezar a beber por cuenta de la casa. Nunca lo intenté.

Era lo más parecido que había a una gran ciudad; como Cheers, solo que con chulos, putas y chaperos. Me encantaba. Más que un tugurio, Moby's era un sitio muy divertido, que no tenía en cuenta los horarios ni los días de asueto de la gente normal. Siempre lo pasabas bien.

—Si alguien tenía ganas de lío una noche concreta, aparecía por allí, y todos te llamaban por tu nombre —dijo Brian.



Pasé muchas noches entre el Moby's y el trabajo, el trabajo y la Vida, en busca de información y de drogas. Mis colegas valoraban lo que hacía en el periódico, pero tenían que ser conscientes del desastre que se avecinaba. Un día llevé a Mary Ellen, una colega que siempre cubría mis ausencias en el trabajo, a coger una programación de cine para el periódico, mientras yo la esperaba en el coche.

—Salí y los policías te tenían contra la pared; en el asiento trasero del coche había unas tres mil multas de circulación —recordó.

Por cada imbécil funcional como yo tenía que haber una Mary Ellen, alguien que me dijera cuándo me estaba pasando, o que el jefe estaba harto, o que hiciera las llamadas necesarias para arreglar algún desastre que yo hubiera causado. Cuando fui

a verla a su casa del norte de Mineápolis, en el verano de 2006, sacó la camiseta con el lema «Soy amigo íntimo de David Carr». En general, se la había ganado, pero mi recuerdo era que, aquel día de las multas, fingió no conocerme.

—Dije: «¿Qué le pasa a mi amigo?». Lo dije. Me contestaron: «Señora, váyase al coche y espere sentada». Y eso me dio la oportunidad de esconder la hierba.

Me detuvieron con arreglo a las órdenes de arresto pendientes y luego me dejaron salir. Veinte años después de que Mary Ellen viera cómo me arrestaban, fui a verla y estuvimos hablando y riendo hasta altas horas de la noche, mientras ella bebía *whiskey* por los dos. Su novio, Michael, un cantautor de talento, había estado en la famosa fiesta de mi trigésimo cumpleaños, y todos recordamos que había compuesto una canción para la ocasión, *You might be surprised* [Quizá te sorprenderías], que hacía referencia a mi propensión a desbaratar planes. Veinte años después, agarró la guitarra y la cantó nota por nota, con una letra que capturaba bastante bien mi filosofía en aquella época:

No seas cobarde ante algo que no has probado.

Quizá sientas que puedes fracasar.

No es más que miedo y estúpido orgullo,

Así que ánimo, inténtalo.

No te rindas y no seas tímido.

Tal vez no lo logres a la primera,

Pero quizá acabes sorprendido.

U horrorizado, o retenido, o saliendo mucho más tarde de lo previsto.

* * *

Los recortes de aquellos días que hay en el sótano están pegados y son difíciles de leer, pero los perfiles de políticos, policías y unos cuantos ladrones todavía resultan interesantes. Sin embargo, cualquier orgullo por el trabajo hecho queda limitado por la idea de lo imbécil que debí de ser mientras los escribía.

Cuando Brian decidió dedicarse a escribir, Mark, el editor, puso en la dirección a su mujer, Deb, que no tenía ninguna experiencia periodística y era demasiado tímida para el puesto, pero que tenía muy claro lo que no sabía y se propuso aprenderlo de inmediato. Era la auténtica encarnación del decoro, y yo era una ofensa ambulante.

Estaba trabajando a sus órdenes en 1984 cuando entré en tratamiento, a instancias de mi primera esposa. Deb acudió a una reunión cuando se lo pidió mi consejero. Me entregó un artículo de seis mil doscientas palabras que había escrito sobre Noam Chomsky la semana anterior. Parecía una piñata en una fiesta de un niño de ocho años, un objeto delicado hecho añicos con palos.

Muchos años después, sentados en el borde de Loring Park, nos reímos sobre mi habilidad para escribir algo todavía más ampuloso que el propio Chomsky. Le pedí inmediatamente perdón por el infierno que les había hecho pasar a ella y a docenas de personas. Ella no quiso ni oír hablar del asunto.

—Dimos varias exclusivas magníficas. Tú tenías más acceso que casi todos los demás periodistas a los aspectos más interesantes de la vida política en la ciudad. Te trabajabas a toda esa gente e, incluso cuando revelabas cosas que tal vez ellos no querían que se supieran, tenías razón y no los maltratabas. Las llamadas que recibía hablaban inevitablemente de que eras una bomba de relojería, que no les parecías muy profesional. Pero entonces yo les respondía: «Dígame qué hay de equivocado en este reportaje. ¿Qué hay que no sea cierto?».

Al echar la vista atrás, no tuvo en cuenta los restos de coca revueltos con paquetes de sal y mostaza en el cajón de mi mesa, ni cómo destruía el ciclo semanal de noticias.

—Si me preguntas por todas las cosas negativas, la verdad es que las olvidé hace mucho tiempo —dijo—. No son las partes que se recuerdan, aparte de ser un elemento vagamente interesante y pintoresco. No es lo que más recuerdo. Recuerdo el trabajo bien hecho.

8

QUITAMANCHAS

En 2006 y 2007, mientras buscaba pruebas documentales de mi pasado, me di cuenta de que llevaba un retraso de varios años. Si hubiera empezado antes, quizá mi abogado defensor no habría desaparecido después de que le prohibieran ejercer ni se habría llevado mis papeles con él. Mi ficha policial —pequeñas faltas, sobre todo, aunque hay un cargo por posesión de narcóticos— sigue existiendo, pero con agujeros considerables. Algunas detenciones que yo recordaba como algo tremendo, en realidad, no fueron más que minucias. Y lo más extraño es un documento que me encontré sobre el arresto de un tal David Michael Carr del que yo no sabía nada. Parecía un tipo impresentable:

CHARGES ASSAULT 385.190, DAS 171.24			
PRISONER'S NAME (First-Middle-Last) DAVID MICHAEL CARR		CHECK IF HISPANIC ☐	D.O.B. 9/8/56
HOME ADDRESS [REDACTED] Oliver Ave. No.	HOME PHONE [REDACTED]	BUSINESS ADDRESS	AGE 31
ALIASES/NICKNAMES		OTHER KNOWN ADDRESSES	JUVENILE [REDACTED]
		OTHER PHONE	

Ese soy yo.

NARRATIVE: Give detailed account of offense and circumstances leading to arrest
Squad was southbound on Hennepin Ave. when officers observed the above defendant remove the complainant a party I.D.'d as William Y. Mikhil from the yellow cab he was driving. Defendant then began punching the complainant for no apparent reason. Officers exited squads subsequently placing the above defendant under arrest for the above charge. Complainant wished to sign a Citizen's Arrest which was later completed. A D.L. check was run on the defendant with officers later being advised that the defendant was DAS. Defendant was advised he was under arrest for the above charges, his vehicle towed to the Police Impound Lot, and he was transported to HCU and booked.
sdj-3/27/88

[El coche patrulla se dirigía hacia el sur por Hennepin Avenue cuando los agentes observaron que el acusado sacaba al demandante, identificado como William Y. Mikhil, del taxi que conducía. Entonces el acusado empezó a golpear al demandante sin motivo aparente. Los agentes salieron de su vehículo y arrestaron al acusado por los cargos mencionados. El demandante quiso firmar un arresto ciudadano y así se hizo. Se comprobó si el acusado tenía permiso de conducir y se informó a los agentes de que tenía su permiso suspendido. Se notificó al acusado que estaba detenido por los cargos mencionados, la grúa de la policía se llevó su vehículo al depósito municipal y él fue trasladado al juzgado para tomarle la ficha].

Y ese, también.

No tengo ni idea del motivo de la pelea ni de cómo conseguí «sacar» al tipo de su

taxi. ¿Estaba en marcha? ¿Y quién es William Y. Mikhail? No pude encontrarle, pero DonJack, un reportero al que contraté para que investigara lo que yo no fuera capaz de encontrar por mí mismo, siguió los pasos de Mikhail, Mikhail en realidad, hasta Melbourne, Australia, donde perdió su pista. ¿Seguirá enfadado o su arresto ciudadano le proporcionó sensación de justicia? No puedo pedir perdón ni saber más detalles de por qué nos peleamos. Pero la parte de «sin motivo aparente», sin permiso de conducir y, de pronto, sin coche, tengo que reconocer que todo eso es propio de mí. Estaba claramente fuera de mis cabales cuando empecé a «golpear al demandante», al parecer, delante de la policía. No recuerdo nada, salvo que estoy bastante seguro de que debió de empezar él.

LOS CHICOS PERDIDOS DE LA UNDÉCIMA AVENIDA

Esta es nuestra isla. Es una buena isla.
Hasta que los mayores vengan a
recogernos, vamos a divertirnos.

Ralph, en *El señor de las moscas*

El comienzo de la edad adulta es un proceso natural y paulatino. Nadie se despierta un día y decide: «Este es el día en el que voy a apartar para siempre las cosas infantiles y empezar a recortar cupones para Walmart». A su debido tiempo, la persona que solo se interesaba por las cervezas y los canutos empieza a darse cuenta de que la vida tiene otros aspectos —carreras, familias, casas— que reclaman su atención. Pero ser un adicto significa no hacerse nunca a la idea de que se es adulto. A veces, si lo requiere la ocasión, puedes disfrazarte de adulto y mostrar la responsabilidad y la seriedad suficientes para dar el pego, pero, el resto del tiempo, haces lo que quieres y cuando quieres.

Si uno pretende avergonzarse lo menos posible y, al tiempo, mantener apartada la madurez, necesita pensar que las actividades adultas son cosa de tontos, de pesados cuya idea de una noche loca es jugar al póquer con cuartos de dólar y beberse seis cervezas importadas antes de ver un rato de tele e irse a la cama. Por el contrario, cuando las pantallas de todas las casas empiezan a apagarse e indican el final del día, es cuando el adicto cobra vida.

Es una elección que no carece de valor. En aquel tiempo, si uno pasaba demasiadas noches delante del televisor viendo *The tonight show* y a Johnny Carson, de repente, antes de que se diera cuenta, estaba viéndolo en una residencia de ancianos preguntándose quién era ese Jay Leno que había sustituido a Carson.

En 1977 me fui a viajar por el oeste. En Montana vi a mi amigo Dale, que trabajaba en el ferrocarril; en Denver, a una amiga de la universidad, Sue; y en California hice nuevos amigos. Viajaba sin prisas y sin objetivos, haciendo autoestop y sin dar ningún detalle cuando me cogía algún coche. ¿Dónde vas? A algún otro sitio, decía.

Al final, los problemas de dormir a solas en cualquier lado me agotaron. ¿Debajo de un puente? Serpientes. ¿En el bosque? ¿Qué era eso que oía, un oso o un pájaro? ¿En un albergue de mala muerte en Cheyenne? Mmm, ese vaquero tiene un aspecto muy masculino, pero sus intenciones parecen demasiado amistosas. Volví a Mineápolis y me matriculé en la Universidad de Minesota. Más que porque tuviera

un objetivo claro en la vida, porque me había aburrido de no tenerlo. Para financiar mi regreso a la vida civilizada, me puse a trabajar en The Little Prince, donde conocí a Kim, mi primera esposa.

Kim no quiere hablar conmigo de esos tiempos. «Me alegra mucho no formar parte ya de nada de eso y no quiero volver». No es que me desee mal. Está casada con un amigo mío de la universidad y su reacción a los excesos de aquella época fue acercarse a la Iglesia y a Dios. Parecen muy felices. Sin embargo, cuando fui a verla, a una hora de Mineápolis, fue un encuentro muy incómodo; el equivalente a que un ladrón te visitara para preguntar qué te pareció que te robara parte de tu vida. Ella no tenía ninguna intención de sacar a la luz aquellos recuerdos. Es una persona inteligente, capaz de juzgar con frialdad cualquier asunto, incluido el tiempo que estuvimos juntos, así que eché de menos su aportación en mi esfuerzo de averiguar lo que hice y por qué. Pero admiré secretamente su negativa a satisfacer mis necesidades y mi narcisismo una vez más.

Nadie se explica bien por qué me casé con ella, ni siquiera yo. Era guapa y divertida. Pero era una de esas chicas que empiezan a coleccionar aspiradoras y tablas de planchar desde muy pronto. Empezamos a hablar de matrimonio al poco de conocernos. A pesar de mi pretendida rebeldía, no fui capaz de ser sincero con esta mujer ni conmigo mismo. Mi fotografía del brazo de mis padres en el vestíbulo de la iglesia, el día de mi boda, lo dice todo: es el retrato de un joven nervioso que sabe que está a punto de cometer un grave error.

Era un joven de veintitrés años completamente inmaduro, muy trabajador pero influido de forma clara por sustancias químicas que me distorsionaban el ánimo. Mi familia sabía que no estaba preparado para casarme, en absoluto, y la familia de ella, unos agricultores honrados que eran cristianos fundamentalistas, no sabía qué pensar de mí. Todo el mundo decidió sonreír, vestirse de beis y tener la esperanza de que todo fuera bien.

Kim pensaba, como en los mejores tópicos, que yo cambiaría. ¿Y yo? Yo no pensaba en nada de nada. Pero poco a poco comprendí, cuando empecé a trabajar, cuando compramos una casa, cuando veíamos a Johnny Carson y cuando nos íbamos a la cama, que, en efecto, había cometido un grave error. Uno no puede volverse normal a base de fingir que lo es.

* * *

Cuando estaba casado con Kim y vivíamos en el sur de Mineápolis, había un tipo al otro lado de mi calle, Ralph, menudo pero fuerte, con una voz que te podía arrojar al suelo (Ralph es un seudónimo). Llevaba el pelo corto y tenía unos brazos enormes; casi con el volumen y la fuerza de unas piernas. Trabajaba asfaltando carreteras, pero era listo, despierto e increíblemente guapo. Cuando le conocí, llevaba ya mucho tiempo en el negocio de la coca —sacando y metiendo de Florida de cien en cien

gramos, entre otras cosas—, y entonces acababa de divorciarse y estaba en pleno frenesí. Solíamos quedarnos en pie hasta altas horas de la noche, hablando de todo y esnifando.

Ralph era muy enérgico en todo lo que hacía, incluido cuando preparaba una raya. Si los montones que hacía hubieran sido de harina, podríamos haber hecho donuts con ellos. No se andaba con tonterías ni con minucias. En casa de Ralph, el ambiente era más *Scarface* que Studio 54.

Estaba ligeramente loco, pero tampoco era un desastre completo. Iba a trabajar, aunque hubiera dormido muy poco, y se mantenía bien provisto de coca —cosa nada fácil— con todo tipo de trucos, algunos casi timos, pero siempre al límite de la legalidad. Ahora bien, podía enloquecer en un instante, convertirse en una mezcla andante de rabia apenas contenida y atavismo, así que teníamos alguna que otra cosa en común.

Cualquier noche, a lo mejor, uno de los dos había decidido tomárselo con tranquilidad, hacer una pausa y entonces el otro lanzaba un cable luminoso de fibra a través de la Undécima Avenida del sur de Mineápolis. Solo una, decía yo. Solo una, decía él. Y ya no parábamos.

No todo era oscuro y patológico entre nosotros. Nos lanzábamos botellas de un lado a otro de la calle, partidas muy serias de *frisbee* (si es que esto es posible), cenas de Acción de Gracias con huérfanos y ratos de hacer el payaso con todos los niños de la zona. Teníamos amigos maravillosos en común, organizábamos muchas barbacoas estupendas y cuidábamos el uno del otro como hacen los buenos vecinos.

Aquello ocurrió a principios de los ochenta, y conseguimos mantener bastante la cabeza. Un fin de semana, alguien reservó una cabaña en el oeste de Wisconsin, en Lower Clam Lake, tocó el silbato y, antes de que nos diéramos cuenta, estábamos de excursión. De camino, nos pararon en Siren, Wisconsin, por disparar enormes cohetes desde mi descapotable, pero el *sheriff* era un buen hombre y dijo que si prometíamos ir directamente a la cabaña alquilada, no nos detendría.

Ralph llevaba ya tres días de farra, esnifando poco a poco una piedra de coca del tamaño de una pelota de béisbol. Cuando llegamos a la cabaña, era más bien una pelota de golf: todavía muy grande, pero sometida a fuerzas entrópicas ineludibles.

Ralph estaba encantado de compartirla hasta que tuvo la impresión de que se le podía acabar. Estábamos divirtiéndonos todos en el porche y él estaba sentado en un rincón con su pelota de golf, enfurruñado y metiéndose rayas. Todos estábamos haciendo lo que podíamos con lo poco que teníamos y le presionábamos para que nos diera más, sin resultado.

Entonces, Ralph, que se había metido por lo menos dos gramos de coca en dos horas, se quedó dormido como un heroinómano cualquiera, con un espejo y una bola de coca en el regazo. Comprendimos lo que debíamos hacer. Le llamé un par de veces, cada vez más alto, y no se despertó. Cogí unas pinzas de la cocina —Ralph tenía unos brazos enormes y musculosos, y no quería que me atrapara si se despertaba

— y, manejándolas con una destreza sorprendente, procedí a quitarle la mencionada bola de coca. La llevamos a la cocina y, entre risas, recortamos los lados en porciones iguales, solo unos cuantos gramos para que el resto siguiera siendo una bola decente, salvo que ligeramente más pequeña. Después, volví a ponerla en el espejo de su regazo.



Alguien tenía cuaaludes. Siempre me costaba dosificar bien las pastillas. Me parecían tan pequeñas y tan fáciles de ingerir, que ¿por qué limitarme a una? Después de tomarme dos, o cuatro, o no sé cuántas, me llevé a Donald y a una chica llamada Jennifer a dar una vuelta en coche al amanecer. Me pareció que delante tenía una preciosa colina a la que podíamos subir para ver alzarse el sol, pero resultó ser un pantano, y enterré mi glorioso Pontiac hasta las ruedas.

Volvíamos andando por la carretera cuando pasó el mismo poli de la noche anterior.

—¿Es suyo el coche ese del pantano?

Sí.

—Súbanse. —Nos llevó a la cabaña en la que nos alojábamos y les dijo a los demás que me mantuvieran dentro un rato.

En definitiva, salí indemne pese a haber hecho varias estupideces seguidas. Y tampoco me pasó nada por haber empequeñecido la pelota de golf. Siempre me ha dado un poco de vergüenza. Creo que el término legal para lo que hice es... robar. Pero la verdad es que Ralph se lo merecía. Aun así, me preguntaba si él se había dado

cuenta.

* * *

Muchos años después, estaba sentado con Ralph ante una mesa de pícnic en una pequeña ciudad del medio oeste y, aunque no nos veíamos desde hacía largo tiempo, seguíamos teniendo muchas cosas en común. Los dos habíamos abandonado la coca, teníamos hijas más o menos de la misma edad y los dos nos habíamos juntado con mujeres que acabaron yendo a la cárcel. La mujer de Ralph empezó a darle un poco a la coca y, de pronto, casi enseguida, se convirtió en lo único que le importaba.

Ralph tenía buen aspecto, pero siempre lo tenía. Le confesé lo que había pasado aquella noche en Clam Lake.

—Te quedaste dormido con la pelota de golf en el regazo y nosotros... le dimos nueva forma —balbucí por fin.

—¿De verdad? ¡Nunca me enteré! Veinte años más tarde. ¿Le disteis nueva forma y se convirtió en una pelota de golf más pequeña?! —Parecía impresionado, cosa que me alivió.

Al examinar el currículum de Ralph, uno veía esa vida de colocar asfalto y hostigar a la gente, las múltiples esposas, los trapicheos de cantidades serias, la voz atronadora que decía tonterías, y podía concluir que era un cabeza hueca. Pero había tenido la precaución de ahorrar un poco, y se compró una casa en un pueblo agradable. Con casi sesenta años, seguía yendo a trabajar cada mañana, dejaba a su hija en la guardería antes del amanecer y volvía a casa cuando ya había anochecido. En invierno descansaba y se llevaba a su hija de excursión. Su exmujer estaba en prisión, una vez más, después de haberse escapado varias veces.

Ralph conoce más de una historia, y me contó unas cuantas que se me habían olvidado. Como la vez que fue con una mujer al Anchorage, un restaurante de pescados en un hotel en el que trabajé en los años ochenta. Era un buen local. Recuerdo la anécdota muy vagamente, pero él la cuenta con gran lujo de detalles. La chica con la que iba era la encargada de un prostíbulo, aunque con pinta de mujer guapa y normal. Habíamos acordado previamente que se sentaría en una de las mesas a mi cargo, y yo fui discreto durante toda la cena, sin dejar ver que nos conocíamos. Las mesas eran reservados con cortinas, y yo, para respetar su intimidad, anunciaba mi llegada antes de asomar la cabeza.

Según cuenta Ralph, cuando acabaron de cenar, abrí esas cortinas con el carrito de los postres, que seguramente incluía una tarta sin harina, una *mousse*, alguna tarta de licor y un platillo con tapadera plateada. Entré en el reservado y expliqué cada uno de los postres y entonces, con un gran gesto, levanté la tapa, que reveló una piedra enorme de cocaína, una cuchilla de oro y una pajita: los objetos que me había entregado él antes para que los presentara así.

—La chica lo miró, y me miró a mí, y te miró a ti, y volvió a mirar el plato, y a

mirarme a mí, y a mirarte a ti, y yo dije: «Mmm, qué buen aspecto; ¿qué te parece que terminemos la noche con eso, te parece bien?». Y ella no dejaba de mirarme, y de mirarte a ti, y de mirarme a mí, y dijo, sí. Y tú me seguiste el juego: «Muy bien, señor, una buena selección, sí, bien escogido. Creo que les gustará». Y cerraste las cortinas y te fuiste.

Que conste que a *esa* pelota de golf no le di nueva forma antes de llevarla de postre.

* * *

Durante la conversación, las provisiones —cuando había muchas y cuando no había ninguna— se erigen en el tema principal de nuestros recuerdos. A principios de los ochenta, a Donald, a Ralph y a mí nos invitaron como padrinos a la boda de nuestro amigo Orv, que se iba a celebrar en Grosse Pointe, Michigan, donde vivían los padres de su novia, Patty. Mi mujer, Kim, con el presentimiento de que todo podía acabar mal, no quiso asistir, y recuerdo que pensé, muy satisfecho, que se equivocaba, que se iba a perder una fiesta espectacular. Nuestra reputación nos precedía, así que nos habían asignado para todo el fin de semana a una especie de coordinadora, cuya tarea consistía en evitar que fuéramos impuntuales y que nos cargáramos el acto.



Volamos a Chicago, alquilamos un coche, un Lincoln Town Car, y fuimos hasta Detroit. Cuando llegamos allí, ya estábamos bastante deshechos. Como conocía la

tendencia de Ralph a consumir unas cantidades inimaginables de coca, escondí una parte en el coche cuando no miraba, para que, cuando se nos acabara —iba a pasar tarde o temprano—, nos quedara alguna reserva.

Orv y Patty estaban tan felices y guapos como era de esperar —todavía hoy siguen casados— y, en general, nos contuvimos bastante. La recepción se celebró en un precioso y elegante club de campo y, cuando el grupo musical tocaba sus últimas canciones, Ralph vino a decirme que se había quedado sin nada.

—Qué coincidencia, yo también —contesté, sin inmutarme.

—¿No tienes nada? —preguntó Ralph. En realidad, era casi verdad. Lo que me quedaba (no gran cosa, la verdad, un montoncito que a mí podía durarme un rato, pero que Ralph podía esnifar vorazmente de una sentada) estaba en el coche.

Al cabo de unos minutos, me pidió las llaves del coche. Se las di sin preocuparme. Lo que tenía estaba muy escondido. No iba a encontrarlo.

El banquete empezó a vaciarse, y Donald y yo fuimos a buscar el coche, pero había desaparecido. Pasaron los minutos y entonces vimos que Ralph pasaba conduciendo, de un lado a otro, con las luces interiores encendidas de tal forma que podíamos ver su sonrisa. Había secuestrado el coche para fastidiarme. Se acercaba y luego se iba. Su radar de yonqui le decía que yo tenía algo, y quería demostrarme que lo sabía.

Por fin se cansó del juego y se acercó con la ventana abierta. Le agarré y le saqué a través de ella y, antes de que se diera cuenta, estaba boca abajo en el parterre delante del club de campo. Donald y yo nos metimos en el coche y nos fuimos.

De vuelta en el hotel, estábamos todavía riéndonos cuando llamaron a la puerta. Era Ralph, jadeante, con tierra en el esmoquin, blandiendo un cuchillo de untar mantequilla. Ya no estaba enfadado por la coca ni porque le hubiera ganado. Pero a un amigo no se le abandona en el jardín de un club de campo (algo así como cuando Donald me dejó en el Cabooze). Para cuando llegaron los guardias del hotel, Ralph estaba dándome bien y yo estaba de cabeza contra la puerta de la habitación de al lado. No salí bien parado: la mano fracturada, la cabeza inclinada hacia babor y una cojera.

En el camino de vuelta a Chicago, por la mañana, reinaba el silencio en el Lincoln, y en el vuelo a Mineápolis nos sentamos en filas separadas. Kim nos recogió, con una mezcla de enfado y satisfacción por saber que había acertado quedándose en casa.

Ralph y yo tenemos cosas de las que arrepentirnos, algunas de ellas, de aquella noche. Pero no podemos dar muchas explicaciones.

—Bueno, las drogas y el alcohol —decía Ralph a través de sus gafas de sol, con los brazos apoyados en la mesa de pícnic—. Creo que quizá más el alcohol que las drogas. Todo el mundo estaba esnifando y bebiendo y, al fin y al cabo, ¿cuánto puedes beber? ¿Cuánto puedes beber?

Mucho.

—Así que, en ese incidente concreto, sabes, lo recuerdo todo de forma muy vaga, todo de la misma forma. Quizá no los detalles. No sé, le preguntas a un tío que está borracho y colgado si sus recuerdos coinciden con los de otro tío que está borracho y colgado.

Donald tiene un recuerdo difuso de los detalles de aquel fin de semana. Recuerda hacerse jirones el esmoquin en lugar de quitárselo, recuerda que se nos acabó la coca y recuerda a Ralph dándome una paliza en el hotel. Ah, sí, y recuerda que me lo merecía.

Nuestra amistad —el compadreo entre el periodista en ciernes y el viejo obrero especialista en asfalto— era una pequeña manifestación de la teoría de la vida como un bar, según la cual, hay un tejido común que nos une a todos en cuanto tenemos una cerveza en la mano. O, por extensión, una raya de coca. Incluso dos décadas después, yo seguía sin entender cómo podía Ralph levantarse cada mañana y manejar el camión atronador, el asfalto ardiente que había que repartir a paladas, al capataz que nunca parecía satisfecho. Yo me las arreglaba para salir adelante, pero, por Dios, él trabajaba de verdad. Pues resulta que él estaba mucho más preocupado por mí.

—Cuando venías por la mañana para tomarte un café, que te hacía muchísima falta, tenías mierda en la corbata, en la camisa, el aliento te olía a vómito de tal forma que era difícil hablar contigo desde el otro extremo de la habitación. Yo me preguntaba a menudo cómo podías salir así, y tú no parecías darte cuenta. Te decía: «Joder, David, ¿no te vas a limpiar?». Y tú contestabas: «No, tengo que irme, tengo que irme».

»Te ibas, y yo te decía adiós, y te llenaba la taza de café, y meneaba la cabeza y pensaba: “Dios mío, cómo vas a conservar tu trabajo en semejante condición”.

Ralph mantuvo esa vida durante un tiempo, pero aquí estábamos los dos ahora, mostrándonos a nuestras hijas en unas fotos arrugadas por estar en la cartera, hablando sobre las ventajas de las guarderías, los problemas de ser padres solteros y las dificultades de ligar en esa situación. Éramos dos antiguos folloneros que ahora tenían que explicar a sus hijas por qué se habían ido sus madres y por qué nuestras familias no eran como las de los otros niños.

Por encima flotaba lo absurdo —la brutal ironía— de que las cosas hubieran acabado así, teniendo en cuenta que habíamos arruinado del todo, o casi del todo, las vidas de todas las mujeres con las que habíamos estado. Pero entonces Ralph explicó algo que yo seguramente sabía, pero nunca había sabido expresar.

—En mis otros matrimonios y con mis otros hijos, yo disculpaba lo que hacía porque tenían a sus madres —dijo—. No era un buen padre, pero ellos tenían un hogar sólido, iban a la iglesia los domingos y todo lo demás. Hasta que, de pronto, me convertí en *ellas*. Tenía una hija. ¿Qué iba a hacer? Tuve que convertirme en ellas.

Se convirtió en una de esas personas que corren a recoger a su hija en la guardería, le dan de comer, la acuestan, ponen a Jay Leno y se quedan dormidas antes

de que termine el monólogo de presentación.

—Te diré una cosa: Cuando vi a mi hija, me convertí en todas las demás personas de mi vida —dijo. No podía verle los ojos tras las gafas, pero comprendí que era un momento emotivo—. Me convertí en mis exmujeres. Las vi y pensé: «Qué gilipollas debo de haber sido, porque es horrible estar casada con un drogadicto». Me empujó a no querer serlo. No quería ser lo que veía que era otra persona. ¿Tiene sentido?

10

EL CHOQUE FUTURO

En el otoño de 1978, a algunas personas de mi entorno les preocupó que estaba dejando de ser un simple juerguista para convertirme en algo más patológico. Fui a ver a un psicólogo muy moderno, Peter, un tipo capaz de hablar del maravilloso concierto de Talking Heads que habíamos visto esa misma semana para luego explorar por qué yo había acabado con la cabeza en el retrete muchas horas después. Peter había adquirido cierta fama de ser un tipo que no se creía del todo que la adicción fuera una enfermedad. Pero, de serlo, no tenía ninguna duda de que yo la padecía.

Peter: ¿Crees en la patología de la adicción?

David: Sí.

Peter: Pues, en mi opinión, tienes todos los indicadores relevantes.

David: Lo sé desde hace tiempo, pero siempre pensé que podría seguir tonteando otros diez años.

Peter: Seguramente puedas.

Entré en mi tratamiento definitivo de rehabilitación diez años después.

Busqué a Peter para confirmar esta conversación, pero, después de que le quitaran su licencia para ejercer, había desaparecido del mapa. Cuando terminé el libro, DonJack, el reportero que me ayudó a atar cabos sueltos, encontró a su hija en Chicago, y ella prometió hacerle llegar un mensaje. Al poco tiempo, Peter me llamó desde Noruega. Resulta que se había producido algún desastre con uno de sus pacientes y poco después se fue de Estados Unidos. Recordaba muy bien mi caso: que era cocainómano, que estaba casado con alguien con quien no debería haberlo estado, que tenía trabajo y gozaba de respeto en la profesión a pesar de mis aficiones. No se acordaba exactamente de la conversación que tengo tan grabada en mi memoria.

—Quizá dije algo parecido, que si tú creías que eras un drogadicto, seguramente lo eras —dijo—. Recuerdo que en tu familia había mucho alcoholismo y que tenías muchos problemas en tu matrimonio.

»¿Quién sabe qué pasa por la mente de cada uno? Tú vivías en una cultura para la que, en aquella época, la coca no era un problema, a pesar de que era evidente que sí te estaba creando problemas a ti. Eras muy joven y te escribías la mitad del periódico, unas tres mil palabras a la semana. Estabas lleno de estrés y trabajabas sin descanso.

¿Y lo de los diez años?

—No trataba de ser profético ni nada. Simplemente me imaginé que, con veinticuatro años, sí, era probable que pudieras estirar un poco más tu ritmo de vida y que, al final, te toparías con una pared. Supongo que es lo que te pasó.

11

TODO UN HOMBRE

Si Tony Soprano nunca hubiera matado a nadie, si de verdad hubiera querido a Carmela y la hubiera tratado con respeto, si lo único que hiciera fuese beber y reírse y meterse en algún lío que otro, quizá podría tener una vida similar a la de Fast Eddie. Jubilado desde hacía mucho de los viejos tiempos y de los malos hábitos que los acompañaban, Fast Eddie y su novia, Laurie, regentan un restaurante en un viejo edificio remodelado de un precioso pueblo a orillas del Misisipi, en el lado de Wisconsin. Echa tanto de menos las viejas esquinas y a los tontos que trapicheaban en ellas como a una china en el zapato: nota que le faltan, y le parece muy bien.

Eso no quiere decir que sea ni haya sido inofensivo. Mi viejo vecino, Ralph, dice que Eddie fue una vez a cobrar con una escopeta recortada, pero Eddie, muchos años después, lo niega. «Él solo creyó que yo la tenía. No había ninguna escopeta, joder». (Es curioso que el espectro de las armas recorre muchas de nuestras historias pero, veinte años después, no he conseguido descubrir que nadie tuviera nunca una).

Eddie es un buen narrador, pero no siempre recuerda los detalles, una debilidad que compartimos. Pero estuvo presente en casi todo, lo bueno y lo malo, y yo me alegraba de tener cualquier excusa para estar con él. Donald, él y yo tuvimos una especie de reencuentro en el verano de 2007. Yo usé una palanqueta y varios imperativos para sacar a Donald de su choza en Newport. «¡Nos vamos de viaje, gilipollas! —grité en el teléfono—. Me paso por ahí a las nueve». Donald salió completamente equipado con cañas y aparejos, y nos fuimos a casa de Eddie, al otro lado del río. Tomamos un bote hasta una barcaza de pesca que estaba anclada y, nada más llegar, Donald capturó una lucioperca.

Yo seguí pescando mientras Donald y Eddie se escondían detrás de una esquina de la barcaza para fumarse un porro, solo para dar aún más chispa a un día de verano. Donald, siempre preocupado por las provisiones, había traído casi dos litros de Old Grand-Dad. Tantos años después, ¿me entraron deseos de ayudarle a consumir todo aquel *whiskey*? No. Tal como soy yo, de haberme sumado a la bebida, a pesar de los dos litros, habría estado todavía más preocupado por la cantidad que nos quedaba, atrapados en medio del río. No quise probarlo, gracias.

Eddie es un hombre en el más completo de los sentidos. Paga sus facturas, trabaja como un mulo, juega bien al golf, no hace trampas con los golpes ni las reglas y no engaña a su novia. Le he visto en verdaderos apuros y nunca se daba por vencido, nunca echaba la culpa a nadie sin motivo. Se ponía contento cuando las cosas le iban bien y filosófico cuando no. Tener a Eddie como amigo —es padrino de mi hija pequeña y una especie de padre para mis gemelas— hace que casi mereciera la pena

todo el caos de aquellos días. Si nunca me hubiera desviado, si nunca me hubiera abierto camino en la parte más siniestra de la ciudad, nunca le habría conocido.

Procede de una familia en la que algunos son verdaderos gánsteres, que te daban la bienvenida y eran todo sonrisas, pero siempre estaban buscando provecho. Mientras que ellos entraban y salían de la cárcel, Eddie acabó teniendo un par de restaurantes agradables. Él se ocupaba de los clientes mientras Laurie pasaba día y noche organizándolo todo en la cocina.

Su vida siempre ha sido así. Mientras otros iban de gánsteres y consumían droga como auténticos yonquis, Eddie se ocupaba del negocio. «Siempre entendí los números», dice ahora. Hubo muchos viajes a través del país aderezados con marihuana —en coches abarrotados— y, al final, bastante cocaína. Los demás quemábamos cualquier dinero que ganábamos, pero Eddie ganaba más, y se las arregló para tener siempre latas de café guardadas aquí y allá. Su único defecto era su generosidad. Eddie se siente desnudo si no lleva grandes fajos de billetes, y solía repartirlo entre todos nosotros. Llamaba «cupones» al dinero. Le he visto sacar un fajo del tamaño de un sándwich de jamón en el Meatpacking District de Nueva York, en un pueblo con estación de esquí en Colorado, en un bar con clientela local en Wisconsin y en la mitad de los garitos de Mineápolis, y siempre pasaba lo mismo. El fajo era una demostración de poder, como un arma, salvo que más amigable. La gente —incluso los desconocidos— respetaba al tipo con el bolsillo lleno de dinero, la risa que repiqueteaba y la tendencia a besar a sus amigos varones. Y yo siempre he sido uno de ellos. Me enseñó muchas cosas. A contar, a cobrar, a disparar recto con flechas torcidas. Eddie me enseñó buenas maneras.

Una vez, estábamos en un bar de *strippers* en St. Paul. Yo conocía a una de las chicas, una cocainómana idiota pero de una belleza exquisita. Utilizaba sus dones físicos para sacar propinas a los tontos en primera fila. Yo le fascinaba; en realidad, le fascinaba la coca que siempre llevaba en el bolsillo, pero ¿para qué entrar en detalles? La llamaré Misty o cualquier otro nombre típico de *stripper*. Por ejemplo, Cherri. No podría recordar su nombre, ni el verdadero ni el artístico, ni aunque de ello dependiera acabar con el hambre en el mundo. El caso es que acabó su número, recogió los billetes y se acercó desnuda a nuestra mesa para dejarse caer en mi regazo, que era el momento que yo estaba esperando, cuando me adueñaba de las fantasías de los demás hombres presentes.

—Cariño, ¿conoces ese sitio que hay enfrente, hacia ahí? —dijo, señalando la puerta—. ¿El sitio con esos tacos tan ricos? Tengo muchísima hambre y tengo que prepararme para mi siguiente número. ¿Podrías ir un instante y conseguirme un par de tacos de carne?

—Claro, preciosa, ningún problema —contesté, mientras ella se iba corriendo detrás del escenario para ponerse otro traje que se quitaría en cuanto llevara minuto y medio de la primera canción de su número.

Entonces, Eddie se detuvo y dijo:

—Si le traes tacos a esa zorra, no volveré a dirigirte la palabra —dijo, casi en un susurro. Y luego, en voz más alta—: No traemos tacos a *strippers*.

Nos fuimos. Más de veinte años después, le pregunto a Eddie por aquella noche en la Green Lantern.

—En realidad era Lamplighter, así que te acercas —dice riéndose.

Cerca era siempre suficiente para Eddie y para mí. Tenía una inmensa paciencia con mi dudosa habilidad para los negocios.

—No te ha ido mal, hemos terminado en cero —decía, mientras daba sorbos a la última copa—. El balance fue cero, así que ha estado bien, en comparación con mucha gente. Muchos se han ido en negativo.

Ninguno de los dos tuvo problemas graves con la ley.

—Pura suerte —dice Eddie ahora, desde la distancia.

Durante gran parte del tiempo que Eddie y yo nos corrimos esas juergas, yo salía con Doolie, una guapísima camarera y estudiante que le adoraba a él más que a cualquier otro de mis amigos. Una vez, en 1987, los tres bebíamos con otros amigos, a plena luz del día, en McCready's, nuestro local favorito en el centro. En un momento dado, Doolie fabricó un cartelito con un posavasos y una cuchara de agitar cócteles que decía: «Es broma». Alguien decía algo verdaderamente escandaloso, una barbaridad, y levantaba el cartel. Era más gracioso de lo que parece, pero también es cierto que estábamos borrachos. Alguien habló de volar a Chicago a pasar la noche, una cosa llevó a la otra, y llamamos a Leaping Lenny, un piloto al que conocíamos. Eddie le había conocido cuando quiso aprender a pilotar. Aunque Eddie había volado a solas, no tenía licencia para llevar pasajeros ni podía alquilar un avión por su cuenta. Lenny, que estaba autorizado, aunque tampoco era miembro de Mensa, se apuntó de inmediato.

—Fue idea tuya —dice Eddie ahora—. Siempre estabas lleno de ideas [era una característica que encajaba bien con el bolsillo lleno de dinero de Eddie].

Nos fuimos pitando al aeropuerto y le dijimos a Lenny que estuviera preparado porque queríamos estar en State Street al anochecer. Nuestro equipaje consistía en un palillo tai, varias botellas de Dom Pérignon, el habitual fajo de billetes de Eddie, catorce gramos de cocaína madreperla en un molinillo y un cartel que decía «Es broma». Todo guardado y a mano.

—No era Dom —corrige Eddie—. Era ese que tiene flores en la etiqueta.

Le digo que creo que éramos seis en la excursión, pero Eddie vuelve a corregirme:

—Era un cuatro plazas. —Más tarde, Doolie recordó que había seis personas, entre ellas Belinda, la novia que tenía Eddie en aquel entonces. Eddie reconoció que tenía razón.

Volamos en un Cessna, probablemente un 205, una especie de monovolumen con alas. Fuimos bebiendo y esnifando todo el camino, mientras Wisconsin se extendía bajo nosotros al tiempo que se ponía el sol. Nos reímos de los idiotas que estaban

atascados en la autopista y brindamos con champán por nuestra buena suerte. Creo recordar que el piloto se abstuvo de tomar nada hasta que aterrizamos.

—No me imagino a Lenny tomando algo... —dice Eddie con falsa seriedad, y luego añade—: ¡Por supuesto que sí! —Durante el trayecto, Eddie, con su experiencia de la escuela de vuelo y todo eso, estuvo sentado en la parte delantera y nos habló sin cesar sobre los matices de volar. «Basta ya de lecciones, Johnny Quest, ¿puedes pasar el molinillo, por favor?».

Después de dos horas en el aire, todos necesitábamos ir al baño. Eddie hizo pis en una de las botellas vacías de champán e intentó pasarla después, toda caliente. Doolie comentó: «Es malo para la moral del equipo, Eddie».

Cuando por fin sobrevolamos el centro de Chicago, era ya de noche, así que, en la oscuridad del Lago Michigan, nos costó vislumbrar la pista de Meigs Field, y tuvimos que hacer varias pasadas. Aterrizamos justo antes de que apagaran las luces del aeródromo hasta la mañana siguiente y nos fuimos al centro.

Chicago era algo tremendo para unos tipos de Mineápolis que habían improvisado una escapada espontánea. Nos saltamos una cola inmensa en el Limelight. («Entramos, tiramos al suelo unos cuantos billetes de veinte y nos fuimos», dice Eddie). Luego nos emborrachamos en el Kingston Mines hasta las cuatro de la mañana, mientras Sugar Blue tocaba el arpa; no teníamos una habitación de hotel. («Sí teníamos, en el Marriot, pero no las usamos», dice Eddie). Contemplamos el amanecer en el lago y nos pasamos todo el día siguiente de juerga en juerga, con paradas en la Billy Goat Tavern y otros locales menos renombrados.

En el camino de vuelta, a la noche siguiente, Eddie, al margen ya de las glorias de la aviación privada, se derrumbó en el asiento posterior y se durmió. Yo me senté delante con Lenny, que también estaba agotado. Volamos en medio del frenético tráfico de O'Hare, que me aterrorizó todo el camino. «A las dos en punto, Lenny, y parece muy grande. No ese, hay otro más grande ahí». Para cuando salimos a los cielos negros de Wisconsin, yo ya tenía ganas de venganza.

—Lenny, ¿podemos apagar las luces?

Lenny me entendió de inmediato.

—Puedo apagar también las luces de funcionamiento. Y, si quieres, puedo forzar un poco el motor. —Todo se quedó a oscuras y el motor empezó a petardear y a soltar humo.

—¡Eddie, despierta! —grité—. ¡No tenemos electricidad, ni instrumentos de navegación, hemos perdido el horizonte y el motor no suena nada bien!

Lo repetí varias veces mientras Eddie se despejaba. Tardó varios segundos en comprender la aparente gravedad de la situación. Se levantó tartamudeando, y entonces Lenny encendió de golpe las luces. Eddie miró el cartel de «Es broma» que tenía yo en la mano. Una vieja anécdota, contada muchas veces, en esta ocasión con alguna puntualización de Eddie. Pero siempre acaba igual.

—Me engañaste bien —dice Eddie, mientras se da palmadas en la rodilla, entre

risotadas.

* * *

A mediados de 1987, hubo un momento en el que me pasé de la raya, y Eddie dejó de reírse. No recuerdo con exactitud cómo surgió el muro que interrumpió nuestra amistad, pero Eddie, sí.

Mientras tomaba un sorbo de su bebida, Eddie recordó que se había quedado dormido en mi apartamento del sur de Mineápolis y se había despertado cuando amanecía. Yo estaba en la cocina con otros tipos patéticos, metiéndome un chute más.

—Te veo con esos dos yonquis de mirada vacía cocinando algo en una cuchara —dijo—. No sé los que estabais haciendo, pero algo se cocía. Lo único que recuerdo es a vosotros tres sobre la llama azul. Era muy temprano, las seis o así, y recuerdo que os vi y sentí que se me revolvía el estómago. Y tú estabas preparándote para pincharte, pero no sé qué era. Me fui al baño, salí, y recuerdo mirarte y decir: «David, tengo que irme a casa». Y me fui. Me fui a casa. Poco después tuvimos la conversación.

¿La conversación?

—Hablamos de que, si querías suicidarte, lo hicieras, pero yo no podía verlo, no podía seguir contigo. —De pronto se hizo el silencio en el salón de su casa. Me contó que se había dirigido a mí de hombre a hombre, dejando al margen todas las tonterías, para decirme que no podía soportar que me convirtiera en uno de esos imbéciles que vivían para chupar una pipa de cristal. Y luego se fue.

Acabé con un nuevo grupo de compañeros de juerga, gente que vivía y respiraba la vida de cocainómanos sin que le importaran otras cosas. Uno a uno, mis amigos de los viejos tiempos se fueron yendo, comprobando de vez en cuando si aún seguía vivo y, al ver que no había nada que hacer —yo no escuchaba a nadie, dijeran lo que dijeran—, volvían a dejarme a solas con mi obsesión.

Cuando, por fin, recuperé la sobriedad, Eddie fue el primero en ayudarme a recomponer mi vida, en comprarme Coca-Cola Lights con el mismo entusiasmo con el que me proveía de *whiskey*. Si echaba de menos mi versión descontrolada, nunca dijo nada, y se enorgulleció mucho más que yo de mis logros profesionales posteriores. Fue mi padrino de boda, mi padrino de vida.

EL DELINCUENTE EN LOS JUZGADOS

Necesitas muy poco, pero quieres mucho más.

The Replacements, *Dose of Thunder*

Sobre el papel, en concreto sobre el papel de periódico, la etapa de mediados de los ochenta fue muy positiva para mí. Di exclusivas, gané premios y empecé a sentir de qué era capaz como periodista. Cuando seguía la pista a una noticia, era como un perro sabueso. Hubo reportajes que tiraron de la manta sobre un banco de alimentos que daba de comer mucho mejor a sus directivos que a sus clientes, y una historia que adquirió relevancia nacional sobre un policía de Mineápolis que había utilizado un programa de vigilancia, Target 8, para vengarse de un enemigo personal. Según el *Star Tribune* de Mineápolis, durante ese periodo obtuve cinco premios Page One. Pero si recibí un puñado de cachivaches de metacrilato por mis éxitos, ahora no los encuentro.

Las bandas callejeras, atributo histórico de la vida en las grandes ciudades, estaban llegando a Mineápolis y St. Paul, quedándose con las esquinas de la droga, infiltrándose en las organizaciones sin ánimo de lucro y, de vez en cuando, matando a alguien. Nadie prestó mucha atención hasta que murió una joven blanca. Christine Kreitz, una joven desorientada que empezó a relacionarse con los Gangster Disciples, tuvo la mala suerte de que la tomaran por una chivata —no lo era— y la ejecutaran en un parque cerca de mi casa. En aquel entonces trabajaba para un semanario alternativo y, fascinado por el Nuevo Periodismo, solía entregar mis trabajos escritos con un gran lápiz morado. El reportaje comenzaba así:

Christine Kreitz murió siendo una leal Discípula. Creía que los Disciples^[6] eran su familia. Creía que eran sinceros cuando decían que la querían. Creía demasiadas cosas, demasiadas. Christine dio su vida a la Black Gangster Disciple Nation. Se mantuvo callada, hizo lo que le ordenaron y, como recompensa, los Disciples la ejecutaron.

Twin Cities Reader, 16 de julio de 1986

Cuando el reportaje se publicó, me dieron por todos lados. El entonces jefe de policía insinuó que yo estaba conjurando a un nuevo monstruo con mis exageraciones y se burló de mí. Y los miembros de las organizaciones negras pensaron que había

condenado a un amplio segmento de la comunidad. Me invitaron a lo que pensé que sería una reunión cordial patrocinada por la Liga Urbana de St. Paul y acudí solo, después de haber trasnochado y haber dormido poco, convencido de que podría arreglármelas. Eran más de cien personas en un sótano ardiente y oscuro, con las únicas luces dirigidas hacia mí. La multitud me machacó durante noventa minutos seguidos y, cuando me fui, vi unas cuantas sonrisas, incluidas las de varios pandilleros que conocía. Salí muy despacio, sin querer dar muestras de miedo, pero, al llegar al coche, estaba empapado en sudor.

En general, todo me resultaba estimulante. Pero, fuera del trabajo, las cosas no iban bien. Tenía problemas en mi primer matrimonio por vaciar nuestra cuenta corriente, desaparecer durante días y no actuar ni como un marido ni como un adulto. A petición de mi mujer y a exigencias de mi familia, en 1985 entré por primera vez en un centro de desintoxicación. Fui un paciente modelo, dije e hice todo lo que se esperaba de mí mientras estuve ingresado, y di señales de estar sobrio al salir, pero no me apunté a ningún programa de mantenimiento y pronto recaí en el consumo. Cuando volví a iniciar el tratamiento en 1986 —esta vez, como paciente de día—, mi matrimonio estaba prácticamente acabado. Kim estaba más que harta de mí, de las largas noches, las cuentas corrientes saqueadas, las evasivas ante preguntas sencillas. Era una mujer inteligente, con planes que al principio me incluían, pero que quería vivir su vida. Y yo me fui corriendo. Scotty, un amigo con el que trabajaba, me dejó dormir en su casa unos meses.

Varias décadas más tarde, Scotty y yo nos sentamos en el jardín de esa misma casa. Una de sus preciosas hijas vive hoy en la habitación en la que vete a saber qué hacía yo cada noche. No lo dice, pero tengo la impresión de que quemaron salvia antes de que ella ocupara el cuarto. Estaba seguro de que se arrepentía de su generosidad pese a que, que yo sepa, solo prendí fuego a la casa una vez. Pero ahora, sentados en el jardín, dijo que habíamos salido ganando los dos.

—Tú me diste una vida social cuando viniste a vivir —dijo—. Trajiste las fiestas y a la gente. Hubo noches estupendas, a menudo entre semana, en días laborables. Eso siempre era difícil.

A Scotty le gustaba mi compañía, pero mi estilo de vida le corrompía. Él tenía pensado acostarse pronto, leer un libro, y yo llegaba después de que cerraran los bares con un grupo de gamberros y el bolsillo lleno de mercancía. Era difícil mantener las buenas intenciones a mi alrededor.

* * *

Cuando vivía con Scotty, en el invierno y la primavera de 1986, unos tipos a los que conocía tenían una empresa de música comercial —para anuncios y cosas así— y me contrataron para que les escribiera un folleto. Parecía dinero fácil. Trabajé toda una noche para cumplir el plazo y se lo llevé a uno de ellos a su casa para que diera el

visto bueno definitivo. Era un frío día de marzo, y él estaba sentado con el cheque en la mano, contándome que se iba a Sun Valley, Idaho, y que necesitaba un poco de *ya sabes* para llevarse.

—He venido por el folleto, no por el *ya sabes*. Además, tengo que irme a trabajar —le dije—. ¿Dónde crees que voy a conseguir algo a las nueve y media de la mañana? No tengo nada.

—Solo un gramo —suplicó—. Les dije a los otros que seguro que tú lo conseguías. —Tenía mi cheque en la mano, bastante dinero.

Una llamada. Dije que estaba dispuesto a hacer una llamada.

Telefoneé a Phil.

La coca de Phil, al menos la que me vendía, no era la mejor, pero estaba disponible casi a todas horas. Phil, un tipo de cabello largo y afición a las plumas, podía pasar por un indio *sioux* o un ángel del infierno, dependiendo del día. Teníamos una vieja conexión familiar, y su hermano, Steve, era amigo mío y dirigía First Avenue, el local de *rock* en el centro.

Phil vivía en plena locura, incluso con una especie de oficina/sala de juegos en el centro, en un sórdido hotel que se tambaleaba hacia el cierre. Se llamaba Blue Room, «La habitación azul», quizá por el color de las paredes o por las cosas que ocurrían dentro^[7].

Criado en un cómodo barrio residencial cerca del Lago Minnetonka, Phil parecía haber nacido en un pabellón penitenciario. Sus hombres de confianza, Monker y Red-eye, no sumaban entre los dos el cociente intelectual de una caja de donuts, pero sus rostros machacados y sus manos enormes eran de lo más expresivo cuando llamaban a la puerta. (Vinieron a mi casa una vez que me había retrasado en un pago a Phil. Cuando llegué, más tarde, Kim me dijo: «Ha venido un tipo llamado Red-eye y ha dicho que te reúnas con él y con Monker en el Sunshine Bar. ¿Qué pasa?»).

Phil era una cosa seria, aunque, después de tres estancias en prisiones federales, está oficial y extraoficialmente retirado. Quedamos a tomar café y él llegó en una Harley Springer, no una moto tuneada ni adornada, sino la de toda la vida, perfectamente conservada.

Hace muchos años le dije que odiaba que me llamaran Dave, y cometí un error. Todavía hoy me llama «Davey Dave» al saludarme, quizá para que el insulto sea doble. Puede ser una compañía difícil cuando está atravesado y se toma en serio lo de ser el jefe supremo, pero tiene un gran corazón y nunca hace daño a nadie que no se lo merezca. A las chicas —las listas, las guapas— les gustaba, tal vez porque hacía que se sintieran seguras en cualquier lugar del planeta. (A juzgar por algunos ratos más bien incómodos que pasé en el Blue Room, también les hacía sentir otras cosas).

Podía ser un tío divertido cuando no estaba «gestionando», que era como se refería al negocio; estaba lleno de sabiduría callejera, filosofía y juegos mentales. Algunos tipos parecen duros. Algunos tipos utilizan un lenguaje duro. Algunos tipos son duros. Phil hacía las tres cosas. Con él perdí muchas partidas de póker, le

desperté muchas veces porque estaba necesitado, y me convertí en una especie de pasatiempo suyo. Sentados en el café, tantos años después, Phil me dijo que pensaba que, en un momento dado, yo había estado malgastando el talento que podía tener en aventuras que no lo merecían.

—Me preguntaste si eras un buen hombre de negocios. Qué va, no lo creo.

Pero cuánto nos divertimos.

—Sí, te juntabas con gente, andabas detrás de las mujeres —respondió, sin que pareciera que la épica vida que habíamos llevado le hubiera causado muchos estragos—. Hacías lo que querías, cuando querías y como querías. Puede parecer glamuroso, pero tiene consecuencias. Pagas el precio. Si te dejas ir, pagas el precio. Tú me preocupabas mucho, David.

Oh, me llama David en lugar de Davey Dave. Me emociona.

Le dije a Phil que recordaba un atraco en el Blue Room que tenía que ver con él, con Red-eye y conmigo, y que me parecía un sueño, completamente irreal. Todavía me resultaba difícil de creer, pero, por otro lado, en aquel local había visto todo tipo de cosas —tenía el aire de un fumadero chino de opio con un vasito de absenta—, y desglosarlo en datos puros y duros no reflejaba la realidad.

—¿Estabas tú allí? —preguntó Phil en el café. Red-eye está muerto, así que no podía ayudar. Las historias tienden a volverse apócrifas, incluso cuando describen hechos concretos, como que te atracaran a mano armada en un tugurio mal iluminado. En cierto sentido, era tan extraño que me costaba verdaderamente mucho creer que había pasado. Le dije lo que recordaba y, al cabo de un rato, decidimos que sí estaba allí.

Era 1985, y yo debía de estar de paso en el Blue Room para recoger algo a toda prisa. Estaba allí de pie con Red-eye y Phil, hablando de nada en especial, cuando el cristal acanalado de la ventana de la puerta, que estaba cerrada, se rompió de pronto. Podría haber sido la policía, pero lo que apareció en el orificio fue una pistola enorme, acompañada de un ojo redondo.

—Quietos —dijo el tipo, mientras metía la otra mano para abrir la cerradura.

Nos encontramos con dos de los heroinómanos más nerviosos que había visto nunca. Estaban claramente en pleno mono. Phil y Red-eye no se amilanaron, así que yo tampoco.

Los yonquis se acercaron y nos dijeron que vaciáramos los bolsillos. Agarraron siete gramos de coca que había en la mesa. «Hay más», dijeron. Y tenían razón. A un metro a mi izquierda, había un agujero en la pared y yo sabía que, en el tablón de encima, había más de cien gramos de coca.

—No hay nada más, chicos —dijo Phil, en tono amistoso. Discutieron un rato y entonces los yonquis dijeron que, si no había nada más, iban a necesitar su reloj y su collar, una enorme cadena de oro.

—No, no queréis esto, porque para cogerlo tenéis que venir aquí y arrancármelo —dijo Phil en el mismo tono—. Y no os interesa.

Yo miraba a aquellos tipos nerviosos y armados mientras Phil les amenazaba con la voz, la única arma que tenía a mano.

—Phil, dales la maldita cadena —dije.

—No, no queréis mis joyas —repitió él—. Doscientos dólares, siete gramos de coca, yo creo que habéis tenido un día bastante bueno hasta ahora. Unas personas vienen a verme, y no les va a hacer gracia encontraros aquí. Más vale que os vayáis.

Ese era Phil, controlando la situación a pesar de que estaban robándole a mano armada. Los yonquis se pusieron a protestar y a discutir, mientras retrocedían, y se fueron. Por lo visto, Red-eye y Phil los encontraron al cabo de unos días —Mineápolis es una ciudad pequeña— y les arreglaron las manos para que no pudieran volver a apuntar con un arma a nadie durante un buen tiempo.

* * *

Phil también controlaba mucho a sus clientes. Estaba harto de mis llamadas disparatadas y, cuando le llamé aquella mañana de 1986, no le hizo gracia. Me contestó a regañadientes cuando le hablé del tipo que se iba a Sun Valley y quería un poco de *ya sabes*.

—Oh, Davey Dave, estoy en una reunión. Estoy en el Skyway. En cualquier caso, deberías descansar un poco. Son las nueve y media de la mañana. Vete a trabajar —me soltó el sermón, sentado en el Skyway Lounge, un bar de chicas en Hennepin Avenue, lleno de mujeres ajadas y exhaustas que bailaban para una clientela todavía más aburrida. Mi trabajo parecía siempre preocuparle más a Phil que a mí. Le expliqué que ni siquiera era para mí, que era para ese tío con el que yo tenía otros negocios, y que ese recado era todo lo que se interponía entre mí y un gran cheque totalmente legítimo.

—Date prisa, entonces. No voy a estar aquí todo el día —dijo.

Al llegar, rechacé una copa. Estaba a dos manzanas de mi trabajo y tenía que ir a la comisaría a las once para entrevistar a un policía que sabía mucho de las bandas callejeras. En la penumbra del bar, Phil me pasó una lata de película fotográfica llena de coca.

—Ya sabes cuánto es un gramo, Davey Dave. No seas codicioso —dijo, unas palabras que resonarían durante años.

Yo tenía ya preparado un paquetito de papel. Fui al lujoso baño que había en la parte de atrás y me encerré en un retrete. Vertí la cantidad exacta —podía calcular un gramo desde tres metros de distancia— y doblé la papelina. Aproveché para hacer pis y, en esos treinta segundos, se me ocurrió que necesitaba algo que me ayudara a empezar bien el día. Había estado levantado la mayor parte de la noche. La puerta del baño se abrió y se cerró, y vi los zapatones negros del tipo en el retrete de al lado. Abrí la papelina y eché un poco más en ella. Los zapatos se movieron de pronto.

—¡Haces mucho ruido con el porro, amigo! —dijo un agente de uniforme

mientras abría de golpe la puerta. Tiré la lata al inodoro, pero la papelina rebotó en el borde. Me incliné a cogerla, pero él me dio tal rodillazo en el trasero que vi las estrellas.

—¡Quién lo iba a decir, he destapado un caso de drogas! —gritó de alegría—. Es mi día de suerte.

Yo llevaba un chaquetón de cuero Lakeland con muchos bolsillos. A los polis les encantaba registrarlo, y a aquel también. Phil apareció detrás de él y me hizo una especie de señal con la mano. «Ah, ya veo, quieres que ataquemos a un policía armado. Buena idea, Phil». Debí de menear la cabeza, porque el poli se dio la vuelta y gritó a Phil que saliera del baño.

Tengo todo esto grabado en la memoria, pero los policías suelen escribir de forma más sucinta que los yonquis y los periodistas. Así describió el agente Quinn su buena suerte:

Mientras estaba patrullando a pie, observé al acusado con un papel blanco en la mano. Cuando le pregunté, dejó caer el papel, que, al recuperarlo, pareció que contenía narcóticos. Detuve al acusado y lo trasladé a la comisaría. Drogas inventariadas.

Me esposó y salimos caminando por la parte delantera, a la mañana fría y luminosa. La gente, incluida alguna que conocía, estaba yendo a trabajar. Giramos a la derecha en Hennepin Avenue, hacia el centro comercial City Center. Mi padre debía de estar llegando justo entonces para abrir la tienda de ropa Liemandt's, de la que era el encargado. Mientras caminábamos por la Séptima Avenida, a lo largo del centro, empecé a mover la cabeza en todas direcciones.

—Cálmate —ordenó el agente Quinn—. He aparcado en Nicollet. No sabía que iba a tener compañía.

Me llevaba ladeado, así que tuve que andar con paso de cangrejo toda la manzana de la Séptima hasta Nicollet, todo el lateral del City Center. Nunca me había alegrado tanto de meterme en un coche patrulla. Fuimos hasta la comisaría y pasé a que me tomaran la huella y la foto. Mientras me conducían a la celda, miré el reloj. Las once en punto, la hora a la que debería estar en el piso de arriba, tomando notas con el teniente Freddy, un detective de la división de automóviles, sobre la plaga de delincuencia que estaba apoderándose de nuestra ciudad. En cambio, pasé el día en una celda con tres tipos que admiraron y luego codiciaron mis zapatillas. Mickey, un abogado penalista que trabajaba para Phil, me sacó a última hora de la noche con su aval, y, en los meses posteriores, tuvimos que ir sin parar a los juzgados en busca del juez apropiado, hasta que me permitieron confesar un delito menor de infracción de las leyes sobre drogas de la ciudad. Me sentía —no, lo era, sin duda— un imbécil, un imbécil perdido por la codicia de tener dos décimas de gramo más. Estaba en libertad porque era blanco, tenía trabajo y Phil me había puesto en contacto con su experimentado abogado.

El Phil de años después, más sabio, más viejo, el que vive para sacar un róbalo

del lago Minnetonka, dijo que uno no puede arrepentirse del pasado, pero sí aprender de él. Y expresó una última reflexión sobre mi decisión del 3 de marzo de 1986.

—Tenías que haber ido a trabajar esa mañana, David.

* * *

Quería hablar con Mickey, el abogado que solucionó el problema. Se vio envuelto en sus propios problemas, relacionados con el dinero de sus clientes, y le prohibieron ejercer. Phil no sabía dónde estaba, y otros, tampoco. DonJack, mi compañero de investigación, acabó localizándolo a las afueras de Mineápolis. Se alegró mucho de que le llamara —el expediente ya había caducado— y yo me alegré de tener una oportunidad para darle las gracias. Gracias a Mickey, pasé de ser un gilipollas más en una celda, sujeto a las amenazadoras miradas de sus compañeros, a estar de nuevo en la calle, respirando aire libre como cualquier ciudadano. Me habría costado mucho explicar en el periódico un día en la cárcel. ¿Por qué no había llamado? Una cosa era tener fama de ser el reportero juerguista que, a pesar de todo, se las arreglaba para cumplir sus plazos, y otra muy distinta reconocer que me habían acusado de un delito en una comisaría de policía sobre la que escribía a menudo. Mickey recordó el lío en el que me había metido.

—Recuerdo que, cuando me llamó Phil —me llamaba de vez en cuando si algún amigo suyo, o un socio, o lo que fuera, se metía en un lío—, dijo: «Tienes que ir a sacarle; tienes que sacarle enseguida». Recuerdo que me dijo eso. Llamé por teléfono a un juez incluso antes de ir a la comisaría a verte a ti.

Tuvimos una conversación agradable, pero, en la época en la que me representó, parecíamos estar siempre en desacuerdo. Yo estaba avergonzado y aterrado de estar como acusado en el Juzgado del Condado de Hennepin, un lugar sobre el que había informado muchas veces. Y él sabía que, si nos tocaba un juez que tuviera un mal día, el acuerdo tan cuidadosamente logrado podía venirse abajo.

—Negocié el caso con el fiscal para que te rebajaran la acusación, pero yo estaba preocupado por lo que hiciera el juez después de que confesaras. Te confesaste culpable de un delito menor reducido.

»No era una victoria garantizada —dijo Mickey—. Podían haber mantenido la acusación de delito grave, y eso habría cambiado casi todo. Podías haber tenido que cumplir una condena sustancial en la cárcel del condado de Hennepin, y eso era lo que yo intentaba evitar. Así que perdimos un poco de tiempo hasta que encontré un juez con el que me sentía a gusto, y entonces fuimos a que confesaras.

Lo difícil, me explicó, fue controlar a su cliente.

—Estabas muerto de vergüenza, y no querías tener que volver todo el tiempo al juzgado. Yo te decía: «David, es por tu bien. Sé que es humillante, pero tenemos que hacerlo para que consigas el mejor acuerdo posible». Pero no creo que te convencieras hasta que terminó el caso.

Se alegró de obtener un buen resultado, pero no se quedó nada seguro, en aquel entonces, de que yo fuera a reaccionar.

—Vi que estabas siguiendo un rumbo peligroso, que tenías mucho que ofrecer pero que, si seguías por ese camino, ibas a acabar en una situación de la que no podrías salir.

Como cualquier buen abogado penalista, además de los consejos legales, me dio varias lecciones.

—Tú te mostrabas de acuerdo con todo lo que te decía, pero [después] hacías lo que te daba la gana. Eras un cuentista, como todos los yonquis. No eras un delincuente, sino un yonqui. Eso es lo que vi. Veía las drogas y veía lo que estabas haciendo para alcanzar el sitio al que pretendías llegar mentalmente, pero no estaba beneficiando tu carrera en absoluto.

Recordó que me había dicho que, por mucho que quisiera ser buen periodista y escribir buenas historias, todo eso no significaba nada mientras me dedicase a hacer locuras por las noches.

Al final todo salió bien, más o menos. Recuerdo que me sentí profundamente agradecido y que pensé que se merecía todo lo que le había pagado. Pero también esto, como tantas otras cosas de mi pasado, resultó no ser cierto cuando indagué un poco más.

—No me pagaste nada, pero no te preocupes. Fue hace mucho tiempo. Ya ha prescrito. No tengo ni idea de cuánto me dejaste a deber, pero recuerdo que lo hiciste, porque una vez fui a verte. Tenías el despacho, creo, en Excelsior Boulevard, en St. Louis Park. Llamé un día a tu puerta y no estabas. Como abogado defensor, no era tan raro que me dejaran algo sin pagar.

LAS MONJAS REZARON POR MI

Mi padre es un hombre que blasfema con frecuencia, que va a misa todos los días y que vive su fe por encima de todo. Yo soy un hombre que blasfema con frecuencia, que va a misa todos los domingos y que persigue una fe. Él es un hombre que cree que yo no estoy muerto porque unas monjas rezaron por mí. Yo soy un hombre que piensa que esa es una explicación tan buena como cualquier otra.

* * *

En 1956, después de tres varones, mis padres deseaban una niña. Cuando mi madre se puso de parto, el 8 de septiembre, el aniversario del nacimiento de la Virgen en el calendario litúrgico, era inevitable que la niña se fuera a llamar Mary. Pero llegué yo. Ese mismo día, les robaron el coche en el aparcamiento de la iglesia. Los planes, por muy pensados y rezados que estuvieran, salían así. Aun así, me quisieron siempre con locura. Siempre. Incluso más tarde, cuando empecé a meterme en líos, me divorcié, me despidieron, recaí tras la desintoxicación, mi madre decía siempre lo mismo: «Tú eres mi hijo. Estamos contigo pase lo que pase».

De pequeño, solía levantarme al amanecer para ir a misa con mi padre. A él le impresionaba mi religiosidad tan precoz, pero la verdad es que me encantaba sentarme en el banco con él. En una familia de siete hijos, no había muchas ocasiones para disfrutar de él a solas. Para mí, él era el poder supremo. (Ahora miro a mis hijas cuando estamos en la iglesia y me doy cuenta del corolario. Voy allí para estar con ellas).

En nuestra familia teníamos dinero o, al menos, lo parecía. Una casa bonita, buenos coches, vacaciones como todos los demás. Hasta que, un día, al volver de mi trabajo como cadi, me encontré con que el electricista estaba cortando la luz. A partir de entonces, las cosas se complicaron. Nunca nos faltó una maldita cosa, solo que, con siete hijos y los altibajos laborales de mi padre, siempre vivíamos un poco por encima de nuestros medios. Mi padre siempre decía: «Las cosas no importan, importa la gente».

En un momento dado, insinué que había dicho eso porque tenía muchos amigos buenos y no demasiado dinero. A medida que mis padres fueron envejeciendo, se vio con claridad que, al jubilarse, vivirían bien pero con lo justo. Y entonces, uno de los mejores amigos de mi padre se ocupó de unos cuantos aspectos financieros. Nada del otro mundo, pero alivió la presión. Las cosas no importan, importa la gente.

Yo no era el único de la familia que trabajaba para tipos siniestros. Mi padre era

hijo de un próspero propietario de una tienda de ropa en Mineápolis. En 1961 se estableció en uno de los nuevos centros comerciales a las afueras y abrió Carr's Fashion for Men. Coincidió con la época en la que empezaban a proliferar las cadenas de tiendas, y la suya fracasó. Pero nunca se declaró en bancarrota y devolvió hasta el último céntimo.

En aquella época, mi padre bebía —pronto lo dejaría para siempre—, y los problemas con la tienda le hicieron perder el norte. Pasó una época dando tumbos y asociándose con diversas compañías que vendían fondos de inversión. Acabó trabajando con Deil, un banquero local con muchos negocios, y un tipo llamado Roger, su mano derecha. Mi padre era el buen chico católico al que enviaban a sacar el dinero a las viudas ricas. Pero, por debajo de todos los aperitivos y la palabrería sobre los grandes negocios que iban a hacer, le estafaron. Mi padre dejó de beber, volvió al negocio de la ropa como vendedor para Liemandt's, y acabó dirigiendo varias tiendas de la cadena. Mi padre era y es un ejemplo de éxito en todos los aspectos.

No se puede decir lo mismo de Deil y Roger.

—Eran verdaderamente malos —dice ahora mi padre, sentado en un porche sobre la bahía de St. Alban, en el lago Minnetonka.

Mucho después de que mi padre dejara de trabajar para ellos y cuando yo ya era periodista, Deil se metió en un lío muy serio. Había utilizado sus bancos como aval para hacerse con el casino Tropicana de Las Vegas, y todo le iba bien. Pero concedió un crédito a la mafia de Kansas City, en violación de las leyes federales, y los gánsteres incurrieron en una deuda millonaria. Cuando dijeron que no podían pagar lo que debían, él alegó que perdería su casino. Entonces ellos le dieron la buena noticia: serían socios a partir de entonces. El expolio comenzó enseguida, y Deil empezó a dar cheques sin fondos de sus bancos en las Ciudades Gemelas para seguir siendo solvente. Cuando le acusaron formalmente, se pensó que iba a denunciar a la mafia de Kansas City. Antes del juicio, se fue al norte a pasar un fin de semana de paseos en barco. Hubo un accidente y Deil perdió la mano derecha. Hubo muchas especulaciones sobre el suceso, pero él no implicó a nadie ante el tribunal federal, un juicio del que yo informé con gran interés. Roger testificó contra Deil, de modo que le condenaron y pasó cuarenta meses en prisión. Recuerdo que a los fiscales les impresionó mi capacidad para comprender los matices del caso, pero no recuerdo que les dijera cómo sabía lo que sabía.

Durante mis peores épocas, mi padre, sobrio, cariñoso y furioso, vino a buscarme un par de veces para intentar obligarme a recibir tratamiento y salvarme de una perdición que consideraba inevitable. Sin embargo, yo solía eludir sus esfuerzos para meterme en una fábrica de rompecabezas a que me recompusieran. En una ocasión memorable, mi hermano Jim y él tiraron abajo la puerta de mi piso e irrumpieron, para encontrarse con mi amigo Fast Eddie y un par de chicas y ver que yo no estaba. Como me di cuenta de que las cosas estaban saliéndose un poco de madre, acepté

quedar con mi padre en terreno neutral, en el restaurante Perkins, junto a la carretera 100 en Edina. En esos momentos yo estaba sin trabajo, sin recursos visibles para subsistir, y tenía una novia nueva, Anna, que me proveía de drogas y dinero. No recuerdo mi estado mental concreto, pero podía resumirse en: colocado, a punto de colocarme, o en pleno bajón. Mi padre me esperaba en una mesa junto a la ventana. Sin perder tiempo, le dije que no me hacía falta nada, que todas mis necesidades estaban cubiertas gracias a mi nueva amiga.

Él hizo lo mismo y fue al grano.

—Eres una ramera. —Con un espíritu más cristiano (al fin y al cabo, Jesús dijo que amaba a las prostitutas porque eran hijas de Dios), añadió que sus oraciones, las oraciones de mi madre, las oraciones de sus amigos y las oraciones de las monjas iban a salvarme—. Las monjas están rezando por ti.

(Mi amigo Nimmer me recordó que él también había ido a ver a unas monjas, así que había un montón de mujeres con conexiones divinas que estaban tratando de ayudarme. Y mi padre me explicó después que, aunque las monjas rezaran por mí, y eso fue lo que él me dijo, también lo hicieron muchos otros, incluido su grupo laico, Cursillo. «Hubo peticiones por tu recuperación en todas partes»).

En una familia numerosa, alguno siempre es el hijo problemático, la patata caliente, el centro de las conversaciones, de las preocupaciones, de las peleas. Yo lo fui más veces que nadie. Mi hermana Lisa dice que las presiones de la familia —insistentes, molestas e incansables— me impidieron que cayera en el abismo de forma irremediable.

—Nos educaron en los valores de la familia, la Iglesia y todo eso, pero, sobre todo, la familia —decía Lisa en la primavera de 2007, mientras fumábamos un cigarrillo en la mesa de su cocina—. Por muy jodido que estuvieras y por mucho que jodieras a papá y mamá, siempre hay alguien que te llama, hermanos, hermanas, para preguntar: «¿Qué pasa?». Siempre hay un poli bueno y un poli malo, pero siempre podíamos contar unos con otros.

Dijo que, incluso en mis peores momentos, cuando estaba esnifando coca en el baño de casa de mis padres o inconsciente en su sofá, nadie me dio por perdido. Oraciones, rapapolvos, ultimátums, cada uno a su manera.

—Me parece que eres muy afortunado —añadió entre sonrisas.

¿O sea que las monjas rezaron por mí?

—Creo que las monjas rezaron por ti.

* * *

En septiembre de 1988 murió mi primo Tommy. Un buen chico, nacido en una buena familia irlandesa, grande y vibrante, con un padre que era líder político en su comunidad y con muchos hermanos estupendos, que tenían en común el ser unas personas decentes. Tommy era un poco más joven que yo, estaba casado con una

mujer encantadora, tenía un puñado de hijos deliciosos y sufría una larga y mala relación con la cocaína. Consiguió dejarla durante varios meses y se puso a trabajar, a vender coches. Un día, después de una gran venta, se fue a un motel anónimo con algo de coca y atrancó la puerta con una silla. Murió allí.

Yo había perdido el contacto, pero cuando me enteré de cómo había acabado Tommy, supe que tenía que aparecer en el funeral, en el *pub* de O'Halloran & Murphy. En nuestra familia, tienes que ir a los funerales. Los suyos se mostraron muy unidos en torno a la herida, pero fue una reunión tristísima, llena de sonrisas afligidas y sollozos al recordar a Tommy. Yo me arreglé lo mejor que pude y fui a saludar rápidamente, evitando las miradas de mi familia mientras expresaba mis condolencias. Cuando me iba, le toqué en el brazo a mi padre a modo de despedida. Él se inclinó y me susurró:

—Echa un vistazo a tu alrededor. ¿Esto es lo que tienes planeado para nosotros?

EL TIEMPO CURA, EL TIEMPO OLVIDA

A pesar de la base farmacológica de sus historias, el señor Thompson era periodista y se tomaba la tarea de averiguar lo que sabían otros con una avidez que le granjeó el respeto incluso de quienes consideraban sus aficiones privadas reprobables.

De un artículo que escribí tras la muerte
de Hunter S. Thompson

Para un toxicómano, las mañanas consisten en despertarse en una habitación en la que todo le acusa. Incluso cuando no hay pis ni vómito —benditas sean las pequeñas alegrías—, está la botella volcada, el teléfono roto, la luz brillante de mediodía que llega por la ranura y que dice que ha empezado otra jornada sin contar contigo. Los borrachos y los drogadictos tienden a construir nidos con los detritus de sus vidas descabelladas.

Ese ecosistema, todo eso que se cataloga en los primeros veinte segundos después de despertarse, es lo que suele convertir la adicción en un problema en serie. Aparte de la progresión de la enfermedad, cuando te despiertas en medio de un infierno así, puede parecer normal que quieras algo que te calme un poco. No hay nada mejor que el alcohol y un buen tufillo a alguna hierba para contextualizar tu pequeña zona catastrófica. «Mmmm, un segundo. Un poco para aliviar la resaca. Sí. Mucho mejor. Todo vuelve a ser nuevo».

Pero tuve un despertar muy distinto en mi piso del 3208 de Garfield una mañana de la primavera de 1986. A mi lado había un brazo, largo y lánguido. Seguí su contorno sobre una espalda en la que no había más que las líneas del bronceado, uno de esos brazos que se ven en la escultura figurativa clásica. Aquella bellísima chica sonreía en sueños y cada diente estaba saludando a la mañana, a mí, a la noche anterior. Entonces recordé: Doolie.

La había conocido cuando estaba a punto de casarme y era la hermana pequeña, regordeta y normal, de Kat, mi querida amiga de la universidad. Casi no le presté atención, y ella ni me saludó. Unos años después, Donald y yo —que estaba a punto de divorciarme— fuimos al bar del centro donde trabajaba, y las cosas habían cambiado. Acababa de volver de Europa y era de una belleza exquisita, con un aire erudito e irónico que se me quedó grabado. Y, sobre todo, le parecí simpático y

divertido. Volví a verla en el bar Uptown, en la fiesta de cumpleaños de su amigo Tony. Tony era un cocinero con el que trabajaba ella y, cuando se marchó a dormir, a Doolie le pareció bien quedarse conmigo.

Había luna llena. Sugerí una excursión a Cedar Lake, uno de los maravillosos lagos que rodean la ciudad. Esnifamos un poco de coca y, a petición de ella, pasamos por su apartamento. Salió con una manta y una botella de vino. Yo estaba acostumbrado a ligarme a las mujeres hablando de forma muy directa, no solo seduciendo sino abrumando. Esa vez no fue así.

Esa noche vi a Doolie con toda claridad, con su sonrisa que era una colección de pequeñas lunas iluminadas por la luz de la gran luna en el cielo. La sonrisa y los sentimientos que despertaba en mí seguían a la mañana siguiente. Me aparté de ella y de la ensoñación que me producía y miré el reloj; y entonces me di cuenta de que debía estar en otro sitio.

Virgen. Santa. Eran las diez y media. Tenía una cita en la oficina del gobernador a las once para una última entrevista relacionada con un reportaje sobre las discrepancias en la emisión de deuda pública en St. Paul. Gran historia. Gran entrevista.

En pleno ataque de pánico, la desperté con la mayor suavidad posible y entré en el baño para darme una ducha rápida y meterme una raya de coca aún más rápida. Cogí una americana que parecía hecha de asbestos y una corbata imposible. Salimos juntos y luego eché a correr, maldiciendo y murmurando, pese a que una parte de mí se había quedado en la playa con todas esas pequeñas lunas.

El gobernador se iba a retrasar, me dijeron cuando llegué. Me caía el sudor de la frente, por el cabello, por el cuello y la espalda, hasta formar un charco en la cintura y más abajo. Corrí al aseo y cogí toallas de papel, a puñados, para secarme. Empecé a tranquilizarme. Todo saldría bien.

El gobernador Rudy procedía del Iron Range, la zona de las viejas minas de hierro en Minesota, y la delicadeza que quizá le faltaba la compensaba con su humanidad y su inteligencia natural. Era demócrata, con mayúscula y con minúscula, y un buen tipo. Sin embargo, cuando entré en su despacho, se quedó detrás de su mesa, flanqueado por un par de individuos trajeados a los que no conocía. Con aire de abogados. Antes de que me diera tiempo a hacer un par de preguntas, dijeron que sabían que yo no estaba más que haciéndole el juego al auditor del estado, republicano, que seguramente me había filtrado los documentos sobre los bonos.

Vaya, no parecía estar saliendo tan bien, después de todo. Se me desencadenó el mecanismo de lucha o huida y empecé a sudar otra vez. Sobre todo, encima del labio.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el gobernador. Parecía verdaderamente preocupado.

—Bien, bien, solo con un poco de calor aquí dentro, nada más.

—No —dijo—. Me refiero a su nariz.

Me puse la mano en la nariz y vi que estaba sangrando. Uno de los abogados me

dio un clínex, pero uno solo no bastaba. Continué la entrevista con un puñado de papel metido en la nariz y la cara llena de sangre mientras terminaba con gran esfuerzo. Si alguien me hubiera hecho la prueba del polígrafo, y el gobernador me hubiera preguntado por qué me sangraba la nariz, habría dicho que era porque me había estado metiendo cosas en ella toda la noche. Seguro que el gobernador Rudy, un tipo de sota, caballo y rey, se habría quedado estupefacto.

¿Para qué hacía nadie una cosa así?

Sin motivo especial, supongo. Es lo que está de moda.

* * *

Poco después de que Doolie y yo empezáramos a salir, su compañera de piso fue violada por un desconocido que se metió en su apartamento. Yo reaccionaba bien en casos de crisis, tal vez por todas las que yo mismo había creado. En los primeros días, cuidé de la chica, le proporcioné consejos prácticos y tonterías tranquilizadoras. Pero, al final, se fue del piso para no volver. Entonces pareció lógico que Doolie se quedara a dormir conmigo a menudo.

Yo no necesitaba que me animasen. Me parecía fascinante. Desde el punto de vista académico estaba perdida, a la deriva en la búsqueda de una razón para permanecer en la universidad. Pero eso no impedía que supiera mucho sobre un montón de cosas. Había crecido rodeada de hermanas brillantes, con unos padres cultos y triunfadores, y se veía en su forma de comportarse y en su increíble amplitud de conocimientos. Y no solo conocimientos de libros; acababa de regresar de vivir un tiempo en Barcelona, España, y a mí, que solía montarme en aviones, en general, para hacer viajes cortos en busca de drogas o irme de juerga a ciudades de mierda, me parecía mágico.

Bailaba de maravilla, mis amigos la adoraban y, lo más importante por aquel entonces, no le parecía nada extraño que yo, entre trabajo y trabajo, recorriera todo tipo de drogas y alcohol. Ella también tenía problemas con las drogas —una nadería en comparación con los míos— y, durante un tiempo, mis excesos le parecieron encantadores. Fuimos a ver a Bob Dylan, Tom Petty y The Grateful Dead en un concierto en el Metrodome. Todavía la recuerdo subiendo por la Quinta Avenida con su vestido de tirantes y sus botas vaqueras, riéndose excitada ante el gran concierto.

En los meses sucesivos, peregrinamos por muchos bares, y los dos disfrutamos de que me conocieran; la gente parecía alegrarse cuando llegábamos yo y la coca que solía acompañarme. Pero, como suele decirse, todo el mundo se ríe y se lo pasa bien hasta que le sacan un ojo a alguien. O le meten una pipa de *crack* en la boca. Poco después de juntarnos, empecé a desaparecer. Ella se volvió insegura. Decía que estaba segura de que algo no iba bien, de que me pasaba algo. Le dije que era una psicópata. Ella me llamó mentiroso. La verdad era que había conocido a Anna, que tenía montañas de coca y mucho tiempo para mí. A medida que Doolie aumentó sus

acusaciones, yo me volví más ausente y, curiosamente, más posesivo. Tuvimos unas peleas épicas. Empecé —y no hay eufemismo posible para decirlo— a pegarle.

Siempre me acordé de que le había pegado —enrojecía de vergüenza cada vez que lo pensaba—, pero me decía a mí mismo que siempre había sido en respuesta a alguna provocación física por su parte. Cuando volví a verla, supe, sin pensármelo ni un instante, que era mentira.

* * *

Una cosa es escribir estas palabras y otra muy distinta estar sentado con Doolie en un banco, en un parque de Chicago, veinte años más tarde, hablando de lo que pasó. Volé allí para verla a mediados del verano de 2006. Estaba increíblemente nervioso, no tanto por verla como por la perspectiva de hablar sobre las terribles cosas que habían ocurrido. Si mi conducta estuvo en algún momento a punto de pasar de la patología relacionada con la droga a algo más siniestro, más perverso —la alegría producida por la infelicidad de otra persona—, fue con esta mujer.

Se notó tensión entre nosotros cuando nos vimos en un café, pero era una tensión que tenía muy poco que ver con una historia amorosa terminada hace tiempo. Estábamos reanudando una conversación que terminó de forma repentina. Claro que habíamos hablado sobre quién le hizo qué al otro, pero nunca hablamos realmente sobre lo que *sucedió*. Cuando estábamos juntos, en aquella época, atravesamos a toda velocidad la alegría, la pasión, el conflicto, el odio y el desgarró en muy pocos años, y, al final, nos alejamos uno de otro. Pero, en todo este tiempo, me he preguntado más de una vez: ¿Qué fue aquello? ¿Qué me pasó para que le hiciera aquellas cosas? Cuando pensaba en Doolie, era con afecto y con un profundo arrepentimiento.

Fuimos dando un paseo por el parque junto a la orilla. Seguía siendo muy guapa, pero asentada, como no lo estuvo jamás cuando vivía conmigo. Casada con un tipo inteligente y de gran éxito, se dedicaba a escribir obras de teatro y a criar a su hijo. Quedó claro inmediatamente, por los recuerdos de Doolie, que a veces la perseguí.

Durante un tiempo, vivió en la esquina de la 38 y Cedar, un poco más allá del Relax-a-Lounge, un salón de masajes y prostíbulo en el que yo tenía varios clientes. Mientras ella hablaba, me acordé de una ocasión en la que pasé por allí a dejar algo y luego fui a su casa y empezamos a discutir. Ella me recordó que acabamos en el jardín, ella tumbada, yo sujetándole los brazos con las rodillas y pegándole.

—Me pegaste y me tiraste al suelo. ¿Te importa que te lo enseñe? —preguntó, mientras me ponía las manos en los hombros—. Puede sonar patético, pero me agarrabas por los hombros y me pegabas sin parar, diciendo: «Te voy a matar».

El propósito de la demostración no era avergonzarme, sino dejar claro lo que había supuesto para ella estar sujeta y recibir una paliza. El recuerdo me inundó al oír su descripción. Todo lo que decía era verdad. Yo había hecho eso. Más de una vez, en aquellos tiempos, se fue con un ojo morado, y empezó a adelgazar y a tener un

aspecto fantasmal por las largas noches en mi compañía. Sus padres intentaron que volviera a su casa, a Dakota del Norte, pero ella resistió, incluso después de enterarse de que estaba con Anna.

—Una chica lista se habría ido —dijo—. Pero yo, no. Me quedé y lo toleré otro año más. —Sonreía mientras lo decía, sonreía al pensar en lo poco que se respetaba a sí misma. Lo que muy fácilmente podría haberse convertido en odio y acusaciones, con los años, se había transformado en algo mucho más complejo. Nuestra conversación consistió en reconocer cada uno lo que había hecho (lo que hice yo, lo que hizo ella), algo que yo no esperaba ni, en realidad, merecía. Durante una sola entrevista, se llenaron varias lagunas y se resolvieron varios misterios.

Mientras hablábamos, quedó cada vez más claro que ella había consentido que la volviera loca cada vez que me acercaba para luego marcharme, le hacía el amor y luego le pegaba. Perdió todos sus puntos de referencia. En algún momento acabó instalándose en mi apartamento, pero no sé bien los detalles. El 18 de enero de 1988, cuando entré en el piso de Garfield, Doolie se me echó encima. Yo le dije que ella tenía un cuchillo con el que amenazaba con cortar la línea de teléfono y, por extensión, apuñalarme. Ella decía que no era más que un cigarrillo con el que me quemó. En cualquier caso, fue un minuetto lamentable, personas que eran sensatas y decentes y que estaban dispuestas a lo que fuera para hacerse daño mutuamente. Yo la torturé, de forma mental, verbal y, al final, física.

—Yo te lo permití. Intenté quemarte con un cigarrillo. Tenía un cigarrillo en la mano. Creo que también yo tengo una vena violenta. —No nos detuvimos mucho a pensarlo, pero estaba seguro de que era una parte de sí misma que nunca habría salido a la luz si no me hubiera conocido a mí.

Fue un mal *reality show*, con vecina boba incluida.

—La vecina de abajo llamó a la policía. ¿Te acuerdas? —dijo Doolie, encontrando un motivo para reír—. Y empezó a quejarse: «No me cogen el teléfono, no me cogen el teléfono». No se lo cogían porque estaba llamando al 411 en lugar del 911. Fue un momento extraño y muy divertido.

Esto es lo que encontraron los policías al llegar:

La patrulla 530 respondió a un incidente de violencia doméstica. Al llegar, los agentes se encontraron con la víctima, que estaba sentada con una vecina en el apartamento 2. La víctima declaró que ella y el acusado acababan de tener una disputa y que él la había golpeado con la mano abierta en el lado izquierdo del rostro. La víctima declaró que habían discutido por la infidelidad de él y él se había molestado y le había dado una bofetada. Un agente subió al piso de arriba, al apartamento 4, y habló con el acusado, que declaró que habían discutido y reconoció haber abofeteado a la víctima. Se registró al acusado en busca de armas, se le esposó y se le acompañó a la parte posterior del vehículo. Fue trasladado a la comisaría y fichado por el delito

mentado.

Todos esos años después, yo intenté disculparme como pude y le dije que uno de los motivos de que estuviera tan frenético y brutal, era que estaba obsesionado con ella. Pero entonces ella me hizo una pregunta ecuánime y lógica, sin acusarme: «Entonces, ¿por qué te ibas?».

La respuesta era la misma que en todos los demás aspectos de mi existencia en aquella época: la coca estaba por encima de todo. Y había una parte de nuestra relación que era ya insalvable. Me dijo que, cuando por fin conseguí desintoxicarme, volví, y estaba tan gordo que apenas podía andar, pero ella me acogió. Durante un tiempo, vivimos con la adicción de nuestras respectivas salivas, y eso nos hizo permanecer juntos cuando ya no tenía absolutamente ningún sentido.

En aquella época, ella era actriz, y yo, cuando volví del tratamiento, la esperaba al acabar sus audiciones.

—Era una actriz terrible —dice ahora. Yo pensaba que había hecho un buen papel de maciza en una obra que he olvidado—. Me pusieron unos vestidos ajustados, mucho maquillaje y sombreros, muchas cosas de ese tipo. Me emperifollaron.

Cuando empezamos a salir de nuevo, después de mi tratamiento, yo iba acompañado: las gemelas nacidas de mi relación con Anna. Hicimos lo posible para recuperar lo que nos había unido con tanta ferocidad, pero arrastrarse sobre todas las ruinas era agotador. Nuestro punto de encuentro era, como suele decirse, nuestras debilidades. Yo era un secuestrador a cámara lenta y Doolie soportó una larga y brutal estancia bajo mi tutela. Años después, cualquiera que pasara junto al banco del parque en Chicago vería a dos viejos amigos riendo, compartiendo anécdotas, sonriéndose uno a otro.

Doolie cuenta muy bien las historias y es generosa con sus recuerdos —es una persona que donó un riñón a su padre, o sea que es parte de su naturaleza—, y es una fiera para las fechas y los detalles: destacó la importancia de la luna llena en todos los puntos de inflexión, tanto en los gloriosos como en los sórdidos, de nuestra relación. Y me entendía bien.

—Sentías admiración por el tipo malo. Sentías admiración por el mafioso —dijo, con la barbilla apoyada en las rodillas—. Creo que habrías sido un mafioso si no fuera porque eras buena persona: querías ser el guardián entre el centeno. Cuando alguien estaba en un lío, tú lo recogías. Y si no lo estaba, le empujabas.

Dijo que me gustaba reunir historias, sobre todo las mías. Había oído decir que, mucho tiempo después de haber recuperado la sobriedad, de haber dejado el alcohol y la coca, intenté empezar a beber otra vez. No le extrañó.

—Eso también forma parte de la historia. Sabías que, ocurriera lo que ocurriera, nunca volverías a estar tan mal como antes. Y esa también sería una buena historia. ¿Resulta insultante?

Le dije que no tenía mucha capacidad de recibir insultos.

—Eso es porque tienes muy buena opinión de ti mismo. Y eso no está mal.
Me dijo adiós como a un viejo amigo.

—No pasa nada —dijo—. No te acordarás, pero acabamos en buenos términos.

LA CASA CON MUCHAS PUERTAS

¿Quién podía saber, a estas alturas, dónde estaba cada cosa? Las llaves estaban en manos de mentirosos.

Norman Mailer, *Los ejércitos de la noche*

A ninguna persona que nos conociera le habría sorprendido ver a Patrick hablando conmigo en la sala de visitas de una cárcel en el verano de 2007. Patrick, un experto político que ayudó a crear la versión de Paul Wellstone que los votantes quisieron convertir en senador, siempre estuvo a mi lado. Cuando yo era un joven periodista, él era una de mis mejores fuentes, el asesor político a la última que me orientaba y, de vez en cuando, me permitía dar exclusivas. Me dio trabajo cuando estaba cayendo en la adicción y volvió a dármele cuando me desintoxiqué. Más tarde, cuando me puse enfermo, su mujer Cathy y él fueron los primeros en venir a casa, armados con montañas de información médica sobre lo que tenía que hacer. Sin embargo, a los que fueron testigos de nuestra inverosímil amistad en los años ochenta y noventa les habría sorprendido, al terminar la visita, que yo me levantara para salir al aire libre y Patrick volviera a su celda.

Patrick había sido un ejemplo moral tan importante para mí que, cuando terminé mi desintoxicación, no me atrevía ni a fumar un cigarrillo en su presencia. Aunque era varios años más joven que yo, Patrick me enseñó muchas cosas sobre cómo moverme en la resbaladiza intersección entre política, medios de comunicación y dinero. Nuestra relación, la relación entre el reportero y su fuente, siempre fue muy clara, y él tuvo mucho respeto a mi posición de periodista. Posteriormente, cuando trabajamos juntos en varios proyectos de comunicación, siempre fue honrado, sin trucos ni presupuestos inflados. No solía juzgar mi relación con las drogas, pero mis incursiones en el tráfico ilegal le parecían reprobables y estúpidas. Patrick, que había empezado a trabajar en la zona de Iron Range, donde la tradición del sindicalismo minero solía ir acompañada de corrupción pública, era el ejemplo de todo lo contrario: un tipo que se había metido en política con propósitos loables y era una voz constante en favor de la honestidad y la verdad.

Entonces, ¿aquel tío era falso y, en realidad, estaba esperando su oportunidad? No lo creo. Es una larga historia, pero Patrick, que podía ser un poco idiota, decidió que quería ser dueño de unos cuantos equipos de la liga aficionada de *hockey*. Hizo varios tratos poco recomendables desde el principio —las cuentas no le iban a salir jamás— y, cuando se fue al traste, empezó a estafar a sus amigos y socios por motivos que,

todavía hoy, no entienden quienes le conocían. Acabó debiendo millones y, cuando le atraparon, obtuvo una larga condena en prisión. Patrick tiene algunos problemas de salud mental que hicieron que, una vez metido en el embrollo, su relación con la realidad se atenuara. Pero eso explica todo y no disculpa nada.

No importa. Éramos amigos entonces y seguimos siendo amigos ahora. Según mis cálculos, uno tiene alrededor de una docena de amigos en la vida, y, si resulta que uno de ellos lleva un mono de preso, pues me alegro de no ser yo, pero eso no borra la amistad. Patrick cometió un error y está pagando las consecuencias, y durante mis visitas, nos concentramos en las cosas positivas. Sus hijos, las mías, su fecha de puesta en libertad, su trabajo de panadero. Pedí a los funcionarios de prisiones permiso para entrevistarle, pero, cuando les dije que no tenía nada que ver con mi trabajo en *The New York Times*, no me dejaron meter ni un lápiz en la sala. De modo que después de la visita le envié varias preguntas por correo.

Patrick me contó que, en aquellos tiempos, aprendió que, para sacar lo que necesitaba de mí como periodista, debía tener en cuenta la hora.

«Acabé por comprender que, si quería darte alguna noticia política, debía hacerlo entre la una y las cuatro de la tarde —escribió en el verano de 2007—. Por la mañana siempre estabas hecho polvo y por la noche, demasiado colocado». Cuando me cansé del periodismo, intentó incorporarme a la campaña presidencial de Dukakis en 1988, en la sección de Minesota. A Patrick le gustaba cómo escribía y recordó que yo estaba «desesperadamente necesitado de dinero» en aquella época, así que pensó que podía encajar. «No fue —me escribió años después— una medida prudente para la campaña». «Pasé la primera semana intentando que vinieras a las reuniones, que eran parte de tu trabajo; nunca aparecías antes de las 12:30. Cuando, por fin, me decidí a despedirte, tú dejaste de venir, un final perfecto».

Hicimos las paces y fuimos una noche a pasear por las Gemelas. Fuimos de bar en bar y terminamos en Stand Up Frank's, el tipo de local en el que un destornillador era un vaso lleno de vodka sobre el que el camarero susurraba las palabras «zum de naranja» antes de servírtelo. Patrick decía que, cuando le obligué a tomar dos copas del fortísimo cóctel, tuvo que irse corriendo al baño a vomitar. De allí nos fuimos a B. J.'s, un club de *striptease* cercano. En su carta, Patrick me contó que, después de aparcar, se dio cuenta de que yo estaba «manipulando un polvillo blanco envuelto en papel de aluminio». Por alguna razón, yo creía que al director estatal de la campaña de Dukakis le parecería estupendo tener drogas en su coche. «Te mandé a la mierda, te dije que te bajaras del coche y te dejé allí».

Más tarde, nos encontramos en el aeropuerto. «Recuerdo que me impresionó el aspecto paranoico que tenías. Te vi unas semanas después y me dijiste que, aquel día, llevabas alrededor de una tonelada de coca de contrabando pegada a tu cuerpo». Mmmmm, quizá, es posible que fuera así, pero lo que sé con certeza es que, si fue verdad, era un vuelo interno, y que no hablé de ello. Ni ahora ni entonces.

Cada vez que echo una carta al correo para Patrick, me asombra que esté viviendo

en una prisión federal. Era demasiado listo, demasiado cuidadoso, demasiado bondadoso para acabar atrapado en un negocio sucio. Pero he visto suficientes cosas para saber que todos somos en parte culpables y en parte inocentes. No seré yo quien diga que arderá en el infierno por lo que hizo. Todos contenemos multitudes.

16

ASÍ LO HACEMOS

Cuántos de nosotros persistimos en un rumbo desbocado que, si no hubiera sido por un momento de imprudencia, no habríamos tomado, solo porque aborrecemos «cambiar de opinión».

William James, *The Principles of Psychology*, volumen 2

Hay momentos en la vida de un juerguista en los que algo te dice, desde lo más hondo, que estás en el epicentro de algo espectacular; un momento que no podría reproducirse por mucho que se pensara y planeara.

- El día que entré en un bar de esquiadores cerca de Breckenridge, Colorado, con Eddie, Scotty y Dale, respondimos a la desconfianza de los clientes y el camarero con poderosos argumentos: dinero y cocaína. Eddie hizo una pirámide de un metro de copas de champán y las llenó con todas las botellas que hicieron falta. Yo salí del bar con una chica a la que acababa de conocer y me reuní con el grupo en las pistas negras de Cooper Mountain al día siguiente.
- De espectador en la primera gira de U2, cuando Bono arrojó un vaso de agua contra los focos, empezaron a llover gotas y mi hermana Coo y yo nos deslizamos entre la masa que bailaba en el First Avenue hasta que los zapatos se nos volvieron negros de todos los pisotones.
- Cuando compré una bolsita de cotillón en Washington Square con Donald, que estaba en Nueva York para unas sesiones fotográficas. Estaba llena de todo tipo de sustancias prohibidas, incluido un ácido increíble. «¿Cómo pueden ser tan buenas unas drogas callejeras?», pregunté, asombrado, a Donald, mientras íbamos a trompicones de tienda en tienda, toda la noche, comprando latas de cerveza. «Porque así volveremos mañana». Y volvimos.

Lo bueno de la vida sin dependencias es que uno puede hacer planes para el futuro con bastante certeza. Y eso es también lo malo. Cuando uno está loco, tiene la expectativa de que casi todo es posible si se dan las circunstancias apropiadas, y a veces se dan. Una pelea, un nuevo amigo, un viaje, o las tres cosas en la misma noche.

Sentado en Nueva Orleans con Chris, el amigo que fue a recoger la pistola que yo

creía que nunca había tenido, hablamos de ese momento de encendido. Él se acordó de una noche en la que estábamos en Stand Up Frank's, probablemente en el verano de 1987.

—Estábamos bebiendo *whiskey* e íbamos hasta arriba de coca —dijo Chris—. Era casi la hora de cerrar, y tú estabas convencido de que había un tipo en la barra que te miraba mal, y tuve que sujetarte para que no fueras a pedirle cuentas. Hablabas muy alto y yo estaba seguro de que las cosas se iban a poner feas.

»Fue la noche que acabamos metidos en mi camión y yendo hasta Detroit Lakes. Nos apeteció de pronto ver a Waylon Jennings, o Willie Nelson, o no sé qué festival de música *country*. Era la hora del cierre en Stand Up Frank's.

Detroit Lakes estaba a cinco horas, junto al límite entre Minesota y Dakota del Norte. Anna ya estaba allí, instalada en una cabaña, viendo la música y abasteciendo a los músicos.

—Paramos en algún sitio por el camino (ni me acuerdo), en un bar que, inexplicablemente, estaba abierto —dijo—. Trabajamos conversación con unas chicas y convencimos a una para que fuera con nosotros. Nunca me enteré bien de cómo. Eso fue todo cosa tuya, no mía.

Por motivos de los que no se puede acordar bien, seguramente por cansancio, me dejó conducir su enorme camioneta GMC.

—De pronto diste un volantazo hacia la cuneta, frenaste de golpe, te quedaste parado en la zanja, saliste de un salto, preparaste unas rayas en el capó. Salimos, esnifamos las rayas y volvimos a subirnos al camión, y regresamos a la carretera.

»Y entonces seguimos de un tirón hasta el festival, y estábamos allí haciendo cola para comprar unos perritos, y tú te peleas con un tipo que está detrás de nosotros. Alguien había tirado mostaza a alguien (no sé si fuiste tú o fue él), así que empezasteis a daros empujones, y nos echaron del festival quince minutos después de haber comprado las entradas y haber entrado. Fuimos hasta allá y no llegamos a ver nada de música.

LA CONJURA DE LOS YONQUIS

La moderación es un recuerdo

Liz Phair, Johnny Feelgood

La nomenclatura de la adicción, los nombres que la acompañan —yonqui, borracho, adicto, drogata— sugieren que todas las personas que llevan esa vida son iguales. Pero no lo son. Neil Young tenía razón al decir que los yonquis son como un sol poniente, incluido su final prematuro, pero no totalmente imprevisto. A propósito de esto, deberíamos guardar un instante de silencio por aquellos a los que conocí o con los que me relacioné y que ya no están con nosotros:

Tommy: Mi primo, mi doble familiar, que murió mientras intentaba volver a la carga una vez más. La diferencia entre que yo esté vivo y él bajo tierra no es más que pura suerte.

Aaron: La primera persona a la que asesoré en un programa de rehabilitación. Un chico maravilloso con debilidad por la heroína, se arrojó desde el puente Richard I. Bong, que une Duluth, Minesota, con Superior, Wisconsin.

Phil: No mi camello, sino un antiguo actor porno y miembro de nuestra tribu, cuya novia murió cuando un coche que conducía él, drogado, se salió de la carretera. La noche anterior a que dictaran su sentencia —como máximo habría pasado un año en la cárcel del condado, algo perfectamente soportable—, Phil utilizó una enorme jeringuilla hipodérmica para inyectarse una bola de coca tendido en la bañera, mientras sonaba de fondo *Two out of three ain't bad* de Meat Loaf. Siempre fue muy dramático.

Fred: Fue a nadar y no volvió.

Bob: El guitarrista que no podía dejar ni la música ni la droga.

Pero hay muchos que han salido adelante. En el caso de la gente de la heroína, es de lo más comprensible. La heroína pone a la persona en conserva. Los heroinómanos, que salen al mundo una o dos veces al día como mucho, para conseguir material, pasan la mayor parte del tiempo dormitando, viendo culebrones de televisión y escuchando a Leonard Cohen. No asumen muchos riesgos, aparte de pillar una partida de droga mala.

Los cocainómanos son otra historia. Todo ese correr de un lado para otro desata una especie de corrosión —nada de sueño, mucho alcohol para tranquilizarse— que

acaba reduciendo a la nada incluso a los más resistentes. Es una forma de vida que deja huella: la cicatriz del corte accidental con la cuchilla durante alguna pelea, la quemadura en el brazo porque te quedaste dormido con el soplete encendido, los ojos que han visto demasiado porque no se cerraron lo suficiente.

El alcohol tiene un historial que no está nada mal y que se remonta a los soldados que celebraban sus victorias en tiempos de Heródoto. Beber un poco no tiene nada de malo. Beber mucho de vez en cuando, no es ningún problema. Beber mucho todo el tiempo quiere decir que tu interior se hincha y pareces una pera con piernas, y, si no empiezan a fallarte los órganos, el esófago puede acabar desangrándose, o puedes hacer alguna tontería como perder el conocimiento y caerte de bruces para no levantarte.

En un sentido más amplio, la adicción puede ser muy simplificadora. Mientras otras personas se preocupan por sus pensiones, por inscribir a sus hijos en las mejores guarderías o universidades y mantener vivos sus planes para adueñarse del mundo, un yonqui o un borracho no tiene que preocuparse más que por su próxima dosis. Es, en cierto modo, una vida increíblemente organizada. ¿Qué hacemos hoy? «Exactamente lo mismo que ayer, gramo más, gramo menos».

Un borracho o un yonqui acaba por encontrar compañeros de viaje. Si eres un borracho, el tipo que está en el bar, que se cae del taburete, se levanta, se sienta y pide otra copa es amigo tuyo. Puede ser un paleta, un pesado que suelta discursos sobre las Ciudades Gemelas, o los Vikings, o el alcalde, pero es tu amigo, en cierto modo. Igual que un drogadicto encuentra su nivel y su tribu correspondiente. Como en muchas otras ciudades durante mediados y finales de los ochenta, la coca estaba en todos los rincones de Mineápolis. Pero, si bien muchos grupos de gente consumían una raya de vez en cuando, había una tribu autoproclamada que no hacía prácticamente nada más.

Ser consumidor diario de cocaína es, por definición, formar parte de la economía de la coca. Salvo que alguien sea rico por su casa o tenga la suerte de emparejarse con alguien que lo sea, para conseguir y consumir coca, en general, no hay más remedio que comprar y vender. A mí siempre me interesó más escribir sobre los delincuentes que convertirme en uno, pero empecé a traficar con coca para sostener mi hábito.

Tenía cierta experiencia con mercancías. En los últimos tiempos de la universidad, vendí hierba, sobre todo para Eddie. Era un negocio sencillo y lucrativo, aunque implicaba cargar muchos pesos. Llegaba con una bolsa de basura llena de hierba, veintidós kilos, por ejemplo, y salía con una bolsa de la compra llena de dinero, entre quince mil y veinte mil dólares. Era una actividad tranquila y civilizada, con clientes de lo más normales.

La coca era más complicada, incluso en cantidades pequeñas. Yo trabajaba sobre todo con onzas o fracciones de onzas, que aumentaba añadiendo polvo de lactosa y luego dividía entre amigos y amigos de amigos, e incluso, en algunos momentos

temerarios, gente a la que no conocía en absoluto. Cuando eran cantidades más grandes, aceptaba encargos e iba a buscar la mercancía; le decía al cliente que enseguida volvía, y normalmente era así. En una ocasión hice de intermediario en la venta de un kilo y gané casi diez mil dólares solo con ir de una habitación a la de al lado. Por supuesto, la persona que tenía el kilo no quería que la viera la que lo compraba, así que yo, además de cobrar parte del dinero, era el que corría el riesgo.

El negocio de la droga, como todo el comercio con materias primas, depende de dos cosas: el precio y la calidad. Sigue siendo cierto el dicho: obtienes lo que has pagado. Cualquiera que vendiera su producto demasiado caro o lo adulterase demasiado, se quedaba muy pronto fuera de juego. Y con los narcóticos de Categoría I, existe la emoción añadida de acabar en una prisión federal si las cosas salen mal. Yo unas veces tuve cuidado y fui afortunado otras. En una ocasión en la que Eddie estaba de viaje y el *sheriff* del condado de Hennepin fue a registrar varios almacenes suyos, que estaban llenos de todo tipo de productos, yo le llamé para darle la mala noticia, pero esa fue toda mi participación. Cuando los federales arrestaron a Phil, estuve llamándole al busca toda la semana que estuvo en el calabozo, pero nunca vinieron a por mí. Participé en algunas operaciones de gran tamaño, pero nunca fui más que un recadero con buenas conexiones.

Todo el mundo trabaja para alguien. La prostituta trabaja para el proxeneta o para dar de comer a su hijo de dos años. La bailarina de *striptease* trabaja para el traficante o el novio sinvergüenza. Y, cuanto más me adentraba en la economía de la droga, más descubrí que todos, incluso los que manejaban mucho dinero y mucha cantidad de droga, trabajaban para otra persona. Es muy probable que durante la mayor parte de aquel periodo todos estuviéramos trabajando para Pablo Escobar de una u otra forma. Y es muy probable que él también trabajara para alguien.

En aquellos tiempos aprendí cosas que hoy siguen resultándome útiles. Sé evaluar amenazas nada más entrar en una habitación. Sé cómo actúa un policía que está intentando pasar inadvertido, y sé que, cuanto más educado es un tipo malo, más peligroso es. Los tipos grandullones y torpes que desprendían un aire amenazador en todas direcciones se limitaban a examinar la situación, mientras que a los que de verdad había que tener miedo era a los que permanecían callados. Una vez, en el piso de Phil, durante una partida de póker con gente de la banda, me puse un poco impertinente con uno de esos tipos callados, aunque no había sido mi intención ofender a nadie. Me agarró de las manos y los pies y, sonriendo tranquilamente, me dijo que, si nos íbamos a dar un paseo, estaría encantado de rematar la faena. No me apeteció darme el paseo.

En Mineápolis, el negocio de la coca seguía sobre todo criterios raciales. Durante mis años de vivir aquella vida, me pasé la mayor parte del tiempo en habitaciones llenas de tipos blancos, que mantenían conversaciones amistosas —y, en general, sin armas—, pero en las que todo el mundo miraba al mismo tiempo la báscula y su espalda.

Yo me manejaba en un pequeño círculo de suministro que podía recorrer a ciegas. Phil era un gánster que sabía relacionarse con la gente y hacer transacciones y que no conocía el miedo. Kenny tenía una clientela de tiempo atrás, relaciones muy sólidas y la virtud de no dormir casi nunca, que es una característica muy valorada en un traficante de coca. Tony the Hat era una fuerza de la naturaleza, un tipo grande y de aspecto temible que tenía todo tipo de reglas y una tendencia a ser generoso y feroz a partes iguales.

Los demás, en fin, éramos traficantes por necesidad. Y había muchas formas de relacionarse con la coca. En esa época, 1986 y 1987, había todo un mundillo de quiero y no puedo: trituradores, los tipos del gramo, los pequeños camellos, gente que conocía a un tipo que conocía a un tipo. Era una juerga constante a la que se podía acceder en toda la ciudad. En el bar de McCready's; en el aseo del CC Club, un bar hípster del sur de Mineápolis; casi en cualquier rincón de First Avenue, el gran local de *rock* del centro. Y, cuando cerraban, íbamos a alguna de las otras casas que no eran centros de droga habituales, sino sitios que utilizábamos cuando era necesario.

Los cocainómanos nos veíamos en los bares, nos dábamos la mano y quizá íbamos juntos al baño, plenamente conscientes de que nos íbamos a volver a ver después, esa misma noche, cuando todo el mundo se hubiera ido a dormir. Era una tribu en la que figuraban varios roqueros y artistas, pero casi todos teníamos talento, sobre todo, para calcular un gramo o cocinar coca con solo un Rolaid, algo de saliva y una cuchara vieja. Intentábamos fingir que no era más que una afición, un *hobby*, pero para muchos se convirtió en nuestra actividad principal.

Sarah era una compañera de aventuras a la que seguí recordando con claridad mucho tiempo después de dejar aquella vida. Sarah medía aproximadamente 1,45 metros y tenía nada menos que quince años cuando la conocí. Su extraordinaria figura iba envuelta en prendas al estilo de Stevie Nicks, todo gasas y sombreros extravagantes. Sus padres eran músicos, y ella era manifiestamente teatral; había tenido un pequeño papel en *Madame Butterfly* cuando tenía cinco años. Aquella niña sabía cómo hacer una gran entrada y apoderarse de una sala. Cultivaba un aire de misterio y seducción entre una audiencia crédula y, en su mayoría, masculina.

—Tenía un ritual que consistía en sacar todas sus posesiones, las llaves, los cigarrillos, todo, del bolso y colocarlo a su alrededor —dijo Kenny, un traficante y amigo común que hoy vive en Seattle—. Era casi una manifestación de poder. Solo con su forma de moverse, se veía que sabía lo que hacía. Como si, en su subconsciente, estuviera haciendo magia negra.

A los camellos les gustaba tenerla cerca cuando salían, porque podía llevarles la coca: como era menor, no podían acusarla de ningún delito. Sarah y yo nos conocíamos por diversos motivos. Los dos éramos cocainómanos, hacíamos negocios juntos y, cuando nacieron mis hijas, las cuidó de vez en cuando. Más tarde, ya desintoxicados —que yo recuerde, los dos habíamos dejado la droga—, tuvimos una breve relación amorosa.

Cuando la conocí, no se comportaba como una chica de quince años. Más de una vez, me encontré sentado en una habitación con algún bruto que se sentía el amo porque tenía algo de coca, repartiendo insultos y pizcas de droga por igual, y entonces entraba Sarah. Al cabo de unos minutos, ella tenía la gran bolsa de coca delante y estaba dirigiendo la sesión, y el imbécil prácticamente estaba lamiéndole las manos y deseando lamer otra cosa.

Entonces no se lo dije, pero la conocía también de mi vida como reportero. En los años ochenta hubo un escándalo en la Children's Theater Company. John Clark Donahue, fundador y director artístico, fue condenado por actividades sexuales con algunos de los menores de más edad en la escuela. En el curso de la investigación, descubrieron que dos adolescentes se habían acostado con el jefe de iluminación. Sarah era una de ellas.

—Fui a un SuperAmerica a comprar unos cigarrillos, y él trabajaba allí de cajero. Le arruinaron la vida; no se lo merecía —me contó veinte años después, con voz áspera y llena de *whiskey*, cuando hablamos en un restaurante a las afueras de St. Paul—. Yo sabía lo que hacía; fue decisión mía.

—¿Pero de verdad tenías quince años?

—Tenía quince años pero era muy precoz —dijo—. Era muy despierta. Sabía lo que hacía. —Nos reímos. Estaba acostumbrada a tener a varios hombres enrollados en el dedo meñique. Dijo que no era tan complicado.

»Tetas y culo —dijo, ondeando el cigarrillo al terminar de comer—. No sabía lo bien que se me iba a dar, pero sabía que podría hacerlo. Podía hacer lo que quisiera. Lo que me propusiera, no me sorprendió. Hubo muchas cosas divertidas —decía a pesar de los daños colaterales que sufrió—. Me lo pasé muy bien. Era joven, obtenía lo que quería, hacía lo que quería.

Cuando corríamos aquellas aventuras juntos, era propensa a esnifar grandes puñados de *crack* y luego se estremecía en el suelo como un pez recién pescado en un barco.

—Convulsiones —dijo, y después de una pausa—: era un monstruo.

Hay algo suyo que todavía llevo encima. El dedo anular de mi mano derecha tiene un bulto anómalo en el segundo nudillo. Se rompió durante uno de sus ataques, cuando, en medio del pánico, le metí el dedo en la boca. Años después, me cogió la mano e inspeccionó la vieja fractura. Le impresionó.

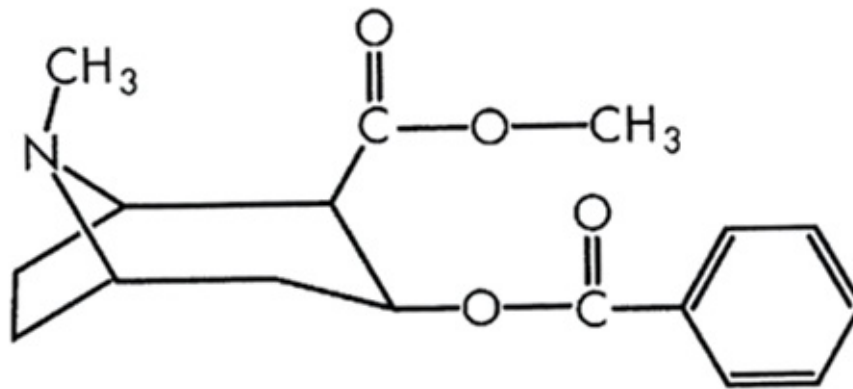
—Muerdes con mucha fuerza —dije.

—Lo sé —contestó—. Cuando empezamos a fumar, todo fue cuesta abajo.

CRACK: BREVE CURSO INTRODUCTORIO

Bebo un segundo trago, que no me dice más que el primero, y luego un tercero, que me dice menos aún que el segundo. Es el momento de pararse; la poción está perdiendo su magia.

Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*



Adicto al crack es una condición vergonzosa para añadir a un *curriculum vitae*. Si no hubieran entrado en la competición los adictos a la metanfetamina —la metanfetamina te vuelve loco y te deja sin dientes—, los adictos al *crack* estarían en lo más bajo de la jerarquía de la droga.

El racismo del sistema de justicia penal es un factor importante. Durante la epidemia urbana de *crack* de los años ochenta, los tribunales estatales y federales dieron un carácter mucho más patológico al *crack* que a su hermana en polvo, la cocaína. Los negros consumían *crack* y los blancos, coca, de forma que había dos tipos de sentencias, y los blancos, entre ellos yo, solíamos salir bien librados.

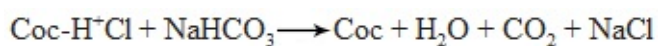
Para evitar la culpabilidad por asociación y las distorsiones legales, mi banda siempre compraba la coca en forma de polvo. No teníamos nada en contra de esnifarla; el polvo era fácil de transportar y usar y no necesitaba más material que un billete enrollado, así que nos dedicamos a meternos cosas en la nariz durante muchas noches de diversión. Muchas personas que conocía miraban el *crack* de cerca y reculaban.

Yo, no. Hay un problema: si consumes mucha cocaína, acabas con la nariz

taponada y las sinapsis aburridas. La cocaína en forma de *crack* ofrece todas las ventajas de las drogas inyectables —un subidón total e inmediato, la posibilidad de acercarse poco a poco a la sobredosis sin llegar verdaderamente a ella— sin todo el lío de las agujas, las marcas y el riesgo de contagios a través de la sangre.

Cuando apareció la cocaína fumable, al principio, se necesitaba un proceso muy complicado para elaborar lo que entonces se llamaba cocaína base. La cocaína en polvo se disolvía en una fuerte solución de alcaloide. Por ejemplo, amoníaco. Luego se añadía éter o algún otro disolvente muy inflamable para refinar todavía más la mezcla y producir una sustancia que pudiera fumarse. El resultado era de una pureza asombrosa, pero con inconvenientes. No hay más que acordarse de Richard Pryor.

El *crack*, en cambio, no necesita más que cuatro elementos: fuego, agua, coca y bicarbonato. La mezcla se calienta y el hervor elimina las impurezas de la fabricación. La pasta sólida que queda se mezcla con el bicarbonato, que es la base, y se forma la piedra. La fórmula es esta:



Diferentes proporciones de bicarbonato y coca producían distintos resultados. Yo prefería la prosaica 1:1. La mayor parte del *crack* oscilaba entre el 75 % y el 90 % de pureza, de acuerdo con las capturas de la DEA, la Oficina de Lucha Contra la Droga del gobierno estadounidense. Cuando la coca se cocina con bicarbonato de sodio y agua, suele hacer un ruido como si se agrietara, de ahí el nombre de *crack*.

Si uno hace una cosa muchas veces, acaba aprendiendo a hacerla. Aunque bastaba con una cucharilla sobre un mechero, yo prefería hacerlo sobre una cocina de gas. Con una coca medio buena y una cuchara normal, me acercaba a la cocina, ponía la coca y el bicarbonato en un poco de agua del grifo, movía expertamente la mezcla como si estuviera salteando algo para que se solidificara y después arrojaba la roca al aire y la agarraba, todo en menos de treinta segundos. Cogerla en el aire era el toque de tensión y espectáculo.

La segunda fase de ingestión necesitaba muy poco material. En condiciones ideales, una larga pipa de cristal con filtros de metal en el extremo se calentaba por abajo. La roca se convertía en un vapor que se enfriaba mientras recorría la pipa y llegaba a los pulmones y, unos diez segundos después, al área del tegmento ventral del cerebro. Si hacía falta, bastaba una lata de refresco con agujeros y unas cenizas de cigarrillo para que hicieran de filtro. La necesidad hace maravillas.

Una vez en la cabeza, la coca canta su propia melodía frenética, con los altavoces subidos al máximo. La droga, sobre todo cuando se fuma, libera dopamina, la *lingua franca* del impulso del placer. Se adhiere a la dopamina, de forma que el neurotransmisor se queda flotando en lugar de reabsorberse y crea una sensación prolongada de extrema euforia. La dopamina circula entre las terminaciones nerviosas durante diez o quince minutos y arrastra al toxicómano a toda una gama de sentimientos placenteros.

Es, a falta de una metáfora mejor, similar a marcar el gol decisivo en el último partido de liga y luego revivir ese instante una y otra vez hasta que se desvanece el subidón. Y, en vez de la subida gradual que da la cocaína en polvo, el *crack* lo provoca de manera inmediata y profunda. Los sentidos se agudizan, las pupilas se dilatan, la presión sanguínea y la temperatura se elevan y uno se siente como señor y dueño de todo lo que le rodea, aunque no sea más que un sofá medio destrozado y una televisión rota en un nido de drogas.

Y luego desaparece. Después de una dosis de *crack*, solo apetece una cosa, y no es una rápida vuelta a la manzana para aclararse la cabeza. El consumidor de *crack* sociable es una cosa que no existe. Muchas personas normales prueban su horripilante trampa y se alejan de ella. Otras la prueban de nuevo. En esta situación crónica, el cerebro se defiende del festival de dopamina volviéndose menos receptivo. Una dosis más grande produce menos satisfacción y un bajón más brutal después. Lo que parecía una forma de huir de la fuerza de gravedad de esta bola de tierra se convierte en una pala que cava una y otra vez un hoyo del que el drogadicto no consigue salir.

Llevo dos décadas sin fumar *crack*, pero recuerdo todos sus detalles. Ya notaba un subidón previo mientras cocinaba: el corazón se me disparaba y las pupilas me brillaban ante la perspectiva. Inclinado sobre la cocina con mis colegas, bailoteábamos todos de emoción. «Ya está. Está a punto, aquí y ahora mismo». Superado el delicado momento de decidir quién iba primero, te llegaba el turno. El *crack* no solo hace ruido mientras se fabrica, sino también al fumarlo. Hay un sonido de burbujas tremendamente agradable cuando la piedra sólida se vuelve líquida y, enseguida, vapor.

Salvo que estés en la calle buscando piedras con los dedos quemados y una pipa rota —cosa que yo nunca hice—, fumar *crack* es una actividad de interior. Hasta que se termina la coca, no hay nada más. La bebida, la charla, el baile que acompañan a la coca esnifada no aparecen con el *crack*. Fumar *crack* no es tanto una fiesta como una ceremonia religiosa, con un grupo de gente que se reúne en torno a una imagen central; en este caso, la diminuta hoguera que forman la pipa y la llama. La gente se sentaba en silencio, frotándose los muslos con expectación, quizá con algún comentario ocasional sobre lo fuerte que estaba una dosis o el mal aspecto que tenía alguno. Mientras había coca, dominaban el silencio y las sonrisas bobaliconas y satisfechas. El subidón duraba quince o veinte minutos, y luego las sinapsis empezaban a protestar, como una cabeza llena de polluelos con los picos abiertos y pidiendo más comida.

Cuando se quiere explicar la experiencia por escrito, lo normal es utilizar metáforas sexuales, pero a mí nunca me pareció que el sexo, ni siquiera el mejor, me proporcionara el mismo ciclo eufórico que el *crack*. La cocaína fumable, al principio, despierta una capacidad de asombro infantil, el sentimiento de que ha llegado el circo y ha escogido tu cráneo para presentar su próximo espectáculo. No hay nada

comparable a la primera dosis de tu vida, la primera dosis de la noche, la primera dosis de una nueva partida. La caza posterior, la interminable persecución de esa primera vez, plantea un enigma imposible de resolver.

Con las terminaciones nerviosas y los niveles de dopamina en situación normal, el vapor de cocaína inhalado es el martillo de feria que golpea el peso y lo envía hasta la campana. A partir de entonces, cada vez llega un poco más despacio y hasta un poco más abajo. Pero sigue valiendo la pena. Se establece una especie de hipnosis grupal, y las idas y venidas de la actividad —inhalarse y exhalar, mi turno y tu turno, cocinarla y fumarla— acaban por convertirse en el propio objetivo. A mí nunca me resultó difícil comprender por qué hay gente capaz de jugar al póker o a las máquinas durante días seguidos, incluso después de que se haya instalado la anhedonia, y al margen de que gane o pierda. Detenerse, recuperar la sensatez, es reconocer que se ha terminado, que has jugado y has perdido.

Al cabo de dos minutos, dos horas o dos días, las reservas han bajado y empieza la desesperación. Rascas la cuchara y, si estás suficientemente colgado, te arrodillas y rascas la moqueta en busca de una migaja que pueda haber caído. Ya, seguro. La cocaína en *crack* tenía el poder de invertir la polaridad de la relación entre consumidor y droga. El humo de las pipas circulaba en las dos direcciones: inhalaba el narcótico al tiempo que exhalaba mi alma. Antes de empezar a fumar cocaína, pasé demasiado tiempo en la ruta de William Blake hacia el exceso, pero conseguía mantenerme. Fumar *crack* fue una actividad completamente incontrolable desde el principio, el vehículo que me llevó de ser un juerguista a convertirme en yonqui.

Sentado en su cabaña de Newport, Donald me contó que todos mis amigos se dieron cuenta de inmediato.

—Te lo ocultábamos. Me acuerdo de que estaba trabajando en la barra de Tam's, y alguien dijo: «Viene Carr». Así que me fui.

¿Por qué?

—Olías mal, tenías mal aspecto, sudabas como un cerdo, estabas fumando *crack*.

Hizo una pausa.

—Éramos muy buenos amigos, te quería muchísimo, pero no eras tú. No estaba hablando con mi amigo David, sino con un hombre salvaje. Eras una criatura salvaje. Tenía miedo.

No recuerdo si eso pasó antes o después de que fuera a su casa con la pistola. Él tampoco.

* * *

Donald tuvo su propia experiencia con el *crack* después de que yo me desintoxicara, y otras personas que conocía perdieron años por culpa de la droga. Aparte de la fisiología y la farmacología, no sé explicar mis dos años dedicados a fumar *crack*. Todavía hoy, que estoy rehabilitado, cuando veo a chicos en los locales

de Nueva York que salen a escondidas para meterse una dosis, no me cuesta nada entender el atractivo. Una raya de coca en el aseo, un chupito de *whiskey* en el bar, ningún problema. ¿Pero el *crack*? Hace falta sufrir un tipo de estupidez muy refinado para dejarse enredar en esa vida y pensar que se puede seguir funcionando.

Cuando volví a Mineápolis a investigar, todos los papeles sobre mi desintoxicación se habían perdido, pero pude hablar con Bob Olander, el encargado de dirigir los programas de desintoxicación del condado de Hennepin en aquella época. Yo había escrito algunas historias sobre él cuando era reportero y siempre me había parecido un tipo muy sensato. Luego volví como cliente y se ocupó de mi caso.

—Tardó un tiempo, pero el *crack* acabó llegando a Mineápolis, y entonces fue un torbellino, y nos vimos sobrepasados por la cantidad de gente de todo tipo con adicción al *crack* —me explicó—. La mayoría eran negros, pero también hubo blancos como tú.

En varias ocasiones, cuando recaía, acabé desplomado en la oficina de Bob, sin trabajo y sin poder obtenerlo. Al menos en dos de esas ocasiones, logró que me admitieran en un centro público de desintoxicación. Siempre había pensado que, si se tomó tanto interés por mi caso, era en parte porque creía que todavía tenía una buena posibilidad de reintegrarme en la sociedad civil. Sin embargo, cuando hablé con Bob, me quedó claro que, cuando el *crack* se apoderó de mí, no pensó en absoluto que yo fuera a salir adelante.

—No lo conseguimos a la primera, lo recuerdo. Tu pronóstico no era nada bueno. Nunca me engañé al respecto —dijo—. Tenías un sólido historial de comportamiento compulsivo y una espiral de degradación como consecuencia. —Mi época con la pipa me había borrado la sonrisa de superioridad del rostro.

»Tu aspecto físico era el de un canalla derrotado —dijo—. Tenías un aire de tristeza, como de un tipo que había volado muy alto y ahora estaba por tierra. Parecías vencido. Después de verte varias veces, bueno, eras muy arrogante, y poco a poco te diste cuenta de que no podías ser lo bastante arrogante como para seguir con esa vida que habías elegido.

Me dijo que el hecho de que fuera un varón blanco, que tuviera unas aptitudes que me permitían encontrar trabajo y una familia que me apoyaba, hacía que tuviera mejores perspectivas. No magníficas, pero sí un poco mejores.

—Tenías buenas intenciones. Sentías cierto remordimiento por lo que les habías hecho a las personas de tu entorno. Parece poco serio hablar así desde el punto de vista estadístico, pero tenías la capacidad de ser optimista. Tenías que subir una pendiente muy pronunciada para recuperarte; me parece que pensé que tenías una probabilidad de setenta a treinta en contra, pero que podías lograrlo, que merecía la pena tocar ciertas teclas por ti...

Tuvo que tocar esas teclas varias veces. No vencí a la primera en mi lucha para rehabilitarme.

CUANDO BAILAN LOS ELEFANTES

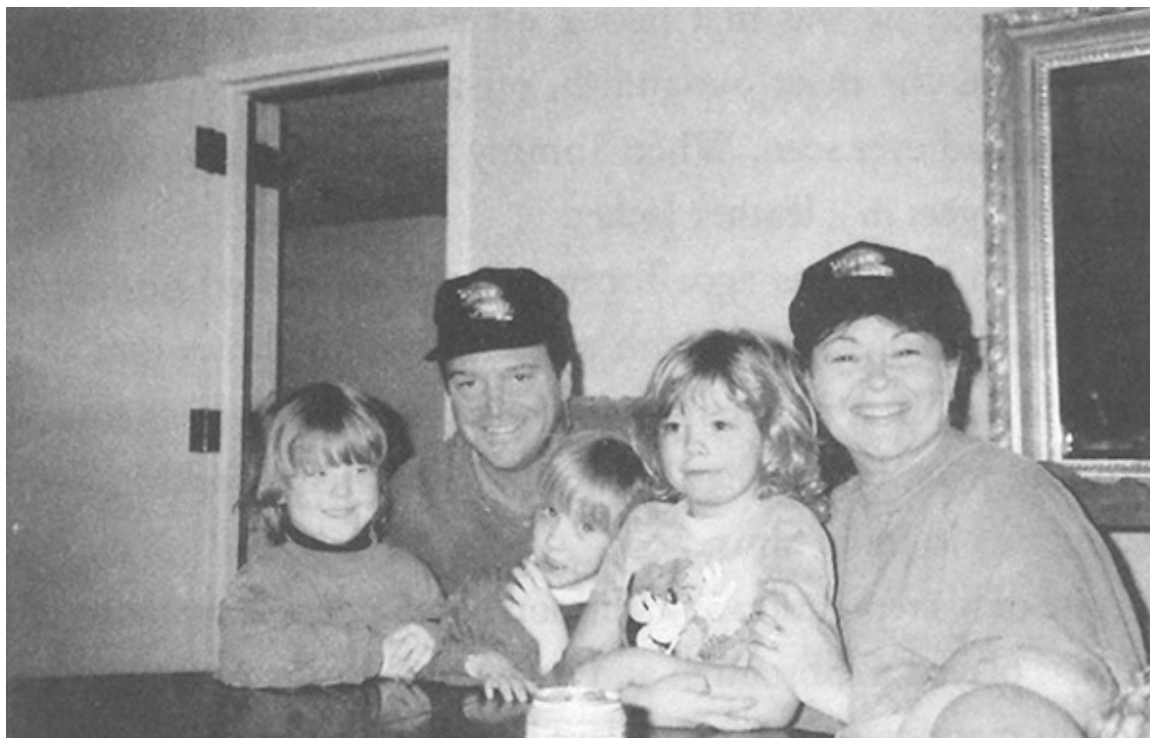
Tommy y yo estamos sentados en un hotel del centro de Manhattan. Estamos a finales del verano de 2007, y por fin hemos conseguido quedar después de varios intentos. Está en la ciudad para aparecer en el *show* de David Letterman sin ningún motivo especial, solo porque le cae bien a Dave desde que era aquel inútil que estaba casado con Roseanne. Yo estaba presente la noche que se conocieron en Mineápolis, una noche especialmente salvaje, y no me di cuenta de que estaban interesados en intercambiarse algo más que chistes. Había escrito un par de veces sobre él cuando empezaba como cómico, y conectamos. Era el borracho y drogadicto más extravagante y desinhibido que había conocido. Cuando Tommy consumía drogas, a su lado, yo parecía Mister Rogers con chaqueta de cuero.

Eso fue hace mucho tiempo. Tommy tiene otra vida, ha interpretado unos cuantos papeles buenos en el cine y ha protagonizado varios programas de televisión que no acabaron de cuajar. Le han considerado acabado tantas veces que se ha convertido en una especie de chiste recurrente. Pero, en los últimos tiempos, su carrera ha remontado y está trabajando con directores de talento en el cine independiente.

A pesar de su reputación de payaso entre la gente que no le conoce, desempeñó un papel importante y firme en mi recuperación. Sus excentricidades —no para de mover la pierna— hacen que la gente piense que sigue siendo un cocainómano, pero yo, que le conozco, sé que lleva casi veinte años limpio. Yo me desintoxiqué antes que él y le ayudé un poco, y él, a su vez, estuvo conmigo cuando recaí. He estado en reuniones en su casa, ha llamado a amigos míos que estaban recién desintoxicados para ayudarles, y en Hollywood saben que es una persona a la que siempre se puede acudir cuando alguien necesita que le echen una mano en cuestiones de drogadicción.

Tommy es leal. Cuando llegó por primera vez a Los Ángeles, se llevó consigo a una banda de cabezas huecas, muchos de los cuales siguen trabajando en el sector del espectáculo. Cuando obtuve la custodia de mis hijas, me encargó que escribiera un guion de Roseanne que fue aprobado pero nunca llegó a rodarse, y empleé el dinero en comprar nuestro primer coche decente. Fui testigo de sus bodas —dos de ellas— y hoy sigo viéndole cuando voy a Los Ángeles. La única vez que me mintió fue cuando empezó a salir con Roseanne, pero es natural, porque estaba vendiendo información al *National Enquirer* para poder comprar coca. Se mudó a L. A. y acabó en el hospital con una terrible hemorragia nasal. Ese día hablé con él por teléfono, como hacía siempre que asomaba de su jaula. Quería saber qué debía hacer. Y yo siempre le decía lo mismo: «Si te duele la nariz, deja de meterte cosas en ella». Tom se desintoxicó, y Roseanne y él empezaron a invitar a las niñas cada vez que estaban en

la ciudad.



Cuando llego a su hotel, está en la planta de abajo, en el gimnasio. Mientras se ducha, examino su habitación, que parece como si la hubieran bombardeado varias veces. Trajes, chándales, revistas y varios teléfonos. La gente de Hollywood, sea quien sea, nunca viaja ligera de equipaje.

La víspera de que me despidieran en 1987, la víspera de la noche de la pistola, habíamos salido juntos a celebrar San Patricio. Fue una juerga gigantesca, mortífera, como casi siempre que estaba con él, y acabó mal, como solía ocurrir.

En su habitación, Tommy y yo intentamos recordar qué pasó. Tommy era un cómico voraz, reflexivo y ofensivo, uno de esos tipos no siempre alegres y deseosos de que algún pesado en el público se lo pusiera a huevo. Aquel San Patricio, en el salón de los Knights of Columbus, había un bocazas llamado Sarge, el jefe extraoficial de aquello. Le dije a Tommy que no se metiera con él durante su número. Pequeño error táctico por mi parte.

—Me dijiste: «No te metas con Sarge» —me cuenta, moviendo la pierna y cogiéndole gusto a la historia—. Empecé a tomarle el pelo de inmediato, y ya no paré. Fue mortal. Para empezar, la gente en el local de los Knights of Columbus, no estaba allí para verme a mí ni mi tipo de chistes, y la cosa se volvió muy desagradable. Tiré tres cervezas a alguien, a la cara, y estuve a punto de darle a un tipo en una silla de ruedas. No sabía que estaba en silla de ruedas y me disculpé enseguida, pero era demasiado tarde. Tengo la impresión de que las repercusiones las sufriste sobre todo tú.

Eso es lo que recuerdo. También recuerdo que nos fuimos a toda prisa.

—Muy deprisa. Empezaron a rodearnos —dice.

Habíamos aprendido a irnos muy deprisa o, si nos arrinconaban, a abrirnos paso a puñetazos. Tommy tenía la entrada prohibida en muchos de nuestros locales habituales en Mineápolis. Y era normal, cuando estaba de gira con su *show*, que acabaran echándole del sitio en el que estaba trabajando. Se acordaba de una vez que estaba en un McDonald's en Rochester, Minesota, después de una actuación, y le expulsaron antes de que le hubiera dado tiempo a ir al baño. Así que fue a aliviarse en el aparcamiento. En plena operación, aparecieron unos policías y le preguntaron qué hacía. Tommy contestó que estaba preparándoles un cóctel. Habría sido una de sus situaciones habituales, salvo que Tommy tenía que estar al día siguiente en Los Ángeles para aparecer en el primer programa especial de Roseanne para HBO. Llamar para decir que estaba en la cárcel habría sido muy perjudicial para su carrera.

Así que me llamó a mí, en pleno ataque de pánico, arrepentido. Pero los policías de Rochester estaban furiosos. Llamé a Ron, el mejor abogado penalista del estado. Él tenía contactos, Tommy salió en libertad, cogió el último vuelo a L. A. y nadie se enteró de nada. «Me salvaste el trasero», recuerda.

Teníamos muchas cosas en común. En aquel tiempo éramos dos tipos grandones, capaces de hacernos con una habitación o volverla en nuestra contra de un manotazo. En el verano de 1987, una mañana, Tommy debía una partida de coca de la noche anterior. Él aún lo niega, pero de algunas cosas me acuerdo. Como a muchos de nosotros, a Tommy se le daba mejor consumir drogas que pagarlas. No era uno de esos que te roban el material y luego te ayudan a buscarlo, pero hacía lo que fuera necesario para prolongar el subidón.

Reconozco que le di demasiada paliza en ese sentido. Pero luego me acuerdo de que, sin venir a cuento, de pronto intentó sacarme el ojo izquierdo. Yo siempre había pensado que no fue más que una gamberrada que fue demasiado lejos, nada importante. Habíamos bromeado sobre ello muchas veces. Pero cuando empezamos a hablar de situaciones concretas y entramos en detalles, me di cuenta de que Tommy guardaba muchos remordimientos.

Me dijo que había ocurrido en casa de Anna, en Oliver Avenue, con varios roqueros de grupos como The Replacements, Soul Asylum y The Flaming Oh's. Su novia de entonces, Melanie, era una cantante de *rythm & blues* guapísima que había hecho voces en *Funkytown*, el éxito de 1980 que había salido de Mineápolis.

—Te juro que, al principio, eras sutil, pero no dejabas de decirme cosas y estabas hasta arriba de droga. Te dije que no tenía el dinero encima, pero que te lo iba a dar; que podíamos hablar de ello al día siguiente, no en ese momento. Melanie estaba ahí, estaban los chicos del grupo, estaba intentando que me dieran algo de trabajo.

Pero yo seguí insistiendo, acosándole, pasando del susurro a un tono más amenazador. Tenía antecedentes de peleas en bares y patios, pero mi proporción de victorias y derrotas era poco prometedora. Y, aunque era testarudo, mi habilidad pugilística podría haber protagonizado un vídeo de *Bum Fights*.

—Por fin, tuve el convencimiento de que era una de esas veces en las que

simplemente querías que alguien te pegara un puñetazo —dice—. Te advertí. Te dije: «De acuerdo, en serio, la próxima vez que hagas eso, te voy a hacer daño. Te voy a hacer daño de verdad». Quería que te lo creyeras.

Dijo que estaba avergonzándole y avergonzándose a mí mismo delante de nuestros amigos.

—Estabas refunfuñando, para empezar. Todos sabían por qué estabas enfadado; creían que te debía dinero o lo que fuera, que no pagaba mis deudas de coca. Tú hacías muchos favores a mucha gente, muchos te tenían simpatía, y a mí, a veces, no. Así que te acercaste y comprendí que tenía dos opciones: o pegarte directamente en la garganta, o agarrarte y clavarte la mano en el ojo. No eras un tipo menudo. No es nada fácil cuando estás colgado, así que sentí mis dedos que llegaban hasta el fondo de tu globo ocular, y es... No sé.

Recuerdo lo que pasó a continuación, y él también. Caí al suelo, despacio, dando gritos agudos y diciendo que me había sacado el ojo.

Más tarde, en el taxi en el que nos dirigimos a cenar, se siente obligado a explicarse más, pese a que no perdí el ojo y la verdad es que me lo había ganado a pulso.

—No iba a ser fácil. Te habría tirado al suelo o algo así, sin más, pero te he visto cuando te pones duro, y no quería llegar a eso. Les dije a los demás que querías que te diera una patada en el culo, que estaba haciéndote un favor —dice, sin reírse lo más mínimo.

Es curioso. En aquel momento me dolió, pero no le había dado más vueltas, de verdad, y aquí está él dándome explicaciones. Ahora es un cómico, un actor, pero en aquellos tiempos acababa de salir de la planta frigorífica. Y, aunque ahora abulta mucho más que yo —el cáncer y otras cosas me han encogido—, en aquellos días, yo era seguramente capaz de ponerle en aprietos. Me habría dado una paliza, pero habría sido una pelea larga y dolorosa para los dos y para todos los que la presenciaban. Quizá me hizo un favor. A pesar de estas combustiones ocasionales, pasamos mucho tiempo juntos, e incluso me hacía visitas nocturnas mientras yo trabajaba en algún reportaje.

—Íbamos a fumar *crack* o algo así, pero primero tenías que entrevistar a un chico que vivía en la calle y querías hacer un reportaje conmovedor, duro, enternecedor. Y después de la entrevista apareció tu camello —cuenta—. Pero siempre tratabas a todo el mundo igual. No hacías distinciones.

A diferencia de casi todas las personas con las que hablo sobre los viejos tiempos, Tom cree que el motivo por el que me desintoxiqué no fueron tanto las gemelas como una ambición que los dos compartíamos:

—Creo que tu carrera tiene para ti más importancia de la que reconoces —dice—. Creo que eres como yo. Yo finjo que sería feliz viviendo en ninguna parte, pero la verdad es que no quiero joder las cosas, retroceder y volver a caer tan bajo.

20

BAM BAM

En las películas de gánsteres, el jefe siempre es un tipo con la cara picada de viruelas que maneja el dinero, las mujeres y las armas como si fueran joyas, para lucirlas. Son tipos ruidosos y amenazadores, que van flanqueados por matones cuando entran en el restaurante, se sientan dando la espalda a la pared y siempre piden un gran trozo de pollo.



Sin embargo, la persona más seria y más exitosa con la que yo traté apenas superaba el metro y medio, era preciosa, tenía una cabellera teñida de rubio, la boca pequeña y cierta debilidad por los locos, si no en cuestión de negocios, sí en los asuntos del corazón.

Cuando conocí a Anna, estaba en su máximo esplendor; movía un kilo mensual,

procedente de fuentes colombianas, a través de unos socios de confianza que, además, eran sus amigos. Controlaba las entregas en naves de almacenaje y cajas de seguridad de bancos y disponía de mulas que la mantenían alejada de los aspectos prácticos del negocio. La chica sabía contar: clic, clic, clic, pasaban los billetes, y de vez en cuando se humedecía el pulgar para mantener el ritmo. Y, cuando los montones eran demasiado grandes para contarlos a mano, tenía una báscula digital que pesaba billetes de veinte. Tenía dos niños y una agradable casa en el norte de Mineápolis; las transacciones grandes se hacían en otros sitios. Nos conocimos en una fiesta de despedida en honor de mi viejo conocido Phil, que iba a cumplir una condena en una prisión federal, así que el momento fue oportuno o, al menos, eso me pareció entonces.

En 1986, me encontraba en plena transición profesional, de *The Twin Cities Reader* a *Corporate Report Minnesota*, una excelente revista económica mensual que era de la misma empresa. Nunca se me había ocurrido trabajar como periodista económico, pero representaba adentrarme en un tema nuevo y más dinero. Doolie se había ido a vivir conmigo en Garfield Avenue, en el sur de Mineápolis, y estábamos en nuestro ciclo habitual de intensidad amorosa mezclada con peleas explosivas. Yo la quería, en la medida en que podía pensar en algo que no fuera yo, pero me exigía una atención y unos mimos que yo no tenía tiempo de prestar.

Durante el otoño de 1986, empecé a ver cada vez más a Anna, al principio con la excusa del negocio, hasta que Doolie y otras personas empezaron a comprender que no solo nos intercambiábamos drogas. Yo era un niño de cuatro años, obsesionado y acaparador, en el cuerpo de un adulto, y quería tenerlo todo a la vez. Mentía a Doolie sobre Anna y a Anna sobre Doolie, para mantener a cada una en su sitio mientras yo estaba en el centro. Las huellas de mi vida de mentiras estaban en los trozos de papel que iban a la basura, los rastros de perfume en el cuello de mi camisa, la ropa interior que desaparecía y las camisetas nuevas. Todo me implicaba menos mis labios, que no cesaban de dar explicaciones.

Anna y yo comenzamos nuestra relación poco a poco, con una primera cita en un partido de *hockey* de los Minnesota North Stars, seguida de una cena. En aquella época todavía no hacíamos más que esnifar, los dos, y nos pulimos la bola —3,5 gramos— de coca que llevaba yo encima. Yo no tenía ni idea de que Anna fuera más que una entusiasta como yo.

Estábamos en su habitación, en su casa, a última hora de la noche, y, cuando se nos acabó la coca, me envió a por más a la caja fuerte que tenía bajo el tercer peldaño de la escalera. Volví sin nada y le dije que no había más que un gran ladrillo blanco. «Es eso, bobo —exclamó—. Parte un pedazo y tráelo».

Décadas más tarde, estábamos hablando delante de un hotel en Tucson, y todavía se acordaba muy bien de las dimensiones que tenía un kilo de cocaína prensada.

—Era del tamaño de un libro, más o menos así —dijo, haciendo un gesto con las manos—. Todavía llevaba el sello de la serpiente. O sea, procedía directamente del

cártel de Medellín.

»Vendí aproximadamente un kilo al mes durante siete años —dijo—. Me costaba veinticinco centavos el gramo. O sea, veinticinco mil dólares el kilo, mil gramos. Y lo vendía por cien mil dólares.

Anna tenía gran habilidad para los negocios y, para dedicarse al narcotráfico, era muy femenina, siempre vestida de forma atractiva y con una risa genial y profunda. Cuando la conocí, tenía un Nissan Maxima reforzado, una bonita familia y un negocio de coca al por mayor muy lucrativo. Yo le gustaba porque tenía un trabajo de verdad y no dejaba que me mangoneara. Todos los hombres de su vida, incluido su exmarido, trabajaban para ella. A mí me gustaba ella porque, de sus orígenes en un pueblo perdido de Minesota, había salido adelante con su propio esfuerzo, no se amilanaba ante nadie y tenía un suministro interminable de cocaína pura.

Chris, mi amigo de Nueva Orleans, la recuerda como «una persona bondadosa y de fiar». «Cuando la conocí, era una mujer lista y dura que tenía éxito en un negocio, ya sabes, difícil e ilegal y que, en general, está dominado por los hombres. No ves a muchas mujeres que tengan ese nivel en ese sector. Además, era propietaria de su casa y cuidaba de sus hijos».

Anna y yo no vivimos ningún momento en el que no estuvieran mezcladas las drogas. Las sustancias químicas definen una gran parte de las relaciones en el mundo moderno. El marido cabizbajo y distante que se mete doce cervezas delante de la televisión y hace excursiones al garaje para acompañarlas de unos sorbos de vodka. La mujer cuyos dolores de cabeza exigen dosis continuas de clonazepam. La hija de once años enganchada a las anfetaminas. El adolescente que fuma pipas de un único uso en su habitación. Barcos que se cruzan en la oscuridad y se ven entre sí a través de la farmacología.

Durante un tiempo, a los dos nos fue muy bien. Yo tenía amigos en toda la ciudad y a Anna la trataban como a una reina cuando salía, que no era muy a menudo. Había estado casada con Steve, un buen tipo que se había dedicado al negocio hasta que empezó a fallar por su afición al producto. Acabó metido en un gran lío, debiendo mucho dinero a los colombianos, de modo que Anna fue a hablar con ellos y ellos aceptaron trabajar con ella. Anna se convirtió en una de las fuentes más respetables de suministro de droga en la ciudad.

Según ella, todo iba de maravilla hasta que aparecí yo (bastante verdad), la seduje y la convencí para que fumara cocaína (más o menos verdad). Según mi versión, llegué torpemente a su vida, me rendí a los abundantes halagos y caí en una locura violenta y destructiva, una psicosis inducida por las drogas. Lo cual es verdad hasta cierto punto.

En todas las ciudades, incluso en las que son más bien pequeñas, como Mineápolis, hay alguien como Anna, una persona respetable que se encarga de la desagradable tarea de vender a las clases privilegiadas. En su lista de clientes había abogados, médicos y empresarios de peso. Comprar a una persona como Anna, que

tenía una casa, hijos y amigos de verdad, hacía que su turbio secreto pareciera menos turbio, como si no estuvieran consumiendo drogas duras. Al fin y al cabo, no iban a ninguna esquina callejera a comprar.

Era una persona especialmente útil cuando nos visitaban grandes grupos de *rock*. Si algún gran nombre tenía un concierto, allí estaba Anna, entre bastidores, con todo el aspecto de ser una fan más, pero con un bolso en el que tenía suficiente coca para tumbar un elefante. La gente la cuidaba, se aseguraba de que estuviera cómoda y satisfecha, porque era la que tenía la mercancía, no era ninguna estafadora y no parecía un gánster. Cuando la conocí, la estrategia de negocio de Anna me pareció de lo más lógico. Independientemente de que, desde el punto de vista legal, fuera un claro ejemplo de crimen organizado, no cabe duda de que era una empresa digna de admiración. Ella recordaba, años después, que esa admiración profesional era mutua.

—Cuando te conocí, yo tenía mucho dinero, y me pareció que tú conocías a mucha gente y trabajabas en algo que yo admiraba, me gustaba tu profesión —dijo mientras encendía un cigarrillo—. Me impresionó y pensé: «Quizá los dos juntos podemos llegar a algo».

Anna me presentaba a sus amigos diciendo que era su socio, pero todos sabían a la perfección lo que era: un tipo que iba a joder algo que marchaba muy bien. Como mujer de negocios, seguramente ella también se daba cuenta, pero, aun así, le gustaba que yo mandara de vez en cuando.

—A Steve, mi primer marido, la verdad es que en cierto modo le castré, aprendí la lección y me dije que nunca volvería a hacérselo a nadie más —dijo—. Bueno, cuando te daba la droga y el dinero y te ordenaba que fueras de acá para allá tampoco estaba precisamente reforzando tu virilidad. Nunca funcionó. Nunca volvías con el dinero ni con la droga; alguna vez, pero muy de vez en cuando. Nunca solía recuperarlo.

Aparte de mi incapacidad de desempeñar un papel que, en definitiva, era de chico de los recados, yo desaparecía durante muchos días por otro motivo: todavía estaba con Doolie.

—Me mentiste durante meses sobre eso —recordó, sin el menor atisbo de reproche. Se me había olvidado cómo se enteró de la verdad—. Doolie me llamó y amenazó con matarme —dijo, de nuevo en tono objetivo. No sé si era verdad, pero le pregunté si se había tomado la amenaza en serio.

»La verdad es que no. Porque en esa época estaba triunfando. Estaba en racha —dijo—. Las cosas me iban muy bien, tenía una casa preciosa, dos hijos preciosos, un coche deportivo. Y pensé que te quería y que esa mujer no se iba a quedar contigo, y que, pasara lo que pasara, iba a pelearlo, no físicamente, pero iba a tener que pelear conmigo.

De modo que yo no era el único que tenía un sentimiento de posesión, de tener derecho a todo. Era una mujer acostumbrada a obtener exactamente lo que quería.

—Todavía no era una adicta —dijo—. Porque no me gustaba demasiado. Me

gustaba más el dinero. Me gustaba viajar, me gustaban las cosas bonitas, adoraba a mis hijos, no tenía ni idea de lo que era ser drogadicta. Miraba a la gente a mi alrededor y no era capaz de entender lo que les pasaba; por qué tomaban las decisiones que tomaban. Solo lo comprendí cuando yo misma me convertí en adicta.

Desde luego, su relación conmigo fue un cursillo acelerado. Desde su papel de proveedora, había visto que la diferencia entre esnifar coca y fumarla era enorme. Pero, al cabo de un tiempo, decidió ver a qué se debía tanto revuelo.

—Estuvimos seis meses discutiendo por ello, hasta que empecé a hacer como tú. —Y cayó casi de inmediato—. La persona que inventó el *crack* es malvada —dijo. Una persona que pasaba al lado de nuestra mesa hizo un gesto al oírla, pero ella siguió—. Tienes que ser verdaderamente autodestructivo para pincharte con una aguja en el brazo, hacer todos los preparativos, mientras que meterte la pipa en la boca e inhalar un poco de humo es facilísimo y, antes de que te des cuenta, ya estás en el infierno.

»En un momento dado, estaba tan enamorada de ti que estaba dispuesta a renunciar básicamente a mi alma, ¿sabes? No sé muy bien por qué —dijo—. Eres gracioso, eres sociable, puedes ser de lo más encantador. Además tenía la impresión de que eras el primer hombre que me quería proteger: si alguien me decía o me hacía algo, te asegurabas de que supiera quién era yo y que tú eras mi novio, y decías: “No hagas eso o te meterás en un lío”. Eras mi protector; tú podías hablar mal de mí, pero otros, no. Yo nunca tuve a un padre que me defendiera; fue la primera vez que tuve a alguien mayor que estuviera de mi parte.

Era, recordó, una fortaleza que a veces se convertía en debilidad.

—Tenías una pizca de paranoia —dijo, e hizo una pausa después del eufemismo—. Recuerdo que, una vez, estábamos en una fiesta y alguien me hizo una foto. Dije que no me gustaba y tú agarraste al tipo por el cuello, cogiste la cámara, la aplastaste y montaste una escena terrible, y yo pensé que tampoco quería eso.

En el otoño de 1987, su negocio estaba en pleno descalabro, yo había perdido mi trabajo y, ah, sí, se quedó embarazada. Sus amigos le rogaron que abortara. Éramos unos cocainómanos fulminantes, y su exmarido, que venía a casa a cuidar de sus hijos, era la única persona medianamente responsable. Anna se encerraba durante horas en su habitación y a veces insistía en que Doolie estaba paseándose por las vigas. Le expliqué que era bastante imposible desde un punto de vista práctico, pero, a esas alturas, había habido ya tantas mentiras que Anna no sabía qué creer. Los dos sufríamos unos subidones psicóticos y crónicos, y yo me pasaba todo el tiempo subiendo las persianas para contemplar un mundo al que cada vez me daba más miedo aventurarme.

—Recuerdo, antes de saber lo que estaba pasando, que siempre estabas mirando por las ventanas —dijo—. Yo te decía: «Cabrón, si no te apartas de esa ventana, te voy a matar». Creo que no me enteraba realmente de lo que estaba pasando, pero tú te plantabas en mi puerta y no te movías de allí. Te ponías a mirar por las ventanitas y

no había nada que hacer. No te movías de allí.

Hubo un terrible 4 de Julio, su cumpleaños, en 1988. La escogieron como proveedora en un festival de música *country* en Detroit Lakes, y yo iba a ir desde mi cabaña en Wisconsin. A mitad de camino, tomé una curva a mucha velocidad y estuve a punto de chocar con un coche familiar lleno de niños. Todavía puedo ver sus caras en la ventana posterior. Me fui a la cuneta por evitar el accidente. Acabé en la cárcel de Brainerd, Minesota, donde celebré la fiesta de la independencia de nuestro país arrojando cerillas encendidas al otro lado de la celda. Cuando por fin llegué a Detroit Lakes, descubrí que, como regalo de cumpleaños, los amigos de Anna la habían sorprendido con un hombre desnudo, colgado del techo de su cabaña. Me puse furioso.

—Recuerdo estar en mi cabaña, y que tú me pusiste el ojo morado, me rompiste una costilla y me empujaste desde el porche —dijo. Yo no recordaba eso último pero, en cuanto lo dijo, supe que era verdad.

En realidad, no me instalé a vivir con Anna, sino que, de pronto, no me fui de allí. Independientemente de quien lo recuerde, sigue habiendo varias mentiras desagradables e ineludibles entre nosotros. Ella tenía la costumbre de cerrarme la puerta en la cara —en parte por eso, yo la llamaba Bam Bam—, y yo tenía la costumbre de entrar de todas formas y estrangularla. Estaba fumando *crack* cuando rompió aguas, señal inequívoca de que las gemelas iban a nacer con dos meses y medio de antelación. Yo era quien le había llevado la droga. La trataba como si fuera un cajero automático y usaba sus drogas y su dinero casi como me parecía; por otra parte, ella parecía más que dispuesta a pasar por ello. Aunque yo fui el que dio el paso y crío a nuestras hijas, el que dejó atrás aquella vida, hay veces en las que la autoridad moral está de su parte. Para empezar, le pegaba. Además, todo lo que ella hacía lo hacía por amor. Mi presencia en su vida era mucho más mercenaria.

* * *

Cuando fui a hablar con Anna, hacía diez años que no nos veíamos. Teníamos ya muy poco que ver, aparte de las hijas en común. De todos los viajes que había hecho en busca del pasado, este era el que menos probabilidades tenía de dar como resultado una verdad común. Los dos necesitamos encontrar un sitio para el tiempo que pasamos juntos que no nos deje paralizados de vergüenza. En el tiempo que llevábamos sin vernos, habían surgido dos relatos muy diferentes. (Como escribió Daniel L. Shacter en *The seven sins of memory*, «A menudo editamos o reescribimos por completo nuestras experiencias anteriores —consciente o inconscientemente— en función de lo que sabemos o creemos ahora»).

Anna vive ahora en una caravana en Tucson. Una serie de malas decisiones en materia de hombres, incluido yo, serias cuestiones legales y unos cuantos problemas de salud la han debilitado. Su vida se convirtió en un largo y agotador descenso, de

los que se ven en las películas *indies* más deprimentes. Una vez me llamó para decirme que había faltado a una cita con el juez porque se le había caído un diente delantero y el perro se lo había comido. Dijo que estaba limpia, pero que los años de adicción habían hecho que sus cinco hijos —entre ellos, las gemelas que tuvimos juntos— estuvieran dispersos. Su hija mayor, de una belleza increíble y un optimismo congénito, seguía con ella y se dedicaba a cuidar de un bebé que acababa de tener y, a veces, de su madre.

Deberíamos odiarnos, y en ocasiones lo hacemos, pero no ese día. Yo tenía que hablar en el Biltmore de Phoenix en 2006, y fui hasta Tucson para verla. En un momento dado, ella había emprendido su camino y yo el mío. Las gemelas se quedaron conmigo. Anna siempre ha hablado del buen trabajo que hice con ellas —cuando no está recordándome que se las robé—, y yo siempre he tenido cuidado de no hablar mal de ella delante de sus hijas.

Durante un tiempo, las enviaba de vez en cuando a Arizona o México, donde estuviera Anna, pero después de que le dieran una paliza, sufriera un atraco a mano armada y la detuvieran, comprendí que su vida las ponía en peligro. Entonces dejé de enviarlas. A partir de entonces, nuestros contactos fueron esporádicos.

Anna, que nunca hizo gran cosa aparte del negocio de la droga, está trabajando con otras personas con problemas de adicción en un programa de servicios sociales, como encargada de admisiones. Aún arrastra cicatrices de su pasado, pero su pasado también le proporciona auténtica credibilidad ante sus clientes. Tiene coche, una casa y un sueldo, pero sigue viviendo al día. Ha engordado y en paralelo ha perdido poder; queda poco de la diminuta jefaza que conocí en su día. Nuestra relación no tenía sentido, ni entonces ni ahora, pero algo profundo nos había unido y nos había llevado a este día, esta mesa, esta conversación.

—Fui al médico y había dos corazones latiendo —recordó Anna a propósito de un día de finales de 1987—. Tú lo oíste por teléfono. Te dije: «Tengo algo que contarte», y respondiste: «¡¿Qué?!». «Quiero que vengas a casa», y tú dijiste: «¡No, no, no! ¡Dime, dime, dime!». Y, como de costumbre, cedí y te lo conté, y creo que eso seguramente fue lo que te empujó a una borrachera de tres días.

¿Tengo algún recuerdo de eso? Por supuesto que no. La borrachera es muy probable. ¿Pero qué me pasó por la cabeza? ¿De verdad intenté procesar todas las connotaciones de traer no uno, sino dos seres humanos al Valle de la Muerte por el que caminaba? ¿Me miré en el espejo y me dije: «Quién te manda imponer tu presencia a alguien tan pequeño, dependiente e indefenso»?

No.

Ese año, cada dos días me hartaba y dejaba el *crack*, y arrojaba la pipa a la oscuridad de la noche para sentir cierta satisfacción idiota cuando la oía romperse al caer. Para que aprenda. Mientras llenaba otra pipa con la siguiente dosis, en general con Anna, la conversación era siempre la misma: «Tenemos que dejar esta mierda».

Y entonces llegó el embarazo. Juntos, Anna y yo trazamos un montón de límites y

luego los sobrepasamos, normalmente conmigo por delante.

Los amigos que nos quedaban no sabían qué decir. Mis gemelas se gestaron en un entorno similar al de Bagdad, con bombas caseras explotando sin parar. Mis amigos solían culpar a Anna. Y los suyos, a mí.

Busqué a LeAnn, una amiga de Anna de aquella época, para preguntarle qué sintió como testigo de aquel embarazo. Su hermana Cheryl y ella conocían y querían a Anna desde hacía muchos años, pero estaban alucinadas ante la perspectiva de que llevara el embarazo a término, sobre todo conmigo al lado. Como mucha gente de la que queda de aquellos días, LeAnn se desintoxicó. Nos sentamos en una mesa de Archie's Bunker, un local al que solíamos acudir.

—Ella se deslizó por la pendiente a toda velocidad. Recuerdo que Cheryl vino una vez a mi casa y dijo: «No sé qué hacer, estoy verdaderamente preocupada, no sé qué hacer». Yo le dije: «Bueno, podríamos hacer que alguien le haga algo a él»; estábamos hablando de ti.

—Solo para quitarte de en medio —aclaró—. No me refería a matarte.

DIAGNÓSTICO: GILIPOLLAS NARCISISTA

Un motivo habitual de orgullo para mí era que, en los diversos programas de desintoxicación a los que acudí, aunque no solía mejorar con los tratamientos, siempre fui un alumno estrella. Dotado para las lisonjas y para la jerga psicológica, muchas veces me sentía como si hubiera sido un terapeuta voluntario que tenía que pasar un tiempo en una institución. Aunque no acababa de captar varios principios fundamentales de la recuperación, estaba convencido de que era valioso para cualquier centro de tratamiento por el que pasaba. Era muy elocuente, obtenía buenas calificaciones en los test de inteligencia a pesar de mi terrible historial de consumo de sustancias químicas, me interesaba profundamente por el bienestar de otros pacientes y siempre estaba dispuesto a ayudar al psicólogo o la psicóloga cuando se quedaban atascados. Algunos eran muy duros conmigo, pero yo siempre creía, en secreto, que admiraban mi intuición y mis sintéticos análisis.

Sin embargo, cuando investigaba mi historial clínico, llegué hasta un tratamiento en el Centro de Rehabilitación de St. Mary a principios de 1988, el principio del fin. (También descubrí que había iniciado y dejado otro tratamiento en el Hospital del Condado de Hennepin un mes antes, lo cual quiere decir que en total hice cinco intentos de desintoxicación, y no cuatro como siempre había creído, pero ¿a quién le importa aparte de mí?). Anna estaba embarazada y yo estaba en el paro, así que esta vez verdaderamente necesitaba limpiarme y mantenerme limpio. El expediente indica que no tenía ni idea de lo que me estaba jugando.

RESUMEN DEL PSICÓLOGO PARA EL ALTA

Admisión 25 de enero de 1988

Alta 20 de febrero de 1988

Médico del paciente Doctor Routt

Psicólogo del paciente Cal Scheidegger

Dirección del paciente 3208 Garfield Avenue South,

Mineápolis, Minesota, 55408

Teléfono del paciente 825-9110

Datos estadísticos 33 años, soltero, varón

PROBLEMAS INICIALES

El paciente inició el tratamiento necesitado de desintoxicación y también con gripe. Dijo haber recibido un tratamiento anterior y haber recaído.

También reconoció tener síntomas suficientes para sostener la impresión diagnóstica de dependencia de sustancias químicas. Los detalles concretos eran consumo diario durante más de un mes, consumo compulsivo hasta la intoxicación y aumento de la tolerancia. La adicción había afectado a diversas facetas de la vida del paciente: profesional, física, económica, emocional/psicológica, espiritual y familiar. Impresión: Dependencia química.

PLAN DE TRATAMIENTO

El paciente asistió a la mayoría de las charlas y funciones de grupo de su unidad, así como a las terapias de acompañamiento, incluyendo la terapia de relajación, atención espiritual y terapia individual. El paciente tuvo un comportamiento pasivo-agresivo y algo narcisista. Tendía a victimizar a los miembros de su grupo e intentó ser ayudante de terapias. Su grupo le reprochó repetidamente su comportamiento con dos mujeres con las que mantenía relaciones. El paciente recibió instrucciones sobre cómo elaborar un inventario de su personalidad (el Cuarto Paso de AA). Verbalizó dicho inventario ante un consejero espiritual (Quinto Paso de AA) antes de recibir el alta. En el momento del alta, el paciente no había asumido aún ninguna responsabilidad sobre sus problemas de relación. Era manipulador, maltratador y aparentemente reacio a tomar decisiones. Sí expresó de forma superficial una comprensión de los procesos de recuperación en el contexto del Programa de los Doce Pasos y manifestó la necesidad de ingresar en un centro de alojamiento bajo supervisión después del tratamiento.

PROBLEMAS PRESENTES EN EL MOMENTO DEL ALTA

El paciente sigue necesitando trabajar en su personalidad pasivo-agresiva y su egocentrismo, así como sus problemas de sinceridad y compromiso.

PLAN PARA DESPUÉS DEL TRATAMIENTO

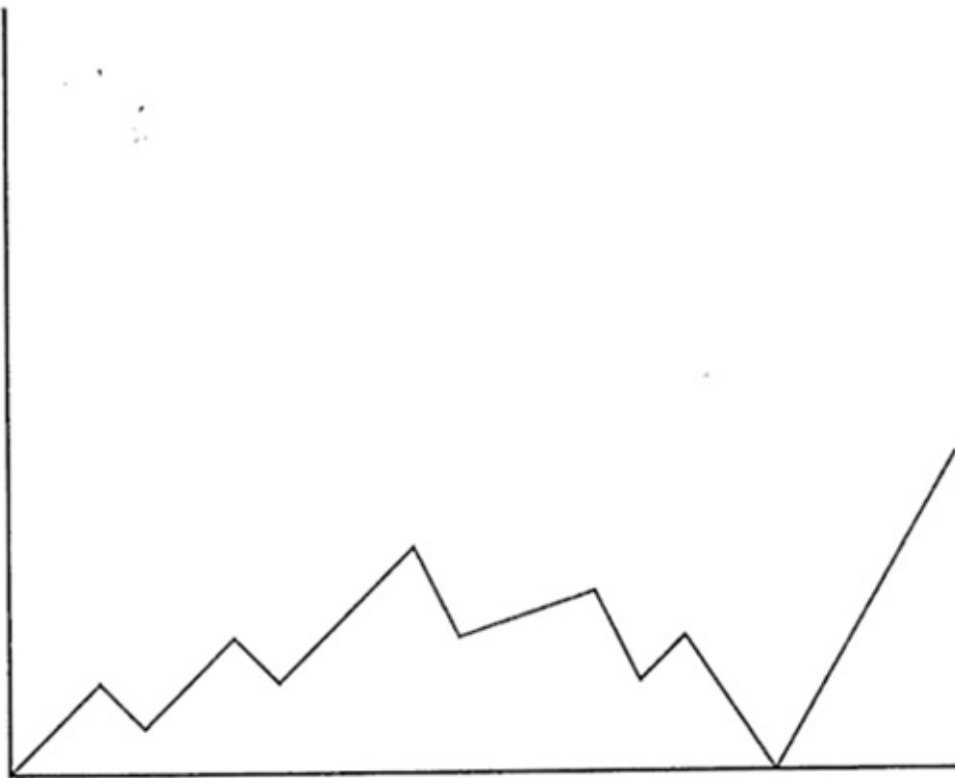
No debe continuar el consumo de ninguna sustancia que altere el ánimo. Se recomienda que el paciente ingrese de inmediato en Progress Valley (un centro de cuidados intermedios) y complete su programa de 90 días. El paciente debe asistir periódicamente a las reuniones de AA en la comunidad en la que vive (dos o tres veces semanales), así como grupos de NA. Debe acudir a consultas de seguimiento con el doctor Routt. También se recomienda que el paciente acuda a un grupo de abusos domésticos. Se recomienda Al-Anon para sus familiares. En caso de recaída, se recomienda que el paciente ingrese en un centro de tratamiento de larga duración, bien en una comunidad terapéutica (como Eden House), bien en una institución pública como Moose Lake, Fergus Falls o Willmar.

Pronóstico: Malo.

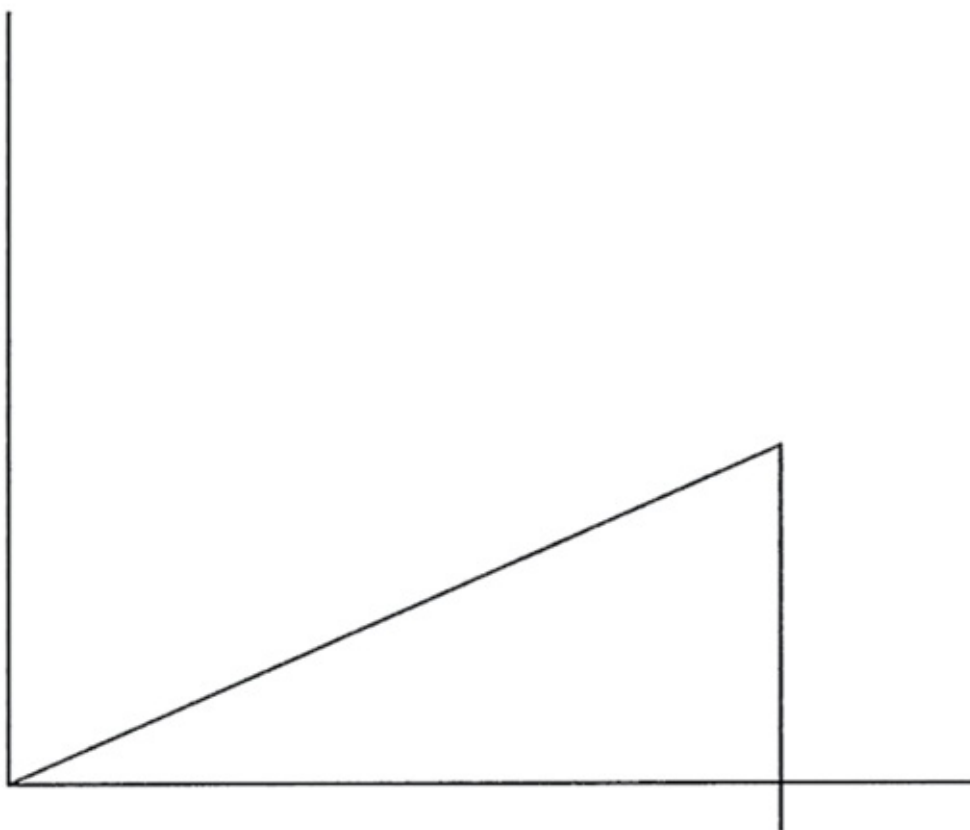
¿Malo? Desde luego. Volví a las drogas a los dos días de salir.

BONGO, TONY THE HAT Y STEVE

Si la memoria es fungible, el tiempo es su aliado, porque se estira y se comprime para construir un relato coherente. En retrospectiva, siempre he pensado que mi trayectoria, tanto de periodista como de toxicómano, era una serie de rápidos altibajos. Algo así:



Sin embargo, después de un año investigando mi pasado, supe que había ido tirando bastante bien hasta 1986 y que cuando empecé a fumar cocaína, en 1987, desaparecí de la faz de la tierra. Lo que recordaba como cuatro años de luchas habían sido, en realidad, dieciocho meses. Los documentos, entrevistas y fotografías indican que cumplí con todas mis obligaciones hasta que, de pronto, dejé de hacerlo. Algo más similar a esto:



¿Quién lo iba a decir? Perdí el trabajo en marzo de 1987 y, a finales del año siguiente, tenía ya en mi historial múltiples arrestos y estaba ingresado para un tratamiento prolongado en Eden House. Tanto al recordarlo como al contarlo, siempre había creído que estuve fuera del periodismo durante muchos años, pero en realidad fue uno solo, si se cuenta el tiempo que pasé en el loquero, e incluso ahí, estuve escribiendo relatos. Independientemente de lo que me pasara, pocas veces dejé de escribir. Quizá me preocupaba desaparecer por completo si lo hacía.

* * *

A principios de 1987, los elementos de mi chapucera vida empezaron a saltar en todas las direcciones. El hecho de que la revista económica fuera mensual y, en consecuencia, tuviera plazos de entrega más largos, me dejaba más margen para meterme en líos y ser irresponsable. Todo lo que hacía acababa convertido en un apéndice de mi adicción. En mis últimos meses como empleado de *Corporate Report*, decidieron que hiciera un reportaje sobre Roger, un profesor de un colegio privado de secundaria convertido en corredor de apuestas y luego en «consultor de apuestas deportivas». Tenía todo el sentido: los dos éramos hombres inteligentes y poseíamos cierto historial de logros profesionales, pero estábamos metidos en un barril y bajando por el río directamente hacia las cataratas.

Roger era brillante, mordaz y divertido. Mantenía una relación sentimental

esporádica con Rebecca, la *madame* más importante de la ciudad, propietaria de varios salones de masajes, y que me había servido de fuente y de tema varias veces. Se suponía que el reportaje sobre Roger iba a ser una historia sobre un tipo que había descubierto la manera de vivir de algo que se le daba bien aunque técnicamente no fuera legal. Rápidamente se convirtió en una historia de adicción, su dependencia retratada a través del prisma de la mía. Durante varias conversaciones en el local que alquilaba como oficina y en el que dormía a menudo, me enseñó lo que eran las apuestas, un tema del que yo sabía más bien poco. Las entrevistas diurnas para el reportaje se transformaron en conversaciones a altas horas de la noche bañadas en alcohol y coca, y que continuaron incluso después de que me despidieran y se publicara el reportaje.

El perfil, titulado «Jugar la partida dentro de la partida», era el resultado de entretejer sus filosofías de mafioso y docente. Roger había sido un profesor muy prestigioso en St. Paul Academy. Se le daban bien las apuestas de fútbol profesional, y sus aciertos llamaron la atención de un corredor de apuestas de St. Paul, que le traspasó el negocio para pagar sus deudas. Él dejó la enseñanza, se vio implicado en un par de casos federales y pasó un tiempo en prisión. El servicio de noticias deportivas incluía unas líneas de teléfono en las que se daban pistas a los suscriptores, pero Roger ya no vivía de las comisiones y había perdido su toque. Debía dinero —cientos de miles o más— y había pedido a su novia, Rebecca, que le cubriera parte de sus pérdidas. Necesitaba cada vez más el dinero de una *madame*, y yo necesitaba a una narcotraficante. Vaya pareja hacíamos.

Roger hablaba bien, a pesar de que odiaba a los tipos que hacían grandes discursos y prefería ser lacónico hasta el extremo.

—En la bolsa, puedes tardar seis meses en averiguar si acertaste con tus decisiones. En las apuestas, escoges un ganador y tres horas después sabes que te has equivocado, cuando algún patán falla un tiro —me dijo durante una entrevista en 1987. Estuve sentado con él frente al televisor en varias ocasiones de esas, un mal rebote que se llevaba decenas de miles de dólares, y él siempre sonreía, se reía de lo absurdo de su impotencia. Roger (sus amigos le llamaban Bongo) acertaba más que la media para el servicio de noticias deportivas, pero eso no le impidió caer en picado con sus propias apuestas.

»Es muy importante que comprendas que el hándicap y la apuesta son dos cosas distintas —me dijo para el reportaje—. Apostar es manejar dinero. A mí nunca se me ha dado muy bien. Al principio tuve suficientes éxitos para poder permitirme imprudencias, pero seguí apostando hasta que empecé a tener problemas. Tuve problemas con las pérdidas.

No me digas. Lo que no podemos soportar es la idea de parar, dejarlo, alejarnos, porque la actividad constante nos permite no pensar. La adicción a lo que sea —coca, alcohol, juego, sexo— cobra impulso cada vez que se detiene porque, cuando el afectado se para a ver el desastre en que se ha convertido su vida, no hay más que una

cosa que le permite sentirse mejor: más de lo mismo. Muchas veces, lo único que impone ciertos límites a alguien que está enganchado a sus propias endorfinas es el dinero.

—A mí no me importa el dinero hasta que se me acaba —dijo Roger, hablando por mí y por tantos otros—. Entonces tengo que arrastrarme y pedir prestado. Entonces sí se vuelve muy importante. —Roger tenía más de un millón de dólares cuando las cosas le iban bien. Le pregunté si haber añadido otro cero a esa primera racha ganadora habría supuesto alguna diferencia.

»Ahora empiezas a comprender. Habría dado igual lo que ganara. Habría seguido apostando hasta perderlo todo. Estaría exactamente en la misma situación que estoy.

Al escucharle, empecé a oír los paralelismos en nuestros relatos. Al principio, yo tenía un buen trabajo, carecía de grandes cargas económicas, y después conté con los kilos de Anna más o menos a mi disposición. Ahora iba de cabeza a no tener nada. Todos los toxicómanos son jugadores con muy malas cartas. Las posibilidades de que ingieras una sustancia que te ha tumbado con anterioridad y salgas indemne son tan bajas que son prácticamente imposibles de medir.

—Me parece estar viviendo en el tópico —concluyó—. Ese de que todos los jugadores mueren arruinados. Los clichés tienen una gran parte de verdad. Cosas como que tú no escoges tus pasiones, te escogen ellas a ti: creo que es la realidad.

Ahí, plantado en el que iba a ser mi último trabajo, estaba todo lo que necesitaba saber sobre cómo iba a terminar. Me despidieron antes de que se publicara el reportaje. Pero, al leerlo veinte años después, veo que fue un manual en el que se predecía todo lo que ocurrió después. Roger conocía la realidad, lo malo era que no podía apostar como correspondía. Y yo tampoco.

* * *

Cuando Anna supo que estaba embarazada, a finales de 1987, decidió someterse a tratamiento. Yo cuidé de sus hijos con ayuda de su familia. Al volver, parecía que había hecho nuevas amistades en el centro y empezó a desaparecer. Una noche la abordé en la puerta y empecé a registrarle los bolsillos, sin saber exactamente qué buscaba. Al meter la mano en el bolsillo delantero de la camisa, saqué el dedo índice con una aguja enganchada. Me enfurecí y le sermoneé sobre los peligros de sobredosis, pero seguramente acabé sentado con ella un rato después para pincharnos cocaína. Era una actividad sangrienta y peligrosa. Me da profunda vergüenza el mero hecho de escribir sobre ella. No se puede describir hasta qué punto tienes que estar perdido para subirte al carro de meterte una aguja en el brazo, la pierna, el pie o la mano cada veinte minutos.

En la primavera de 1988, Anna y yo habíamos seguido tratamientos y habíamos recaído, y estábamos en un estado de profunda dependencia de la cocaína. La situación se volvió cada vez más imprevisible. Yo iba y venía de su casa, y salía y

entraba de un trabajo que había conseguido en un semanario dedicado al fútbol americano.

Una de las pocas personas que estaban a nuestro alrededor en esos días era Steve, el exmarido de Anna. Venía a cuidar de los dos hijos de ella. A veces participaba un poco en la coca, pero muchas veces era el único lo bastante sobrio como para hacer algo útil. Curiosamente, Steve y yo siempre nos llevamos muy bien. Después de entrevistarme con Anna, le llamé a Colorado, donde vive en la actualidad con el hijo de ella. Le pregunté sobre aquellos meses, antes de que nacieran las gemelas, en parte porque yo no tenía casi ningún recuerdo de aquellos tiempos turbios y caóticos.

—Estabas borracho todos los días —dijo—. Te bebías medio litro antes de ir a trabajar. Qué tiempos tan difíciles, ¿verdad? Muy difíciles. Te matabas. Me parece que tienes mucha suerte de estar vivo. No te importaba nada estarlo o no. Tuviste una borrachera de un mes. El trabajo no te iba bien, tenías todo el polvo que querías y todo el alcohol que eras capaz de beber, y te dedicabas a eso.

Él lo había vivido en primera fila, así que tuve que preguntárselo: ¿Arrastré a Anna en mi caída?

—Era inevitable que tuviese problemas —dijo—. No se los causaste tú. No ayudaste, desde luego, pero no fuiste la causa. Con esa mierda, siempre acabas perdiendo de todas formas. Es muy difícil salir adelante para cualquiera.

»Venía gente a casa, y empezabais a cocinar esa mierda. Antes de que pasaran cinco minutos, ya estaba alguien perdiendo algo o dejando caer algo. Todos empezabais a arrastraros por el suelo para buscarlo, y alguno se quedaba de pie con una pelusa, convencido de que tenía una cosa importante. Era una locura. Yo fumé unas cuantas veces, pero ¿quién está tan loco como para querer acabar así?

»Estabais completamente mal de la cabeza. Yo no estaba demasiado bien, pero no podía hacer lo que hacíais vosotros. Nadie podía aguantarlo mucho tiempo.

Anna y yo estábamos verdaderamente mal. Su negocio se venía abajo. Llegó un cargamento y llevamos un kilo a un hotel de las afueras para dividirlo. Además de la mercancía recién llegada, llevamos una complicada pipa de cristal, una caja llena de filtros nuevos y un soplete. Teníamos pensado pasar una noche para preparar el producto y hacer el reparto a la mañana siguiente. Al final, nos quedamos en aquella habitación tres días; deslizábamos un billete de cien dólares para pagar una noche más cuando llamaba la camarera.

En algún momento, perdí el conocimiento, y recuerdo que me desperté y vi a Anna en la mesa, con el rostro cubierto del tizne de la pipa, disponiéndose a inhalar otra dosis. El teléfono sonaba sin cesar, siempre con una voz insistente que decía que había muchas personas esperándonos. Daba igual. Hicimos lo que nos pedía el cuerpo. Cuando por fin nos fuimos, alucinando y agotados, llegamos al coche y nos dimos cuenta de que nos habíamos dejado miles de dólares en el sofá. Anna me dijo que fuera a cogerlos. Y yo obedecí sus órdenes.

Cuando estás tan enloquecido que solo te juntas con gente que está inmersa en la droga, esas personas —camellos, drogadictos como tú, alcohólicos— son las únicas que pueden decirte que has superado ya todos los límites. Tony the Hat me daba la lata casi sin descanso. Tony era un gánster con todas las de la ley que hablaba con un acento sacado directamente de los pueblos mineros del norte de Minesota; era un tipo divertido, a su manera. Estaba envuelto en su dialecto y sus tradiciones. Hacer negocios era «pelear»; sudar a lo bestia era «estar lleno de espuma», y a mí me llamaba siempre Fridge, «frigorífico». Siempre le asombraba mi capacidad de consumir todo tipo de cocaína y, aun así, estar gordo. A los hombres les gustaba Tony; a las mujeres no, salvo su hermana, Dee, que lo adoraba.

Tony era un gran deportista y había estado a punto de jugar profesionalmente al *hockey*, pero una terrible lesión de rodilla se lo impidió. Habría sido un *provocador* estupendo; incluso con la rodilla mal, patinaba de maravilla. Dee y él tenían una cadena de venta de droga que no iba nada mal en el sur de Mineápolis. No se le podía juntar con cualquiera —era un tipo temperamental—, pero, si las estrellas estaban alineadas, un rato con él podía ser salvaje y divertido. Una noche, un diluvio inmenso provocó el desbordamiento del arroyo cercano a su casa. Los demás cocainómanos presentes se quedaron con sus cabezas inclinadas sobre sus espejos, pero Tony y yo salimos a nadar en las aguas desbordadas. Apareció un coche que venía flotando y Tony se subió y tiró de mí para que me subiera también. Fuimos en él durante varias manzanas gritando como idiotas.

Nunca se sentaba nadie en el sillón de Tony, que en realidad era casi un trono, con una neverita para coca a un lado y, a veces, una enorme pistola al otro. No era de los que estaba siempre blandiéndola, pero se sentía más seguro con ella. Una noche, justo antes de que mi amigo John se fuera a Centroamérica, donde trabajaba de periodista, fuimos a casa de Tony, y este le compró a John su coche y le pagó en efectivo.

En el verano de 2007 llamé a John a Bogotá, Colombia, para preguntarle qué recordaba de Tony the Hat.

—Era un tipo de aspecto muy amenazador, incluso comparado con algunos de los narcotraficantes que había conocido. Me ofreció cien dólares por el vetusto VW Rabbit que tenía y me pareció que era una oferta de las que no podías rechazar.

Todos los que viven esa vida adoran decir que son de la vieja escuela, pero Tony lo era de verdad. Tenía su propio código de conducta sobre lo que era ser un hombre. Una noche de 1988, la Oficina de Detención de Delincuentes de Minesota llegó a su casa con toda la parafernalia antidisturbios, con agentes que irrumpieron gritando que todo el mundo se tirase al suelo y mantuviera las manos a la vista. Por suerte, yo no estaba allí, pero sé que varios de los que sí estaban se mostraron aterrados, chillando y llorando. Tony, no. Era su casa, desde luego, pero la que de verdad mandaba era

Dee. Sin embargo, no fue eso lo que él les dijo a los policías. Protegió a su hermana y como premio recibió una considerable condena en la cárcel del condado y un periodo posterior en libertad condicional.

Tony tenía otras manías. Le encantaba Warren Zevon —demasiado— y odiaba el *crack* y a la gente que lo consumía. Al negocio le venía mal que hubiera un puñado de paranoicos y neuróticos de mierda en el sótano complicando las cosas, lo volvía desagradable. A veces, cuando me vendía coca, me hacía esnifarla delante de él. «No quiero que te largues a convertirla en bolas, Fridge», decía.

Yo fingía que no lo iba a hacer, y él fingía no darse cuenta cuando lo hacía. Una noche, antes de que le detuvieran, le llamé muy tarde. Pareció alegrarse de que le llamara. Fui a su casa y, al llegar, vi que no estaban los idiotas que solían merodear por el sótano. Me dio la impresión de que Tony los había echado. No es que fuera un intelectual de prestigio, pero respetaba el hecho de que yo fuera escritor, de que hiciera algo más que dedicarme a la droga. Y suponía, con razón, que estaba en pleno proceso de mandarlo todo a la mierda.

—Fridge —dijo, mientras preparaba una raya—, oigo cosas sobre ti. Cosas malas.

—Seguramente son verdad —respondí. Tony me caía lo suficientemente bien como para no mentirle ahora que estábamos hablando de hombre a hombre.

Puso las dos manos en los brazos del sillón, los nudillos blancos.

—¿Sabes lo que soy capaz de hacerte? —dijo—. No se te ocurra mentirme, joder. Estás hasta el cuello en la mierda del *crack*. Y me han dicho que también te estás pinchando.

—Todo es verdad —dije—. Parecía que iba a levantarse del sillón de un salto para estrangularme. Se le hincharon las fosas nasales, se tiró de su melena de jugador de *hockey*, y entonces se calmó y me miró.

—Ya has visto lo que hace, ya has visto quién lo consume, ya sabes lo que pasa. No te mueras así, Fridge. ¿Me oyes?

Así lo recuerdo, y tendrá que ser suficiente. Tony me hizo desintoxicarme y se convirtió en entrenador de *hockey*, pero su corazón, grande y aterrador, se rindió en el año 2000.

FICHADO: TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS



Cuando era muy pequeño, mi padre me contaba historias sobre «Billy, el cachorro afortunado». Los perritos amigos de Billy siempre estaban metiéndose en líos, a punto de despenarse, y Billy acudía siempre, sin excepción, corriendo colina abajo en su ayuda. Con un par de ladridos indicaba que había llegado la caballería, que allí estaba él y que, una vez más, se había evitado el desastre. Años más tarde, en aquellos meses de caos sin fin, yo me paraba a reflexionar de vez en cuando y

pensaba: «¿Dónde coño está el perro?».

Cuando empiezas a meterte en un lío, las moscas se arremolinan a tu alrededor. Los polis huelen el miedo o, mejor dicho, la descomposición del perdedor. Olisquean las placas de matrícula caducadas, el faro roto, el paso titubeante, y deciden echar un vistazo. Y entonces encuentran los detritus que se amontonan a los pies de cualquier drogadicto: la orden judicial de hace dos meses, la bolsa con hierba o el tubo de cristal con restos de cocaína. Entre 1987 y 1988, en dieciocho meses, me detuvieron al menos nueve veces; nunca por un delito grave, pero hice un montón de excursiones a que me hicieran la ficha. Cuando conté el número, me quedé asombrado. Sabía que me había metido en algún que otro lío, pero mi historial hacía pensar que no podía ir por la calle a comprar unas cervezas sin acabar en algún jaleo. Se me acabaron las personas a las que llamar para que depositaran la fianza, y a los policías se les acabaron los adjetivos para el expediente. Mi lenguaje era «regional» y «obsceno», estaba «casado» y «soltero», mis ojos eran «azules» y «marrones», era «fornido» y «obeso», vivía en «Garfield», no, en «Oliver», no, vivía en la calle. En aquel entonces, me sorprendió que los policías y los encargados de los calabozos se mostraran tan indiferentes, tan aburridos conmigo. «A que lo adivino, merodeando con intención de delinquir, ¿verdad?», dijo uno de los agentes que estaba haciendo la ficha, que sabía reconocer a un viajero frecuente. Me convertí en un eslabón más del flujo de despojos humanos que recorren el chirriante aparato del sistema de justicia penal.

24

LA LLEGADA

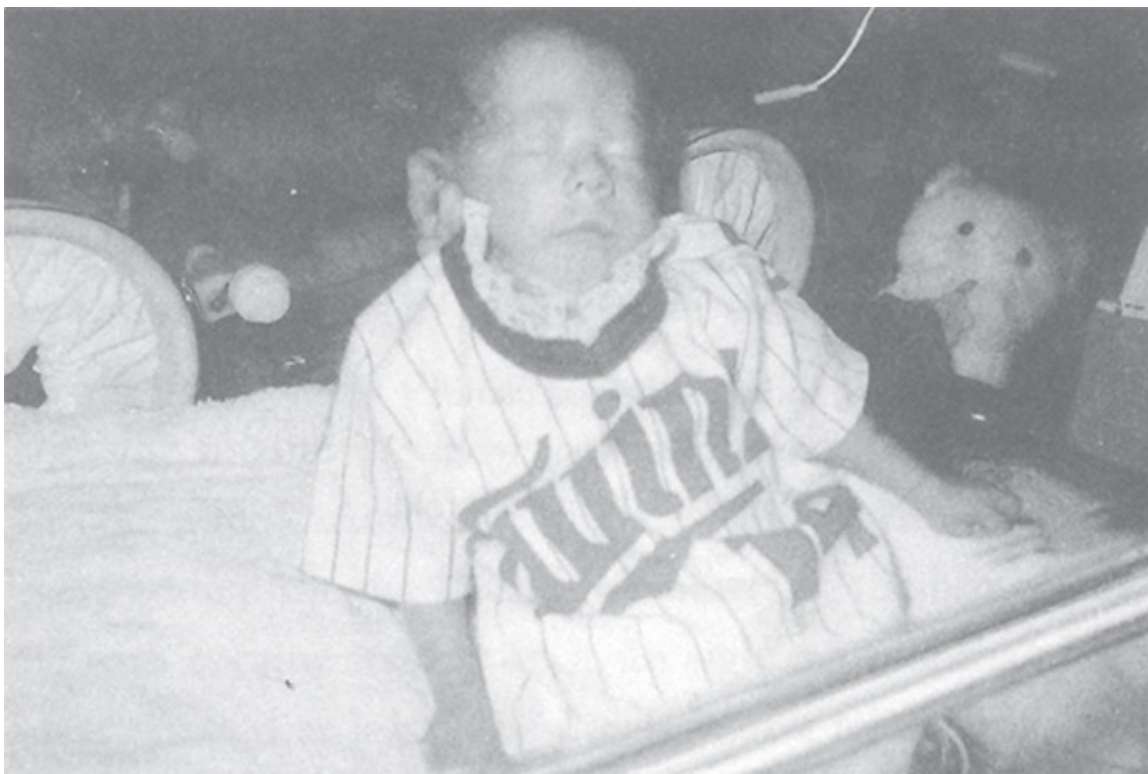
Si los niños llegaban a una sala reluciente,
Atraídos por sueños de alas precoces,
Era porque la noche los arrullaba en su
seno.

Wallace Stevens

—Tío, qué pequeñas son, ¿de dónde las has sacado?

El chico, de unos ocho años, me vio salir del hospital universitario de Minesota con una gemela en cada brazo en mayo de 1988, mientras Anna caminaba detrás. ¿Cómo era posible que un niño tan pequeño, tan inconsciente, supiera a primera vista que esas niñas habían llegado hasta mí desde muy lejos?

Habían permanecido como pacientes en la Unidad de Cuidados Intensivos de Neonatología durante un mes. Con un peso de 1,224 y 1,315 kilos respectivamente y poco más de 38 centímetros de tamaño, Erin y Meagan habían nacido dos meses y medio antes de tiempo. Pesaban poco más de un kilo, un término que manejábamos en nuestro oficio, aunque, por supuesto, eran infinitamente más valiosas y mucho menos comercializables. Hubo que intubar a las dos de inmediato porque no podían respirar por sí solas. Según la ficha médica, Erin «lloró de forma espontánea, pero, cada vez que dejaba de llorar, el ritmo cardíaco disminuía y el esfuerzo respiratorio también. Fue intubada en el paritorio...». A Meagan «hubo que ponerle catéteres umbilical, arterial y venoso el 16/4/88 para observación de su presión arterial y gasometría arterial, además de para administrar medicamentos de emergencia». Una vez pasada la ictericia del parto, se transformaron en unas manchas rosadas, rodeadas de tubos y máquinas. Meagan era ligeramente mayor, pero solo por lo diminuta que era su hermana. Eran la parte orgánica de un sistema que parecía latir lleno de vida.



Esta es Meagan. A estas alturas, me la conozco de memoria.

Pero en aquel momento, todo —su nacimiento prematuro, mi responsabilidad, su propia existencia— me pareció irreal hasta que salimos del hospital, con unos monitores para vigilar corazón y pulmones. Eran minúsculas. Pensé en la hora del baño, algo que, según había escuchado, se hacía con los recién nacidos. ¿Qué íbamos a usar? ¿Una taza de té?

* * *

Cuando Anna rompió aguas en su salón de Oliver Avenue, yo acababa de darle una pipa de *crack*. Nos miramos mientras hacíamos cuentas en silencio. Acababa de entrar en su tercer trimestre. Era difícil saber si estábamos a las puertas de un nacimiento o de una especie de homicidio neonatal. El agua a sus pies se convirtió en un charco de consecuencias. «Mira lo que hemos hecho».

Cuando llegamos al hospital, fuimos sinceros sobre lo que habíamos estado haciendo antes, y gracias a eso, las niñas contaron con una atención médica informada y excepcional. Y también hizo que nos convirtiéramos en «esa gente», esos de los que hablaba todo el personal. Incluso aunque no hubiéramos confesado, habrían adivinado lo que necesitaban saber. Yo era un desastre cada vez que me acercaba a visitar a Anna o las niñas.

Sentados junto a mi hotel de Tucson, diecinueve años después de que nacieran mis hijas, Anna insinuó que, en una ocasión, yo había fumado *crack* en su habitación del hospital. No lo recuerdo en absoluto, pero no tengo motivos para dudarlo. Anna había hecho esfuerzos, grandes esfuerzos, para mantenerse apartada de su droga

preferida durante el embarazo. De vez en cuando —o quizá más a menudo, ¿quién puede recordar con precisión en medio de toda aquella vergüenza?—, consumía algo. Yo no la apoyé en absoluto: lo único que hice fue no unirme al coro que clamaba para que abortara. Por lo demás, seguí entrando y saliendo de su vida, permaneciendo un tiempo con ella para desaparecer después. Cuando nacieron las gemelas, empecé a estar más presente, aunque no sirvió de gran cosa.

Cuando llevamos a las niñas a casa, los monitores cardíacos y pulmonares parecían pensados expresamente para aterrorizarnos. En cuanto una de ellas cambiaba de postura o escupía un poco, saltaban las alarmas. «¡Mierda! ¡Joder!». Lo que nos aterraba no era tanto la interrupción como el pánico de que fuera importante, de que, después de haber sobrevivido a un entorno hostil antes de nacer, les sucediera algo terrible ahora que ya estaban en el mundo.

En mi recuerdo, en mi corazón, lo recordé siempre como un periodo muy breve. Un par de meses, como mucho. Siempre creí que enseguida había entrado en razón y que cambié las cosas para proteger a mis hijas.

Anna y yo no dejábamos de pensar que la situación iba a mejorar. A pesar de la patología que ambos sufríamos, sentíamos el mismo apego biológico que sienten todos los padres con sus hijos recién nacidos. Queríamos a las niñas, solo que no era un amor que significara mucho.

Mis padres se enteraron y fueron al hospital, donde hicieron todo lo posible para mostrarse educados y no exhibir toda la repugnancia que les provocaba aquello. Pero, una vez que nos llevamos a las niñas a casa, nunca volvimos a invitarlos a que nos visitaran. Algunos amigos venían a ver a las niñas, pero no solían volver. Otros rondaban alrededor y hacían lo que podían.

—Nunca estuvimos sin vernos mucho tiempo, no creo, sobre todo por las gemelas, y yo estaba bastante presente, y entonces es cuando pasé más tiempo con Anna —recordaba mi amigo Chris cuando fui a verle a Nueva Orleans—. Una noche de invierno, muy tarde, me llamaste para decirme: «Se nos han acabado los pañales, no tenemos pañales», y que creías que había alguien vigilando la casa. Estabais paranoicos y eufóricos, y dijiste: «Me parece que la policía está vigilando la casa, no puedo salir». Así que me fui a la tienda, compré unos pañales y os los llevé, además de leche o alguna otra cosa. Las niñas estaban en sus cunas y nos ocupamos de ellas (les cambiamos los pañales y las acostamos), y luego nos sentamos en torno a la mesa. Allí en medio, teníais un montón de coca. Siempre me sentía incómodo con la situación.

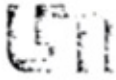
Fast Eddie se acordaba de que le invité a cenar, pero la cena no llegó nunca.

—Había unos amigos de Anna, y estaban pasándose a las niñas, todo el mundo las cogía, y daba un poco de miedo —dijo—. Tú estabas poniéndote hasta arriba. Las ocho, las nueve, las diez. Todavía no hemos comido. Mucho vodka. Nos emborrachamos como bestias. Las once y media, las doce. Nos fuimos sin haber cenado. Nos marchamos de tu casa y condujimos hasta la nuestra; estábamos

demasiado borrachos para conducir, nunca debíamos haber cogido el volante, pero llegamos y dijimos: «Esto es lo más terrorífico del mundo. ¿Has visto a esas niñas en ese entorno?». ¿Y qué íbamos a hacer? ¿Cómo reaccionas? Eras mi amigo; ¿qué iba a hacer, llamar a los servicios de protección de menores?

En realidad, ya estaban al tanto.

BIENVENIDOS A LA FAMILIA DEL HOMBRE



UNIVERSITY OF MINNESOTA
TWIN CITIES

The University of Minnesota Hospital and Clinic
Harvard Street at East River Road
Minneapolis, Minnesota 55455

April 22, 1988

1600564-9

Hennepin County Child Protection Intake
300 South 6th Street
Minneapolis, MN 55487

Re: Carr, Meagan
UH# 16005706
Carr, Erin
UH# 16005649

Dear Child Protection Intake:

This letter is meant as a follow-up to our phone referral on 4/20/88 concerning the parents of newborn twins, Meagan and Erin Carr. These babies were born prematurely on 4/15/88 at 30 weeks gestation and are now on the Neonatal Intensive Care Unit at University of Minnesota Hospital and Clinic. The parents are Anna [REDACTED] and David Carr; they reside at [REDACTED] Oliver Ave. No., Minneapolis. Phone number is [REDACTED]. [REDACTED] children, [REDACTED], age 5, and [REDACTED], age 2, also live in the home.

On 4/13/88, the day of admission, the mother stated she smoked $\frac{1}{2}$ gram of "crack" on the evening before. (Mother was admitted for premature rupture of membranes.) Upon further questioning, mother stated that she had smoked cocaine "12 times" during the pregnancy and also used marijuana daily. It is our understanding that father also abuses alcohol and has recently been treated for chemical dependency. The mother's urine screen was positive for cocaine and nicotine. She was discharged from the hospital on 4/21/88.

The babies each suffered from respiratory distress syndrome, a common disorder of premature babies. Otherwise, they appeared healthy with appropriate weights for their gestational age with no morphologic or metabolic sequelae of maternal substance abuse. Analysis of the babies' urine demonstrated no cocaine or other drugs in their systems. The anticipated length of hospital stay for the infants is 6-7 weeks based on their degree of prematurity. We have informed the parents that we are making a referral to you based on the drug use during pregnancy. They have given every indication that they will cooperate with you, as they have with us. A chemical dependency consult was done on the mother here with a recommendation that she attend chemical dependency treatment. She states that she cannot afford to pay for treatment.

The parents have appeared to be open about their drug use. They have stated their intention to attend AA meetings and provide a chemically free environment for their children. This may be difficult without intervention considering the long reported history of drug use.

Hennepin County Child Protection Intake

Re: Carr, Meagan
UH# 16005706
Carr, Erin
UH# 16005649

In order to make a safe and effective discharge plan for the twins (about June 1), we would appreciate information from you regarding your assessment and planning for this family.

Please feel free to contact us with any further questions.

Sincerely,

Dr. Michael Georgieff, M.D.
NICU - 626-3032

Stephanie Koehler, ACSW
NICU Social Worker - 626-3366

Harold Williamson, MSW
OB Social Worker - 626-3366

EP

[Universidad de Minnesota
Ciudades Gemelas
22 de abril de 1988
Servicio de acogida de Protección de
Menores Condado de Hennepin
300 South 6th Street
Mineápolis, Minnesota, 55487
RE: Carr, Meagan
UH# 16005706
Carr, Erin
UH# 16005649

Estimados señores:

La presente carta es una continuación de nuestra referencia telefónica del 20/4/88, sobre los padres de unas gemelas recién nacidas, Meagan y Erin Carr. Estas niñas nacieron prematuramente el 15/4/88, a las treinta semanas de gestación, y se encuentran en la Unidad de Cuidados Intensivos de Neonatología en el Hospital de la Universidad de Minnesota. Los padres son Anna [x] y David Carr; residen en Oliver Avenue North núm. [x], Mineápolis. Número de teléfono [xxx]. También viven allí dos niños, [xxx], de cinco años, y [xxx],

de dos años.

El 13/4/88, el día del ingreso, la madre declaró que había fumado medio gramo de *crack* la noche anterior. (El ingreso se produjo por ruptura prematura de las membranas). Preguntada con más detalle, la madre declaró que había fumado cocaína «doce veces» durante el embarazo y que había consumido marihuana a diario. Tenemos entendido que el padre tiene un consumo excesivo de alcohol y se ha sometido a un tratamiento reciente por dependencia química. El análisis de orina de la madre dio positivo por cocaína y nicotina. Recibió el alta hospitalaria el 21/4/88.

Las recién nacidas padecían síndrome de dificultad respiratoria, un trastorno habitual en los niños prematuros. Por lo demás, parecían sanas, con un peso apropiado para su edad gestacional, sin secuelas morfológicas ni metabólicas de la drogodependencia materna. El análisis de orina de las niñas no reveló cocaína ni otras drogas en sus sistemas. La duración prevista de hospitalización de las recién nacidas es de 6-7 semanas, debido a su grado de prematuridad. Hemos informado a los padres de que les remitiríamos el caso a ustedes por el consumo de drogas durante el embarazo. Nos han asegurado que van a cooperar con ustedes, como han cooperado con nosotros. Se examinó a la madre por su drogodependencia y se le recomendó que se someta a tratamiento para superar su adicción. Ella dice que no puede pagarse el tratamiento.

Los padres parecen sinceros sobre su consumo de drogas. Han asegurado que tienen intención de asistir a reuniones de AA y crear un ambiente sin drogas para sus hijas. Quizá sea difícil sin intervención externa, dado su largo historial de consumo.

Con el fin de establecer un plan seguro y eficaz para el alta de las gemelas (alrededor del 1 de junio), agradeceríamos que nos informaran sobre su evaluación y planificación para esta familia.

Por favor, pónganse en contacto con nosotros para cualquier duda.

Atentamente,

Dr. Michael Georgieff, M. D.

UCIN

Stephanie Koehler, ACSW

Trabajadora social de Ucin

Harold Williamson, MSW
Trabajador social de Obstetricia].

26

UNA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

La alcantarilla solo corría durante la noche. Los días no habían cambiado.

William Faulkner, *Luz de agosto*^[8].

En el verano de 2006, volví por primera vez a Minesota para preparar una serie de entrevistas y reunir papeles públicos y personales. Inmediatamente me arrepentí de la tarea. Una cosa es hablar de aquellos tiempos en los que eras un perdedor narcisista y maltratador y otra aparecer veinte años después, en aparente buena salud física y mental, para empezar a contar tu propia vida, un empeño vanidoso y de una arrogancia extrema. Lo lógico habría sido que, cuando la gente se libró de mí, hubiese borrado también todos los recuerdos. ¿Cómo iban a dedicarme ni un segundo más, ni mucho menos a querer compartir esos recuerdos? Sin embargo, allí estaba, dispuesto a entrometerme otra vez en sus vidas. A muchos de ellos, que hubiera salido adelante y me fuera bien les pareció menos importante que el hecho de que me hubiera ido. El periodismo puede ser una pesadez, independientemente de quién y sobre qué se hagan las preguntas, pero en ese caso lo era todavía más, porque el reportero quería hacer preguntas profundas e inquisitivas sobre sí mismo. Era un grado insólito de solipsismo, incluso para mí. Verificar mis recuerdos es una idea estupenda sobre el papel, pero, en la práctica, me hacía sentirme un *gólem* de mi propia degradación. Mi concepción del proceso de elaboración del libro —todas las entrevistas grabadas en audio y vídeo— hacía que pareciera un proyecto más concienzudo y, al mismo tiempo, más frívolo. Después de grabar varias conversaciones, vi que algunos sujetos miraban la cámara y me miraban a mí como preguntándose cuál era exactamente mi propósito.

La parte periodística debía servir de hoja de parra, de truco para no tener que afrontar la realidad de que estaba añadiendo un libro más a un número cada vez mayor de memorias de drogadictos. Sin embargo, cuando aterricé en Mineápolis con una lista de sitios a los que ir a investigar, algunos de ellos verdaderamente problemáticos, deseé fervientemente haberme quedado en mi despacho, en mi sótano de Nueva Jersey, para trabajar desde allí. Si me hubiera quedado, la gente podría apreciar mi esfuerzo, detestarlo o ignorarlo, decir que yo era un gran mentiroso, un motivo de inspiración o un matón arrogante y sin remordimientos, pero yo no habría estado presente cuando lo dijeran. El procedimiento que había escogido podía ser empalagoso y temerario al mismo tiempo. Mientras me encaminaba a la cinta de equipajes, me pregunté qué sentiría al presentarme delante de mujeres con las que

había salido, amigos a los que había puesto en peligro, jefes a los que había engañado. No tuve que esperar mucho tiempo para saberlo. Mientras esperaba mi maleta, salí a fumarme un cigarrillo, y un tipo me abrió la puerta.

Era Todd. El último jefe para el que había trabajado cuando era un toxicómano explosivo. Un hombre al que, sin la menor duda, había hecho pasar un infierno. Agradable, listo, simpático, el tipo de jefe tan entusiasta que no necesitaba trompetas para animarnos. Me pareció una señal que fuera la primera persona con la que me encontraba. No sé si era el destino o no, pero allí estaba. Y Todd, encantador por naturaleza, aceptó verme unos días más tarde.

Cuando nos sentamos a hablar, recordó que, a finales del verano de 1988, se había enterado de que yo estaba en paro. Entonces, me había invitado a comer para hablar de un semanario sobre los Minnesota Vikings que había empezado a publicar con Tommy, el *quarterback* del equipo. Habíamos trabajado juntos en el *Reader*, y siempre había admirado el optimismo tan genuino de Todd. De modo que me aproveché de su fe en mí, la dilapidé e hice inmensos estragos en la pequeña redacción que había creado. Pronto comprendió que, si no tenía trabajo, era porque era inútil para trabajar.

Siempre había pensado que, en aquel otoño de 1988 —llevaba varios meses en paro—, fui yo el que le convencí de que me diera trabajo y le aseguré que había dejado atrás todos mis problemas. Mi recuerdo no se parecía en nada a la realidad.

—No, lo que dijiste fue: «No creo que debamos comer juntos, me parece que no soy la persona que buscas». Insistí porque estabas desaparecido —recordaba Todd en su oficina del centro de la ciudad—. Habías mostrado gran talento y energías positivas como periodista, y pensé que un trabajo semanal, que te permitiría ser jefe y controlar lo que pasaba en la revista, sería para ti un reclamo atractivo para que reanudaras tu actividad. Quería convencerte de que lo hicieras y tú, a regañadientes, aceptaste quedar a comer. Una vez allí, te decidiste: «Sí, necesito volver al trabajo, y puedo hacerlo. Gracias por sacarme de mi caparazón, vamos a hacerlo».

En retrospectiva, podría decirse que Todd recibió lo que se merecía, pero no es verdad. A alguien normal no se le puede reprochar que espere que otra persona, incluso una persona con antecedentes de drogadicción, vaya a actuar exclusivamente en su propio beneficio. A los ojos de una persona racional que examinara mi trayectoria profesional, parecería que yo estaba deseando volver a trabajar. Pero Todd tuvo la desgracia de tenderme una mano amistosa precisamente en el momento en que yo estaba destinado a romperle todos los huesos. No era nada personal, y, cuando hablamos años después, le dije que lo sentía profundamente, pero que me lo había ofrecido en una época en la que yo vivía inmerso en varios tipos de adicción: alcohólico diagnosticado, consumidor de cocaína que había comenzado incluso a utilizar la vía intravenosa, con dos gemelas recién nacidas y dos mujeres que pretendía compaginar... Era como un Elvis gordo, pero sin una pizca de su talento ni su legado.

Viking Update era un semanario para los hinchas, para gente que se pasaba los meses de descanso entre temporadas revisando la anterior y preparándose para la siguiente. Durante el campeonato, ofrecía análisis detallados de los partidos y muchas entrevistas con los jugadores. Por necesidad, la revista tenía un metabolismo muy elevado. Cada número se cerraba pocas horas después del partido y se repartía de inmediato entre los incondicionales. Nunca he temido escribir contra el reloj —mi primera idea suele ser la mejor— así que, en teoría, era un trabajo que me iba.

Ahora bien, en la práctica, me levantaba y enseguida estaba bebiendo y metiéndome toda la coca que encontraba. Tomarse una copa conmigo podía ser un drama, de modo que mucho más lo era trabajar conmigo. Recuerdo muy bien un día en el que estaba agotado, pero, aun así, encontré una camisa blanca limpia y planchada, cosa poco frecuente en mí. Sin embargo, al ponérmela, vi una mancha de sangre por dentro de la manga izquierda.

—Te instalabas en tu mesa, nosotros salíamos para trabajar, y volvíamos, y a lo mejor tú estabas dormido sobre el teclado —recordó Todd—. Teníamos que sacar el número e imprimirlo para que estuviera en la calle el lunes por la mañana, así que nos poníamos nerviosos, y seguíamos trabajando, y de pronto tú gritabas: «Vale, ya está». Leíamos lo que habías escrito y era magnífico. Quizá no a la misma altura que lo que haces ahora, pero era lúcido y potente, y entonces suspirábamos aliviados. Permanecías ajeno a nosotros, salvo en esos momentos en los que te movilizabas para que pudiéramos sacar la revista, y luego volvías a perderte. La situación se deterioró. Parte de mí se preguntaba (tratando otra vez de tomármelo lo mejor posible) si yo te había obligado a trabajar y tú te acababas de dar cuenta de que tenías muchos problemas.

Más o menos. Eso y muchas otras cosas, grandes y pequeñas. Los Vikings jugaron las finales de división de la NFC ese año, pero, para entonces, yo ya estaba en el loquero, viendo el partido en televisión. Todd consiguió a un buen director, mi amigo David, y el pequeño semanario fue un éxito más en una carrera que ya había tenido unos cuantos. Todd tenía razón en una cosa: habría sido una manera perfecta de volver a hacer lo que me gustaba. Por el contrario, se convirtió en otra jugada horriblemente frustrada.

DIOS LO VE TODO, INCLUIDA LA PERSIANA

¿Cómo pasa el tiempo para un yonqui? Yo lo sé bien: de quince en quince minutos, como un Tarzán de ojos saltones que va de chute en chute. En 1988 pasé varios meses seguidos en casa de Anna, consumiendo su coca y escuchando *Fast car*, de Tracy Chapman, una y otra vez. «Cualquier sitio es mejor. Empezar de cero, no tengo nada que perder», cantaba. Y yo cantaba con ella. Me pinchaba una gran dosis de coca o fumaba algo de *crack*, empezaba a retorcerme y luego me iba a la ventana delantera. A continuación, subía un poco la persiana para ver si llegaba la policía, que era lo que siempre me esperaba. Todo el día y toda la noche. Aburrido y, al mismo tiempo, frenético. Al cabo de un tiempo, me di cuenta de que las persianas en el dúplex que estaba en diagonal frente a la casa de Anna también se levantaban. Se veía en una esquina una luz que desaparecía enseguida. Empecé a pensar en la persiana que subía y bajaba como una especie de lenguaje morse, transmitido de un lado a otro de la calle en forma de guiños que decían la misma cosa sin cesar.

N-o-s-o-t-r-o-s-t-a-m-b-i-é-n-e-s-t-a-m-o-s-c-o-l-o-c-á-n-d-o-n-o-s.

No solían salir, y yo tampoco, así que nunca me crucé con ellos ni pude hablar de nuestra afición en común. La drogadicción, en sus fases más avanzadas, consiste sobre todo en esperar a que la policía, o alguna otra persona, venga y te entierre bajo tu vergüenza.

Una noche, estaba en casa con todos los niños, y Anna había salido. Me estaba metiendo una partida de coca especialmente buena. Tenía una pipa nueva, filtros limpios, un soplete nuevo, y los niños estaban dormidos. Estaba a solas con Barley, una perra mezcla de corgi que tenía desde la universidad. Cuando estábamos solos, le hacía preguntas al azar. Barley no hablaba, pero yo veía las respuestas mirándole a sus grandes ojos marrones.

¿Estoy loco? *Sí*. ¿Cuándo voy a dejar esta mierda? *Por lo visto, nunca*. ¿Me está viendo Dios ahora? *Sí. Dios lo ve todo*.

Empecé a pensar que los policías eran emisarios de Dios que no buscaban la venganza sino un alto el fuego, una tregua que me pusiera contra la pared y frente a las merecidas consecuencias de mis actos, y a los no combatientes, los niños, fuera de peligro. Esa noche —era hacia el final—, me encontraba en alerta máxima, con el subcórtex dando avisos.

La enorme dosis que me metí para acallar el ruido de las sinapsis hizo todo lo contrario, encendió el altavoz. Si la policía estaba a punto de llegar —en cualquier momento—, pensé, debería esperarlos sentado delante de la casa. Así podría decirles que, en efecto, había drogas en la casa y suficientes materiales para poner en marcha

un centro de reciclado, pero no armas. Y que había niños. Cuatro niños inocentes e inofensivos. Podían colocarme las esposas y yo les enseñaría solemnemente las drogas, las agujas, las pipas, el dinero que quedaba, y aparecerían por arte de magia unas matronas de rostro amable que se llevarían a los bebés a un lugar seguro y feliz. Lo tenía todo planeado.

Barley y yo salimos y nos sentamos en los escalones. Mis ojos, mi corazón y las venas de mi frente latían en el silencio de la noche. Y entonces llegaron. Seis coches sin distintivos, en fila, con las luces apagadas, sin sirenas, tal como había imaginado. Ahí estaban. Una mezcla de agentes uniformados y de paisano, y, en la tenue luz de la calle, vi que tenían rifles, apuntando hacia el suelo en ángulo de cuarenta y cinco grados. Me sentí orgulloso de mí mismo. Había tomado una buena decisión, después de tantas malas.

Y entonces se dirigieron a la casa que estaba en diagonal. Grandes gritos. «¡Boca abajo! ¡Manos en la jodida moqueta! ¡Nada de movimientos bruscos!». Un tipo que no llevaba más que un pantalón de gimnasia saltó de la ventana del segundo piso, pero estaban esperándole. Más gritos y luego silencio. Cumplida su misión, los policías metieron a varias personas esposadas en una camioneta que habían pedido. Me alejé de la persiana y volví a lo mío. Todavía no me tocaba a mí.

De todos mis recuerdos, este me parecía el más fantasioso. Esperé a la policía, vino, pero no a por mí. Sin embargo, no hay nada que sostenga ese recuerdo. La policía de Mineápolis no empezó a registrar las direcciones donde había delitos hasta los años noventa, y en la base de datos no encontré ninguna mención de la gente que vivía al otro lado de la calle. DonJack, el reportero al que había contratado para que me investigara, examinó viejos números de los periódicos locales que informaban sobre el barrio, pero no encontró nada. Averiguamos que la casa había tenido siempre problemas de tráfico de drogas, pero no descubrimos ningún incidente que encajara con lo que recordaba.

En un caluroso día del verano de 2006, me senté un rato delante de aquella casa en Oliver Street, observándola fijamente, mientras intentaba aclarar lo que en realidad había ocurrido allí. El barrio había pasado de ser blanco a ser negro, pero, por lo demás, seguía siendo el mismo. Bonitos jardines, muchos niños, ninguna huella del caos que fue aquella casa. Sentado allí, en un coche de alquiler, vestido de traje, con aquellos bebés a punto de empezar la universidad, casi habría podido pensar que me lo había inventado. Pero no creo. Mientras miraba la casa, alguien alzó ligeramente la persiana en la ventana del salón. Había llegado el momento de irme.

28

MONOS DE INVIERNO

Feroz como diez furias, terrible como el
infierno,

Blandía un terrible dardo; y en lo que
aparentaba cabeza

Tenía algo que representaba como una
corona real.

Al acercarse Satanás...

John Milton, *El paraíso perdido*

Recuerdo que me acerqué en coche a un lugar poco iluminado por las farolas en la esquina de las calles 32 y Garfield. Ahí, pensé. Ese era un buen sitio.

El Nova, una carraca de coche mal pintado que mi hermano me había comprado por lástima, tembló hasta detenerse, y miré por el retrovisor. Vi a dos niñas durmiendo, cómo el borde de sus capuchas destacaba sobre el respaldo a medida que mis ojos se adaptaban a la oscuridad. Las niñas, diminutas, parecían sumergirse en los monos de invierno que llevaban. No deberíamos estar allí. Su madre andaba por cualquier lado y yo me había quedado en casa para cuidarlas. Pero se me había acabado la coca. Me había quedado sin nada. Llamé a Kenny, pero estaba ocupado. «Ven —me dijo— y te doy algo». En aquel instante de necesidad, decidí ir desde el norte de Mineápolis hasta el sur, desde casa de Anna hasta la suya.

No soportaba la idea de dejarlas en casa, pero tampoco podía quedarme quieto, que habría sido lo correcto. De modo que allí estábamos, la feliz familia, aparcados ante la casa de la droga. Era tarde, pasada la medianoche.

Entonces llegaron las matemáticas del yonqui: unos confusos cálculos morales mezclados con la necesidad apabullante. Si entraba en la casa, podía obtener lo que necesitaba, o lo que deseaba con todas mis fuerzas. Cinco minutos, diez minutos a lo sumo. Las niñas seguirían durmiendo, soñando sus sueños de bebés en los que papá es un buen hombre y los paseos en coche terminan en el parque.

Los de dentro estarían ocupados, seguramente por parejas. Para pincharse coca es mucho mejor hacerlo de dos en dos. Se trata de llegar justo hasta el borde de la sobredosis, colocarse lo más posible sin llegar a morirse. La técnica consistía en vaciar la jeringuilla despacio, pero durante mucho tiempo. Uno empujaba y observaba mientras el otro escuchaba su cuerpo, el ruido de la sangre y los nervios a punto de ebullición. Vaciar la jeringuilla hasta que pitan los oídos, y entonces retroceder. ¿Te encuentras bien? «Sí. No... Solo... Ah... Perfecto».

Como sitio en el que pincharse, la casa tenía muchas ventajas. Kenny, el tipo que la dirigía, aportaba un aire de profesor chiflado a su negocio de coca al por menor. Tenía unos ojos pequeños protegidos por gruesas gafas, no engañaba a nadie y parecía estar siempre de buen humor, aunque un poco excitado. Él y yo nos alternábamos concediéndonos crédito, en función de quién estuviera bien de dinero o en las últimas. Sus raps de cocaína mientras se pasaba la lengua por los labios eran más elaborados y estimulantes que los de la mayoría de los fracasados con los que trataba. Su mundo era un mundo de helicópteros negros y ruidos de fondo, de esos otros seres susurrantes e invisibles que un día vendrían a por nosotros. Me mantenía alerta.

En una época en la que los negocios iban bien, Kenny había arreglado el viejo estudio de sonido que había en la casa y que había pertenecido a un músico, y lo decoró con varias guitarras desafinadas y una batería medio destrozada. Así, los que iban y venían —en su mayoría chicos y chicas blancos hasta arriba de *crack* que no vivían más que para meterse otra dosis— podían fingir que iban allí a tocar o a escuchar a los músicos de verdad que figuraban entre los clientes. Pero estaba clarísimo para qué estábamos todos allí.

Cuando Kenny se ponía nervioso, que era a menudo, insistía en que nos vigilaban a través de pequeñas cámaras de vídeo colocadas en los orificios de los paneles acústicos que cubrían la habitación, un estudio en el que lo único que se amplificaban eran las necesidades. Una noche, se puso especialmente frenético a propósito de la vigilancia y, en un gesto de solidaridad entre yonquis, cada uno buscó con atención en cada panel, en cientos de agujeros, en busca de las cámaras. Con ironía, pero diligentemente, fuimos marcando con lápiz los que habíamos revisado. Kenny agradeció nuestros esfuerzos y repartió más coca para ayudar a completar la tarea. La droga se nos acabó antes que los agujeros.

Esa noche, sin embargo, yo iba acompañado, y no podía meter a las mellizas en la casa. Entrar en aquel antro con dos sillitas de niñas no era plan. No pegaban en un lugar lleno de gente sucia con recipientes llenos de sangre y coca colgándoles de los brazos. No estaba bien. No.

Sentado en la penumbra del coche, que crujía en medio del frío, seguía haciendo cálculos. Necesidad. Peligro. ¿Un traspies repentino? No, no era nada, en realidad. En aquella oscuridad, decidí que mis pequeñas gemelas estarían a salvo. Hacía frío, pero no tanto. Seguro que Dios las cuidaría mientras yo no lo hacía.

Salí, cerré la puerta y me alejé, empujado y atraído por lo que me aguardaba en la casa. Recuerdo con claridad haber resuelto el cálculo en el coche, pero poco más. Un poco de algo para levantarme el ánimo ya que estaba allí, dije probablemente, mientras miraba la puerta. Por supuesto, no conté a nadie de aquel círculo desolador que tenía a unas «amigas» esperándome en el coche. No había ventanas, y el mundo exterior desaparecía en el fervor de consumir la dosis correspondiente. Independientemente de que mis hijas estuvieran a salvo o no, dentro de la casa se

produjo una transformación, casi una abducción. El padre contrito desapareció y lo sustituyó un yonqui exactamente igual a los demás que allí estaban. Pasó el tiempo, una cosa trajo la otra, la máquina arrancó, los silbatos sonaron, salió el humo y, por fin, me largué.

Recuerdo salir por la puerta de metal y después por la puerta de la calle con sus tres cerrojos al porche, y el sonido hueco de mis botas en el suelo de madera. Una pausa. ¿Cuánto tiempo había estado? No más de diez minutos, como mucho. Diez minutos multiplicados por diez, o incluso más. Horas, no minutos. Caminé hacia el coche a oscuras con las drogas en el bolsillo y un escalofrío de terror por todo mi cuerpo.

Abrí la puerta de delante, metí la mano, solté el pestillo de la de detrás y asomé la cabeza. Vi que respiraban.

Dios había cuidado de las gemelas y, con ello, de mí, pero en ese momento comprendí que había cometido un error que Él no podía perdonarme así como así. En ese instante decidí no volver a ser ese hombre.

* * *

Fui a ver a Kenny. Había dejado atrás aquella vida y vivía en Seattle. Fuimos en coche hasta su casa, charlando sobre la gente que conocíamos, y entonces abordé el tema de aquella noche, que, para mí, había sido un gran punto de inflexión pero, para él, había sido una noche como otra cualquiera: yo había pasado por su casa, había comprado algo de droga, quizá me quedé a pincharme y luego me fui. Nunca había sabido que las niñas estaban en el coche. Kenny era un delincuente habitual, pero a su manera era un buen hombre y, de haberlo sabido, me habría convencido para que me fuera. No me habría soltado ninguna avalancha de reproches, pero me habría echado de su casa.

Todas las personas con las que hablé —Anna, Sarah, Donald— se mostraban de lo más arrepentidas cuando hablaban de los viejos tiempos, siempre los malos viejos tiempos. Kenny, no. Aunque ahora tenía un buen trabajo en una profesión en la que ayudaba a los demás, no se arrepentía de nada. Cuando traficaba con coca, se relacionaba con cómicos, estrellas de *rock*, mujeres guapísimas, y, aunque terminó en la cárcel varias veces, no habría cambiado nada. En realidad, Kenny sentía un gran afecto —«recuerdo eufórico», sería el término clínico— por aquellos días.

Hablamos de la habitación de su casa en la que ocurría todo.

—Estaba completamente insonorizada. Tenía una puerta enorme y pesada, aire acondicionado, un suelo de varias capas, con bastidor amarillo por todas partes.

Comprobado.

Hablamos de lo que hacíamos allí.

—Había un montón de gente interesante, de talento, mujeres bellísimas. Y sí: la gente iba allí a cometer excesos, sin duda.

Comprobado.

Hablamos de cómo habíamos perdido todo nuestro juicio por la coca.

—Freud consumió coca y escribió que, al alcanzar determinado nivel de toxicidad con la droga, salían a flor de piel las paranoias más íntimas, así que no es nada nuevo. Cuando has consumido suficiente cantidad, llega un momento en el que tienes que parar porque no te saca más que lo negativo.

Comprobado.

Le conté lo que había pasado aquella noche.

—Sí, eso es lo peor; puedes perder tu sentido de la responsabilidad y tu sensibilidad, y de vez en cuando leía en el periódico ese tipo de cosas, personas que habían hecho eso, que habían dejado a sus hijos en el coche. Sí, se apodera de ti.

Comprobado.

Hablamos de mis hijas recién nacidas cuando todavía llevaba aquella vida.

—La situación aquella en tu casa... las cosas se vinieron abajo. La casa era un infierno. A la gente le preocupaban las niñas, su bienestar.

Comprobado.

De modo que yo y los míos éramos objeto de compasión y preocupación para uno de los traficantes de coca más activos de la ciudad. Incluso teniendo en cuenta con quien estaba hablando, enrojecí de vergüenza.

En Mineápolis, diecinueve años más tarde, me detuve en el sitio en el que había aparcado aquella noche, delante de casa de Kenny. El coche era, según mi hermano Jim, el Salvaje, un Chevy Nova. Me envió los papeles: «Chevy Nova del 79, con 89 950 millas, matrícula NHS 091», y me recordó que posteriormente perdí el coche en las calles de Mineápolis y que nunca volvió a aparecer. Recuerdo estar de pie junto al coche. Recuerdo mirar hacia atrás. Recuerdo los cálculos. Y recuerdo los monos de invierno.

Pero, a partir de ahí, la trama se complica. Erin y Meagan nacieron el 15 de abril de 1988. Cada vez que me sentía obligado a explicarme y a explicar nuestra historia, aquella noche frente a la casa de Kenny era el momento decisivo, el fondo de mi trágica caída aristotélica.

En el relato que he expuesto durante estos años, aquella horrible noche sucedió poco después de que nacieran las niñas. Pensaba que había ingresado enseguida en tratamiento porque, a pesar de que había sido un empleado poco de fiar, un amigo intrigante, un marido adúltero, mi educación no me permitía en absoluto ser mal padre. En consecuencia, las gemelas habían acabado en un centro de acogida poco después de haber nacido. A partir de ahí, estamos ante un *monomito* digno de Joseph Campbell en el que nuestro héroe tiene un recorrido lleno de pruebas, empieza a alcanzar sus nuevos objetivos y regresa a toda prisa al mundo normal. En ese paradigma, mi recuperación no fue solo un acto de autocomplacencia seguido de superación, sino una especie de buena obra con el mundo.

Una historia muy bonita, si fuera verdad. O si se pudiera demostrar. Para

empezar, lo de los monos de invierno no tenía sentido.

Si las niñas nacieron en abril, y yo ingresé en el centro de desintoxicación unos meses más tarde, como he dicho siempre, ¿a qué venían los monos? En Minesota hace frío, pero no tanto frío.

Tal vez, al reconocer mi abyecto comportamiento, necesitaba que mis actos fueran todavía peores de lo que fueron. Al parecer, no bastaba con que las gemelas se quedaran solas en un coche, en un barrio peligroso, mientras yo me ponía hasta arriba dentro de una casa. Con mis dotes de narrador, quizá comprendí que la amenaza del frío añadiría dramatismo y espanto a la historia que me había contado a mí mismo y a pocas personas más. Pero lo que mejor recuerdo son los monos. Cuando empecé a llamar a gente para preparar este libro y a preguntar en voz alta por qué el detalle que mejor recordaba era el que más falso parecía, el pasado cambió. Yo recordaba a un padre novato y drogadicto que enseguida comprendió su mal comportamiento y se apresuró a ingresar en tratamiento. Sin embargo, cuando hablé con mi hermano sobre el coche y mencioné los monos, me dijo: «Claro. No fuiste al centro de desintoxicación hasta el mes de diciembre, unos ocho meses después de que nacieran».

Casi acierta. Ingresé en Eden House, un centro de internamiento en Mineápolis con un programa de desintoxicación de seis meses, el 25 de noviembre de 1988. Así que la presencia de unos monos de invierno en una fría noche de noviembre era real, sin la menor duda. ¿Lo de que yo sentí la cabeza nada más nacer ellas? Una fantasía. Una patraña, un mito, pero no como el que había imaginado Joseph Campbell.

LA ÚLTIMA PEOR NOCHE

Sí, salvo que ¿cómo voy a responder simplemente si quiero o no dejar la cocaína? ¿Creo que lo quiero? Absolutamente, creo que lo quiero. Ya no tengo tabique. La jodida coca me ha disuelto el tabique. ¿Ve? ¿Ve algo que se parezca a un tabique cuando levanto así la cara? He decidido de todo corazón dejarla y todo eso. Desde lo del tabique. Pero, si quiero dejarla desde entonces, ¿por qué no he podido? ¿Ve lo que digo? ¿No se trata de querer hacerlo y todo eso? ¿Cómo es posible que vivir aquí y asistir a las reuniones no me sirva para querer dejarla? Pero creo que ya quiero dejarla. ¿Cómo iba a estar aquí si no lo quisiera? ¿No es eso prueba de que quiero dejarla? Pero, entonces, ¿cómo es que no puedo dejarla, si quiero hacerlo? Esa es la cuestión.

David Foster Wallace, *La broma infinita*

Poco después de aquella noche en casa de Kenny —tal vez días, o semanas—, me convencí de que algo brutal y espantoso se cernía sobre todos nosotros, incluidos los niños. Las niñas estaban abandonadas, igual que los otros dos hijos de Anna, y sus clientes estaban abandonándonos en manadas porque nunca éramos de fiar.

Me habían despedido de la revista de fútbol americano y ni siquiera fingía trabajar como *free-lance* en varios proyectos. En el mundillo periodístico corría la voz de que más valía mantenerme a raya, muy a raya, e incluso algunos de mis amigos más salvajes no querían saber nada de mí. Mi familia, que había pasado mucho tiempo rescatándome del borde del abismo, se había dado casi por vencida. La situación de Anna no era mejor. Su *amigo*⁸ colombiano le cortó el suministro porque no pagaba, así que, sin el maravilloso contacto y las ventas, nos convertimos en una pareja de drogadictos normal y corriente. Y los dos habíamos pasado de fumar *crack* a inyectarnos cocaína.

Como pasatiempo, pincharse coca es de los peores. Con la heroína, por lo menos,

la persona pasa horas dormitando. Con la coca por vía intravenosa, el toxicómano tiene que rellenar cada veinte minutos y encontrar una nueva vía. Es decir, mucho material, mucha sangre y mucho lío. Al cabo de un tiempo, todo eran agujas, sangre, bebés y montones de ropa sucia. Colgados o no, era una imagen dantesca. Yo solo quería un instante de paz, un respiro de la idea que me perseguía desde nada más despertar —borracho o sobrio, drogado o no—: que yo era quizá el cabrón más infame que jamás había existido. Un par de días de desintoxicación, con macarrones con queso calentados en el microondas, cigarrillos gorroneados y horas de sueño —bendito y esquivo sueño—, me parecían una estancia en una playa del Caribe.

Justo antes del día de Acción de Gracias de 1988 —el 18 de noviembre, según descubrí después—, llamé a mis padres y les dije que las gemelas no estaban a salvo y que tenían que llevárselas. «Nos dijiste que no había ninguna persona adulta en la casa y que era un lugar peligroso para las niñas», recordaba mi padre. Según él, prometí ingresar en un centro de desintoxicación inmediatamente.

Fui en el Maxima de Anna hasta Hopkins y subí a las niñas por la estrecha escalera del adosado de mis padres; primero, Meagan, y, luego, Erin. (Qué curiosos son los recuerdos. Meagan no podía soportar quedarse sola ni un momento, así que siempre era la primera a la que metía en casa). Las niñas estaban en sus sillitas, con sus arrullos, haciendo ruiditos y gestos a su abuela, y fijándose en mi padre, que estaba detrás de ella. Todos las contemplamos y nos dejamos consolar por su inocencia en toda la situación.

Nadie sabía qué decir. Mis padres estaban mudos, en parte porque era difícil decir qué iba a pasar a continuación, en el nuevo escenario que acababa de abrir con mi humillación. Plantado en el instante entre tocar un fondo distinto y, tal vez, ingresar en tratamiento, yo era un manojo de nervios y cabos sueltos.

¿Me despedí de las niñas? No lo recuerdo, ni tampoco mi padre. Mi madre, que se hizo cargo de todo, ya no está con nosotros, así que no puede ayudar. ¿Les dije que volvería a por ellas algún día? Seguramente. Y entonces me fui. Después de haber tocado ese nuevo fondo, necesitaba gasolina y algo que me levantara, así que fui a la gasolinera que estaba próxima a su casa. El empleado vio que estaba tomándome algo en el coche y llamó a la policía, sin que yo me enterase. Seguí por Excelsior Boulevard y giré a la izquierda para ir por la Ruta 169 hacia el norte, con un policía detrás de mí. Las drogas, el alcohol, la vergüenza, todo se me vino encima y aceleré, me puse a ciento treinta y derrapé al entrar en la carretera. El poli había visto suficiente y encendió las luces. No solo me habían pillado, sino que me iban a poner las esposas. Me detuve a tal velocidad que él fue a parar a la cuneta. Cuando se acercó estaba furioso y jadeante. Yo sabía que estaba en un lío, así que decidí defenderme y empecé a hablar.

—Tengo el permiso caducado, agente. Esto —dije, indicando el vaso de vodka en la guantera— es una botella abierta. Sé que voy a ir a la cárcel y no quiero causar problemas.

Relajó el gesto. Casi se disculpó mientras me esposaba y dijo que no me las iba a apretar mucho para el corto trayecto hasta la comisaría. Me sentó en el asiento trasero de su coche patrulla y empezó a rebuscar entre las botellas, las colillas de marihuana y otros restos que había en el Maxima.

Al llegar a la comisaría, me vio con más luz y se quedó mirando las huellas de las agujas en los brazos. De inmediato me preguntó dónde estaban las drogas. No dije nada. Fue a su coche y volvió enfurecido. Señaló un paquete que llevaba en su mano, con lo que parecían varios gramos de coca.

—He encontrado esto debajo de mi asiento trasero —dijo—. Lo ha puesto usted ahí.

—No puedo ayudarle, agente —dije en el tono más educado posible.

Me metió en la celda y me dijo que reflexionara, y que no olvidase que no iba a salir hasta que se aclarara lo del paquete de cocaína. Pasaron otros tres policías. Poli bueno, poli malo, poli normal. A todos les dije que estaba encantado de cooperar, pero que no sabía nada del paquete. A medida que avanzaba la noche, el efecto de la última dosis en el coche se fue disipando. Y justo cuando mi determinación desaparecía y ya me veía haciendo algo estúpido, me dejaron en libertad.

* * *

La mezcla de las consecuencias, los objetivos pobres, la mala suerte que yo mismo me había buscado y que luego fue a peor, parecía demasiado patética para ser cierta. ¿De verdad había sido tan irresponsable como para renunciar a mis hijas y acabar en un calabozo en el plazo de una hora? Pasé mucho tiempo buscando documentos que apuntalaran mi memoria, pero la policía de Hopkins no conservaba expedientes tan antiguos, y en las actas del juzgado no había nada más que los cargos tal cual. Empecé a pensar que la última peor noche era fruto de mi siniestra imaginación. Sin embargo, mientras investigaba, me di cuenta de que cuando ingresé en el centro de desintoxicación, los cargos aún debían de estar vigentes. Alguien debió de ayudarme a que se dieran por cerrados. Tenía un vago recuerdo de que mi primo Steve, que es abogado, me había ayudado en algún momento. En el otoño de 2007, le llamé y le pregunté si me había representado alguna vez. «Por supuesto que sí —dijo—. Todavía tengo los papeles».

DEPT 0900	OFFENSE/INCIDENT ATL Warrants, Open Bottle, DAZ VICTIM Def Carr, David Michael	CONTINUATION REPORT	SUPP PAGE 2 of 4
32 year old male is arrested for warrants, open bottle and driving after revocation after he is stopped for erratic driving.			
MPD received a complaint of a possibly drunk driver eastbound on Co Rd 3 from 11th Av.			
Vehicle was described as a dark Nissan or Datsun Maxima lic#NFB 128. Suspect had been in the Amco service station and the attendant felt he was intoxicated because he was having a hard time with his balance. I caught up to the vehicle as it was making a left turn onto NE Hwy 169 from EB Co Rd 3. I followed as the vehicle pulled onto Hwy 169 without			

using a signal. The vehicle then began to swerve abruptly back and forth. It swerved to the left and crossed over the lane dividing line and then drove half over that line. I activated my red lights to initiate a stop. The vehicle "clunked" on the brakes and came to a quick skidding stop. I approached the driver on foot and opened the drivers door. I asked for his drivers license and he told me that it was suspended because of a prior DWI. He admitted that he knew that his license was not valid, but he was driving anyways. I verbally identified the defendant as David Michael Carr, DOB/9-8-56. The defendant did have a slight smell of an alcoholic beverage but did pass a FBT test. When I had approached the vehicle I noticed a glass in the middle console area of front seat. The glass contained a liquid that smelled of an alcoholic beverage. The defendant admitted that it was alcohol and that he had taken a few sips of it. The glass and contents was confiscated and marked and placed in property room A bin C-5.

A routine check with the MN Department of Public Safety showed that the defendant's license was REVOKED. It had been revoked because of a prior DWI and Driving after Withdrawal. A routine warrant check showed a active Misdemeanor warrant out of Crow Wing County for DWI. The defendant was placed under arrest and transported to the station for booking. Officer Stumpf impounded the vehicle to Dick's Towing.

[HPD (el Departamento de Policía de Hopkins) recibió una queja sobre un posible conductor borracho dirigiéndose hacia el este en la carretera local 3 desde la Undécima Avenida. El vehículo se describió como un Nissan o Datsun Maxima de color oscuro, matrícula NPH 128. El sospechoso había estado en la estación de servicio de Amoco y el empleado pensó que estaba borracho porque le costaba mantener el equilibrio. Conseguí alcanzar el vehículo cuando estaba girando a la izquierda para salir a la carretera 169 en dirección norte desde la carretera 3 en dirección este. Lo seguí mientras el vehículo salía a la carretera 169 sin poner el intermitente. Entonces el vehículo empezó a dar violentos bandazos hasta que dio uno a la izquierda que le hizo cruzar la línea divisoria y seguir circulando sobre ella. Encendí mis luces rojas para que se detuviera. El vehículo pisó «de golpe» el freno y se detuvo de forma brusca. Me aproximé al conductor a pie y abrí su puerta. Le pedí el permiso de conducir y me dijo que lo tenía suspendido por un caso anterior en el que había conducido bajo los efectos del alcohol. Reconoció que sabía que tenía el permiso suspendido y había conducido sabiéndolo. Identifiqué verbalmente al acusado como David Michael Carr, nacido el 9/8/56. El acusado olía ligeramente a bebidas alcohólicas pero superó la prueba preliminar de alcoholímetro. Al acercarme al vehículo yo había visto un vaso en la consola central del asiento delantero. El vaso contenía un líquido que olía a alcohol. El acusado reconoció que era alcohol y que había dado unos sorbos. El vaso y su contenido quedaron confiscados, identificados y colocados en el almacén de objetos y pruebas A contenedor C-5.

Una comprobación de rutina con el Departamento de Seguridad Pública de Minesota reveló que el permiso del acusado estaba REVOCADO. Se le había revocado por un caso anterior de conducción bajo los efectos del alcohol y por conducir después de que se le retirara el permiso. Una comprobación de rutina de las órdenes de detención pendientes reveló una orden de arresto por delito menor, por conducir bajo los efectos del alcohol, en el condado de Crow Wing. El acusado fue detenido y trasladado a la comisaría para hacerle la ficha. El agente Stumpf llevó el vehículo confiscado al depósito de la empresa de grúas Dick's Towing].

A continuación, el agente Wilentz declara que me ponían en libertad bajo la tutela de una amiga —seguramente Anna— con una fianza de seiscientos trece dólares. No

menciona la discusión sobre el paquete de cocaína, pero es normal, porque nunca se resolvió.

Steve fue otro familiar al que acabé utilizando, seguramente a través de mi padre. Me dijo que tenía un modelo de conducta que, aunque las faltas fuesen pequeñas, el tribunal no iba a juzgar con mirada benévola.

—Ibas conduciendo con el permiso caducado, habías tenido varios incidentes relacionados con el alcohol, creo que dos o tres, así que te arriesgabas a que te lo volvieran a quitar. Eras tal peligro para la seguridad pública que podían quitártelo definitivamente.

Steve me envió también otra denuncia de la que se encargó, derivada de un incidente ocurrido el 2 de marzo de 1988 a las 2:20 de la madrugada. Era una lectura interesante, porque yo no recordaba absolutamente nada al respecto. Según el informe de la policía de Mineápolis, estaba estacionado en el Maxima con otros dos varones, detrás de una casa en el 1801 de la Tercera Avenida. Los agentes encendieron sus luces. Decían que, cuando salí del coche, observaron que «el equilibrio del acusado era muy inestable, el aliento le olía a una bebida alcohólica y los ojos estaban empañados y enrojecidos». No superé las pruebas de alcohol y tenía el permiso caducado, así que me llevaron al coche patrulla. Pero no me acusaron de conducir bajo los efectos del alcohol, solo de conducción imprudente y conducción con el permiso caducado. Dados los hechos descritos, no tenía sentido, pero más adelante encontré una carta que le había escrito a Steve:

«Adjunto la información que me pediste. Advierte que no me han acusado de conducción bajo los efectos del alcohol, pese a que hay más de un indicio de que la acusación habría sido apropiada». La suerte, escribí, fue que el policía que me detuvo me conocía de mis tiempos de reportero.

Esto fue una sorpresa en muchos sentidos. No solo era un lío más del que no me acordaba, sino que me había librado de la peor parte porque conocía al policía. Siempre había dicho que había mantenido un límite claro entre mi trabajo de periodista y mi trayectoria de gilipollas, pero aquí tenía pruebas inequívocas de que, por lo menos en una ocasión, había aprovechado el hecho de que, tras tantos contactos nocturnos con la policía de Mineápolis, por fin había coincidido con un agente al que conocía. Me pregunto qué dije en aquel asiento trasero del coche patrulla.

Fue un gesto amable por parte del policía, de modo que dejaré su nombre fuera, aunque nadie lo conozca. Pero, si su intención era asustarme y ayudarme a enderezar el rumbo, no lo consiguió. Pasé los nueve meses siguientes con policías quitándome y poniéndome esposas, entrando y saliendo del calabozo, hasta desembocar en esa noche de noviembre en la Ruta 169, cerca de Hopkins. Salí del calabozo y, tres días después, entré en un centro de desintoxicación próximo a la casa de mis padres.

* * *

Nada más ingresar, me llevaron a una mesa que había en el centro de una sala. Los centros de desintoxicación son acuarios humanos, unos sitios en los que unos seres hasta arriba de Librium cabecean aquí y allá, observados por el personal a través de un grueso panel de cristal, por si alguno de ellos enloquece o empieza a dar sacudidas. Mi tarea consistía en meter los brazos, hasta el bíceps, en un gran barreño lleno de detergente, una manera artesanal pero eficaz de desinfectarme las heridas de la jeringuilla sin que los empleados tuvieran que trabajar mucho. Me había convertido en un *intocable* blanco, gentuza, todo lleno de pus e infecciones. Me metían pastillas desde cierta distancia y yo las esperaba como una cría de pingüino, con la boca abierta y expectante.

¿Tuve una epifanía en aquel acuario provinciano? No. Lo más parecido a una epifanía fue el momento de ingerir unos macarrones con queso. Llevaba tiempo sin comer, e hice lo que me decían. Comí macarrones con queso. Ingerí las pastillas.

Unos días después, mis padres celebraron la cena de Acción de Gracias, y yo fui directamente desde el centro. Mis hijas estaban allí. Bebí zumo de uva sin alcohol y me uní al rito familiar de decir por qué estábamos agradecidos. No tengo ni idea de qué se me ocurrió.

Tras la cena, mis padres me apartaron a un lado para hablar conmigo en voz baja. Eran demasiado mayores para ocuparse de las gemelas y tenían muchas otras cosas en su vida. Habían hablado con mi hermano mayor, John, que tenía un puesto directivo en el obispado, y había encontrado una casa de acogida a través de las Caridades Católicas. Erin y Meagan estarían con una familia, calientes y a salvo, mientras yo «arreglaba mis cosas». Decidimos que, a la mañana siguiente, volvería directamente a Eden House.

Y así terminó la cosa. Salvo que no terminó. Cuando fui a Nueva Orleans a hablar con Chris de aquellos tiempos, me recordó que, la víspera de ingresar en Eden House, tuve que pincharme una vez más.

—Me llamaste para que te llevara varias piedras, porque ibas a ingresar al día siguiente y querías colocarte una última vez. Así que lo hice. Creo que era la primera vez que iba a casa de tus padres. Estábamos en el sótano o en la planta baja, en el dormitorio que había allí. Tuve que abrirte la puerta del coche porque tenías las manos todas hinchadas y los brazos llenos de cardenales, de...

—¿De pincharme coca?

—Sí, fue una llamada de atención para mí —dijo.

Para mí también. Estaba ante un nuevo amanecer. Tenía ante mí el último peldaño y la última oportunidad. Había fracasado en un tratamiento y me disponía a intentarlo otra vez, la madre de las gemelas iba a ingresar en un centro distinto y mis hijas hacían arrumacos en sus sillitas, en el piso de arriba de casa de mis padres, mientras yo estaba en el sótano —la última parada de todos los fracasados— poniéndome hasta arriba.

¿Trabajo? Lo había perdido. ¿Novia? Era historia. ¿Dignidad? Por favor...
¿Dinero? Venga ya. ¿Hijas? Huérfanas.

Había resuelto el cálculo matemático. Y el resultado era cero.

INTERMEDIO

Voy a levantarme. Convertiré los errores
en oro.

Eddie Vedder, *Rise*

—Deberías escribir un libro sobre todo eso.

He oído constantemente esta frase cuando salía a colación mi torpe historia. Yo siempre decía que era una mala idea. ¿Para qué volver al infierno cuando has conseguido escabullirte por una puerta de servicio? Y, aparte de la mugre que inevitablemente se acumula al recorrer las alcantarillas de tu pasado, ¿qué valor tienen, para mí o para cualquiera, otras memorias de un drogadicto?

Digamos, por decir algo, que un tipo se arroja debajo de un autobús, sobrevive y lo cuenta. ¿Les apetecería leer ese libro? Y, a pesar de ello, la literatura popular está plagada del equivalente químico a esa misma elección. Incluso dentro del concepto de adicción como enfermedad, hay margen de elección. Sean cuales sean las predisposiciones, nadie te apunta a la cabeza con una escopeta cuando aparecen ese chupito o esa aguja.

En el fondo, las historias de rehabilitación siguen un camino muy trillado:

Me tomé una cerveza con los amigos.

Luego me pinché droga en el cuello.

Me metí en líos.

Me di cuenta de que iba por mal camino.

Hallé a Jesús, o los doce pasos, o el yoga *bhakti*.

Ahora, todo vuelve a ser nuevo.

He estado en salas llenas de gente como yo, contando y escuchando esas historias con grandes resultados; la prueba son todos mis años de sobriedad. Pero entretener a la persona que va a las reuniones con la persona que escribe es mucho más complicado. Sigo vivo gracias a que cuento mi historia en esas salas. Y he prosperado profesionalmente a base de contar las historias de otros.

Aunque esté infinitamente agradecido —que lo estoy— por el hecho de que la guerra interior se haya calmado y ahora tenga un lugar en el que estar, ¿no es mejor callarme y disfrutar de mi agradable vida burguesa en Cooper Avenue, donde resido? Donde encajo muy bien, pregúntenselo a mis vecinos. «¿Carr? Vive un poco más abajo. Conduce un Ford Explorer, uno de los últimos modelos, tiene una familia agradable, va a trabajar, como todos. Parece tener algún problema con el césped —

larvas, creo—, pero, por lo demás, parece estupendo».

Es indudable que quien cuenta la historia se la apropia, pero existen otros imperativos comerciales y menos nobles. Como hice la mayoría de las entrevistas en Minesota, la gente siempre se mostraba muy educada, pero casi podía oír las conversaciones cuando me había ido: «¿A qué demonios ha venido eso?».

Exactamente cuando estaba decidiendo si sumergirme en las cosas desagradables de mi pasado, Erin y Meagan escribieron sus historias personales en las solicitudes de plaza para la universidad, y me di cuenta de que lo que contaban era extraordinariamente distinto a lo que yo pensaba que habíamos vivido juntos. Ellas tenían su versión, que no coincidía del todo con mi tropo de humillación seguida de un triunfo arrollador.

De pronto, la idea de escribir sobre la construcción de la propia imagen, sobre la elaboración de una historia que te permita vivir en el presente, me pareció una actividad intelectual digna de encomio. Al mismo tiempo, uno de los iconos de más éxito dentro del género —el libro de James Frey *En mil pedazos*— estaba desintegrándose a la vista de todos, una noticia de la que informé yo mismo. Empecé a pensar que quizá había sitio para otras memorias de un alma descarriada y recuperada, un libro de recuerdos que estuviera basado en investigaciones y entrevistas.

No obstante, no me gusta hablar con desconocidos sobre aspectos íntimos de mi vida. Es embarazoso, y la gente no suele responder con la misma moneda. Y, si lo hace, casi es peor: de verdad, ¿quién quiere escucharlos? Casi todos los relatos sobre el pasado de una persona podrían reducirse perfectamente a una sola frase, y además bastante corta: «Todo el mundo hizo lo que pudo».

Siempre pensé que las personas que pasaban un tiempo interminable rebuscando en su historia personal, para entender su significado y sus motivaciones, eran personas esencialmente insatisfechas con su vida, y yo no lo estoy. Estoy exultante, a mi manera oscura y macabra, y encantado de haber salido del túnel. Y no siento ni orgullo ni arrogancia por las cosas que he hecho. A la hora de la verdad, no es que decidiera que me había llegado el turno, sino que más bien cedí y acepté contar una historia que creía conocer.

Sin embargo, cuando bajé al sótano y empecé a revolver en las carpetas, una de las primeras cosas que me encontré fue esto:

THE
NEW YORKER
23 WEST 43RD STREET
NEW YORK, N.Y. 10036



(212) 840-3800

Dec. 21, 1989

Dear Mr. Carr:

Thank you for proposing your piece on cocaine addiction here, but I'm afraid it really doesn't sound like something for us. In any case, we normally only commission a piece like this from one of our staff writers, or someone whose work we know extremely well.

I'm sorry to disappoint you.

Sincerely,

Robert Gottlieb

[21 de diciembre de 1989

Estimado señor Carr:

Gracias por proponer su reportaje sobre la adicción a la cocaína, pero me temo que no parece apropiado para nuestra revista. En cualquier caso, normalmente, solo encargamos un reportaje así a uno de nuestros propios redactores, o a alguien cuyo trabajo conozcamos muy bien.

Lamento desilusionarle.

Atentamente,

Robert Gottlieb].

Ahí estaba yo, cuando todavía no llevaba ni un año sobrio, tratando de vender mis infortunios. En aquella época, estaba sin trabajo y tenía que alimentar a dos criaturas, pero mi convicción de que siempre había estado por encima de una cosa tan vulgar se derrumbó en cuanto empecé a pensar en ello. Y hubo más cartas:

Esquire

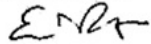
DAVID HIRSHEY
ARTICLES EDITOR
(212) 459-7558

February 9, 1990

Dear David,

I'm sorry to have taken so long to get back to you, but things sometimes move glacially around here. Much as I agree with you on the pertinence of your proposal, I'm afraid we're going to have to pass on the piece; we've covered much of the same territory - albeit not as movingly as through your perspective - and we need to avoid the overlap. Your story does need to be told, however - I strongly urge you to submit elsewhere if you haven't already. Best of luck -

Sincerely,



For David Hirshey

[9 de febrero de 1990

Estimado David:

Siento haber tardado tanto en responderle, pero aquí, a veces, las cosas avanzan con una lentitud exasperante. Si bien estoy muy de acuerdo con usted en la relevancia de lo que me propone, me temo que vamos a tener que renunciar a ello; hemos escrito mucho sobre esos temas —aunque no desde una perspectiva tan conmovedora como la suya— y necesitamos evitar las redundancias. Sin embargo, creo que su historia necesita contarse. Le animo a que la presente a alguna otra publicación si no lo ha hecho ya. Le deseo buena suerte.

Atentamente,

en nombre de David Hirshey].

En aquel entonces, *Playboy* era una gran cabecera, así que merecía la pena probar:



Thank you for letting us consider your article proposal. Unfortunately, though, it's an idea that just doesn't work for us right now.

But we do appreciate your thinking of PLAYBOY--best of luck in placing your idea elsewhere.

Sincerely,

John Rezek
Articles Editor

JR:tw

PLAYBOY MAGAZINE
680 NORTH LAKE SHORE DRIVE/CHICAGO, ILLINOIS 60611/312-751-8000

[Gracias por enseñarnos su propuesta de artículo. Por desgracia, es una idea que no encaja con nuestra línea en estos momentos.

Pero le agradecemos que haya pensado en *Playboy*. Le deseo buena suerte con su idea en algún otro sitio.

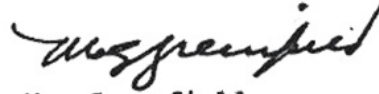
Atentamente,

John Rezek

Redactor jefe de colaboraciones].

The Washington Post:

✓ Thank you for letting us see the enclosed article. I am afraid we are not going to be able to use it at this time. We do appreciate your sending it for our consideration, however



Meg Greenfield
Editorial Page Editor

[Gracias por mostrarnos el artículo adjunto. Me temo que no vamos a poder utilizarlo en estos momentos. Sin embargo, agradecemos que lo haya enviado para que lo estudiáramos.

Meg Greenfield

Redactora jefa de Opinión].

Parade:

PARADE

P U B L I C A T I O N S , I N C .

Fran Carpentier
Articles Editor

January 17, 1990

David Carr
123 N. 3rd Street, Suite 203
Minnneapolis, Minn 55401

Dear Mr. Carr:

We were pleased to receive your recent article proposal. Though the idea has merit, we find that it does not meet PARADE's present needs.

Thank you for your interest in PARADE, and all best wishes in placing your story elsewhere.

Sincerely,

Fran Carpentier
Fran Carpentier

750 Third Avenue, New York, New York 10017 (212) 573-7177

[17 de enero de 1990

Estimado señor Carr:

Nos complace haber recibido su reciente propuesta para un artículo. Aunque la idea merece la pena, creemos que no encaja en las necesidades actuales de *Parade*.

Le agradezco su interés en *Parade* y le deseo lo mejor si propone su artículo a otras publicaciones.

Atentamente,

Fran Carpentier].

Y un año después, todavía estaba intentándolo con *Detroit Monthly*, por motivos que no puedo recordar:

DETROIT MONTHLY

BRUX AUSTIN
Editor

December 10, 1990

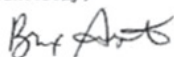
Mr. David Carr
Minnesota Lawyer
123 North Third St., Suite 203
Minneapolis, Minnesota 55401

Dear Mr. Carr:

Thank you for submitting your story proposal for consideration. Unfortunately, the idea suggested does not fit in with our editorial needs.

Thank you for your interest in *Detroit Monthly*.

Sincerely,



Brux Austin
Editor

BA:llw

1400 WOODBRIDGE • DETROIT, MI 48207-3187
(313) 446-1638
A CRAIN PUBLICATION

[10 de diciembre de 1990

Estimado Señor Carr:

Gracias por la propuesta de artículo que nos ha presentado. Por desgracia, la idea sugerida no encaja con nuestras necesidades editoriales.

Le agradezco su interés en *Detroit Monthly*.

Atentamente,

Brux Austin,

Director].

Es decir, pese a que había recuperado la sobriedad y, en teoría, ya no pensaba en el pasado, en los primeros tiempos me dediqué a pasear como un hombre anuncio, diciéndole a la gente que se acercara a conocer al hombre que se había destruido la vida. Había sido drogadicto y alcohólico, y, ahora, muchos años después, soy un escritor sobrio y adulto que se dispone a hacer realidad el tópico. Como dijo un amigo mío: «Claro, ya se ha dicho todo, pero no lo has dicho tú».

* * *

La memoria es la única parte de la actividad cerebral que parece capaz de

controlar el tiempo, hacer que se detenga para examinarlo y reconfigurarlo con arreglo a las necesidades del presente. Desde mucho antes de que existieran las grabadoras digitales, los seres humanos eran propensos a seleccionar, editar y repasar sus vidas a toda velocidad para destacar los momentos fundamentales. Por más que se tengan las mejores intenciones, es difícil, si no imposible, transmitir el contenido emocional de hechos pasados, porque son inexpresables. Incluso en el modelo de «así me han definido», el pasado retrocede, inexorablemente sustituido por el presente.

La memoria es un acto de percepción, aunque amortiguado por el paso del tiempo. Pero también es como rodar una pequeña película. Recordar es un hecho afirmativo: recordar lo que ha hecho que tú seas como eres es decir quién eres. Yo no soy este libro, pero este libro es yo.

La memoria episódica y la memoria semántica funcionan de distintas formas, pero las dos se despliegan al servicio del relato. Los relatos son la forma que tenemos de explicarnos unos a otros, y entre líneas siempre acecha la verdad implacable. La memoria se convierte, no en una facultad, sino en parte de la conspiración, una herramienta para construir el yo que mostramos al mundo.

En *Hijos de la medianoche*, Salman Rushdie escribe sobre «la forma especial» de verdad que conjura la memoria. «Selecciona, elimina, altera, exagera, minimiza, glorifica y difama también; pero, en definitiva, crea su propia realidad, su versión heterogénea pero normalmente coherente de los acontecimientos; y ningún hombre en su sano juicio confía más en la versión de otro que en la suya propia»^[9].

Entiendo lo que quiere decir, pero no estoy seguro de dar más crédito a mis recuerdos que a los de otras personas.

Cuando me comprometí a escribir unas memorias documentadas sobre mi pasado, partí de varias hipótesis:

1. La historia de todas las personas tiene valor, incluida la mía.
2. Mi vida es la única cosa del mundo en la que soy el principal experto.
3. Si soy sincero, no puede pasarme nada verdaderamente grave.
4. Tener grabaciones minuciosas de audio y vídeo de todas mis entrevistas dará a las memorias una credibilidad nacida de la transparencia.
5. Soy un buen hombre que hizo cosas malas, pero hoy estoy mejor.

No era consciente de la audacia que requiere escribir unas memorias. Hoy sí lo soy. Supone tener un interés por mi propia vida que hasta entonces yo nunca había mostrado y lleva implícita la promesa de que algo se aprenderá.

Con entrevistas y todo, mi historia de adicción llega a unas conclusiones muy corrientes. Lo malo, en exceso, es muy malo. Todo el mundo se ríe y se divierte hasta que deja de hacerlo. Si, en lugar de dormir y comer, bebes y te drogas, perderás el trabajo, al cónyuge y la dignidad.

Y las lecciones del relato de la adicción son importantes, pero todavía más

prosaicas. En los próximos capítulos, no les extrañará saber que, cuando dejé las drogas y el alcohol, las cosas mejoraron. Conseguí trabajo, volví a casarme, tuve una hija y, por supuesto, aprendí a quererme.

Es frecuente que los yonquis y los borrachos acaben aireando sus meteduras de pata porque necesitan creer que todo el tiempo que han pasado con el vidrio de una botella de vodka o de una pipa de *crack* en los labios ha significado algo. Este impulso parece indicar que no me arrepiento de mi pasado —que me ha traído hasta este lugar feliz y agradable—, pero me gustaría sacar algo más de él.

Aunque el origen de las memorias sea mercenario, o comercial, o imperfecto, la labor periodística tiene valor en sí. Por ejemplo, en contra de lo que pensaba, seguramente era yo quien tenía la pistola, no Donald. No lo sé con certeza, pero la imagen empezó a estar más clara después de unas cuantas entrevistas. Llamé a Joseph, un profesor en New York University, que sabe mucho sobre los mecanismos de la memoria humana, para preguntarle cómo podía estar tan equivocado sobre un hecho tan destacado en mi vida.

—Bueno, estar drogado altera tu forma de construir los recuerdos —sugirió—. Probablemente lo atribuíste a la persona equivocada. La persona registra muchos fragmentos y su experiencia los va uniendo. Quizá en esa situación el mecanismo aglutinante no funcionó bien, de forma que los hechos estaban, pero mal colocados. Dada la situación en la que te encontrabas, es posible que tuvieras varios mecanismos defectuosos. Como los fragmentos están ahí, cuando recuperas el recuerdo, los combinas y, por la razón que sea, la pistola acaba estando en manos de él. Podemos darle un sesgo freudiano o no —dijo, para añadir que un recuerdo en destello como el mío puede ser tremendamente vívido y, sin embargo, estar completamente equivocado—. El otro factor que puede influir es una cosa llamada «memoria dependiente del contexto», por la que hay ciertos recuerdos que solo se procesan cuando la persona vuelve al contexto en el que los formó.

Daría casi lo que fuera por recordar exactamente qué ocurrió la noche de la pistola, o la de los monos de invierno, pero no pienso volver a aquel contexto si puedo evitarlo.

Cada vez que regresaba de un viaje de entrevistas e investigación, seguía el mismo ritual. Transcribía mis notas, archivaba las entrevistas y vertía las grabaciones digitales de audio y vídeo en el ordenador. Para asegurarme de que los datos de mi vida no bloquearan el ordenador, almacenaba en un disco externo los archivos de audio y vídeo de mayor tamaño. A medida que se acumulaban los datos, el disco externo empezó a parecerme un oráculo digital omnisciente que conocía mi vida mejor que yo, un dispositivo que decía la verdad porque no contenía más que eso.

No obstante, mi pasado es un ente fantasmagórico, algo cuya presencia siento pero no puedo tocar. John Updike decía que era parte de nuestros «yos muertos e irrecuperables». Cuando el pasado se vierte sobre el momento actual, se contagia de una obsesión por la coherencia que exige que todas las piezas encajen, tanto si lo

hacen como si no. Si no lo creen, examinen la historia de su familia y las historias que le han transmitido. ¿Cuántas de ellas son completamente ciertas?

La memoria es una forma muy personal de mito de la creación. Ya sea en forma de libro o de algo que se cuenta en la intimidad de una primera cita a la luz de las velas, el relato de «este soy yo», «esto es quien soy», es un mito en el sentido clásico, un relato con piedras de toque y dioses personales, que, a medida que se cuenta, se vuelve cada vez más sagrado. Y quizá cada vez menos veraz.

Repasar mi historia ha sido como arrastrarme sobre cristales rotos en la oscuridad. Yo pegaba a las mujeres, asustaba a los niños, agredía a desconocidos, y era un mentiroso y un tramposo crónico con tal de obtener la siguiente dosis. He leído sobre *aquel tipo* con la misma sensación de repugnancia que tiene casi cualquiera. Qué. Gilipollas. Aquí, a salvo en mi escondite de las Adirondack, donde estoy recomponiendo la historia de *aquel tipo*, pienso a menudo que tengo muy poco en común con él. Y esa distancia me empuja a seguir escribiendo hasta que se convierta en *este tipo*.

SEGUNDA PARTE

RECETA PARA YONQUIS

Lista para desintoxicarse (romper y utilizar según sea necesario, pero nunca como posavasos para una copa):

1. Es útil vivir en Minesota. Además del tropo de «La tierra de los diez mil centros de tratamiento», Minesota es un estado que posee un excelente sistema de sanidad, incluso para un fracasado con cuatro cinco intentos de tratamiento.
2. Acepta el regalo del tiempo. Un borracho o un yonqui que ha tocado fondo tardará meses solo en recordar quién es o quién era.
3. Ve al loquero. Preferiblemente, un sitio al que nunca jamás quieras volver. Evita los centros de tratamiento con estanques llenos de patos, buena comida y un historial que incluya la presencia de Britney Spears o Lindsay Lohan.
4. Forma alianzas con los débiles y los enfermos. Júntate con otros que hayan hecho añicos sus vidas y estén buscando humildemente los pedazos.
5. No salgas con gente que esté en tratamiento. Cada conversación adoptará un tono terapéutico: «No es eso lo que interpreto...», «¿Ah, sí? Lo que he dicho es lo que quería decir, imbécil. ¿He dicho eso en voz alta, cariño?». Sal con personas normales. No esperes que «te entiendan». Espera que te quieran.
6. Asume nuevas responsabilidades: hacer el café en las reuniones a las que asistas, ayudar a otros que acaban de llegar al centro, obtener la custodia de tus hijas gemelas. Si estás pensando en lanzarte al abismo, seguramente pensarás en otros que se caerán contigo. Hacer algo por los demás es hacerlo por ti.
7. Respeta el poder de las sustancias químicas capaces de alterar el ánimo, pero deja hueco a la esperanza. Cuando el pirata interior de tu subcórtez pida permiso para subirse a bordo, piensa que, si consigues superar ese día, quizá haya muchos más. Confía en Dios, no en el pirata.
8. Desarrolla nuevas obsesiones. La literatura del siglo XIX. Los bonsáis. El pimpón. Las tartas sin harina. Saltar a la cuerda haciendo acrobacias.
9. Evita escribir y leer memorias de yonquis. La línea que separa el morbo del error es muy fina. Ahí no hay nada que merezca la pena, nada más que detonantes, pasa a otra cosa.
10. Ve de fiesta, pero no consumas nada. Un borracho a solas consigo mismo está en una compañía terrible. Recupera tu vida en la sociedad civil y sal, pero ten siempre prevista una ruta de escape por si un vaso de *whiskey* empieza a susurrar tu nombre.

11. Lo malo de tu vida es cómo te comportas, no lo que revelas. Los secretos son un preámbulo para la adicción. Si quieres vivir una vida sobre la que puedas ser sincero, vive una vida que sea digna. La respuesta a la vida es aprender a vivir.
12. No bebas. Ve a reuniones.

31

UNA BONDAD ATERRADORA

Todo ángel es terrible.

Rainer Maria Rilke

Aproximadamente un mes después de llegar a Eden House, me sorprendió ver a John, un columnista del *St. Paul Pioneer Press*, ganador de un Premio Pulitzer, recorriendo el centro con un miembro del equipo. Estaba visitándolo porque quería ver en persona dónde iban a parar algunas víctimas de la epidemia de *crack*.

Le paré para decirle hola. Sorprendido, claro está, de ver a otro periodista, preguntó: «¿Qué haces aquí?».

—Soy uno de los estúpidos, John —contesté—. Vivo aquí.

—Ooohhh, infiltrado, ¿eh? ¡Qué astuto! —dijo.

No era exactamente eso. Durante el último mes de 1988 y los cinco primeros de 1989, aquella fue mi casa y aquella fue mi gente. Y una cosa es verte en un lugar lleno de lunáticos, drogadictos y fracasados, pero otra, muy distinta, darte cuenta de que encajas a la perfección.

Cuando llamé a John en el otoño de 2007 —hoy es un importante escritor de ficción—, se acordaba de que nos habíamos encontrado.

—Fue raro verte allí aquel día —reflexionó—. Eras un periodista conocido y, de pronto, te acercaste a mí en aquel lugar. Fue muy útil para mí, porque había hablado ya con varias personas que eran verdaderamente estúpidas, no tenían ni idea. Eran almas perdidas. Sin embargo, al hablar contigo, tú tenías las ideas claras y no había duda de que eras inteligente. Tenías una opinión muy seria sobre tu problema y sobre todo lo que habías perdido. Y, sin embargo, no estabas seguro de poder mantenerte apartado de la cocaína. Era evidente que te estaba destrozando, pero no eras capaz de darle la espalda y alejarte de ella. Decías que no era tan sencillo. Y eso me fue útil, porque me ayudó a comprender la complejidad del problema.

El sitio en el que di a John una lección sobre las consecuencias del *crack* era famoso por ser el último recurso. Eden House, en el 1025 de Portland Avenue South, en Mineápolis, era una comunidad terapéutica porque los que dirigían el manicomio eran los propios locos. También podría aplicársele el término clínico de *agujero de mierda*. No estaba sucio, no era verdaderamente peligroso, pero había suficientes tipos siniestros como para que, a veces, pareciera un calabozo. Estallaban peleas por tonterías, a veces peleas físicas, había ratas en la cocina, y el equipo de terapeutas — en su mayoría, personas que lo habían pasado también bastante mal— era inmune a los lloros y la dependencia emocional de la clientela. Era un sitio en el que no se

toleraban mentiras y que estaba hasta arriba de mentirosos. Dan, el director, se sabía todos los timos posibles y había cometido varios de ellos. Su motivación clínica era que, más que rehabilitación, la gente necesitaba habilitación. Eden House estaba lleno de eslóganes. El principal era este: «La respuesta a la vida es aprender a vivir». Lo decíamos en voz alta y con gran emoción al terminar cada reunión.

Este es el punto en el que el autor, cómplice e irónico, se ríe con sus lectores del tiempo que pasó entre los aforismos, de cómo, durante una época, fue tan ingenuo y necesitado que se tragó unas consignas tan pobretonas y cursis. Pero ese es otro libro. Los eslóganes me salvaron la vida. Todos ellos: los tontos, los mojigatos, los categóricos, los tópicos, los imperativos, los empalagosos, los religiosos, los desvergonzados, los estúpidos.

Yo, con todo entusiasmo, proclamaba algunos eslóganes y vivía de acuerdo con otros. Ser drogadicto o alcohólico no tiene nada de irónico, ni tampoco estar recuperándose de ello. Tocar el fondo de la adicción es en sí mismo una parodia, una pieza de teatro del absurdo que no necesita acotaciones sarcásticas. A no ser que una persona esté dispuesta a ser de una sinceridad terminal y casi obsesiva, no hay nada que hacer.

Esto es lo que hay, como solíamos decir en Eden House. La mayoría de los pacientes venían remitidos por un juez de lo penal, habían conseguido reducir su pena o evitar un tiempo en la cárcel a cambio de su ingreso allí. Yo llegué con un puñado de citaciones por delitos menores que, en conjunto, quizá me habrían supuesto una estancia en prisión, pero, sobre todo, me instalé en Eden House porque era el único sitio que el condado estaba dispuesto a pagarme. Cuando los internos se quejaban de que estaban allí por una denuncia falsa, porque alguien les había acusado de algo que no habían hecho, Jerry, uno de los terapeutas, decía: «Vale, queda claro. Digamos que es verdad. Y digamos después que estás aquí por todas las demás cosas de las que has conseguido librarte, ¿de acuerdo?».

En Eden House había terapeutas y directivos llenos de intuición y talento, pero su extraordinaria eficacia en el tratamiento de los intratables tenía más que ver con el paso del tiempo. El centro era un programa de tratamiento residencial de seis meses de duración, cosa que podía parecer una extravagancia pero que, para la mayoría de nosotros, era el plazo mínimo. Un año antes, me había sometido a un programa de veintiocho días en St. Mary's, mi cuarto intento, y el terapeuta predijo que iba a acabar en Eden House o en un hospital mental del estado.

En aquella época, yo despreciaba las instituciones estatales, que me parecían inaceptables. Cuando era periodista había ido a muchos sitios así para hacer reportajes, y todas las veces había salido corriendo. Los internos tenían un aspecto salvaje y feroz, o estaban tan medicados que necesitaban baberos. ¿Y Eden House? Estaba en un barrio que yo conocía bien por motivos terribles. Antes de mi ingreso, veía a los pacientes que iban y venían y que parecían un grupo de camellos de esquina entre venta y venta. Había estado en suficientes reuniones de desintoxicación

en toda la ciudad para saber que siempre llegaban en grupo y volvían a salir en grupo. Como si estuvieran atados con una jodida cuerda. Quiero decir que me alegraba por ellos, pero David Carr no encajaba en eso.

Sin embargo, encajé; estuve seis meses, nada menos. Veintiocho días, los habría superado de cabeza, sonriente y dispuesto a todo, pero aquello fue veintiocho multiplicado por seis, y unos días más. Recuerdo pasar las primeras noches sentado en un colchón fino y pequeño, trazar un calendario y contemplar la lejana fecha de mi alta. Pero, una vez que me enchufé al sitio, el tiempo pasó volando: cuando me parecía que acababa de recuperar mi sano juicio, llegó el momento de salir a la calle a utilizarlo.

No acepté todo eso de que Jesucristo era mi señor y salvador. No tuve ningún momento de claridad. No tuve ningún hallazgo terapéutico. Más bien recordé, despacio y gradualmente, quién era yo. Había abandonado la vida de una persona normal —primero, poco a poco, y, luego, a toda velocidad—, y tardé mucho tiempo en descubrir el mapa para mi vuelta. Cada día de aquellos seis meses fue importante. Hizo falta un mes para que se disiparan los vestigios de la psicosis provocada por las drogas. Había ingresado en un estado tan confuso que no podía ni absorber informaciones nuevas. Como exigía el programa, me hacía la cama, iba a las reuniones y evitaba meterme en líos.

Y comía. Dios mío, cómo comía. Al terminar cada día, Eden House enviaba una camioneta a varias panaderías para recoger todo lo que no habían vendido. Donuts, buñuelos, bizcochos; cada noche ponían el botín en varias mesas en la cocina. Después de años de meterme cosas en la boca —cigarrillos, botellas de alcohol, diversas partes del cuerpo de otras personas y pipas de *crack*—, tenía cierta fijación oral, y mi adicción encontró su salida en la harina blanca y el azúcar. Acabé encargándome de la cocina, más que como forma de evocar mis orígenes, como manifestación de mi interés por los cinco grupos de alimentos y cualquier otro de sus parientes que pudiera ir bien con un vaso de zumo morado y dulce.

Durante mis años en el negocio de los restaurantes había sido bastante *gourmet*, pero pronto abandoné toda pretensión a cambio de una gama de intereses comestibles más católica. El puré de patatas instantáneo no es quizá un alimento intrínsecamente interesante, pero descubrí que era un método muy eficaz de ingerir grandes cantidades de mantequilla. Según mis cálculos, engordé cuarenta kilos, más o menos, lo cual significa que engordé doscientos veinticinco gramos cada uno de los ciento ochenta días que pasé allí. Si parece un poco exagerado, seamos prudentes y pongamos que engordé veintisiete kilos (no puedo encontrar ningún expediente médico de aquella época). Sigue siendo nada menos que ciento cincuenta gramos diarios. Las fotos indican que, cuando salí del centro, pesaba ciento treinta y cinco kilos, y es lo que confirma Doolie, que empezó a salir otra vez conmigo entonces. «Estabas tan gordo —recordaba— que casi no podías andar».

Vaya, qué forma de burlarse. Sobre todo, porque clínicamente era verdad. Durante

mi estancia en Eden House, lo único que me importaba era la comida.

* * *

Eden House era un lugar en el que había «tropiezos», que tenían consecuencias. Cuando alguien se escabullía en plena noche y volvía arrastrándose a la mañana siguiente, tenía que estar sentado varios días en un banco del pasillo —el Banquillo, lo llamábamos— y pedir que volvieran a admitirle.

Llegar a las manos con otro residente podía suponer frotar las escaleras con un cepillo de dientes, desde la primera planta hasta la tercera. Mis tropiezos estaban relacionados con mi tendencia a meter la nariz donde no me importaba. Durante una semana, llevé colgada del cuello una gran cuchara metálica de cocina, símbolo de mi afición a alimentar con cuchara a otros pacientes. También llevé unos días un viejo maletín de vinilo por mi tendencia a defender a otros.

Todas las cualidades que tenía —la capacidad de verbalizar, intelectualizar y obstruir— eran inútiles en Eden House. En otros centros de tratamiento, muchas veces, me había sentido el niño Jesús, el favorito del terapeuta, alguien que dominaba toda la jerga y sabía qué teclas tocar, o al menos eso creía. En Eden House me consideraban un idiota, y bastante blando, además. En los primeros tiempos, me enfrenté con un tipo llamado Tad —una tontería sobre la televisión— y tuve que enseñar los dientes y mostrarme dispuesto a recibir una paliza para hacerme un hueco. No era Abu Ghraib, pero tampoco uno de esos centros con una máquina elíptica y un nutricionista de cabecera.

Eden House era un sitio complicado. Algunos de los que vivían allí estaban directamente como en la cárcel, sin pensar en absoluto en la rehabilitación, sino solo en cumplir una condena de la forma más rápida y fácil posible. Rick, uno de mis amigos de allí, no tenía ningún problema de adicciones. Era simplemente un gánster. Gran cocinero, muy divertido a la hora de contar historias, pero un tipo que de vez en cuando hacía trabajos muy planificados, con vigilancias y robos de dinero. Yo me juntaba con él porque era un hombre de honor en casi todos los aspectos y, aunque no medía mucho más de 1,65 metros, pesaba alrededor de 110 kilos, en gran parte músculo que desataba su furia en cualquier tipo de situación.

Muchos tenían lo que se llamaba un diagnóstico dual, eran mentalmente incompetentes y con una dependencia química. Recuerdo una conversación que tuve una noche con un chico llamado Brett, que hablaba de los ángeles que nos rodeaban, de cómo nos cuidarían si decíamos en aquel mismo momento una oración. Yo farfullé algo para acompañarle.

Uno de los que se tomó completamente en serio la desintoxicación fue Dave, que vivía unas cuantas habitaciones más allá de la mía. Era la segunda vez que estaba en Eden House. Era un tipo listo que había hecho cosas terribles y tenía una escabrosa trayectoria de alcohólico y drogadicto. Entre otras cosas, le habían detenido trece

veces por conducir bajo los efectos del alcohol. Sin embargo, había tomado la inequívoca decisión de poner fin a todo eso. David era un hombre gigantesco, con una voz atronadora y un genuino sentido de la justicia. Hablaba de todo lo que pensaba hacer cuando saliera. Salió y lo hizo. Ahora bien, en aquella época, estábamos los dos tan noqueados que no teníamos nada. Mi afición a los donuts me había obligado prácticamente a vestirme con pantalones de chándal del montón, y, en nuestra última etapa en Eden House, nos encomendaron que saliéramos para buscar trabajo y asistir a grupos de rehabilitación. Dave tenía un pantalón azul marino que aún le valía pese a haber engordado un poco, y yo tenía permiso para pedirselo prestado. Recuerdo que iba a su habitación y le preguntaba: «¿Te vas a poner el pantalón esta noche?». Estoy seguro de que algunos de los que nos oían pensaban que lo nuestro no se limitaba a una fuerte amistad nacida de la desintoxicación.

Aunque no hubiera ningún bar, el centro era igual de ruidoso, con un sistema de megafonía que reclamaba a pacientes constantemente. Dado que muchos procedían de esquinas y cárceles, todos hablaban a gritos, salvo que estuvieran tramando alguna barrabasada. Y había muchas. En mis primeros tiempos, Craig, el supuesto «anciano» de la tribu, el que más mandaba, consiguió introducir heroína y *whiskey* y lo llevó a su habitación; le pillaron junto con unos cuantos más en medio de la gran juerga. El centro tenía de todo: drama, cosas importantes en juego, conflictos.

Las cosas me iban muy bien hasta que obtuve mi primer permiso, el día de Navidad, cuando llevaba un mes de tratamiento. La familia de acogida le había dejado a Anna que sacara a las niñas unos días, y me dejó que las recogiera y las llevara a casa de mis padres. Cuando estaba en casa de Anna, vistiendo a las niñas, vi en una esquina una lata de zumo llena de cenizas —claramente se había usado para fumar *crack*— y un mechero al lado. No fue una decisión consciente; encendí el mechero junto a la lata, como para ver el reflejo en humo de todo lo cocinado durante años. No quedaba nada, ni el menor resto, así que dejé la lata y seguí con lo que estaba haciendo. Fue un instante de posesión temporal que pasó de inmediato.

Al volver a Eden House al día siguiente, hubo una reunión de todos los residentes. Una de esas en las que todo el mundo presentaba sus quejas y se animaba a que la gente se confesara para desahogar su conciencia. Yo conté lo que me había pasado en casa de Anna, pensando que se quedarían impresionados de que había vuelto sin dar el paso.

Sin embargo, mi confesión tuvo el efecto contrario. Nadie se creyó que mi amago de consumir droga se hubiera quedado en eso. Los pacientes que iban de jefes dijeron que mi historia no era verosímil. «La lata estaba vacía, seguro», dijeron. A quién creía poder engañar. Nate, un negro gigantesco al que acabé teniendo mucho cariño, empezó a hacer como que se fumaba una lata vacía cada vez que se cruzaba conmigo. (Un año después le vi en la calle, delgadísimo, y todavía tuvo fuerzas para hacerme el gesto de la lata vacía).

Aparte de las burlas, yo adopté ese día de Navidad como nuevo comienzo de mi

vida abstemia, una vida que iba a durar casi catorce años. En aquella época empecé a pensar que, si conseguía superar un día concreto, pasara lo que pasara, quizá habría muchos más. En otras palabras, empecé a tener esperanza. El carácter crónico de la adicción es una especie de fatalismo a gran escala. Si un adicto sabe, en el fondo, que va a volver a consumir un día, ¿por qué no hacerlo hoy? En cambio, si aparece un atisbo de esperanza, la posibilidad de que no siempre sea así, las cosas cambian. Vives un día más, y luego te levantas y vuelves a hacerlo. La esperanza es oxígeno para alguien que está asfixiándose de desesperación.

Las repercusiones de cualquier tropiezo eran visibles cada fin de semana. Mis padres iban a visitarme con las gemelas después de recogerlas en casa de la familia de acogida. Zelda y Patrick, un matrimonio de mediana edad que se hizo cargo de mis hijas a través de las Caridades Católicas, eran increíblemente amables y complacientes, y adoraban a las niñas. Yo también las adoraba, pero no estoy del todo seguro de que supieran quién era yo a medida que se acercaban a su primer cumpleaños. Erin y Meagan aceptaban bien mi presencia, pero la verdad era que aceptaban bien a todo el mundo. Entre las ocasiones en que las veía, los fines de semana, mientras estaban al cuidado de la familia de acogida o de Anna, aprendieron a andar y luego a hablar. Pasaron de ser una idea abstracta de responsabilidad o vergüenza para convertirse en unas personitas a las que poníamos en el centro de la sala de visitas de Eden House y observábamos, admirados, cómo daban vueltas y se chocaban una con otra.

Recuerdo que una de las terapeutas —quizá Beth— entró una vez, miró asombrada a Erin y Meagan y preguntó de quién eran. Tardé un segundo en responder.

—Son mías.

Pareció sorprenderse, y, en realidad, yo también.

* * *

Mientras estaba en Eden House, escribí para el *St. Paul Pioneer Press* un horrible relato en primera persona de mi estancia. John, el columnista que me había visto allí, había hablado con Deborah, la directora. Fue útil, porque dejó claro a todos los directores de la ciudad por qué yo la había fastidiado sistemáticamente. Lo malo fue que toda la gente a la que debía dinero se enteró de dónde encontrarme. Yo estaba lo suficientemente confuso como para pensar que escribir una gran sarta de estupideces tendría algún valor. Baste decir que, con su extraña mezcla de empalago y santurronería, no es un texto que incluya en el álbum de recortes de mis mejores logros.

No hay ningún toxicómano que agradezca la rehabilitación tanto como el

que procede de años de adicción a la cocaína. La carga económica y emocional de mantener la dependencia es tan corrosiva que, al principio, el mero hecho de no tener que luchar para vivir ya es un placer. Los cocainómanos rehabilitados experimentan una euforia especialmente potente durante el tratamiento, una sensación de bienestar y el deseo de compartirla con todo el mundo. Por desgracia para ellos y para la sociedad en general, ese estado de felicidad y ese compromiso de curarse se evaporan en cuanto la persona vuelve a entrar en contacto con la cocaína.

La verdad es que yo no me sentía más aterrorizado que agradecido tras mi última caída al fondo, mientras trataba de detener la hemorragia que estaba quitándome la vida. La creencia popular es que el primer paso para recuperarse es ponerse en manos de un poder superior. Siempre me costó comprender ese concepto —no por falta de espiritualidad, sino por la tendencia a intelectualizar todo en exceso—, pero encontré un sustitutivo muy eficaz en Marion.

Marion no era una chica. Marion era y es un hombre, un individuo de una bondad aterradora. Le detesté en cuanto le conocí, siempre con las gafas de sol puestas, la sonrisa de oreja a oreja sin sombra de cordialidad, su afición al absurdo y a tratar a sus pacientes como juguetes. Era un hombre negro con los brazos de Hércules y una agresividad táctica digna de Maquiavelo, y cultivaba un aura de misterio que a mí me parecía indignante. Durante las sesiones en grupo estaba largo rato sin decir nada; yo intervenía para ofrecer un análisis sucinto y brillante de lo que se estaba hablando y él sonreía y decía: «Cuando dejéis de chuparos vuestras pollas, quizá te convenga examinar tu propia mierda».

«Bueno, es verdad». Como era tan inescrutable como un Buda y mucho menos hablador, los pacientes empezaron a atribuirle superpoderes, en gran parte por sus omnipresentes gafas de sol de espejo. Quizá estaba allí sentado pensando en cosas como si hacer pollo a la barbacoa o hamburguesas para cenar. Pero, detrás de los espejos, todo parecía profundo y ominoso. Y no había que olvidar los rumores sobre su turbio pasado. Había matado a un paciente. No, *casi* le había matado. No, había amenazado con matar a un paciente, y el paciente se había suicidado. Decidí que era todo mentira, pura cuestión de vestir el personaje y cultivar una imagen. Salvo que, en mi caso, esos poderes místicos sí que parecieron reales.

Una gran parte de la rutina en Eden House estaba ocupada por las tareas domésticas. Teníamos que hacer las camas como si estuviéramos en el ejército y mantener nuestras habitaciones inmaculadas. Un fin de semana que Marion era el terapeuta de guardia, estaba pasando inspección y se interesó por el montón de lecturas que tenía al lado de la cama. Con una delicadeza que aún recuerdo, recorrió tres cuartas partes del montón hasta descubrir dos páginas que yo había arrancado de una revista de chicas desnudas y había metido dentro de un libro. En otra ocasión, se celebraba un acto público en el sótano, con oradores y residentes que habían

terminado su estancia. Una de las mujeres presentes era muy guapa y elegante. Yo no dejaba de mirarla de reojo. Al día siguiente, Marion me llamó para hablar en privado, algo que nunca indicaba nada bueno. No se anduvo con rodeos.

—Mi *mujer* dice que te interesaste mucho por ella ayer.

Vaya.

Pero Marion dejó notar su peso, sobre todo, el fin de semana en el que mi hermana Lisa iba a casarse. Yo llevaba unos tres meses en el centro, había tenido permisos para salir y había vuelto sin problemas. Tenía todas las autorizaciones en orden y mi familia pensaba ir a buscarme el sábado por la mañana. Iba a ser la primera boda familiar a la que iba a asistir sobrio. El viernes por la mañana, la víspera de mi salida, Marion me convocó a su despacho.

—No vas a la boda de tu hermana —dijo.

Me puse furioso, protesté, dije que todo estaba en regla, que tenía el permiso, que mi familia me esperaba, que iba a llevar a mis hijas, que todo estaba listo. «Bla, bla, bla —contestó Marion, una frase frecuente en él—. Te digo que no. Puedes ir, pero entonces no pienses en volver aquí. Si te vas, te vas».

¿Por qué?

—Porque necesitas oír esa palabra: no. Llámalo un *no* terapéutico.

Llamé a mi familia y ellos se mostraron de acuerdo en que debía salir, que era una decisión totalmente injusta e inapropiada. Incluso algunos terapeutas dijeron que parecía una medida precipitada y caprichosa. Recuerdo que, al caer la tarde, fui a decirle a Marion que me iba y que era un gilipollas engreído. Y pensé añadir que no me engañaba con su estúpido *jiu-jitsu* de Buda silencioso.

* * *

En julio de 2006, Marion llegó en moto a una cafetería del sur de Mineápolis, con el mismo aspecto aterrador después de tantos años. Seguía llevando gafas de sol de espejo y todavía se mantenía en forma. Parecía contento de verme. Yo había leído varias cosas relacionadas con Marion para refrescar la memoria antes de verle, incluido un reportaje que escribí sobre él después de salir del centro. En él citaba una frase suya, con su concisión habitual: «Mi trabajo es ayudar a la gente a tomar una decisión consciente y empezar a creer en esa decisión».

Desde entonces habíamos hablado lo bastante como para que se desvaneciera parte de su mística, lo que era más sencillo desde que ya no era el Dios y Señor de mi vida. Le pregunté por aquel personaje que adoptaba para ir al trabajo.

—No era una forma de tratamiento «rutinaria», pero parecía mucho más eficaz que sentarme a hablar y decir cosas como «Feliz día, buenos sentimientos», y cosas así.

¿Así que tenía una parte de táctica? Mientras tomaba sorbos de su café, dijo que se trataba de adaptarse a la audiencia. Pensé en una foto que yo conservaba de

nuestro grupo «primario». Yo soy el que asoma por detrás del hombro de Marion.



—Había pacientes difíciles —dijo. Venían de todas partes, de la calle, de las penitenciarías, de pabellones psiquiátricos. Y estaban acostumbrados a comportarse de determinada forma. Yo, especialmente, tenía este lema: «Que no me vean sudar ni ceder». Y mi intención no era parecer la hostia, pero sí pensaba que, bueno, hicierais lo que hicierais, yo no iba a ceder. Muchas veces, me paseaba por allí esforzándome en mantener ese halo porque siempre había algunos tipos muy malos.

Oír a Marion, que sí era la hostia, reconocer que era un sitio difícil, me consoló. Yo había sentido cierta vergüenza por lo mucho que me asustaban Eden House y algunos de sus pacientes. El ambiente callejero del centro me recordaba que, en el fondo, yo no era más que un chico blanco de un barrio residencial.

Sentados allí, muchos años más tarde, me explicó claramente que el motivo por el que no me dejó salir aquel sábado era que las bodas eran sitios peligrosos; que, según sus análisis científicos, yo no estaba listo, y que decidió decir «no» y ver qué hacía yo. No fue una decisión caprichosa, ni mucho menos, pero sí fue injusta, sin ninguna duda. Claro que, en la sala central de Eden House, había un cartel que promulgaba tres verdades: «Nada es justo, nada es justo, nada es justo».

Mientras estábamos en la cafetería, junto a la cámara de vídeo que nos grababa, le dije a Marion que me acordaba de que había ido hacia su despacho dispuesto a

meterle su *no* terapéutico por el culo. Pero que, en cambio, regresé a mi habitación, permanecí en el programa y no fui a la boda. ¿Qué dijo él? Se acordaba de una cosa que yo tenía olvidada.

—Estabas a punto de estallar, y te dije: «Vale, ¿por qué no invitas a esas dos niñas tuyas a que se coloquen contigo?». Y tú alucinaste, porque las niñas eran el amor de tu vida y la mera idea de hacer algo así te aterrorizó.

LA ISLA DE LOS NIÑOS

Esta noche, las grandes fuerzas de la isla estaban desplegadas como sigue. Los niños perdidos estaban buscando a Peter, los piratas estaban buscando a los niños perdidos, los pieles rojas estaban buscando a los piratas y los animales estaban buscando a los pieles rojas. Daban vueltas sin cesar por la isla, pero no se encontraron, porque todos llevaban el mismo paso.

J. M. Barrie, *Peter Pan*

El abastecimiento es lo único que le importa al drogadicto. Estar bajo, estar eufórico, todas las posibilidades al alcance de un toxicómano están sujetas a la entropía — dinero, honor, la leche de la bondad humana—, pero el inventario de sustancias que alteran el ánimo es el eje de cada día.

Se entiende mejor si se piensa en los drogadictos como unas personas de similar mentalidad y con intereses comunes, igual que los aficionados a tejer o a bailar con zuecos. La actividad no ocupa más que una parte del tiempo; están además las infinitas reflexiones desde todos los ángulos sobre la obsesión. Incluso en Eden House, donde muchos llevábamos meses fuera de las calles, nos encantaban nuestras batallas, que solían incluir historias de abundancia sin fin. La noche que te quedaste encerrado en el bar lleno de bebidas, el fin de semana en el que consumiste droga a puñados, ese mágico periodo en el que una dosis nunca era demasiado y mil parecía un número muy verosímil. Cuando eres un autodidacta en farmacología, piensas que algo malo en exceso siempre es bueno.

El interés por lo que está disponible es aún más palpable cuando las cantidades disminuyen. Los toxicómanos tienden a agruparse, aunque solo sea para afrontar la humillación todos juntos. Y la dinámica del grupo ayuda a cada uno a superar las épocas de sequía. Es una especie de certidumbre numérica de que, en el conjunto, uno u otro estará bien surtido en un momento dado y, si es un buen compañero, repartirá lo que tenga. Hasta que se agotan las reservas. Entonces, el pequeño círculo se rompe y todos quieren aprovechar lo que les queda, que es cada vez menos. Si hubieran reunido a un grupo de yonquis, los científicos podrían haberse ahorrado mucho tiempo investigando la fisión del átomo. Cuando la mercancía escasea, el toxicómano

no solo es capaz de ver con precisión la cabeza de un alfiler sino de decir si una mitad de esa cabeza parece un poco más grande.

Si queremos saber cómo sería el infierno sobre la tierra para un drogadicto, podríamos crear una isla, llenarla de yonquis y luego soltar entre ellos un poco, no mucho, de sus sustancias preferidas.

* * *

El lago Fowl, en el Área de la Canoa de la Reserva de las Aguas Fronterizas, es mucho más accesible desde el lado canadiense, pero la excursión anual de pesca que hacía Eden House incluía a demasiados delincuentes como para arriesgarse a cruzar la frontera. Para poder llegar desde Minesota había que atravesar tres lagos y dos ríos.

Entre los veintitrés pacientes que fueron —yo tuve la suerte de ser uno de ellos—, había dos asesinos, un violador, varios atracadores a mano armada y unos cuantos pobres diablos como yo. Mi amigo Dave era entonces el más veterano. La mayoría de nosotros no había estado fuera de la ciudad desde hacía años, y para algunos era su primera vez en el bosque. De modo que fue un grupo muy urbano y malencarado el que se subió a las camionetas para el largo trayecto desde Mineápolis, equipados con hachas, cuchillos de cocina y sierras de mano. «¿Qué problema puede haber?», se preguntó Tak, uno de los pacientes que habían organizado la excursión, mientras examinaba las herramientas letales. Unas personas que solo sabían ser trileros y rallar pastillas de jabón para venderlas como si fuera *crack* se vieron de repente con un remo de canoa en las manos.

Fue a finales de mayo de 1989, y yo estaba acabando mi estancia en Eden House. Aparte de estar tan gordo que amenazaba con hundir una canoa con solo poner un pie en ella, había alcanzado una especie de inmovilidad, de tregua con el mundo real, que hacía pensar que podría no pasar el resto de mis días asegurándome de tener suficientes drogas y alcohol para salir adelante. Mis hijas habían estado estupendamente con la familia de acogida y ya habían vuelto con Anna, que había terminado su propio tratamiento como interna en un centro. La esperanza es lo último que se pierde.

Nunca he sido especialmente habilidoso en la naturaleza, pero, después de meses atrapado en los herméticos y ruidosos confines de Eden House, un cielo lleno de estrellas y un horizonte rodeado de lagos me parecía glorioso. Algunos de los que iban en el grupo no eran personas a las que habría escogido para compartir unas cervezas en el campo, y mucho menos para acampar durante más de una semana en una isla llena de utensilios afilados. Scott era un quejica con un pésimo historial delictivo en el trato con las mujeres, Brett era un chico a cuya tenue comprensión de la realidad no le hacían falta drogas, y Vinny, Dios le bendiga, era un loco total que se enorgullecía de su barba de demonio. Yo estaba tomando antidepresivos por primera vez en mi vida, pero muchos de los que iban —había también dos mujeres— ingerían

antipsicóticos como si fueran caramelos. Lo que hiciera falta, no tenía nada que objetar.

Los terapeutas que dirigían la excursión —Jerry y Marion— estaban acostumbrados a meter a todos en la misma carretilla y tirar para adelante, así que, aunque aquello pareciera el guion de una película de terror de serie B, en realidad estaba muy organizado. David y Tak, los pacientes «superiores», se esforzaban por que dispusiéramos de todo lo necesario, incluso aunque no capturásemos ningún pez. Había un montón de café y cigarrillos, y los terapeutas tenían los medicamentos de todo el mundo ordenados con sus dosis diarias. Estábamos listos.

Hasta que llegamos al último río. Había sido una primavera muy lluviosa y el agua corría por meandros y pequeñas cascadas. Ahí se produjo el caos: de la docena de canoas que llevábamos, volcaron al menos cuatro, y el río se llenó de vagabundos callejeros que no sabían nadar. Por suerte, no murió nadie y pudimos reírnos de la aventura, hasta que nos dimos cuenta de que gran parte de nuestro valioso cargamento se había hundido junto con las canoas. La reserva de cigarrillos estaba en duda y, en cuanto a las medicinas, bueno, algunos pacientes iban a volver todavía más limpios que de costumbre.

Para cuando plantamos las tiendas, estábamos todos hasta arriba de barro y agotados. Alguien mencionó que necesitábamos una taza de café y entonces descubrimos que la gran cafetera para treinta tazas se había quedado por el camino. Teníamos otra diminuta, que hacía unas pocas tazas de una vez. «¡Joder!, ¿tenemos cuarenta libras de leche en polvo y no podemos hacer café?», exclamó alguien. Hubo intentos inútiles de secar los cigarrillos y torpes intentos de hacer café como los vaqueros, pero comprendimos que básicamente estábamos jodidos.

Vinny, sin sus antipsicóticos, decidió hacer patrullas a la luz de la luna y empezó a murmurar mientras paseaba por las zonas pantanosas de la isla. Volvía a la luz de la hoguera con los ojos encendidos. Una noche mostró una sonrisa especialmente épica y alguien le preguntó si se le había comido la lengua el gato. Abrió la boca con gran solemnidad y nos enseñó una pequeña tortuga pintada que se había metido dentro y que trataba de escapar.

Le costó un poco aprender a pescar, pero, a mitad de semana, atrapó un gran lucio y empezó a pasearlo por el campamento y a presentarlo como si fuera un viejo amigo. Si hubiera sido un episodio de *Perdidos*, él habría sido uno de los «Otros»: «Dios respondió a mis plegarias de inmediato; arrojé la caña al agua y dije: “Señor, dame un lucio”, y mi caña empezó a doblarse».

Tengo a mi alcance muchos detalles del viaje porque, para seguir ganando algo de dinero mientras vivía en Eden House, propuse un reportaje al *Pioneer Press*. Los responsables de Eden House discutieron mucho sobre si mi cuaderno de notas me apartaba de la comunidad terapéutica, pero, al final, decidieron que debía graduarme de la institución con cierto impulso profesional.

Con reportaje o sin él, la excursión me cautivó. Para muchos, la idea de que

podías montarte en una canoa sin una cerveza y dedicarte a pescar fue una epifanía equivalente a la de Arquímedes al calcular la masa de los objetos. Uno de los terapeutas, Jerry, construyó una sauna junto al lago, con una lona de plástico y unas cuantas piñas. Además de abrirnos los poros y ayudar a limpiarnos cuando luego nos tirábamos al agua fría, la cabaña dio cierto aire ceremonial a nuestra estancia allí. No quiero ponerme en plan Robert Bly^[10], pero nos dedicamos a cosas muy masculinas sin nada de *whiskey* ni narcóticos.

No obstante, a medida que ardían los cigarrillos que habían sobrevivido y el café seguía llegando a gotas, la gente empezó a ponerse nerviosa, sobre todo los que estaban sin sus medicinas. El *Pioneer Press* encargó a un fotógrafo que tomara imágenes para acompañar el reportaje, así que me acerqué en canoa a la frontera canadiense para recibirle y, al llegar, le hice tres preguntas:

—¿Tienes una cafetera? («No, estaba seguro de que tendríais una vosotros»).

—¿Qué tal vas de cigarrillos? («No fumo»).

—¿Y supongo que de Thorazine, ni hablar? (Mirada sostenida y perpleja).

Le expliqué que el ambiente en la isla estaba un poco agitado, más de *El señor de las moscas* que de comunidad terapéutica, pero Chris, el fotógrafo, respondió que había trabajado en zonas de guerra y que no le preocupaba. Aun así, se marchó un día antes de lo previsto. Sus fotografías fueron espectaculares.

Tal como se pretendía, estar en la naturaleza limó parte de la aspereza callejera que nos recubría. Los drogadictos bravucones se convirtieron en tipos que tenían miedo a la oscuridad, a esa negrura de los bosques que no habían visto jamás en su vida.

En el contexto de aquel grupo, yo parecía descendiente directo de Daniel Boone^[11], más diestro y hábil de lo que pensaba. Con cinco meses de sobriedad a mis espaldas, empezaba a ver que la desesperación que había inundado todas mis horas de adicción había sido sustituida por un reflejo mucho más normal, el de disfrutar siempre que tuviera oportunidad. Otros no fueron tan afortunados. Brett intentó fumarse su litio en el camino de vuelta, una decisión poco recomendable independientemente de quién estuviera vigilando. Scott enloqueció por no sé qué pequeño delito y acabó expulsado. Vinny era un alma perdida en cuyo destino no figuraba la paz. Algunos de los que fueron a la excursión, incluso los que se divirtieron, volvieron a la mala vida y no lograron salir de ella.

A mitad de nuestro viaje, cundió el miedo ante la noticia de que había unos tipos en el lago que tenían motoras y cajas de Budweiser, unos borrachos que venían de Canadá. Alguien dijo que habían gritado obscenidades a las mujeres de nuestro grupo. Fue Marion quien puso la situación en su contexto:

—Nosotros somos veintitrés. Somos tipos a los que han cortado, disparado, golpeado con cadenas. Algunos nos hemos pinchado en el ojo porque era donde teníamos mejor las venas. Ninguna persona sensata va a tener la audacia de meterse con nosotros.

Tak era uno de los pacientes que había organizado la excursión. Muchos años después, le llamé por teléfono a Eden House, donde se había quedado como terapeuta. Podía oír el maldito busca de fondo. Recordé todo de golpe, cómo, al llegar, nos llamaban Buscadores y anunciaban nuestros nombres por la megafonía para cualquier cosa. «David C., a enfermería». Después de ser Buscadores, pasábamos por todos los niveles con sus correspondientes privilegios, todos formando parte de lo que entonces llamaban la «familia principal». Una bobada, pero beneficiosa para algunos, yo entre ellos.

Cuando llegó Tak, el día de San Valentín de 1989, la casa llevaba semanas «bajo prohibición», cerrada. Es decir, sin televisión, ni radio, ni juegos de mesa, ni permisos, ni nada. Él aún conservaba un censo de nuestros tiempos. Había cincuenta y cuatro hombres y once mujeres. Repasamos rápidamente los nombres. Fallecidos, en prisión, viviendo en la calle, en el manicomio, etcétera. Alrededor de una docena habíamos salido adelante. Y Tak, después de años de ver a gente entrar y salir de allí, había aprendido varias cosas.

—Antes de ingresar, tú y yo teníamos trabajo, familia, aficiones, cosas así previas a nuestra caída en el pozo —dijo—. Mucha gente de la que conocimos no tenía nada de eso. El otro día, tuve en mi despacho a un tipo que tenía cuarenta años y no había trabajado jamás. No estaba orgulloso de ello, me lo dijo simplemente para que lo supiera. ¿Cómo va a salir adelante esa persona cuando abandone el centro?

No obstante, también nosotros habíamos llegado arrastrando problemas inmensos. Tak tenía una enorme adicción a la heroína, y yo había pasado ya por cuatro tratamientos. Habíamos hecho cosas terribles. Le pregunté si teníamos una estupidez fundamental o si las drogas creaban una especie de locura temporal que nosotros habíamos conseguido dejar atrás.

—Hicimos lo que hicimos, y cada uno tenía su historial cuando nos enganchamos a las drogas. Y algunas de esas cosas no eran nada agradables —dijo.

¿Entonces, ese drogadicto que llevábamos dentro estaba todavía al acecho, acompañando nuestra vida actual?

—Claro —dijo—. Por eso tienes que asegurarte de no volver a ser nunca *ese tipo*.

Tak dijo que, cuando llegó, su tiempo con otros pacientes más veteranos le había demostrado que no teníamos por qué estar condenados a joder sistemáticamente el resto de nuestras vidas.

—Podías ver a los tipos que estaban haciendo algo, los que recogían las colillas y se esforzaban en que el centro tuviera el mejor aspecto posible. Había una especie de orgullo de vivir allí, un deseo de mostrar a otros el camino.

En aquella ocasión, en ese tratamiento, ya fuera por lo que estaba en juego, por la duración o tal vez por el cansancio de vivir así, no me interesó tanto ser una especie

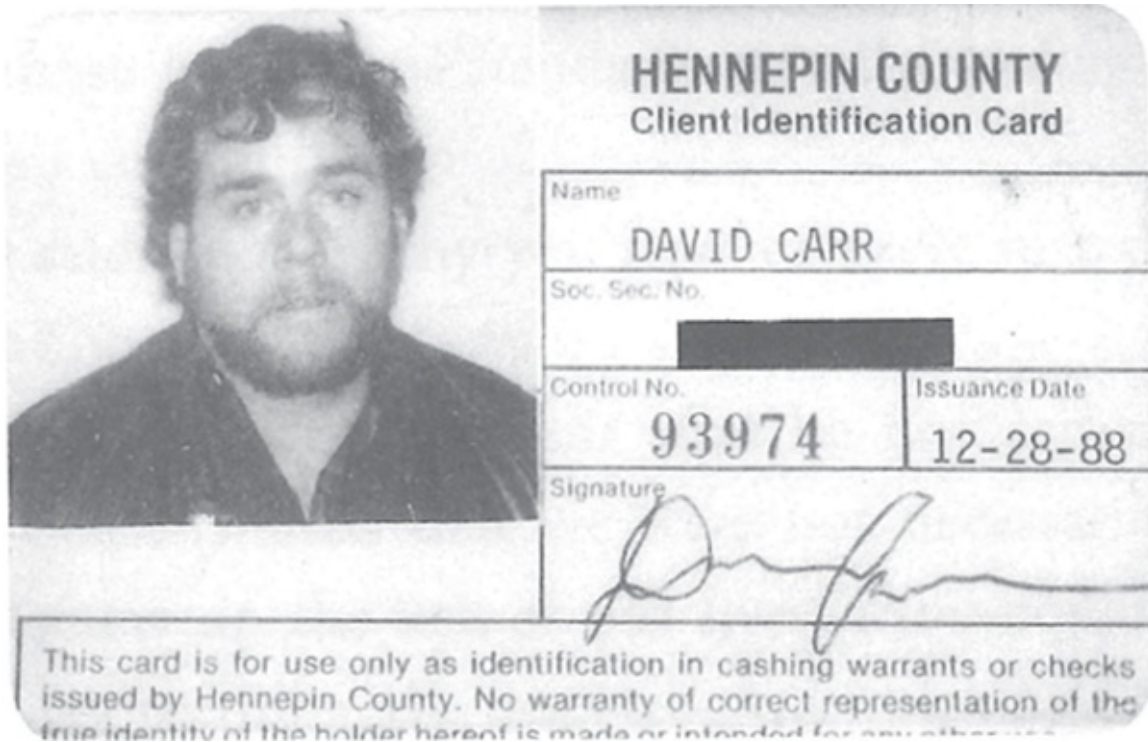
de consejero auxiliar como dedicarme de verdad a mi propia recuperación. Con el tiempo, me convertí en un hombre que iba a lo suyo, que era permanecer sobrio cada día, pasara lo que pasara.

—Cuando ingresé, tú me proporcionaste un sentido de la realidad, una sensatez que enlazaba directamente con lo que intentábamos hacer —recordaba Tak—. Cuando estaba contigo, no me avergonzaba de ser quien era.

Muchos llegábamos allí con una arrogancia callejera que no tenía sentido. Para romper esa frágil fachada, entre otras cosas, Eden House tenía la política de que todos los pacientes fueran con ayuda pública. Eso quería decir que nos pagaban parte de la comida y el alojamiento, y que nos daban un cheque de cuarenta y seis dólares cada mes del dinero que sobraba.

—Para tíos como tú y yo, que siempre nos las habíamos arreglado, que nunca habíamos tenido que pedir auxilio al estado, esa fue una buena dosis de humildad. Me llevaste a la cola de las ayudas públicas —dijo. Tres meses después de llegar, yo estaba en el teórico nivel 2 y tenía permiso para irme de recados y llevarme a otros pacientes—. Recuerdo estar esperando para llenar todos los formularios y hablar contigo de lo extraño que era tener que solicitar dinero público. Y tú respondiste: «Espera a que subamos al piso de arriba, te hagan la foto y te den el carnet de beneficencia».

MAMÁ HENNEPIN CUIDA DE LOS SUYOS



¿Qué habría sucedido si no hubiera nacido en Minesota, la tierra de los mil lagos, los numerosos centros de tratamiento y el perdón infinito? ¿Y si hubiera vivido en un estado, un país o un periodo —como este, por ejemplo— en el que, tras el segundo o el tercer tratamiento, me hubieran dicho: «Dios mío, señor Carr, parece que no acaba usted de dominar esto. ¿Estamos utilizando bien el dinero que tanto les ha costado ganar a los contribuyentes?»? El estado de Minesota y los fondos federales me pagaron al menos tres tratamientos, me otorgaron una ayuda de carácter general mientras estaba ingresado y, cuando obtuve la custodia de mis hijas, me dieron cupones de comida para alimentarlas. Unos años más tarde, caí enfermo de cáncer y también me sufragaron todo el tratamiento. Dios bendiga el estado del bienestar, Dios bendiga a Minesota y Dios bendiga la leche de la bondad humana.

En retrospectiva, no fue una mala inversión. Además de que, así, el estado no tuvo que soportar la carga de situar a las niñas permanentemente en una casa de acogida, yo tenía una trayectoria que me hacía muy buen candidato para pasar del calabozo a la prisión, un plan muy caro para el estado. Desde que encarrilé mi vida como ciudadano, seguramente he pagado más de trescientos mil dólares en impuestos estatales y federales, y espero que parte de ese dinero se lo dediquen a algún pobre diablo como yo. Hoy en día, las compañías de seguros abordan los tratamientos de desintoxicación como si fueran una puesta a punto y no cubren más que un par de semanas. Pero algunas personas están más enfermas que otras. La redención sigue un

calendario que solo Dios conoce, y, si somos un pueblo civilizado, parece lógico que sigamos «tirando» el dinero, con la esperanza de que, al final dé fruto. ¿Tengo razón, o soy el único que piensa así?

TRES CUARTAS PARTES DEL CAMINO

Llama a Dios, pero rema para alejarte de las rocas.

Hunter S. Thompson

La recuperación en una comunidad terapéutica sería reafirma el empeño, lo congela como un gran polo naranja de superficies relucientes y sólidos bordes. Pero luego hay que sacar el polo a pasear por las calles palpitantes y acaloradas. Y, la mayoría de las veces, el polo se derrite y deja un charco pegajoso. Yo conocía el síndrome y me preocupaba lo que ese charco pegajoso pudiera hacerle a mi familia, no la familia de sangre, a la que había torturado durante décadas, sino a esta nueva que había creado por azar.

Así que allí estaba en junio de 1989, como un Chauncy Gardner cualquiera antes de salir al mundo, con seis meses de sobriedad en el bolsillo, viviendo de las ayudas sociales, sin perspectivas de trabajo y terriblemente gordo. Durante mi tratamiento, había observado a mi amigo Dave. Dave era un drogadicto y alcohólico de la vieja escuela, y también fue de la vieja escuela su recuperación. Sé responsable de ti mismo, ábrete tu propio camino, pero ayuda a otros. Tenía un vozarrón de dibujo animado y una postura de sorpresa permanente. «¿¿¿¡¡¡En serio!!!???», exclamaba ante la menor cosa, mientras sus cejas inmensas y pobladas bailaban un *hula-hoop*. Dave hacía que todo pareciera una gran travesura, y su criterio favorito para medir cualquier cosa era si algo era «turbio». Tenía una fina sensibilidad para lo turbio, y creía que había mucho de ello en mi grandioso plan de rehabilitación. Decidí pegarme todo lo posible a él.

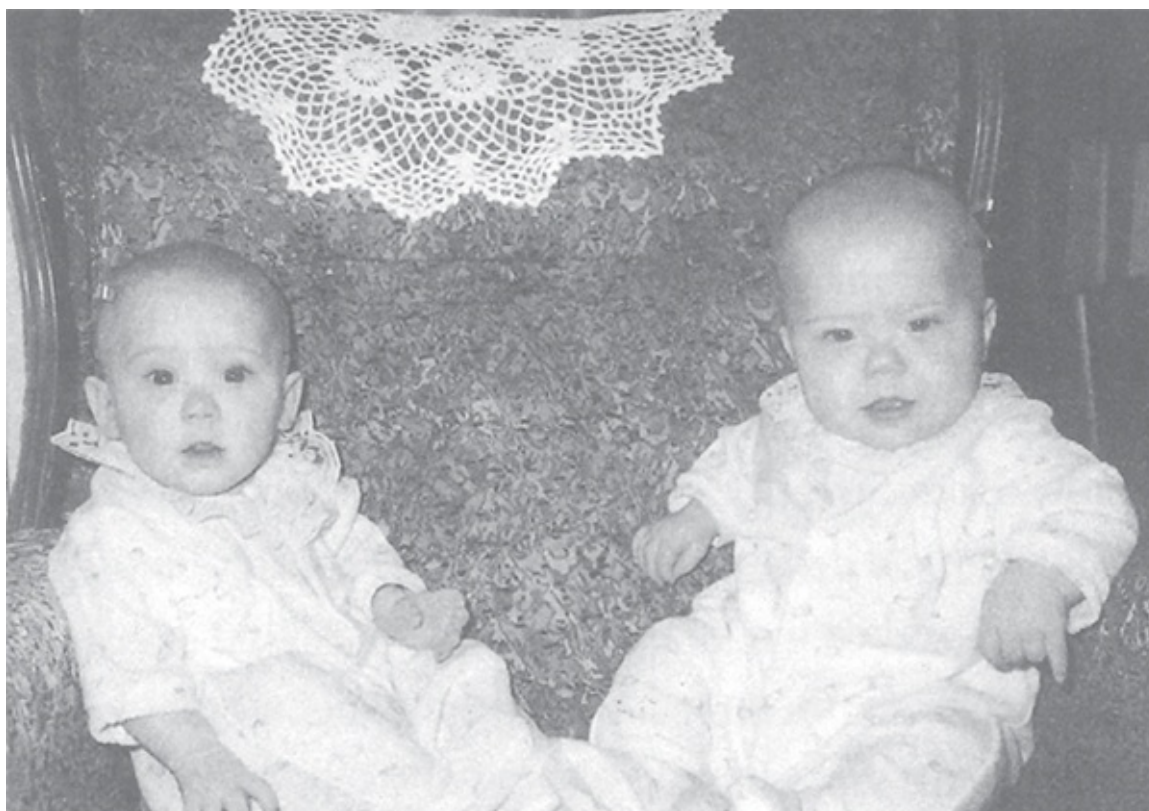
Dave había contactado con una casa de reinserción en Oakland Avenue, en el sur de Mineápolis. Era una casa para los que habían recorrido tres cuartas partes del camino, lo cual quería decir que no había horarios, ni vigilantes, ni rituales de oraciones matutinas. Solo un grupo de toxicómanos que se habían encontrado en medio de la debilidad y habían formado una tribu. Si tienes una recaída, te vas. Si no pagas el alquiler, te vas. Así de sencillo.

Como lugar en el que sumergirse en la economía de la adicción, Oakland Avenue era buena elección. Bastaba salir a nuestro pequeño patio y gritar «¡Busco!» para conseguir una dosis sin necesidad ni de quitarse la bata. Las putas drogadictas hacían la calle allí, y Lake Street, al lado, estaba llena de tiendas de licores. Algunas mañanas, cuando iba a buscar trabajo, veía a alguno de mis viejos amigos volviendo a casa, con la cabeza totalmente ida.

Lo cual nos lleva a un pequeño rincón poco conocido del canon del yonqui. Cuando mis viejos colegas estaban fumando y salía mi nombre, quizá podían contar que yo había ingresado en un centro o insinuar que les debía dinero. Pero cuando yo, en mi versión sobria, me los encontraba en el mundo exterior, mantenían una distancia respetuosa y educada. No querían unirse a ningún círculo de solidaridad abstemia, pero tampoco tenían deseos de volver a atraer al fango a un posible fugitivo. Se alegraban de no ser yo, pero también se alegraban de que yo no fuera yo, al menos el yo que conocían. Si me hubiera acercado a ellos y les hubiera dicho que había vuelto a consumir, les habría parecido muy bien y no se habrían sorprendido, pero una parte pequeña y afectuosa de su corazón habría sentido tristeza.

Había momentos en los que me tambaleaba, pero entonces me paraba a pensarlo. «Solo esta vez» se convertiría en «solo una más» y luego en «solo un poco más»; y entonces todo se echaría a perder, seguramente en cuestión de horas. No tenía ni idea de cómo le iba a Anna, pero tenía la impresión de que, si volvía a darme otro batacazo, mis hijas pasarían de estar provisionalmente en otro lugar a estar separadas de mí para siempre.

¿Las quería? Sí, las quería como se quiere a unos cachorritos. Eran una ricura, inocentes y diminutas, unos ejemplos exquisitos del talento de Dios y la naturaleza para formar unas criaturas perfectas. Pero ¿eran mías? ¿Verdaderamente mías?



Durante la mayor parte de mi vida, los niños pequeños eran pequeñas masas rosas a las que otros atribuían un significado profundo. Cuando veo a mis hijas, yo no me veo a mí mismo, sino todo lo contrario. ¿De qué manera alguien como yo podría tener algo que ver con alguien como ellas? Pero aprendí a quererlas, incluso aunque

pareciesen dos cosas extraordinarias que me habían prestado, más que mi propia descendencia.

Eso del fruto de mis entrañas nunca me impresionó demasiado. Nunca he querido a mis hijas porque sean mías. Sería el padre adoptivo perfecto, quitando unos cuantos defectos un poco grandes. Me gustan los niños, me parecen fascinantes, y los aspectos de la procedencia y la genealogía no me interesan en absoluto. Mis hijas fueron mías mediante una serie de actos de conocimiento público, y cuando, más adelante, se puso en tela de juicio mi paternidad, me dio igual. No importaba lo que dijeran las pruebas. Sabía que eran mías porque se habían apoderado a pasitos de mi alma.

Cuando todavía vivía en Eden House, las niñas dejaron la casa de acogida y volvieron con Anna. Ella había estado en tratamiento y estaba esforzándose mucho para no meterse en líos. Cuando salí y empecé a vivir en la casa de reinserción en Oakland Avenue, me las llevaba de vez en cuando a que pasaran la noche conmigo. Cada vez que iban, se hacían realidad todos los clichés de las comedias. Aquellas maravillosas criaturas aparecían en una casa llena de yonquis que se las pasaban unos a otros con las manos llenas de huellas de inyecciones, cuchilladas y muchas peleas de bar. Manos que habían golpeado, asaltado y sacado dinero sucio de bolsillos ajenos.

Y, sin embargo, allí estábamos todos, observando cómo Erin y Meagan intentaban reptar sobre una manta que habíamos extendido por encima de una moqueta de historia desconocida. Dave tenía hijos y me enseñó muchas cosas, no solo sobre ser padre, sino sobre ser un hombre de verdad. Una de las niñas producía una cantidad inimaginable de residuos humanos, de los que pedían a gritos gafas protectoras, y Dave la cogía con sus manazas inmensas —solía acordarme de él años después cuando veía *Shrek*— e íbamos a cambiarla.

No tenía ningún plan. Y esa actitud de pensar en superar cada día la aplicaba a todos los aspectos de mi vida. Cuando salí definitivamente, mi obsesión era intentar hacer lo que correspondiera. Nunca me dije a mí mismo ni a nadie más que quería reconstruir mi vida y recuperar la custodia de las gemelas. A todos los que me conocían, tanto borracho como sobrio, la idea les habría parecido ridícula. Me limité a vivir una vida sencilla. Ir a hacer la compra, comprar comida, volver, cocinarla y comerla. Ir a las reuniones de recuperación y tratar de ayudar. Vaciar ceniceros, amontonar sillas, hacer café.

Desde el punto de vista profesional, pintaba muy poco, y seguí así algún tiempo. Alguien me encargaba que escribiera una cosa, la hacía, y la entregaba dentro del plazo. Todos los que trabajaban conmigo sabían cómo era yo: todo iba bien hasta que dejaba de ir. Los redactores jefes me daban pequeños encargos para ver qué pasaba. Y, en general, lo que pasaba eran cosas positivas.

Con el tiempo, mi vida empezó a crecer. El gran plan de Dave de abrir una empresa de pinturas empezó a dar frutos. Mis encargos empezaron a tener más peso y

más seriedad. Nos relajamos un poco. Jugábamos al póker, íbamos a esquiar. Llevábamos a las niñas a jugar con amigos.

Dave no me abandonó jamás. Incluso cuando me fui a vivir a mi propia casa y las niñas empezaron a hacerse mayores, venía todos los domingos por la noche a cuidarlas para que yo pudiera ir a una reunión, porque ni me planteaba poder pagar a una canguro. Nunca le dio importancia, ni siquiera cuando las niñas berreaban porque ya comprendían que si aquel gigante entraba en casa era porque yo me iba. «Vete a la reunión, no nos va a pasar nada», decía, mientras me arrancaba a Meagan de la pierna. Cuando me mudé a una casa preciosa en Pillsbury Avenue, un barrio de mierda, él compró el edificio y se fue a vivir al piso de arriba con su novia, Nancy. Con su vozarrón y sus pisadas rotundas, era como tener a Dios de vecino.

Volví poco a poco al periodismo, pero Dave se mantuvo en la batalla, trabajando en un enorme albergue para gente sin techo en el centro de la ciudad, abriendo casas de reinserción y dando trabajo a cientos de borrachos y lunáticos en su empresa de pinturas. Se casó con Nancy, una chica lista que sabía en lo que se metía y adoraba la mayor parte de ello. Sus hijos volvieron a relacionarse con él y la empresa de pinturas que había fundado con Tom, otro producto de Eden House, prosperó.

Y después de un largo y buen periodo, empezó a enfermar, su cuerpo empezó a acusar los años de mala vida antes de desintoxicarse. Tenía otros problemas de salud, y empezaron a acumularse. Tom me llamó y me dijo que seguramente era conveniente que visitara a Dave. Estaba tumbado en una cama de hospital que habían instalado en una casa junto al lago que había comprado con Nancy. Ya no tenía el vozarrón, ni señalaba con su dedo retorcido las conductas turbias, ni organizaba más aventuras. Estaba hinchado y muriéndose. Nancy me dejó con él unos minutos. Le agarré la mano, hablé de los viejos tiempos, del pantalón que compartíamos en Eden House, de la casa en Oakland. Le apreté la mano y me fui al piso de abajo, a una reunión que habíamos convocado unos cuantos en el sótano. Pero luego volví a subir y me incliné para decirle esto:

—Te debo todo lo que tengo en el mundo, joder. Has hecho mucho. Ahora puedes descansar.



35

CON MUCHO JUEGO

El pasado es al mismo tiempo perpetuo y efímero.

Jonah Lehrer, *Proust was a neuroscientist*

Scotty es, o era, un yonqui normal y corriente con carisma; tenía algo. Siempre ha creído que estuvo *así de cerca* de unirse a unos amigos que después se convirtieron en estrellas: músicos, escritores, cómicos. «Lo que pasa es esto. A base de repetición, perseverancia, hacer algo una y otra vez, con el tiempo, cualquiera es capaz de hacer una buena película, un buen libro, una buena canción. En serio. Mi padre solía decírmelo —aseguraba Scotty—. Todos tenemos esa capacidad».

Estoy de acuerdo. El destino y la circunstancia, además de la voluntad de trabajar, es muchas veces lo único que separa al afortunado del que no tiene suerte. Cuando fui a ver a Scotty, me lo encontré con ganas de hablar. Mientras otros pensaban que la idea de contar el propio pasado era odiosa y absurda, a él le pareció que tenía todo el sentido. Todo el mundo debería tener un libro sobre su propia vida, ¿verdad? Nos reunimos en un café del sur de Mineápolis, su zona. Llevaba una de esas boinas medievales que, según la cabeza, queda totalmente roquera o totalmente estúpida. Aparte de necesitar un arreglo en los dientes, tenía buen aspecto.

Sentados en la terraza de fuera, Scotty parecía conocer a todos los que pasaban, y la cámara que coloqué para grabar la entrevista contribuía a hacer que la escena fuera más teatral. Me dio un poco la impresión de estar entrevistando a una estrella veterana del *rock*, como Iggy Pop. Durante toda la conversación, dejó claro que, en los viejos tiempos, estaban pasando cosas a otro nivel del que yo no tenía ni idea.

Recordó que nos conocimos en el CC Club, un centro de roqueros, drogadictos y modernos en el sur de Mineápolis. Bebimos unas copas y cruzamos la calle, a la casa en la que vivía Tom, el cómico, con otros locos. Por algún motivo que no recuerdo con exactitud, las paredes estaban revestidas de cajas de *pizzas* y ropa interior, todo ello fijado con clavos muy grandes. Había una mesa de juegos y, a su alrededor, unos tipos sin camisa que seguramente habrían hecho mejor en dejársela puesta. Había mucho sudor, dijo Scotty.

—Había unos cincuenta gramos de *crack* en la mesa, tú y yo estábamos bebiendo, y en ese momento debimos pensar que era muy gracioso, creo recordar.

Según mi versión de los hechos, Scotty era, como yo, un consumidor ocasional, que a veces se metía en algo más serio. Pero él quería dejar claro que le gustaba la aventura. Yo tenía la sensación de haber hecho de intermediario entre Anna y él, a

cambio de dinero y algún chute que otro.

—¿Tú de intermediario? No, fue entre Anna y yo, más bien. Tú tratabas de hacer de intermediario, pero yo ya la conocía a través de Kenny, ¿sabes? —dijo.

El negocio de la droga, como todas las transacciones comerciales, se construye a partir de relaciones, y esas alianzas deben ser negociadas, mercantilizadas y superadas. Que hubiera alguien entre tú y tu proveedor no solo era una lata, sino que salía caro. La línea recta es la más barata. La palabra que se utiliza para designar al proveedor es «mi contacto», un término que tiene muchas aristas, por cierto. Los delincuentes siempre hablan de sus «contactos», pero, si se extiende la metáfora, para un yonqui, ese «contacto» era su razón de seguir siéndolo. Era una relación primordial que había que cultivar y por la que había que pagar un tributo, además del recibo por las drogas de ayer.

Desde entonces he escrito sobre política y sobre Hollywood, unas culturas en las que el más abyecto vasallaje se ha refinado hasta convertirse en un arte de lo más complejo. Pero nadie sabe lo que es la verdadera adulación hasta que no ha visto una habitación llena de drogadictos alrededor de una persona que tiene una bolsa de coca. Un chistecito tonto del que tiene la droga se convierte en una ocasión para que todo el mundo se retuerza a carcajadas y se agarre el estómago como si acabara de oír la cosa más divertida del mundo. Yo he ejercido ambos papeles, el que tenía delante a un zorrón dispuesto a hacer cualquier baile por la coca y el que se derretía y se entusiasmaba ante cada palabra del que tenía la droga. Todavía me resulta nauseabundo pensarlo.

Como muchos drogadictos veteranos, Scotty sabía aparecer y hacerse el simpático de la manera más oportunista.

—Me presentaste a una gente con la que jamás habría tenido contacto de no haberte conocido, y seguramente yo te facilité algunos contactos que tú no habrías tenido sin mí —dijo—. No es que nos hiciéramos amigos ni nada de eso. Ya sabes, cuando eres un yonqui, solo te preocupas por ti mismo. Es triste, pero es verdad. Cuando pienso en las relaciones con todas aquellas personas, está claro que las drogas eran lo prioritario.

Scotty comprendía y explicaba la transacción fundamental entre personas con una aflicción común. Habló de cómo los dos habíamos usado a Dave, el portero del Uptown, como forzado cuando lo necesitábamos. Un tipo grande y de aspecto temible, ferozmente leal y valiente, alguien a quien se podía desatar desde el coche cuando hacía falta.

Teníamos una alianza de conveniencia, pero, según recordaba Scotty, hubo varios baches por el camino.

—Estábamos en el CC Club. En la tercera mesa de atrás, en las mesas rojas. Estábamos en el bar. Fue uno de esos momentos que no sé de dónde vinieron. No te hice nada; para mí eras como un hermano. No entendía qué pasaba. Te pusiste tremendo, en plan «si me jodes, te mato», y con una mirada enloquecida. No me

agrediste, te limitaste a rodearme el cuello con las manos, me miraste a los ojos y dijiste: «Si alguna vez me jodes, te mato». Yo dije: «Tío, ¿qué te he hecho?». Estaba perplejo, e imaginé que era un brote psicótico. Al final estabas psicótico, y me dabas miedo. Tu adicción me asustaba.

Scotty, que había empezado a consumir drogas cuando tenía ocho años, me dijo que casi toda la violencia que yo ejercía era sobre personas muy próximas. Dejó entrever que estaba loco y que tenía la costumbre de castigarme a mí mismo.

—Te comías el coco, te castigabas constantemente.

—Si tú lo dices —respondí.

—No, no si yo lo digo —me cortó—. Te castigabas a ti mismo, te gustaba; era una cosa sádica. Era así, ¿vale?

Probablemente, más bien masoquista, pero entendí lo que quería decir. Su preocupación por mí, entonces y ahora, era genuina. Pero luego continuó:

—La droga me jodió verdaderamente la vida, me jodió un montón de relaciones, como con Anna. No hablamos desde finales de los ochenta. Te seré sincero, en un momento dado, Anna y yo pensamos en matarte.

Caray.

—Quería matarte por haberte quedado con las gemelas. Quería que lo hiciera yo, y yo le dije: «Odio lo suficiente al cabrón como para que no me cueste nada acercarme y cargármelo como a Tupac, pero tampoco soy un asesino, ¿vale?». Estaba cabreada hasta decir basta. Yo también había pasado por ello. Me quitaron a mi hija cuando tenía once meses.

¿De verdad estaba tan enfadada como para hablar de matarme?

—Estaba desahogándose. Tendrías que preguntárselo a ella.

UN GRAN MISIL SIN DIRECCIÓN

Lo que yo recordaba era que, cuando las gemelas fueron con la familia de acogida provisional, las entregué a una funcionaria del condado amable y anónima. No puedo recordar el momento exacto, pero seguro que estuvo lleno de una tristeza infinita: el padre, acosado por fuerzas internas e invisibles, y con el bondadoso estímulo de sus padres, reconoce que es un inútil y que unos desconocidos tienen que intervenir, quitarle a las niñas y llevárselas a un lugar seguro y feliz.

No sucedió nada de eso, o al menos no de esa forma.

Hace un tiempo, me detuve en Edina, a las afueras de Mineápolis, para ver a Zelda, que, junto con su marido, Pat, había acogido temporalmente a las niñas. Sus hijos ya eran mayores y estaban buscando algo más. Zelda vio un programa del *Phil Donahue Show* en el que se hablaba de la necesidad de padres de acogida en Nueva York, se imaginó que en las Ciudades Gemelas también la habría, y llamó a las Caridades Católicas. Acabaron cuidando a seis niños, entre los que estaban Erin y Meagan. Cuando fui a ver a Zelda, hablamos tanto tiempo de cómo estaban ahora las gemelas que no dijimos nada de aquellos meses.

En retrospectiva, las niñas y yo tuvimos una suerte increíble. Las colocaron, por azar y por fortuna, en manos de unos padres increíblemente dotados y entregados.

Volví a llamarlos durante la escritura de este libro porque no tenía claro cómo había sido la entrega, exactamente quién les había llevado a las niñas. Como, al final, nos las devolvieron, las Caridades Católicas no guardaban los datos correspondientes. Zelda atendió mi llamada e hizo que Pat cogiera el otro teléfono para recordar entre todos. Y, mientras hablaban, me vino a la memoria un dato olvidado.

Me recordaron que, dos días antes del de Acción de Gracias de 1988, llegué a su casa con Erin y Meagan, que tenían siete meses, mi madre y toda la ropa y todos los objetos que pudimos llevar. Yo, que estaba en un periodo entre el penúltimo tratamiento y Eden House, todavía tomaba drogas, pero estaba a punto de cerrar ese capítulo. Zelda y Pat quisieron a las pequeñas desde el primer instante que las vieron. ¿A su padre? No tanto.

Zelda: Eras un tipo muy serio, muy sombrío, y me dio la sensación de que un poco beligerante, como si en realidad no te interesara aquello, como si no quisieras hablar con nosotros, pero fuéramos un mal necesario. Nuestra casa era un buen lugar para las niñas. Estabas con esa actitud y...

Pat interrumpió: Y estabas drogado.

Zelda: Ibas un poco desaliñado.

David: O sea, desaliñado y drogado.

Zelda: Sí.

Pat: Y te caíste al suelo.

David: ¿Qué?

Pat: Perdiste el equilibrio y te caíste al suelo, y recuerdo pensar que, si hubiera estado allí una de las niñas, habría resultado gravemente herida.

Zelda: Querías que estuvieran perfectamente cuidadas. Fuiste contundente. Rotundo, contundente y directo. No recuerdo lo que dijiste, pero sí que estabas suficientemente despierto y alerta para decir que querías lo mejor para las niñas, y querías saber si pasábamos la prueba, así que nos hiciste preguntas muy directas.

Pat: Recuerdo que pensé que aquello no iba a salir bien.

Zelda: ¿Por qué?

Pat: Supongo que tu madre nos había dicho que habías estado ya en tratamiento antes, y te miraba y veía que estabas completamente ido. Pensé que aquello no era más que una forma de quitarte de en medio, de librarte de la responsabilidad de tus hijas. Me equivoqué.

Al salir de Eden House, fuimos todos a cenar a un sitio de barbacoas. Erin y Meagan mostraron que habían heredado parte del talento de su padre para devorar comida e incluso cierta elegancia gestual con las costillas.

Zelda: La siguiente vez que te vimos, eras otro hombre. Tratabas de maravilla a las niñas, y no eras de los padres que les hablaba como si fueran tontas, sino como a dos personitas pequeñas que estaban a tu nivel, y a los tres se os veía muy bien.

Pat: Me impresionaste mucho como padre. Como dice Zelda, tratabas a las bebés como adultas. Hablabas con ellas como si estuvieran a tu mismo nivel.

Me recogieron en nuestra casa de Dupont, que, la verdad, no era gran cosa.

Zelda: Tu coche tenía pinta de que casi no podía funcionar. No tenías a nadie que te limpiara en casa —era evidente, aquello estaba de lo más desordenado—, pero tenías todo lo que necesitaban, como los monos de invierno, y se lo ponías a toda velocidad y cerrabas la cremallera, sin problemas, y era fantástico verte tan preparado, y competente, y eficiente. Eficiente, capaz, «Vamos, chicas», y allí iban con sus monos, saliendo por la puerta y bajando los escalones. Te hacías cargo de todo.

Seguramente los mismos monos, o algunos otros que me había dado alguien. Pero el tipo que subía la cremallera era diferente.

TESTIGO ESENCIAL

Durante años, observé a mis hijas abrumado por la culpa. No solo por lo que hice mientras estaban en el útero y cuando eran recién nacidas —mi expiación está en todo lo que he hecho desde entonces—, sino porque sentía cierto remordimiento por cómo acabé teniendo la custodia exclusiva de sus vidas. Anna siempre ha dicho que se las arrebaté en un momento en el que se encontraba débil. Y, sin decirlo jamás en voz alta, sobre todo a ella, siempre pensé que quizá tenía razón. ¿Era un padre resuelto o un secuestrador con un buen abogado?

Mientras yo estaba en Eden House, Anna ingresó en un centro de tratamiento y salió decidida a cuidar no solo de nuestras hijas sino también de sus dos anteriores. Las gemelas pasaron tres meses y medio en la familia de acogida y luego, con el visto bueno del condado, volvieron con su madre. Anna estaba intentando seriamente dejar la droga y crear un entorno seguro y feliz para sus criaturas.

Estaba claro que, sin los grilletes de la adicción, Anna y yo no íbamos a seguir juntos. Mientras yo estaba en Eden House, ella empezó a salir con otra gente, y yo me iba de vez en cuando a ver a Doolie, mi vieja novia. Cuando Anna vino a verme, nos peleamos y le di un mordisco en el labio que yo recordaba como cariñoso, pero que ella recuerda mejor y, seguramente, con razón, como una más —la última— de mis agresiones. Y, en esa ocasión, sin estar drogado.

Cuando estaba sobria, Anna podía ser increíblemente competente. Pero nunca tuvo un trabajo de verdad, al menos no por mucho tiempo, y por eso el dinero de la droga era tan importante para ella. Incluso en los primeros meses después de recuperar a las niñas, sintió que necesitaba seguir conectada a su vida anterior para no perder el dinero ni los contactos.

Yo también quería volver al trabajo, pero en mi caso era escribir. Corté los lazos con todos mis amigos de la droga, excepto aquellos a los que debía dinero. (En Eden House nos decían que debíamos saldar deudas con todo el mundo —incluso con los traficantes— salvo que eso pusiera nuestra vida en peligro, claro está. Cuando me encontré con un tipo al que debía dinero, le dije que aquello se había terminado para mí, pero que tenía que saldar cuentas. Recuerdo la mirada atónita que me dirigió cuando le di doscientos dólares en billetes de veinte).

Pero Anna no tenía más alternativa que las ayudas sociales. Tenía amigos de verdad, pero, desde el punto de vista profesional, era una comerciante de materias primas cuyo producto y cuyas aptitudes la devolvían a la vieja vida. A principios del verano de 1989, yo solía ir los fines de semana a buscar a las niñas y, aunque intentaba hacerme un poco el ciego, en el fondo sabía que estaba traficando otra vez y

seguramente consumiendo, aunque solo fuera porque no tenía ningún otro medio visible de ganarse la vida.

Pero ¿quién era yo para juzgarla? Yo permanecía sobrio poco a poco, midiendo los plazos, a veces, en horas, arrastrándome sobre muñones ensangrentados con la esperanza de superar el día. Si Anna estaba tomando drogas, mi reacción era simple: «Mejor ella que yo». Las niñas parecían estar bien, su exmarido, Steve, siempre podía echar una mano, tenían para comer, y yo vivía en una casa de reinserción en la que no había espacio para que vivieran de forma permanente. Las visitas de fin de semana eran estupendas, incluso divertidas, cuando se arrebujaban en sus sillitas para pasar la noche, pero en general las llevaba a ver a mis padres y me quedaba allí con ellas, porque en el sótano había unas cunas. Era una existencia parcheada, pero que estaba saliendo bien.

Sin embargo, a medida que avanzaba el verano, las cosas empezaron a empeorar en casa de Anna. Yo llegaba, ella no aparecía por ninguna parte, y Steve no decía nada, pero ponía gesto de paciencia y miraba hacia el piso de arriba. Yo sabía por experiencia lo que estaba pasando y sabía que mi deber era quedarme abajo.

Otras veces, cuando llegaba, Steve se había ido y Anna se tambaleaba por la casa. Tenía una forma peculiar de moverse y de hablar cuando estaba drogada, casi con delicadeza y con mucha deliberación. Las ropas empezaban a apilarse y, en ocasiones, Erin y Meagan estaban mojadas y sedientas. Los otros dos hijos de Anna no sabían qué hacer y correteaban por allí, y yo abría el frigorífico y encontraba poca cosa. Los pañales, el problema fundamental de la vida con dos niñas pequeñas, pasaron a ser responsabilidad mía. Cada vez que iba a buscarlas, les llevaba unos cuantos y algo de dinero. Pero daba la impresión de que aquello estaba volviendo a ser un caos que un paquete de Pampers no podría solucionar.

Una persona normal habría llamado a alguien, a quien fuera, pero yo sentía una lealtad y una incapacidad de juzgarla que hoy son difíciles de explicar. La idea de que alguien como yo, con mi historial, señalara con el dedo torcido a otra persona me parecía ridícula. Yo escribía mis pequeños reportajes, cumplía mis plazos, iba a las reuniones y entraba y salía a toda velocidad de la casa de Oliver Avenue.

Al repasar los diarios de aquella época —los recién desintoxicados tienden a documentar *todo*—, es evidente que estaba caminando a tientas en un mundo nuevo que no terminaba de comprender. Sabía ser El Problema, la persona a la que había que controlar, pero el papel de adulto —de padre, nada menos— era un salto que no lograba conjurar. Cuando hablé con Anna tantos años después, ella estaba convencida de que yo había planeado quitarle a las niñas. Pero, en aquellos primeros meses, nunca pensé que iba a poder cuidar de ellas definitivamente.

Al escribir sobre ello, me di cuenta de que uno no puede robar lo que le han dado de buen grado. No porque Anna no las quisiera —las quería y sigue queriéndolas—, sino porque estaba tan enterrada en un torbellino disfuncional que no tenía otra opción. Los diarios, los registros legales y las entrevistas con gente que estaba allí

muestran una serie de intentos de adaptación y reconciliación por mi parte seguidos de decepción y acuerdos fracasados.

Las gemelas no eran el problema, desde luego. Es posible que todas esas historias de pesadilla sobre los bebés del *crack* sean de lo más conmovedoras, pero no sé cuánto de verdad tienen. Puedo decir con seguridad que esas niñitas de dos padres toxicómanos, nacidas setenta y cinco días antes de la fecha prevista, crecían estupendamente. Sus expedientes médicos indican que tuvieron problemas pulmonares y cardíacos que se resolvieron en cuanto encontraron un entorno posnatal más sano que el prenatal. Meagan era llorona y delicada, y Erin, reflexiva y feliz. Yo llamaba a Meagan Noodles, no sé por qué, pero quizá porque le gustaba la pasta y como pequeño homenaje a un gánster de unos dibujos animados que se llamaba así. A Erin la llamaba Beefaroni porque le encantaba comer, y esa pasión se reflejaba en sus mejillas.

Si me llevé a las niñas, fue muy poco a poco. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero los hijos te enseñan a ser padre. Si sales de casa sin un pañal de repuesto, protagonizarán un suceso brutal y pestilente en un McDonald's. Si dejas que se te metan en la cama para poder descansar un poco, te pasarás el resto de sus jóvenes vidas intentando sacarlas de allí todas las noches. Poco a poco, despacio, los tres creamos una rutina para las noches que pasaban conmigo, con baños, oraciones y cuentos, los que me habían contado a mí de pequeño o cosas que había visto en televisión.

A medida que pasábamos más tiempo juntos, empezaron a conocerme, y yo terminé por adorarlas con locura, con toda mi alma. Creamos nuestros propios rituales. En el momento de apagar la luz, yo cantaba una canción que me había inventado.

[Sin ninguna melodía concreta, pero muy alegre]:

Oh, tengo las niñas más guapas de la ciudad.

Tengo las niñas más guapas de la ciudad.

Son tan guapas, son tan dulces,
que las quiero el doble, más que a nadie.

[Y entonces un final muy de Broadway, sosteniendo cada nota, y que me perdona Ethel Merman]:

¡Tengo las niñas más guaaaaaaaapas
de.....
la ciudaaaaaaaaaad!

Si parece una película lacrimógena hecha para la televisión, con el padre exdrogadicto y gordo que canta a sus hijas inmerecidas, qué se le va a hacer.

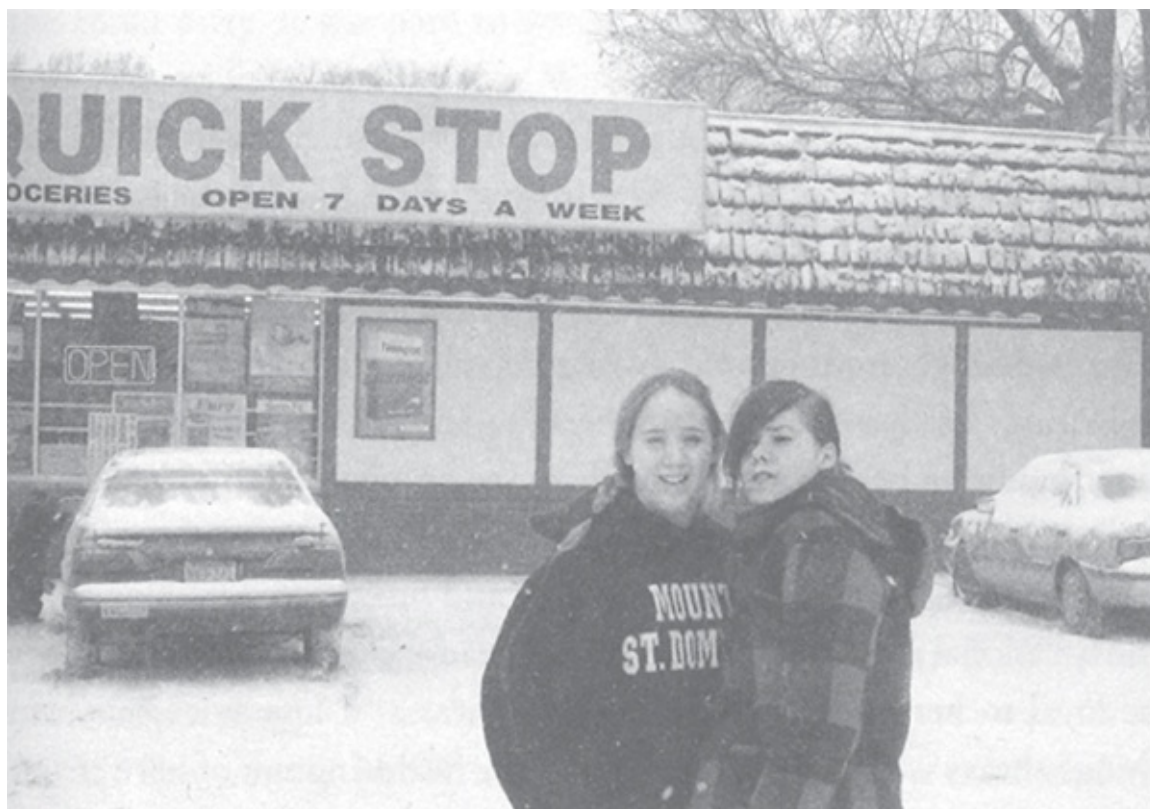
A medida que avanzaba el verano de 1989, los fines de semana de responsabilidad se convirtieron en algo más. Anna empezó a faltar a las citas de las niñas con el pediatra, así que me hice cargo yo. Y, al menos en tres ocasiones, ni apareció a recoger a las niñas y hubo que organizar una búsqueda enloquecida para encontrarla o para dar con un sitio en el que colocar a las niñas mientras yo trabajaba para una publicación especializada en derecho. Escribía dos reportajes mensuales que me permitían pagar el alquiler de un apartamento propiedad del dueño del *Minnesota Lawyer*. Además, hacía todos los encargos sueltos que podía.

El descontrol de la adicción no se limita al drogadicto. Todos los que están alrededor giran y actúan en función de la patología. Al cabo de un tiempo, empecé a ser un poco consciente del caos que había creado en mi entorno. En octubre de 1989, encontré en la puerta de Anna una nota del *sheriff* que decía que iban a llevar a cabo la ejecución hipotecaria de la vivienda. Ella estaba dentro, rodeada de porquerías, dando vueltas y diciendo que todo se iba a solucionar, que tenía pendiente un dinero que le iban a pagar enseguida. El 20 de octubre, fui a buscar a las niñas. Tenían muy mal aspecto. Anna, con aire ausente, dijo que otra vez le faltaban pañales, y que Steve le había dicho que le llevaría comida, pero que no había ido. La verdad era que se había largado casi del todo un par de semanas antes, incapaz de aguantar aquello.

Murmuré algo sobre que le devolvería a las niñas cuanto antes, y fuimos al 7-Eleven más cercano, en la esquina de las avenidas Penn y Dowling, en el norte de Mineápolis. Las niñas estaban frenéticas, llorando sin parar, así que no podía meterlas en la tienda así. Dejarlas en el coche me aterrorizaba incluso más que a la mayoría de los padres y, en cuanto me apartaba de ellas, aunque solo fuera un segundo, sentía una angustia física. Esperé a que se quedara un sitio libre justo en la puerta y entonces entré y compré a toda velocidad pañales, leche, biberones y plátanos.

Mientras las cambiaba, se bebieron un biberón entero cada una. Y luego otro. Se comieron los plátanos con una intensidad animal, mientras yo aguardaba junto a la ventanilla y las miraba. Decidí que no se las iba a devolver a su madre, sin tener muy claro qué quería decir eso, aparte de que iba a necesitar más ropa y más dinero.

Cuando fui a Mineápolis en 2007, aparqué delante de la tienda, que, desde entonces, había cambiado de nombre y de dueño muchas veces. Pasé un rato en el aparcamiento nevado, con unas gemelas que ahora tenían diecinueve años, tratando de recordar si había pensado verdaderamente lo que hacía. ¿Tuve la sensación de que lo que parecía una tragedia continua era, en realidad, el comienzo de una aventura espectacular? Creo que no, pero estar de pie en aquel trozo de asfalto abandonado me puso los pelos de punta.



UNA VERSIÓN DE LA NORMALIDAD

En mis respuestas, intenté consolarle señalando lo difícil que es para los seres humanos pensar más allá de su situación inmediata. Es cuestión de sentimientos y no de razón: propensos a considerar que el presente es obligado, son incapaces, por así decir, de ver a la vuelta de la esquina, y eso ocurre probablemente más con las situaciones malas que con las buenas.

Thomas Mann, *Doktor Faustus*

¿De dónde proceden las víctimas? ¿Llegan atraídas por el destino, fabricadas por unas circunstancias desafortunadas, o acaso la mano que las golpea, aparentemente sin sentido, es en realidad la suya propia, disfrazada?

La vida de Anna ha sido una letanía de desgracias. Superó una dura infancia gracias a que era lo bastante lista como para ver una oportunidad y aprovecharla. No obstante, el resto de su vida ha sido, en gran parte, como una mala película *indie*: un retablo de caravanas, problemas de salud, malos hombres y sueños rotos, además de un par de esposas de vez en cuando. Mi parte irlandesa quería que mis hijas le fueran leales —era parte de la familia—, pero no sabía cómo explicar por qué siempre le iban tan mal las cosas. He oído su versión suficientes veces, a menudo a gran volumen en el teléfono, como para saber que piensa que soy un narcisista que la hundió, cogió lo que quería y siguió con su vida. Pero llevo muchos años alejado de ella, e incluso aunque se acepte que le hice daño, las cosas siguen yéndole mal.

Cuando llevaron a cabo la ejecución hipotecaria de su casa, en noviembre de 1989, Anna estaba completamente perdida. Las gemelas estaban conmigo, sus otros dos hijos estaban con ella, pero la situación no podía seguir así. Ellos también querían venir conmigo, no porque me hubiera portado bien con ellos —había sufrido un accidente con su hijo en el coche, mientras conducía borracho, sin duda, y fui un monstruo durante la mayor parte del tiempo que me conocieron—, sino porque, ya a sus cinco y dos años, podían ver hacia dónde iban las cosas. En la segunda semana de noviembre, llamé a la familia de Anna y ellos intervinieron y la enviaron a un centro de desintoxicación.

Salió de él y volvió a consumir. Sus hijos estaban repartidos entre su familia y yo, y ella vivía en una casa llena de los restos de su pasado, con un cable enganchado al

vecino para tener algo de luz. Habían vendido los electrodomésticos. Era, recuerdo, el lugar más triste del mundo. Mi padre, que siempre sintió simpatía por ella y comprendía la locura de la adicción, fue conmigo a intentar ayudarla a dar el siguiente paso. Ella se negó a volver a ingresar en un centro y dijo que se iba a casa de sus padres, en Texas, para reorganizarse. Tardó una semana en embalar lo que podía llevarse. Fue difícil verlo, incluso para alguien como yo, que conocía muy bien el fondo del pozo. Cuando se fue, le dije que le enviaría a las niñas en un plazo de seis meses, cuando se hubiera asentado. ¿Lo decía en serio? No tengo ni idea. No sabía lo que iba a hacer de un día para otro, y tampoco tenía muchos planes propios.

En la tercera semana de noviembre de 1989, Anna y sus otros dos hijos hicieron un largo y agotador viaje en autobús hasta Texas. Muchos años después, sentada conmigo delante de un hotel en Arizona, recordaba las cosas tan mal como yo.

—Empecé a drogarme otra vez; sabía que necesitaba ayuda —dijo—. Tenía la sensación de que me había ocupado de las niñas todo el tiempo, pensaba que podías ayudarme. Nunca se me pasó por la imaginación que te las ibas a llevar para no devolvérmelas jamás.

Yo tampoco, la verdad. Sentado con la cámara enfocada en la madre de mis hijas, me sentía un *voyeur*, más Kato Kaelin que O. J. Simpson, un espectador de unos sucesos terribles. Anna habla mucho y con franqueza, pero había comprendido que hablar de mi vida significaba hablar de la suya. Este era un día desagradable, no a propósito, pero lo era, un momento definido por cosas íntimas y salvajes entre nosotros que llevaban mucho tiempo enterradas. En los diez años que llevábamos sin vernos, el pasado solo había brotado de vez en cuando, una riña a gritos repentina cuando la pátina de civismo se venía abajo. Éramos dos personas terriblemente decepcionadas con lo que habíamos sido y con el otro. Habló de cuando se marchó entonces de Mineápolis.

—Sabía que necesitaba un cambio, sabía que necesitaba algo. Ir a casa de mis padres no era lo que me hacía falta. Tu cerebro necesita unos seis meses para volver a funcionar otra vez. Seis meses. No dos semanas, ni un mes, ni siquiera tres meses, sino seis, como mínimo. Así que lo intenté y, por supuesto, no pude hacerlo. Creo que llevaba en casa de mi madre un mes o dos cuando me presentaron una denuncia por abandono de mis hijos, y me sentí como un animal herido.

En realidad, fue seis meses más tarde. En ese tiempo, volvió unos días a Mineápolis, a principios de diciembre, y vio a las niñas dos veces, unas dos horas cada vez. Se dedicó a ir por los bares a beber, una costumbre nueva y desafortunada. La dejamos en la estación de autobuses y, una semana más tarde, llamó desde Texas para decir que la habían agredido durante una cita. En febrero de 1990 llamó y dijo que necesitaba dinero para volver a Mineápolis para estar con las niñas. Le envié un poco, pero una semana más tarde volvió a llamar y dijo que había cambiado de planes. Según un diario que escribía yo en aquella época, llamó el 2 de marzo, el 16 de marzo, el 7 de abril, el 15 de abril —el segundo cumpleaños de las niñas— y el 23

de abril, siempre para decir que volvía a Minesota. Comprendimos que no iba a volver a corto plazo.

Nos las arreglamos como pudimos y entramos en una nueva normalidad. Mi familia empezó a creer que esta vez iba en serio, que por fin había asumido un compromiso y pensaba cumplirlo. Mi madre iba a ventas de segunda mano en los barrios más acomodados y volvía con ropa apenas usada, muy de moda y a juego para las dos. Y no se limitaba a traer la ropa: cada semana venía a llevarse la ropa sucia y dejar la limpia, organizada por colores y ordenada por días, por miedo a que, si me encargaba yo, eligiera fatal. Mi hermana Lisa empezó a cuidar de las niñas a un precio ridículo a medida que yo fui teniendo más trabajo. Cada día, cuando yo llegaba a recogerlas, habían aprendido un poco más a ser perfectas jovencitas. Mi hermana Coe era la que proporcionaba la diversión y las cenas fuera. Venían a vernos amigos sin previo aviso porque sabían que solíamos estar en casa y que las gemelas siempre tenían alguna gracia nueva.

Empecé a consultar con un abogado porque comprendí que lo que había empezado como una solución temporal se estaba convirtiendo en algo permanente. El 11 de mayo de 1990, presenté ante el tribunal una petición para que me concedieran la custodia exclusiva provisional.

FILE COPY

St. Paul

May 22, 1990

Anna [REDACTED]
[REDACTED]
Harlingen, TX 78550

Dear [REDACTED]:

I am enclosing and serving upon you the Ex Parte Order signed by Judge Larson on May 11, 1990 granting temporary care, custody and control of Erin Lee Carr and Meagan Marie Carr to Petitioner, David M. Carr. The order further restrains and enjoins you from removing or causing the removal of the minor children from the jurisdiction of the Minnesota court. I am also enclosing the motion and affidavit filed with the court in support of Mr. Carr's ex parte motion.

Mr. Carr tells me that you have retained an attorney in Minnesota, however, neither Mr. Carr nor I have heard from your attorney yet. Please identify your attorney so that our future correspondence can be with your attorney.

Very truly yours,

O'NEILL, BURKE, O'NEILL, LEONARD
AND O'BRIEN, LTD.

By
Barbara Saunders Lutter

BSL/bml
Encs.

[Estimada...

Adjunto y le presento la orden *ex parte* firmada por el juez Larson el 11 de mayo de 1990, que concede el cuidado, custodia y control provisional de Erin Lee Carr y Meagan Marie Carr al solicitante, David M. Carr. Asimismo, la orden le prohíbe extraer o causar la extracción de las menores de la jurisdicción del tribunal de Minesota. Adjunto también la moción y la declaración jurada presentadas ante el tribunal en apoyo de la solicitud *ex parte* del Sr. Carr.

El Sr. Carr me dice que ha contratado usted a un abogado en Minesota, pero ni el Sr. Carr ni yo hemos sabido nada de él. Por favor, identifique a su abogado para que nuestra correspondencia futura pueda mantenerse con él.

Atentamente,]

Para Anna, yo era un ladrón, cosa que nunca había pensado yo de mí mismo. Con los años, se había convencido de que le había robado las drogas, el dinero, el corazón y, por último, sus hijas. Sin mí y sin las desgracias que le había causado, decía, todo habría ido bien. No se acuerda mucho de los detalles de la vorágine que creamos, pero asegura que cualquier relato que indique que yo fui justo, que era un buen hombre, es un recuerdo falso.

EL MAL MENOR

William James dice que los mitos personales son un distintivo de la naturaleza caída, una forma de ayudar al yo a eludir verdades atroces. Yo tengo los míos, y Anna tenía los suyos, y en gran parte era imposible conciliarlos.

Recuerdo mi absoluta seguridad en que no solo me impondría en la custodia de las niñas, sino en que iba a ser un padre decente e incluso magnífico. Mi historial, la verdad, no indicaba que tuviera la capacidad de cuidar ni del ficus de un amigo durante una semana, así que mucho menos de jugar un papel excepcional en la crianza de dos niñas gemelas. Pero, quizá porque la historia absolvió el resultado, siempre creí que era un juicio resuelto nada más empezar.

En esta versión, cuando empecé a luchar por la custodia, era la Madre Teresa en corpulento, todo generosidad y calma, y Anna estaba como una cabra. Dieciocho años después de que se dictara sentencia, fui a ver a Barbara, la abogada que me ayudó a obtener la custodia de mis hijas. En aquel entonces era una joven abogada en el bufete de mi tío Joe en St. Paul. Él estaba todavía tratando de digerir la muerte de su hijo, Tommy, y creo que le servía de consuelo saber que estaba ayudándome a mí y a mi familia. Barbara nunca había ejercido el derecho de familia, y yo era claramente incapaz de pagar, de modo que encajamos bien.

Lo irónico es que, hoy en día, Barbara es una próspera abogada especializada en derecho de familia en las Ciudades Gemelas. En realidad, fui a verla, sobre todo, para darle las gracias. Había dedicado suficiente tiempo a investigar la historia de nuestra pequeña familia como para saber que Barbara había hecho una increíble labor legal para asegurarnos el futuro sin recibir nada a cambio, salvo el reconocimiento de que había defendido mis intereses con pasión. Como tenía confianza en la manera en que yo había decidido cuidar de Erin y Meagan, fui a sus oficinas solo por educación, sin pensar en escribir gran cosa sobre ello.

No había cambiado mucho desde que fui a verla en 1989. Repasé rápidamente con ella el caso, con especial énfasis en que mi rehabilitación, aunque fuera incipiente, me había autorizado a hacerme con las riendas del destino de las niñas. Después de tantos años, Barbara vaciló al oírme decir eso y me contó una historia diferente. Empezó por el instante en el que entré en su despacho.

—Tenías un aspecto duro... malo; tenías mal aspecto —dijo—. Para empezar, pesabas, estoy segura de que pesabas casi ciento cuarenta kilos. Era invierno, y llevabas un abrigo muy grueso, pero que no era de tu talla y estaba todo andrajoso. Si te hubiera visto por la calle, habría pensado que no tenías casa, porque tu pinta era de un sin techo. Tenías mala higiene y los ojos llorosos.

Pero, aun así, sabía lo que hacía, ¿verdad?

—Yo quería ayudarte, pero nunca había visto a nadie con un aspecto tan salvaje, nunca había tenido un cliente así —continuó, mientras me miraba para ver cómo procesaba toda esta información nueva—. No estaba acostumbrada a tener clientes como tú. No hacía derecho penal, representaba a bancos y compañías hipotecarias, así que, cuando llegaste diciendo que querías la custodia de dos bebés, no sabía si era un objetivo realista, si podíamos pensar en ello, porque no sabía si estabas en condiciones físicas, emocionales y económicas, de cuidar a unas niñas. No sabía si tenías idea de lo que significaba ser padre y criar a unos hijos, y yo no era quién para tener esa discusión contigo. No sabía si te estabas enterando lo suficiente como para comprender la repercusión que aquello tendría en tu vida.

Su relato discrepaba significativamente de mis recuerdos de aquel momento que yo creía indelebles. Pero ella era la que había tomado notas. Todos nuestros tratos y conversaciones habían quedado documentados exhaustivamente en un expediente que me dio.

—No tenía ni idea de qué drogas consumías —dijo, y reconoció que prefería no saberlo—. Todavía hoy, creo que nunca lo supe.

Le dije que lo último que había hecho antes de limpiarme había sido pincharme cocaína.

—Dios mío, David.

Es decir, al margen de estar atontado debido a un hábito atroz, un poco maloliente y asombrosamente obeso, estaba listo. Dispuesto a protagonizar uno de esos anuncios de coches en los que los niños sueltan ocurrencias en el asiento trasero mientras el padre los mira por el retrovisor y dice algo sabio y prudente. Salvo que no tenía coche. Y las niñas no me pertenecían. Nunca había estado casado con su madre ni demostrado mi paternidad. No tenía seguro y llevaba varios años sin pagar impuestos.

De forma instintiva —era y es una abogada brillante—, Barbara se convirtió en mi consejera y me ayudó a construir una vida mientras construíamos nuestros argumentos, a pesar de que casi no sabía por dónde empezar. Comenzó por la salud de las niñas y luego me proporcionó las herramientas básicas para criarlas.

—Las niñas eran bebés de *crack*, y recuerdo que nos preocupaba que entendieses del todo las posibles repercusiones en su desarrollo, si las había, así que quisimos que las examinaran para quedarnos tranquilos —dijo—. Y hablamos de cómo cuidar a unos bebés. Luego, cuando por fin se fueron a vivir contigo, anotaste con cuidado todo lo que hacías, porque me preocupaba mucho que, si un juez te veía tal como estabas, su primera impresión fuese similar a la mía y no tendríamos nada que hacer. Daba igual el aspecto que tuviera Anna.

Era una abogada en posesión de unos hechos poco favorables que se las arregló para salir adelante con lo que tenía.

—Recuerdo que te decía: «Toma nota de cuándo les das de comer, y cómo haces los biberones, y cuántas veces les cambias los pañales, y cuándo lavas la ropa, y

cómo las acuestas, y establece una rutina diaria para tener una situación predecible, y establece una rutina con las niñas». Te pedí que escribieras un diario, ¿te acuerdas?

Al repasar el asunto con Barbara, hablamos de cómo conseguimos convencer a Anna, cuando por fin volvió de Texas, de que se hiciera un análisis para ver si estaba drogándose. Le dijimos que podría visitar a las niñas con la condición de que, según los análisis, estuviera limpia, y lo aceptó. Dio positivo por cocaína y marihuana, y explotamos esa recaída. Yo creía que había sido una muestra de astucia en nuestra estrategia legal, pero Barbara me recordó que Anna había fracasado prueba tras prueba, y que, cuando llegó a la ciudad, se fue a vivir con un traficante y luego con otro. Que no acudía a las citas para ver a las niñas ni a las citas con el juez, que cambió de abogados y que, al final, se dio por vencida.

Yo no le robé a las niñas. Un día, no se las devolví, estuvimos viviendo un tiempo con mis padres y luego encontré una casa. Pero no las robé; me las dieron. Barbara me dio un expediente con diez centímetros de grosor que estaba lleno de los intentos fallidos, las promesas rotas y los batacazos de Anna.

Cuando llevaba a las niñas a verla, me encontraba con que Meagan se había cortado el pelo, o había acabado en Urgencias porque se había metido un lápiz en el ojo, o tenía las piernas llenas de cortes porque había cogido una cuchilla en el cuarto de baño. Anna se mostraba sobria y razonable durante un tiempo, hasta que pasaba algo, y entonces se hundía.

En la declaración jurada que firmó en aquel entonces, Anna sostiene otra versión. Como yo había pasado un tiempo destrozándole la vida, ella pensaba que yo no tenía ningún derecho a mostrar superioridad moral en el tribunal y que se merecía la custodia independientemente de que estuviera o no preparada para ello en esos momentos. En los papeles que presentó ante el juez, decía que yo:

1. Le había arruinado la vida. Era verdad, pero ella había arruinado la mía también.
2. La había maltratado física y psicológicamente cuando vivíamos juntos. Absolutamente cierto.
3. La había abandonado cuando se quedó embarazada. Falso.
4. La había obligado a marcharse a Texas por mis malos tratos. Falso. Hacía mucho que había dejado de aterrorizarla; se las arreglaba bastante bien para hacerlo ella sola.
5. No tenía en cuenta que había estado sobria y trabajando desde que se fue a Texas. Era verdad hasta cierto punto, al menos en lo que se refiere a que yo no lo tenía en cuenta, porque todo lo demás era mentira.
6. Había incumplido el acuerdo de enviarle a las niñas allí al cabo de seis meses, junto con dinero para mantenerlas. Era verdad, pero tenía mis motivos.
7. No tenía en cuenta que, cuando estaba en Texas, estaba llamando constantemente por teléfono. Casi nunca y, si lo hacía, solía estar colgada o borracha.

8. Aproveché su ausencia para solicitar la custodia. Era verdad hasta cierto punto. Tenía a las niñas, pero nada más. Y ella decía todo el tiempo que iba a volver, pero no acababa de hacerlo nunca.

En los casos de custodia, el sistema legal está intrínsecamente predispuesto en favor de la madre. Y, llegado el momento de la verdad, Anna cuestionó que yo fuera el verdadero padre. Al fin y al cabo, había sido un periodo de confusión, dijo. La verdad era que a mí no me importaba en absoluto, yo ya había decidido que era su padre. Pero, si hubiera resultado que las niñas de las que había estado cuidando no tenían mis genes, las consecuencias legales habrían sido graves. El 6 de junio de 1991, llegó una carta que decía lo siguiente: «Basándonos en los sistemas genéticos que figuran en el protocolo adjunto, los varones falsamente acusados quedan excluidos entre el 96 y el 99 por ciento de los casos. Los resultados obtenidos *no* excluyen a David Carr». La retórica científica no ocultaba el hecho de que casi todos los que se habían sometido a la prueba confiaban en quedar excluidos, mientras que yo deseaba todo lo contrario.

Mientras revisaba los diarios que me dio Barbara, vi que me habían nominado para una cosa llamada el Premio Nacional de la Victoria. Cada estado envía a un candidato, alguien que ha superado dificultades, y se celebra una ceremonia en el Kennedy Center de Washington, D. C., y hay un café en la Casa Blanca. Aunque, en general, me encantaba ser el centro de atención, este caso concreto me resultaba muy embarazoso, y quizá por eso nunca se lo conté a nadie después. Uno de los otros nominados había recibido un disparo, se había quedado ciego y había cruzado el océano Atlántico en barco y a solas, o algo parecido. Y luego estaba yo. En los diversos actos, la gente me preguntaba cortésmente por qué me habían seleccionado para representar a Minesota, y a mí nunca se me ocurría qué decir. «Mm, solía meterme cosas por la nariz y he dejado de hacerlo, y estoy criando a las hijas que he traído a este mundo». Nos alojamos en el Watergate y escribí sobre el viaje en mi diario:

fields. Housekeeping eventually brought beds, but it took forever for the girls to quiet down from their trip.

went out to cheeverly in the morning after a walk on the potomac and breakfast. great to see linda and the kids. we hung out while mom and john went to some reception. Linda and i took the kids on a trip on the metro in the middle of the day and had a blast. got to the hotel late and kids dropped like rocks.

sunday morning we all went out to brunch in maryland and then to a soccer game of timmy's in bowie, md. we went back to the hotel and mom watched the kids while I covered the wellstone-boschwitz debate. John came with and we had a lovely time. I sat up most of the night and wrote the story, got up 2 and a half hours later to modem the story back to the twin cities. mom and i took the kids out for one of the most greasy deli's i have ever seen in my life. Korean guy's going "wha you want?"

went home and tried to nap. grandma took both of the kids because I hadn't slept, but after an hour she brought a wiggling meagan into me and said that I was going to have to punch in. Tired as we both were, we eventually gave up on trying to go to sleep and punched the little mermaid into the video player. I will always remember how lovely little meagan looked framed by that huge bed, a self-satisfied smile on her face. one hour later, the same little bugger was tearing around the white house and making something just short of a scene ... she went tearing across the room laughing her head

off when it was time to get a picture taken with Mrs. Bush.



To David Carr
With best wishes,
Barbara Bush

we left early, dropped the kids in cheverly and then john took us out to dinner at dominiques in d.c. then it was off to the victory awards and a lvoely party following.

we went out and picked up the kids in cheverly the morning following and then spent the afternoon heading back thru cleveland to our home. meagan was wound up out of her mind.

the above few paragraphs don't even begin to describe how wonderful the trip was, but I am still too tired to be more descriptive

[... campos. Las camareras, por fin, trajeron unas camas, pero tardamos muchísimo en calmar a las niñas después del viaje.

Fuimos a Cheverly por la mañana, después de un paseo junto al Potomac y el desayuno. Fue estupendo ver a Linda y los niños. Estuvimos con ellos mientras mamá y John iban a una recepción. Linda y yo montamos a las niñas en el metro a mitad de día y se lo pasaron estupendamente. Llegamos tarde al hotel y las niñas cayeron dormidas como troncos.

El domingo por la mañana, fuimos todos a tomar un *brunch* en Maryland y luego a un partido de fútbol de Timmie en Bowie, Maryland. Luego volvimos al hotel y mamá cuidó de las niñas mientras yo seguía el debate entre Wellstone y Boschwitz. Llegó John y pasamos un buen rato. Estuve despierto casi toda la noche para escribir el reportaje, me dormí y me desperté dos horas y media más tarde para enviarlo a las Ciudades Gemelas. Mamá y yo nos llevamos a las niñas a comer a uno de los sitios más grasientos. Con un tipo coreano que decía: «¿Qué queléis?».

Volvimos e intentamos dormir la siesta. La abuela se quedó con las niñas porque yo no había dormido, pero al cabo de una hora me trajo a Meagan, muy agitada, y me dijo que necesitaba mi ayuda. A pesar de lo cansados que estábamos los dos, al final renunciarnos a dormir y pusimos *La sirenita* en el vídeo. Siempre recordaré lo preciosa que estaba la pequeña Meagan enmarcada por aquella cama inmensa, con una sonrisa satisfecha en el rostro. Una hora después, esa misma mocosa estaba correteando por la Casa Blanca y a punto de causar una escena... Salió corriendo y riéndose como loca cuando llegó el momento de hacernos una foto con la señora Bush.

Nos fuimos pronto, dejamos a las niñas en Cheverly y John nos llevó a cenar a Dominiques, en d. C. Luego fuimos a la entrega de premios y a una fiesta deliciosa que había después.

A la mañana siguiente recogimos a las niñas en Cheverly y pasamos toda la tarde en el camino de regreso a casa, pasando por Cleveland. Meagan estaba de lo más excitada.

Los párrafos anteriores no describen ni de lejos lo maravilloso que fue el viaje, pero estoy demasiado cansado para contarlos mejor].

En cualquier caso, fue un momento maravilloso. Mi madre y yo fuimos en avión con las gemelas y nos alojamos en sendas *suites* en el Watergate Hotel. Yo estaba entusiasmado con el viaje, y me fui a Brooks Brothers a comprarme una desgraciada camisa de vestir de color rosa, que todavía tengo. Los papeles de Barbara decían que, la víspera de irnos, Anna intentó que un juez me impidiese sacar a las niñas del estado. Qué simpática.

Como abogada mía, Barbara tenía a un cliente discutible, que no pagaba y que

estaba rodeado de un montón de interrogantes.

—Supongo que soy competitiva, quería ganar —dijo—, sobre todo porque Anna estuvo parte del tiempo sin abogado, y pensé que, si no era capaz de ganar un caso en el que la otra parte carecía de abogado, ¿qué tipo de abogada era?

Pero no era un caso popular en su bufete.

—Dentro del despacho, empezaron a cuestionarlo —recordó—. «¿Por qué dedicas tanto tiempo a David Carr? No nos va a pagar nada, es un caso gratuito. Limítate a aparecer. Es un drogadicto, Barbara, es una causa perdida».

»Tu diario empezó como una serie de ideas al azar, inconexas. No había organización, ningún argumento racional para ir del punto A al punto B —dijo—. Y, con el tiempo, volviste a ser un escritor. Las páginas empezaron a cobrar sentido y a contar una historia, con un principio, un nudo y un desenlace. Al final, las ideas aleatorias eran mínimas. Y creo que es una especie de metáfora de lo que estaba siendo tu vida entonces, porque también fuiste poniéndola en orden.

nov. 24

both of the girls have ear aches and it is the day after thanksgiving so we had to go to the emergency room at the University to get a bottle of pink stuff. they are really sick and we hav3e huge plans for tomorrow, so I hope lightening strikes and they get better in a hurry,...

Meagn was sitting just off of my elbow while I worked late tonite... she ate popsicles, read books, and agreed immediately with everything I said. probably had something to do with the fact that she felt like she could be put back to bed at any moment. it was quality time. I typed and she chattered, sich as she was.

thansgiving was very spiritual. two years ago at this time, I was sitting in detox up to my armpits in a tub of Dreft to soak all the marks I had made with needles. two years ago, my kids were on their way to foster care and I was on my way to treatment. thank god and every one that the war is over right now, there is little money in the bank, the wolves are away from the door and life is good. This is a miraculous planet we live on and I feel like exhibit A ... not to mention the father of exhibits B and C.

bye for now.

[24 de noviembre

Las dos niñas tienen dolor de oídos y es el día después de Acción de Gracias, así que hemos tenido que ir a la Universidad a que nos dieran un frasco del jarabe rosa. Están muy enfermas y teníamos grandes planes para mañana, así que espero que ocurra un milagro y se pongan buenas rápidamente...

Esta noche, Meagan estuvo sentada a mi lado mientras trabajaba... comió polos, leyó libros y se mostró inmediatamente de acuerdo con todo lo que yo decía. Seguramente tenía algo que ver con que se daba cuenta de que la podía volver a mandar a la cama en cualquier momento. Fue un rato agradable. Yo escribía y ella charlaba, a pesar de lo mala que estaba.

Acción de Gracias fue muy espiritual. Hace dos años, por esta época, estaba sumergido hasta las axilas en una bañera llena de detergente para empapar todas las huellas que tenía de las agujas. Hace dos años, mis hijas se dirigían a la casa de la familia de acogida y yo al centro de desintoxicación. Doy gracias a Dios y a todos por que la guerra se haya terminado... Ahora hay un poco de dinero en el banco, los lobos no se acercan a mi puerta y la vida me va bien. Vivimos en un planeta milagroso, y siento que soy la prueba A... por no hablar de que soy el padre de las pruebas B y C. Adiós por ahora].

* * *

Hablando de pruebas, después de muchas negociaciones y sentencias, el Tribunal del condado de Hennepin decidió que yo era «una persona responsable y adecuada para tener la tutela, la custodia y el control permanentes de las menores mencionadas».

La historia permite pensar que las cosas sucedieron como debían, pero la opinión de Anna de que quizá yo no era la mejor elección para tener la custodia de las niñas tuvo mucho más sentido cuando miré mi expediente. Gané a Anna porque era lo

menos malo, nada más. Los dos teníamos un historial de recaídas, y yo, muchas más que ella. La mentira que me había contado a mí mismo —que era un hombre completamente nuevo por mi decisión de dejar las drogas— sirvió para mantener las dudas a distancia. Pero, si de verdad hubiera analizado mis aptitudes en todas sus dimensiones, me habría quedado paralizado. Yo me había desintoxicado, mientras que Anna, no. Y eso no solo me capacitaba para cuidar de unas almas humanas, sino que me hacía estar bien cualificado. Esta idea se convirtió en un cuento de hadas que me mantuvo vivo y me permitió hacerlo realidad. Todo lo que mi vida tiene de bueno y verdadero comenzó el día en el que las gemelas fueron mías.

LLAMADA EN ESPERA

MARZO DE 1990

Anna: ¿Por qué no puedes gastarte un poco de dinero en enviármelas? Te lo pido, te lo suplico, mándame dinero para que puedan venir a verme.

David: No.

Anna: ¡Joder, no me puedo creer que me quitaras a las niñas, me quitaras el dinero, me quitaras las drogas, y ni siquiera tengas la decencia de enviárselas a su madre!

JULIO DE 2007

Anna: No he visto a esas niñas en diez años. ¡Diez años! Te pido, te suplico que te gastes un poco de dinero para que puedan venir a verme.

David: No.

Anna: ¡Después de que robaras mi dinero, arruinaras mi negocio, arruinaras mi vida, joder, no tienes la compasión de gastar un poco de dinero para enviármelas!

NO, GRACIAS A TI, NIÑO JESÚS

Como mucha gente recién rehabilitada, yo no estaba dispuesto a ocultar mis triunfos, pese a que, en realidad, no sabía de qué estaba hablando. Proclamaba que había empezado una nueva vida casi a cualquiera que quisiera escucharme. Con el tiempo, empecé a hablar para ayudar a otros. Hablé en centros de detención juvenil, ante presos y guardias, a gente que estaba en tratamiento de desintoxicación y, en una memorable ocasión, en 1990, ante un comité de obispos católicos. Mi hermano John trabajaba con ellos y organizó una charla de su hermano pequeño, uno de los hijos descarriados de Dios.

Cuando nos juntamos en 2006 para hablar en un café de Mineápolis —él había ido de visita desde Washington, D. C.—, recordó que, cuando yo consumía drogas, volví loca a mi madre. «Ella decía: “No quiero que se muera, pero sí que lo pase muy mal para que pare”».

Cuando por fin paré, John me llevó a hablar ante los obispos. Pensó que había transmitido muy bien el mensaje y había tenido efecto en el público, pero que después había estado muy pesado.

—Estábamos almorzando o algo así, y te inclinaste hacia el cardenal Hickey y dijiste: «¿Qué se siente cuando a uno le llaman Su Eminencia?».

Al volver a casa, John me envió una copia de lo que yo había dicho aquel día.

Esas personas que consiguen estar limpias durante un mes, en realidad, siguen siendo personas muy enfermas y vulnerables. En ese sentido, los brazos y el amor incondicional de la Iglesia podrían suponer quizá la diferencia entre que alguien viva o muera. En mi propia rehabilitación fue difícil evitar una dimensión espiritual. Cada día que me despertaba sin drogas estaba ante un milagro, y cada noche me acostaba agradecido.

Parte del programa con el que vivo a diario me exige hacer un inventario moral de mí mismo y compartirlo con otra persona. El sacerdote me escuchó sin inmutarse cuando le conté que había dejado a mis hijas en un coche aparcado delante de la casa en la que iba a consumir *crack* una fría noche de invierno. No reaccionó cuando le dije que les había dejado pasar hambre mientras yo me metía otra dosis. Cuando terminé de hablar, me eché a llorar. Le pregunté cómo iba a poder obtener el perdón. «Cada aliento sobrio que respire es un acto de gracia», dijo mi amigo. «Cada día que no consumas drogas estás redimiéndote». Encontré consuelo en lo que me dijo de perdonarme...

No tengo demasiada fe en la «guerra contra las drogas». No hay guerra ni hay bandos. No hay más que la adicción y sus consecuencias humanas y sociales. La Iglesia puede hacer algo más que mitigar los problemas más graves. En mi opinión, cuando muestra su voluntad de asistir a los aquejados de esta enfermedad, la Iglesia se vuelve mejor... La Iglesia tiene la proximidad y la gente para marcar la diferencia en un problema que parece insoluble.

En el mundo de hoy, los drogadictos se han vuelto casi unos leprosos. Parece un lugar muy apropiado para que la Iglesia sirva en él. Ayudar a la gente a reconstruir su vida me parece una noble tarea.

UN TRÍO PODEROSO

Cuando una mujer, cualquier mujer, tiene problemas con las drogas o hijos sin estar casada, y termina pasándolo mal como madre soltera, se dicen de ella muchas cosas: que es una zorra, una fracasada, una madre de beneficencia, una carga para la sociedad. Si es el hombre el que se encuentra en esas mismas circunstancias, se convierte en un príncipe. ¡Ved al hombre blanco que ejerce a solas de padre y, con un golpe de muñeca, hace también de madre! (Más tarde descubrí que, a pesar de esa idea, yo no era la madre de Erin y Meagan. Su madre era su madre). ¿Por qué unas mismas acciones se ennoblecen en cierto sentido según el sexo?

No digo que criar a unos hijos, especialmente a solas, sea como unas vacaciones en el Caribe, pero ejercer de padre único es algo tan antiguo como la propia reproducción. Las familias existen en todo tipo de variantes, y la nuestra estaba formada por dos niñitas adorables pegadas a un hombre blanco de más de noventa kilos. Sin embargo, todos los que conocían nuestra situación se maravillaban de lo peculiar que era. Y los que me habían conocido antes de las niñas se maravillaban todavía más. Mi madre, que era quien mejor me conocía, no albergaba ninguna duda sobre mis intenciones; solo sobre mi constancia.

Sabía cambiar un pañal. Había trabajado en residencias de distintos tipos, así que había limpiado a viejas arpías, a chicos con retraso mental y a ancianos sorprendentemente fuertes a los que no les gustaba que un desconocido les bajara los pantalones. Y tenía unas manos rápidas y hábiles de mis tiempos de camarero. Pero ¿y mi corazón? ¿Quizá años de egoísmo lo habían dejado atrofiado, incapaz de responder al ruido de las pisadas de unos piecitos? Pues resulta que no.

Tener hijos ejerce un efecto increíblemente simplificador sobre la vida. Las peroratas grandiosas, inspiradas por la droga, sobre la falta de sentido de la vida, definida en un extremo por Sísifo y en el otro por Kierkegaard, fueron sustituidas por una cuestión más prosaica y, a la hora de la verdad, más fascinante: ahora que he creado a estas niñas, ¿cómo voy a cazar y matar lo que necesitan para alimentarse? (También empecé a hacerme otras preguntas: «¿El maíz congelado es una hortaliza?». Lo es cuando cocino yo. «¿Esos horribles perritos calientes de color rosa cuentan como proteína?». Toma, cómete dos. «¿Cuántas veces a la semana puedes legítimamente servir macarrones con queso sin más?». Yo digo que cinco).

Como la mayoría de padres solteros, me sentía constantemente entre la espada y la pared, entre la necesidad de ganar dinero para cubrir las necesidades físicas de mis hijas y la de estar presente para cubrir sus necesidades emocionales. No había casi ningún trabajo que no estuviera dispuesto a hacer. Escribía para un boletín del estado

sobre política de drogas, hacía perfiles de grupos de *rock*. Escribía una columna sobre política para el *Reader*, reportajes para el programa de mano de los partidos de béisbol de los Minnesota Twins. Escribí un perfil colectivo de los abogados de divorcios más odiosos de la ciudad para una revista municipal. Su director, Claude, pensó que el primer borrador no tenía vida —tenía razón, estaba muy ocupado y lo había hecho de cualquier manera—, así que me llamó para decirme que podía cobrar la tarifa por un artículo no publicado o reescribirlo; a él le daba igual. Me jugaba mucho, había setecientos dólares en juego. Para mí era como si fueran diez mil. Me apliqué y lo escribí lo mejor que pude. Claude volvió a llamar y me dijo: «Me gusta. Tiene personas, tiene estados de ánimo, es divertido y está bien escrito». Colgué el teléfono, caí de rodillas y lloré mientras susurraba una plegaria de agradecimiento y alivio.



Mi relación con Dios era extraña. Todo el debate teológico parecía al margen, y sentíamos un poder superior entre nosotros sencillamente porque necesitábamos que lo hubiera. Eso resuelve varios aspectos prácticos: yo no tenía tiempo para producir una versión propia del mito de la creación, así que el Dios todopoderoso de la fe católica en la que me habían educado resultaba muy útil. En julio de 1989 fuimos a St. Stephen, una iglesia en el centro de Mineápolis, a bautizar a las gemelas envueltas de blanco e introducirlas en una comunidad de fe. Mi familia, los nuevos padrinos de Erin y Meagan —mi hermano Jim, mis hermanas Missy y Coe y mi amigo Chris— y otras personas del resto de mi vida asistieron a la gran ocasión.

Después hicimos un pícnic en Powderhorn Park, y recuerdo estar en una colina

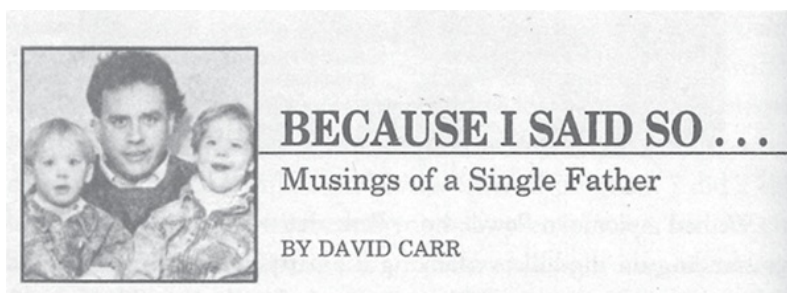
desde la que veía todo el grupo y observar cómo se pasaban a Erin y Meagan de unos a otros como si fueran un tesoro. Me sentí en la gloria, sin fingimientos, me convencí de que de verdad era padre y de que mis hijas tenían un hogar. El libro de firmas de aquel día está lleno de comentarios elogiosos sobre la conducta y el aspecto de las niñas, incluidos los pequeños lazos que había puesto mi madre en sus cabezas más bien calvas.

«Un auténtico encanto —escribió mi amigo Nick—. Y no hay que olvidar al padre».

* * *

Mientras que Anna entraba y salía de las vidas de las niñas, Doolie entraba y salía de la mía. Las cosas que nos unían estaban todavía ahí —la intimidad y la atracción mutua, un mismo sentido del humor—, pero ahora tenían que superar demasiados escombros del pasado. A Doolie le alegraba que yo aprendiese a ser padre, pero sabía de dónde venían los niños y que yo había sido un cabrón mentiroso y violento. A veces me perdonaba, pero no podía olvidar, dado que, cuando estábamos juntos, teníamos a Erin y Meagan metidas constantemente entre las piernas. Hubo algún drama, aunque no como los de antes, y, poco a poco, nuestros caminos empezaron a separarse.

Me uní a un grupo de padres y madres solteros en el que yo era el único hombre, y conocí a gente en varios programas de rehabilitación. Las gemelas no eran ningún obstáculo para salir con mujeres. Todo lo contrario. Uno de mis trabajos entonces fue una columna titulada «Porque lo digo yo. Reflexiones de un padre soltero» para el periódico sobre familias de mi amiga Marci. La fotografía que la acompañaba transmitía inocencia y honradez, dos cosas sobre las que no solía escribir.



[PORQUE LO DIGO YO
Reflexiones de un padre soltero
Por David Carr]

Los lectores veían la foto y el empalagoso artículo que lo acompañaba y se llevaban una primera impresión bastante buena. «Oh, qué aspecto tan dulce, ahí sentado con esos preciosos bebés y todo». «¿A que parece estar pidiendo una ayudita?». No es que yo cultivase deliberadamente la imagen de padre soltero, pero

tampoco la ocultaba. Para empezar, cualquiera que saliese conmigo tenía que saber que, si había alguna actividad final prevista, debía ser en mi casa. Era importante relevar a la canguro cuanto antes. Aquellas columnas hacían que nuestro pequeño dúplex, normalmente un sitio caótico, pareciera una especie de país de fantasía.

Take sleep—if you can get it. I still can't figure out how anybody who is home as many nights as I am gets so little shut-eye. Recently, our little trio did the hand-off for two solid weeks with that alien cold bug that has been going around. I think I slept more than four hours once. By the time I finally got sick, the girls were feeling good enough to launch a 4:30 a.m. raid. I woke up one night to the pitter-patter of little feet and then opened my eyes a crack to see one of their stuffed animals staring me right in the face. I looked down the length of my bed and there were eight more stuffed animals lined up. The twins entered the room, chattering as if it were mid-day.

“Mind telling me what’s going on here,” I murmured into the pillow.

“We’re doing a show for you,” they said cheerfully.

[Duerme, si puedes. Todavía no consigo entender cómo alguien que está en casa tantas noches como yo consigue dormir tan poco. Hace poco, nuestro pequeño trío estuvo contagiándose durante dos semanas ese virus de gripe extraterrestre que ha circulado. Creo que solo logré dormir más de cuatro horas una vez. Cuando por fin caí enfermo, las niñas se sentían ya suficientemente bien como para hacer una incursión a las 4:30 de la mañana. Una noche me desperté al oír sus pisadas, abrí los ojos ligeramente y me encontré con uno de sus peluches mirándome a la cara. Me fijé en toda la cama y vi que había ocho peluches más, todos en fila. Las gemelas entraron en la habitación charlotteando como si estuviéramos en pleno día.

—¿Podéis decirme qué sucede? —murmuré sobre la almohada.

—Vamos a hacer un espectáculo para ti —respondieron alegremente].

Los hombres que creen tener éxito con las mujeres suelen buscarse un perro listo y juguetón, un accesorio de sangre caliente que vaya delante por la acera, moviendo

la cola y haciéndose el simpático. Yo nunca tuve demasiado éxito, pero puedo asegurar que, comparado con unas gemelas —amistosas, dulces y adorables—, cualquier perro parece un pitbull. Cuando iba por ahí, las gemelas simbolizaban muchas cosas sobre mí: que ya tenía una relación y, por tanto, no representaba una amenaza. Que estaba en contacto con mi espíritu andrógino, la parte masculina y la femenina. Que era lo bastante responsable como para que me dieran permiso para salir de casa al cuidado de dos niñas maravillosas. Esto último era lo único cierto, y solo porque no tenía a nadie a quién pedir permiso.

Nuestro primer hogar estaba en el 2612 de Dupont Avenue, una casa de dos plantas ligeramente siniestra y llena de ratones, pero que era nuestra, un espacio defendible y fuera del sótano de mis padres. No teníamos un coche que funcionara, así que muchos días de brutal frío invernal acabamos corriendo para coger autobuses. (Todavía hoy, que vivo en Nueva Jersey, donde coger el autobús para ir a trabajar a Nueva York es una forma de vida, lo aborrezco, en parte porque me remite a un periodo en el que no tenía más remedio). Tuvimos un par de coches que eran pura chatarra y, al final, compramos un Volvo familiar blanco, muy machacado, al que las gemelas llamaban «La belleza»; no porque fuera bonito, sino porque funcionaba. Mi amigo Billy arregló las abolladuras, nos lo vendió barato y se aseguró de que siguiera funcionando, uno de los muchos gestos de generosidad, no tan aleatorios, que nos ayudaron a alcanzar una vida normal.



Fui padre soltero desde que mis hijas tenían un año hasta los seis. Cada vez que surge el tema, la gente siempre me pregunta cómo me las arreglé. No me las arreglé. Tuvimos a gente deseosa de que saliéramos adelante, en parte por la novedad y en parte por lo que estaba en juego.

Nancy, una amiga de la que había estado medio enamorado desde que trabajaba con ella en The Little Prince, convirtió nuestra casa en un hogar con un talento increíble para comprar las cosas más baratas y usar las pistolas de encolar. Cuando nos mudamos a una casa en Pillsbury, ella fue la que encontró alfombras gigantes, lámparas chulas, cajas de juguetes, sofás, y así sucesivamente.

Mi madre vestía a las niñas y me daba consejos constantes sobre la importancia de que fueran bien arregladas, si no por mí, al menos por ellas. Sabía que, si de mí dependiese, podrían pasearse en sacos de arpillera, y no muy limpios.

Cada domingo podía ir a mi reunión obligatoria porque Dave se quedaba cuidando de las niñas sin fallar jamás. Aunque la había engañado y había tenido a las niñas con otra mujer, también Doolie estaba encantada de ir de vez en cuando a cuidarlas durante unas horas. Mi amigo Rick, de Eden House, que había regresado a su vieja vida casi delincuencial, siempre parecía tener tiempo para llevarnos adonde hiciera falta. Chris, el padrino de las niñas, lo mismo.

Mi as en la manga era Fast Eddie. En una mañana heladora de noviembre de 1991, mi desgraciado Grand Prix perdió un eje en Excelsior Boulevard, cerca del lago Calhoun. A los diez minutos, él estaba allí, metiendo a las niñas en su coche.

Algunos de los que se interesaban por nosotros no eran tan simpáticos. Una cajera de Rainbow Foods vio la rabieta de Meagan y empezó a parlotear y a decir: «A papá le está costando un poco controlar a las niñas». Como ya lo había oído más de una vez, me volví hacia ella y respondí: «Se llama educar, imbécil». Infaliblemente, cada vez que una de las niñas se lastimaba en un lugar público, se raspaba una rodilla, alguna mujer salía de la nada. Más de una vez tuve que apartar a alguien con un bufido. Que yo supiera, no hacía falta tener ovarios para cuidar de unas niñas.

Sentir la fe y la dependencia de unos seres tan pequeños es algo hermoso y terrible. No exactamente ennoblecedor, pero sí una cosa que permite a todo el mundo, incluso a mí, acceder a la mejor parte de uno mismo. Una noche estaba trabajando porque tenía que cumplir un plazo urgentísimo. A las tres de la mañana decidí que necesitaba echarme un momento. Me tumbé en la cama de la habitación de al lado, pero con los pies en el suelo para no quedarme dormido demasiado tiempo. Mientras dormitaba, oí un ruido en el despacho: alguien estaba dejando en el suelo el aparato del aire acondicionado. Me incorporé, fui al despacho y me encontré con un yonqui entrando por la ventana con pinta de estar hasta arriba. Dado que las niñas dormían en una habitación a escasa distancia, o plantaba cara o me encerraba con las niñas. ¿Iba a cerrar la puerta y a llamar a la policía? No, mejor pelear.

Me encantaría decir que me acerqué y le di tal patada que su cara quedó llena de sangre, pero la verdad es que, más que una patada, fue un empujón con el pie. Se fue.

* * *

Pero siempre llegaba un momento en el que todos se iban y nos quedábamos

solos. «Nosotros solos», decía yo. «Nosotros solos», repetían las niñas.



Podía ser maravilloso, pero también un infierno. Algunas noches, al llegar a la puerta de nuestro apartamento, decía una oración que era una mezcla de maldición y susurro. «Querido Dios, por favor, tienes que saber que estas niñas me tienen en vilo».

Meagan no dormía bien, y eso quería decir que despertaba a Erin, y eso quería decir que yo me despertaba también, a veces cada noche, ya fuese con una u otra. A falta de alcohol o de coca que me dieran un empujón artificial, empecé a agotarme. Wendy, una dramaturga que vivía debajo de nosotros en Dupont y que adoraba a las niñas, llamó una noche a la policía porque estaba absolutamente segura de que era imposible que alguien vivo pudiera dormir con los alaridos de Meagan. Pero allí estaba yo, comatoso de puro agotamiento.

Mis diarios de aquella época están llenos de anotaciones desesperadas que parecen escritas desde una trinchera. Como muchos padres novatos, escribía sonetos llenos de añoranza por el sueño y solía desear que hubiera otra persona, quien fuera, para ayudarme a llevar la carga. Las mujeres, muchas veces, se casan con un hombre creyendo que van a poder cambiarlo. Conmigo nunca lo lograron, ni borracho ni sobrio, hasta que aterrizaron estas mujercitas que tuvieron un profundo efecto.

Mi amigo Dave, el hombre de negocios, un triunfador que me adoptó cuando estaba desintoxicándome, parecía saber cuándo era necesaria la caballería. La primera Navidad por nuestra cuenta tenía un aspecto muy modesto. Dave vino, se aseguró de que las niñas estuvieran en la cama y entonces entró con bolsas y bolsas llenas de regalos, que repartió por toda la casa.

Años después, le dije a Dave que, con toda la ayuda que tuvimos, no había sido tan difícil como pensaban algunos amigos y familiares. Él no estaba de acuerdo.

—Vivías en una mierda de piso —dijo, mientras comía una hamburguesa en un local de Edina. Añadió que yo no tenía dinero, y continuó—: Estabas gordo, fumando, comiendo todo lo que no debías comer; eras una bomba de relojería. Pensaba: este tío está aguantando a duras penas, pendiente de un hilo. No sonreías casi nunca, ni mucho menos reías; esa es una de las cosas que más recuerdo. Salvo cuando estabas con tus hijas. Pero de lo que no hablabas era de lo difícil que resultó mantenerte limpio. Siempre supiste que estabas a un segundo de volver a donde estabas, pero sabías que las niñas dependían de ti, y estabas completamente decidido a cumplir.



TECLEAR HACIA BELÉN

En los años transcurridos desde que me reincorporé al periodismo, siempre he estado convencido de que conseguí volver gracias a la bondad de otros. Y es verdad, pero solo hasta cierto punto. Después de hablar con varios directores para los que trabajé, está claro que, en general, me fui abriendo camino a base de escribir lo que fuera.

—Asaltaste la profesión —dijo Erik, sentados ante el restaurante Les Halles de Washington, donde los dos fuimos en distintos momentos directores del *Washington City Paper*—. Fue un ataque en toda regla. No hay otra forma de calificarlo. Tu ambición, tu energía y todos tus pasos estaban calibrados con sumo cuidado. No lo pareces, pero eres muy ambicioso.

En el fondo, la mayor parte de mis éxitos se ha debido a una característica muy habitual en los periodistas: basta que alguien me diga que no puede averiguarse, para que quiera llegar hasta el final. Cuando oigo esas palabras, se despierta en mí un instinto autodidacta y empiezo a buscar debajo de las piedras. Y, como ya había estado en situaciones muy apuradas y había conocido el auténtico miedo, si descubría algo que era cierto, me encantaba escribirlo y arrostrar las consecuencias. No pasaba nada.

En aquellos primeros años de mi vuelta al periodismo, me dediqué a informar sobre los medios de comunicación y otras cuestiones. Mis historias políticas eran salvajes y malhumoradas: una vez dije que un senador de Minesota dejaba que «sus principios diesen tantas vueltas como un artefacto en un C-130». Cuando uno de los principales abogados de la ciudad estafó a su bufete, hice toda una investigación sobre sus motivos. Escribí varios reportajes que indicaban que los promotores inmobiliarios estaban engañando a la ciudad, que los funcionarios locales tenían conflictos evidentes y que la industria del alcohol tenía un poder desmesurado.

Si un lector lee los recortes de aquellos días, no oye a mis gemelas corriendo por el fondo ni al drogadicto durmiente añorando una juerga más. Los recortes son todos iguales: un reportero que domina su información y la revela como quiere.

Hubo muchas situaciones profesionales incómodas al principio, cuando intentaba recuperar mi fama después de una caída muy pública. Parte del problema de la verdadera rehabilitación es que el adicto está atrapado en la misma retórica que cuando tenía recaídas constantes. «Esta vez, voy en serio. No, esta vez. No, ahora, de verdad, lo digo en serio. Eso fue entonces, hoy he dejado por completo toda esa mierda. Vale, ya sé que lo he dicho otras veces, pero esta vez es la definitiva». Salvo cuando no.

El toxicómano comparte el escepticismo de quienes lo observan. En parte, por

motivos prácticos —tiene que completar la dura tarea de permanecer sobrio—, pero en parte es también algo místico. Unos tipos que me parecía que estaban estupendamente, que tenían una vida mucho más ordenada de lo que yo podía soñar, eran los que se tiraban desde un puente, se pegaban un tiro en la boca, sufrían una sobredosis. Sí, mejor ellos que yo, claro, pero, mierda, ¿y si fuera yo? La característica fundamental de alguien que quiere superar la adicción, o cualquier otro problema crónico de salud, es que está bien hasta que deja de estarlo.

A una persona normal, eso puede parecerle completamente incomprensible. En mi caso, ¿por qué alguien que había empezado bien como escritor y no tenía nada más que el futuro por delante iba a mandarlo todo a la mierda mediante un esfuerzo egocéntrico de autodestrucción? Pero al adicto también le resulta desconcertante la gente normal. He visto a personas que se bebían una copa y media de vino y rechazaban el resto. ¿Qué sentido tiene eso?

La gente normal, los que no son borrachos ni drogadictos, cuando beben demasiado, tienen una resaca espantosa y deciden no volver a hacerlo. Y no lo hacen. Un adicto decide que ha habido algún problema con su técnica o con las proporciones. «Demasiada coca, o demasiado poca. Fue la ginebra, a partir de ahora, solo alcohol pardo. Y agua, me olvidé de beber agua. O quizá fue la falta de comida. La próxima vez que quiera tomarme unos chupitos con el estómago vacío a las tres de la tarde, me pediré un sándwich de queso a la plancha. Eso lo cambiará todo».

Los adictos no son prototipos. Son personas que están entre nosotros. La chica discreta y recatada que hace el mantenimiento de los servidores y está enferma con frecuencia. El director comercial maniático, autoritario e insoportable. El humilde funcionario que lleva la oficina y se conoce los asuntos de todo el mundo. El jefe que da palmadas en la espalda y está siempre tan contento que necesita un par de chutes para celebrar. Los que se emborrachan. Los que se llenan de pastillas. Los que están colgados de la coca. Todos los sabores, todas las noches llenas de desesperación y añoranza, seguidas de mañanas humillantes y agitadas, con juramentos salvajes de que nunca volverá a ocurrir. Pero ocurrirá.

* * *

Jay, el editor de la revista económica que me dio a elegir entre someterme a tratamiento o quedarme en el paro, me dijo que el hecho de que hubiera podido volver a escribir se debió a que tenía una fama de trabajador que no encajaba con mi tendencia a crear el caos, pero que era cuantificable.

—Es una ciudad pequeña, y tú tenías mucha fama —dijo—. Todo el mundo sabía qué podía esperar, todo el mundo sabía que había cosas muy positivas y cosas muy negativas, que iba a existir cierta irregularidad, que los plazos los cumplirías siempre al límite, que quizá no entregarías exactamente lo que se te había pedido. Habría demasiadas palabras, pero también sería muy fácil de leer y muy atractivo para

cualquiera que lo leyese. El riesgo merecía siempre la pena, la gente querría leer tus textos y saber cómo habían quedado. Tus historias tenían un principio, un medio y un final. Tenías una capacidad de escribir prodigiosa, cuatro mil palabras en seis o siete horas.

Mucha gente, después de desintoxicarse, adopta una cura geográfica y se traslada para no tener que pasar por los mismos sitios. Si te vas del escenario de tus crímenes, para recuperar la solvencia, no tienes que pedir trabajo a la misma gente a la que dejaste en la estacada unos años antes. Habían cambiado algunos jefes, pero mi regreso al periodismo lo hice, en gran parte, en el *Twin Cities Reader* y el *Corporate Report*, los mismos sitios en los que me había estrellado previamente. Irme de la ciudad ni me lo planteaba; tenía un grupo de personas que me apoyaban y habría sido una insensatez separarme de ellas.

En el *Reader* hice cosas variadas como colaborador, entre ellas, una columna con el cursi título de «La política de siempre». En retrospectiva, puedo decir que me equivoqué muchísimo en alguna de mis predicciones —dije que un tipo llamado Wellstone no tenía ninguna posibilidad hasta que empezó a parecer que sí la tenía—, pero el estilo era muy moderno, casi como el de un blog, más directo y sucinto de lo que soy capaz de hacer hoy. Seguía haciendo la información de sucesos: una de las historias más importantes fue la de un violador en serie que atacaba a las mujeres de Mineápolis, y sobre el que la policía no tenía ninguna pista. Muchas veces, me adelantaba a los demás porque me limitaba a escribir lo que veía en lugar de someterme a las restricciones de los portavoces, las declaraciones preparadas y las respuestas conciliadoras.

Llamé a Tony, el antiguo jefe de policía, con el que había tenido algunos encononazos —cuando no estaban arrestándome y fichándome en la planta inferior a la suya—. Tony se preocupaba especialmente por sus subordinados más conflictivos —cuantos más problemas tenían, más se preocupaba por ellos—, y a mí también me brindó un trato especial en mi época de consumir drogas.

—Eras un grave desastre funcional, sin la menor duda.

Quizá oyó hablar de lo que hacía cuando no estaba trabajando, pero nada que mereciera una investigación. Los dos teníamos en común un enorme respeto por los policías y muy poco aprecio a quienes se cubrían las espaldas.

—Eras un tipo duro, pero no un cínico, y no querías favores. Eras un alma atormentada que intentaba hacer lo debido, y me impresionaste —dijo—. Tenías algo que era auténtico, no superficial ni meloso. Siempre estabas luchando, y me encantaba trabajar contigo.

En ocasiones, el hecho de que una trayectoria profesional cargue con un ruidoso lastre tiene también su lado positivo. Quienes habían tenido tropezones muy públicos podían pensar que alguien con conocimiento empírico propio de la fragilidad humana podría estar menos dispuesto a hacer juicios precipitados sobre otras personas. A la gente con una historia complicada no le importaba hablar —a veces, incluso me

buscaban— con alguien como yo, que también tenía un pasado complicado.

Lyle Prouse, piloto de Northwest Airlines, era un antiguo marine muy disciplinado que comenzó la mañana del 8 de marzo de 1990 con sus treinta flexiones habituales, a pesar de que había estado la noche anterior con su tripulación bebiendo bastante en el bar Speak Easy de Moorhead, un pueblo limítrofe de Minesota junto a Fargo, en Dakota del Norte. Fue al Aeropuerto Internacional Hector de esta última ciudad para llevar un vuelo que salía a las 6:00 de la mañana hacia Mineápolis y se encontró con que le esperaba un representante de la Administración Federal de Aviación (FAA) porque había recibido una llamada sobre unos pilotos que estaban emborrachándose. Había cierta inquietud por el cumplimiento de las normas llamadas «de la botella al acelerador», que dictaban que cualquiera que hubiera bebido no podía entrar en la cabina del avión hasta pasadas ocho horas. Hubo varias conversaciones, cierta confusión y, mientras el tipo de la FAA hablaba por teléfono, Lyle y su equipo despegaron en un 727, con cincuenta personas a bordo, camino de Mineápolis. Al llegar, a las 9:15, se les hizo un análisis de sangre y el resultado de Lyle fue 0,128, por encima del límite legal para conducir un coche. Tenía todas las papeletas para convertirse en objeto de los chistes de Jay Leno y decir adiós a su carrera. Le condenaron a dieciséis meses en una prisión federal.

Hubo auténticas peleas por conseguir la gran entrevista con él antes de que ingresara en la cárcel, incluidos programas como *Oprah* y *Geraldo*. El mayor caso de conducción bajo los efectos del alcohol que se conocía cayó en manos de Peter, un abogado penalista de Mineápolis, al que yo conocía por tres razones: tenía muchos casos ante tribunales federales, lo cual le había hecho coincidir con mi trabajo; en los viejos tiempos, los dos éramos clientes de McCready's; y en un par de ocasiones, cuando me había metido en algún lío, le había pedido consejo legal gratuito. Ahora, Peter me llamó y me ofreció la exclusiva, que publiqué en el *Corporate Report*. En lugar de un reportaje sensacionalista sobre un loco que había pilotado un avión borracho, ofrecía una versión mucho más matizada de los hechos, con todos los grises que salpican los buenos relatos:

Desde su detención, Prouse ha estado luchando contra su alcoholismo con un ingreso de sesenta días e innumerables horas en grupos de apoyo. El antiguo piloto explica que, con esta entrevista, confía en transmitir el mensaje de que una persona puede recuperarse de la enfermedad del alcoholismo. Está claramente deseoso de comunicar ese mensaje, pero se ríe amargamente cuando se le sugiere que quizá tiene la «euforia del tratamiento» que experimentan los recién rehabilitados y que les hace querer contar su secreto al mundo.

«Desde luego, no tengo nada por lo que estar eufórico —dice Prouse—. Durante cincuenta y dos años, puse el listón muy alto, para mí y para los que me rodeaban, y tuve la suerte de superarlo casi siempre. Hasta que sucedió esto».

Fui a preguntarle a Peter por qué me había regalado una exclusiva tan fenomenal.

—Estabas en rehabilitación, sabías de qué iba la cosa y Lyle se fiaba de ti —

explicó—. No había nada más allá de eso.

Lyle cumplió su condena sin quejas ni excusas, se redimió y acabó volviendo, no solo a pilotar, sino a formar a otros pilotos.

* * *

Con mi costumbre de rehabilitarme y recaer, la gente seguía desconfiando de mí incluso cuando llevaba ya un par de años de abstinencia. No les culpaba por ello. Cuando me propuse salir del pozo en el que yo mismo me había sumido, cualquier encargo me parecía un gesto de amabilidad increíble, un acto generoso de algún redactor jefe que lo hacía en vez de donar dinero a una ONG.

En mis primeros tiempos de recuperación, nadie me prestó más atención ni me hizo encargos más importantes que Terry, el director de *Corporate Report*. Me asombraba que quisiera saludarme, y mucho más que me encargara un reportaje en dos partes sobre el responsable de un fondo de pensiones al que habían encontrado muerto junto al río, con el pantalón bajado hasta los tobillos. Luego estuvo la historia de Lyle, el piloto. Siempre pensé que Terry, un hombre escéptico con una gran risa, tenía debilidad por mí.

En agosto de 2006 fui a verle a su redacción de St. Paul, donde trabajaba como reportero del *Star Tribune*. Fuimos andando al Hotel St. Paul para comer y me di cuenta de que el libro le parecía una idea estúpida, basada en un egocentrismo que nunca habría tolerado como director. Su supuesta debilidad no estaba a la vista, en parte, creo, porque, en el fondo, siempre le había asombrado que yo llegara tan lejos con unas aptitudes más bien modestas. Más que celos profesionales, era curiosidad. Los dos sabíamos que él era tan buen periodista como yo, o mejor. Recuerdo sin cesar cuando, a principios de los noventa, entraba en su despacho con gráficos sobre los fondos de pensiones o un grueso libro de regulaciones de la FAA; él lo hojeaba en silencio durante un rato, mordisqueaba el bolígrafo y luego me lo resumía con una explicación sencilla pero exacta que a mí me habría llevado días o semanas.

Después de muchos años, nos sentamos y pedimos la comida. Cuando saqué la cámara de vídeo, no dijo nada, pero vi en su expresión que le parecía lo más tonto que había visto nunca. La cámara enfocó su rostro y captó esa mezcla de acidez y escepticismo. Empezamos con una torpe referencia mía a su generosidad por haber trabajado conmigo cuando no me llovían precisamente las ofertas. Pero me dijo que no había sido así, en absoluto.

—No, en realidad, más bien hubo falta de caridad, seguramente. Yo no te conocía, y tenía una opinión bastante negativa. Creo que algunas personas se sentían atraídas por tu aspecto romántico, con una imagen muy Hunter S. Thompson, pero yo tenía la opinión contraria. Creo que conquistabas a muchos con tu carisma, pero a mí, que siempre he sido tan optimista y teatrero, pues no.

Me recordó que empezó a trabajar conmigo porque dio la casualidad de que traía

bajo el brazo una enorme exclusiva sobre Lyle, el piloto.

—Era una idea apasionante. Recuerdo que se la propuse a nuestro editor, y yo llevaba poco tiempo en el puesto. No quería que fuéramos solo una revista económica. Quería que fuéramos una gran revista y, por supuesto, estaba pensando en las mayores historias posibles, y entonces aterrizó delante de mí la mayor de todas. Era una exclusiva nacional, así que, para empezar, eso ya la hacía atractiva —dijo. ¿Y el tipo que se la había llevado?—. Quizá yo era demasiado egocéntrico para pensar en las repercusiones o las dificultades de una gran historia, de que la hicieras tú sin estar todavía en forma.

»Por otra parte —dijo—, tampoco es que yo hubiera estado echado en una cama comiendo Cheetos o algo así. Estabas trabajando, y tenías fama de hacer y conseguir grandes historias. No te inventabas nada ni algo así de ridículo. Sería estupendo que pudiera decir que te ayudé, en cierto modo, a volver a trabajar, pero sería increíblemente egocéntrico y falso. Fue mucho más pragmático, creo yo.

Dijo que prosperé porque a la gente le gustaba contarme cosas. Mientras hablaba de aquellos tiempos, que fueron emocionantes para los dos, me parece que volvió a sentir parte del entusiasmo por que una pequeña revista económica del Medio Oeste fuera a sacar una enorme exclusiva. Como muchos buenos directores, Terry tiene una forma de hablar del oficio que hace que los clichés parezcan reales.

—Hay una pasión, un conocimiento —dijo, observando su comida, que estaba quedándose fría—. En cierto modo, casi tienes que saber ser periodista antes de comprometerte a serlo —hizo una pausa y puso sus manos enormes sobre la mesa—. Si encuentras algo que puedes hacer bien, da igual que sea tallar en madera, arreglar un coche o redactar un titular. Si descubres que se te da bien ser periodista, lo quieres hacer una y otra vez. Quieres esa reafirmación, ese sentimiento. *Sé lo que hago*. Saber lo que uno está haciendo es una sensación magnífica. Hay mucha gente que va por ahí y no sabe lo que hace, en ningún campo. De ninguna manera. Y eso es fácil de medir. ¿He conseguido hoy lo que buscaba?

Terry lo consiguió muchas veces y ayudó a muchos otros, incluido yo, a alcanzar unas cuantas victorias. Era un privilegio escucharle reflexionar sobre estas cosas, más aún porque falleció repentinamente justo un mes después de que habláramos. Tenía cuarenta y siete años, y no solo era uno de los buenos, sino uno de los mejores.

* * *

El periodismo tiene mucho de golpear un teclado, sin duda, pero la verdadera calidad depende del respeto y la confianza de otros. La gente debe estar predispuesta a contarte cosas, y esas relaciones no se construyen con una copa después del trabajo ni una comida rápida. Las fuentes se establecen noticia a noticia. Te cuentan algo, lo planteas, lo escribes y te sale bien. Y a por otra historia, a veces mayor.

Una de mis mejores y más duraderas fuentes de información política era Brian, un

gay y antiguo activista que se convirtió en un miembro muy activo del consejo municipal de Mineápolis. Algunos decían que era engreído e interesado, pero siempre hablaba en nombre de los más machacados, de los que no tenían voz en la ciudad. Era un maestro de la manipulación de la prensa para sus propios fines, y yo era uno de los violines que tocaba cuando convenía a los intereses de sus electores.

En enero de 1991, yo estaba ya a pleno rendimiento, y recibí una llamada de Brian para que fuera a su despacho. La mayor parte del tiempo, hablar con él era como pasar tiempo con un gato siamés especialmente grande y bonito. Entrecerraba los ojos pensando en alguna noticia deliciosa que estaba a punto de compartir, de una forma que solo le faltaba lamerse las patas ante la idea. La siguiente conversación no la tengo escrita en ningún sitio, porque Brian me preguntó si no me importaba guardar un secreto. Le dije que no. Dijo que era un secreto muy grande. Le pedí que no me hiciera repetírselo.

«Tengo sida», dijo. Siempre a los mandos, Brian quería dar a conocer la noticia a su manera y a su ritmo. Decidimos —o decidió— que *Minnesota Monthly*, una revista mensual culta que era propiedad de la radio pública, era el sitio adecuado para dejar caer la bomba. Hicimos un esquema de cómo filtrarlo y cómo informar de ello, y llegamos a un acuerdo de confidencialidad con el director.

El día que se publicó la historia, a finales de abril, pedimos que distribuyeran ejemplares a todas las emisoras locales de televisión justo antes de las noticias de las seis de la tarde, lo cual prácticamente obligó a los presentadores a leer la noticia directamente de la revista. «Nuestra historia», como la llamaba Brian en aquel entonces, contaba cómo era vivir con sida, aunque ni él ni muchos otros diagnosticados en aquellos años apenas llegaron a saber lo que era eso. Al empezar el verano, dejé a un lado el cuaderno y me incorporé al equipo que cuidaba de Brian. El periodismo perdió relevancia y tuve que recurrir a unas aptitudes que había aprendido cuando trabajaba como auxiliar sanitario.

Brian se dirigió hacia aquella última puerta de forma majestuosa, como un pachá rodeado de sus amados objetos orientales y un grupo de apoyo formado por familiares y amigos. Lo que estaba pasando era espantoso, pero él no dejó de aportar su malévolo sentido del humor. Una semana, me tocó guardia de noche, lo que significaba dormir cerca de la cama hospitalaria que había instalado en su salón. Uno de esos días, me desperté a mitad de noche y no oí nada. No tosía, no se revolvía, nada.

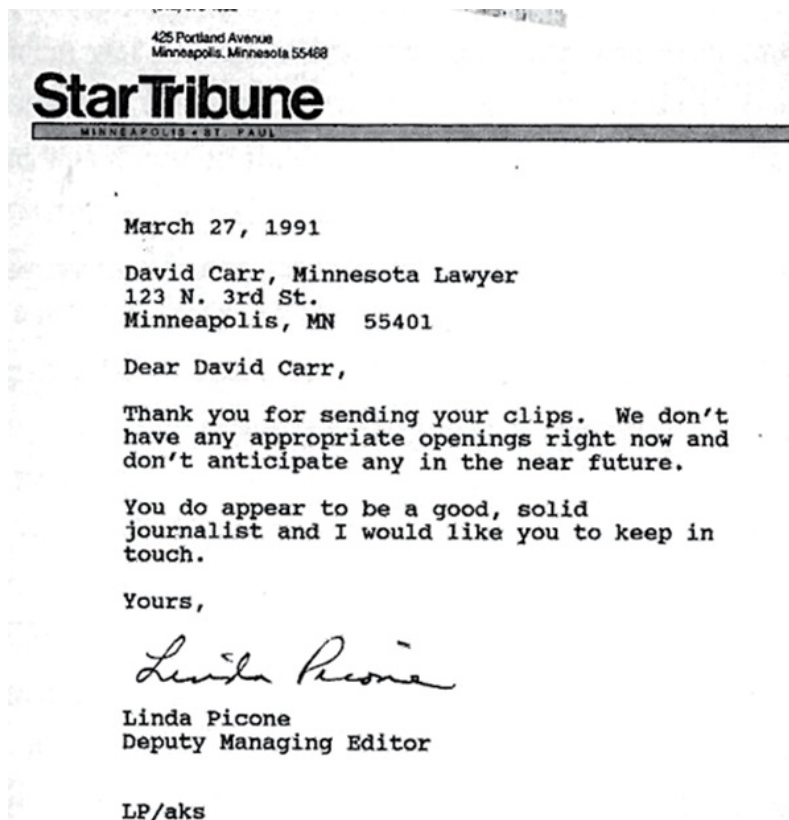
Me aproximé a su cama en la oscuridad, aterrado por el silencio, y me incliné muy cerca. Muy. Cerca. Una voz aburrida rompió el silencio:

—Todavía respiro, David. ¡Vuélvete a dormir!

Brian murió ese mes de agosto.

VUELVA A LLAMARNOS CUANDO LOS CERDOS VUELEN

Tras unas cuantas exclusivas que habían tenido muy buena acogida, pensé que podía lograr un poco de seguridad para mí y para los míos con un trabajo serio, quizá en el *Minneapolis Star Tribune*.



[Estimado David Carr:

Gracias por enviar sus recortes. En estos momentos no tenemos ninguna vacante apropiada, ni esperamos tenerla en un futuro próximo.

Da la impresión de que es usted un periodista bueno y sólido, y me gustaría que sigamos en contacto.

Atentamente,

Linda Picone

Subdirectora]

EL PEQUEÑO PROBLEMA DE WARD CLEAVER

El corazón y la cabeza son las partes que constituyen el carácter; el temperamento no tiene casi nada que ver con él, y, por tanto, el carácter depende de la educación y es susceptible de ser corregido y mejorado.

Giacomo Casanova

Erin y Meagan crecieron con una interpretación amplia de lo que era «normal». Sabían, por el tiempo que pasaban con su madre y conmigo, que había muchas formas de abrirse camino en el mundo. No juzgaban nuestra falta de dinero, en parte porque nunca quisieron muchas cosas. Yo tenía amigos gays y heterosexuales, blancos y negros, abogados y yonquis, podridos de dinero y pobres de solemnidad. Podíamos pasar una tarde nadando en la mansión de un amigo y, en el camino de vuelta a casa, parar a ver a otro que trabajaba en un albergue para personas sin techo. Más que por una idea global y decisiva de que todos éramos hijos de Dios, eso era representativo de los estratos que tenía mi vida.

Una de mis fotografías preferidas es de cuando las niñas tenían unos cuatro años. Estábamos en Loring Park, en Mineápolis, un lunes por la noche, para ver una película y escuchar música. No recuerdo qué película era, pero sí que tocaba el grupo The Wallets, y que mis hijas se paseaban entre la multitud y se manejaban como auténticas modernas. Eran unas chicas seguras de sí mismas, preciosas y muy unidas.



Esta foto es muy reveladora. El abrazo del oso con el que Erin agarra a su hermana y al mundo aún hoy perdura, y el intento de Meagan de contentarnos a la cámara y a mí con una sonrisa exagerada, pese a que la están estrangulando, refleja su relación fundamental con la vida. En nuestra familia no había nada patético ni extraño. Y hablaban con su madre lo suficiente como para saber que ella también las quería.

* * *

Más o menos por esa misma época me encontré con Barb, mi primera terapeuta en Parkview. Pasé por este centro en los años ochenta en dos ocasiones, la primera como interno y la segunda como externo. Barb siempre supo ver a través de mi fachada y me conocía, probablemente, mejor que yo mismo en aquella época. Era muy cariñosa con muchos de sus pacientes, pero, conmigo, siempre iba a la pata coja porque el otro pie lo tenía en mi trasero. Decía a menudo que yo (a) no contaba más que mentiras, (b) solía estar poco dispuesto a esforzarme verdaderamente en la recuperación, (c) era manipulador y deshonesto con las mujeres y (d) era un hombre decente detrás de toda mi arrogancia y mi actitud defensiva.

En 1991 quedamos para un agradable almuerzo en Lawry's, un restaurante en el sur de Mineápolis, durante el que presumí de lo bien que habían salido las cosas y de que mi vida de engaños y corrupción había quedado, por fin, atrás. Me escuchó con

interés, sonrió y me felicitó por mi buena suerte. Luego me dio una tarjeta de su consulta privada y me dijo que la llamara si alguna vez las cosas se torcían.

Recuerdo que la llamé a la semana siguiente.

La llamé porque, debajo de todo el rollo de Ward Cleaver^[12] papá punk y roquero, seguía aferrado a una parte de mi antiguo yo. Había mantenido la relación con algunas de las mujeres más turbias que había conocido en la calle, y que no tenían nada que ver con las relaciones limpias y afectuosas que, en teoría, debía estar construyendo. En el terreno sexual, seguía siendo un depredador, y a altas horas de la noche recibía la visita de mujeres a las que solo veía para acostarme y a las que a veces pagaba, en parte porque ya no tenía drogas que ofrecerles. Algunas eran chicas juerguistas, que no querían más que ir de dosis en dosis, y otras eran prostitutas a las que conocía.

El peor momento fue una noche en la que había dejado a las niñas en casa de mi madre y conducía por Lake Street, cerca de mi casa de Pillsbury, y vi a Rita, una chica a la que conocía de los viejos tiempos. Me saludó y me detuve. Cuando entró en el coche, me di cuenta inmediatamente de que tenía la mandíbula inmovilizada con alambres después de que su chulo se la hubiera destrozado en una paliza. Le pregunté qué demonios podía hacer en esas condiciones con un cliente. Rita se ofreció a demostrármelo, y se me revolvió el estómago. Le di algo de dinero y la dejé un poco más allá.

A simple vista, yo salía con mujeres normales, mujeres a las que conocía en reuniones o haciendo cosas diversas, pero, en realidad, llevaba una doble vida y estaba utilizando a mujeres que ya habían sufrido mucho. En teoría, estaba educando a mis hijas para que no fueran objetos ni se dejaran dominar por nadie y, sin embargo, no me importaba convertir en objetos y utilizar a las hijas de otros. Pese a todos los avances que estaba logrando con mi familia y mi vida profesional, el infractor, el drogadicto, acechaba todavía en mi interior e intentaba tomar el control. Y ese sentimiento de ser un fraude es una pendiente tóxica y resbaladiza, que pone en peligro todo lo demás. Acudí a la consulta de Barb y le dije que quería ser el hombre que estaba fingiendo ser.

«Entonces, deja de fingir», me dijo. Semana tras semana, cita tras cita, me ayudó a integrar todos los aspectos de ser hombre, padre y ser humano, una cosa muy complicada para alguien que había vivido como yo.

Quince años después, estaba otra vez sentado frente a ella, esta vez en un patio del sur de Mineápolis. Ella también había tenido sus dificultades, pero tenía un aspecto magnífico y la misma aleación de acero y empatía que tanto había admirado.

Para sacar adelante las entrevistas, yo había adoptado una especie de tono clínico incluso con personas a las que había hecho daño, a veces irreparablemente, o a las que había querido. Pero esta ocasión era diferente. Casi de inmediato, perdí el control de la conversación. No solo reviví un comportamiento que le parecería repugnante a cualquiera, incluido a mí, sino que lo hacía con alguien que me conocía al milímetro,

toda mi historia, con lo bueno y con lo detestable. Barb se alegró de verme, pero ninguno de mis instrumentos periodísticos —la cámara de vídeo, la grabadora, el cuaderno— podía mantenerme a salvo. En parte, debido a su experiencia clínica. No era una psiquiatra llena de títulos, sino una trabajadora social certificada, con un instinto brutal a la hora de tratar conmigo.

Pero, sobre todo, estaba nervioso porque estaba hablando con Barb de cosas que habían ocurrido cuando estaba perfectamente sobrio, mientras todo el mundo a mi alrededor se sentía maravillado por el vuelco que había dado a mi vida. Sentado allí en el patio con Barb, la pregunta de si las sustancias químicas eran la causa de un determinado comportamiento o no hacían más que sacar a la luz un carácter ya existente era de una pertinencia demasiado incómoda.

Cuando era paciente de Barb en los viejos tiempos, primero en Parkview y luego en su consulta privada, ella me había visto recorrer todas las estaciones del viacrucis: el tipo desafiante del primer tratamiento, el que había tenido una recaída y estaba arrepentido, y el tipo totalmente sobrio pero que aún era capaz de mostrar una patología violenta que no tenía nada que ver con las drogas.

—Eras un tipo duro —recordó sobre la época en la que me trataba en Parkview—. No recuerdo que necesitaras tanto los clínex. —Años después, en su consulta privada, sí que eché mano de los clínex a puñados—. Nunca habrías tolerado que alguien tratara a tus hijas como tratabas tú a las mujeres. —Me dirigió una mirada aterradora por su perspicacia—. Nunca.

Me dejó muy claro que, en su opinión, yo estaba sexualizando la atmósfera de la casa: aunque las gemelas no supieran exactamente qué pasaba, sí sabían que algo no iba bien.

—Tenías que cambiar las cosas en casa si querías que tus hijas fueran unas niñas normales con un padre respetable —dijo, insinuando que un gilipollas con unas relaciones tan vulgares y zafias con las mujeres no podía ser el mismo que acostaba a sus pequeñas con una oración y un cuento—. Aquello formaba parte de ti, y entraba contigo en casa, impregnaba a tus hijas —dijo, sosteniéndome la mirada—. A veces, incluso llevabas a tu casa a las mujeres, y, como las niñas estaban dormidas, o estaban pasando el fin de semana con su madre o lo que fuera, te decías a ti mismo que no les hacía daño. Lo que yo intenté hacerte comprender fue que sí se verían afectadas porque aquello formaba parte de ti.

Me dijo que yo le había planteado varios problemas terapéuticos.

—Todos necesitamos límites, pero los tuyos eran difíciles. Creo que a algunos les costaba entenderte, porque tenías ese espíritu callejero. Pero luego tenías esa otra faceta, la del padre de dos niñas pequeñas que, sin ti, no habrían tenido padre. En ese sentido, eras muy engañoso, como las dos caras de una moneda. Tenías una parte terrible de toxicómano, pero también la del tipo verdaderamente auténtico, buena persona, divertido, inteligente, ¿qué demonios estaba pasando ahí? Era un vaivén constante, y yo te preguntaba: «¿Qué te pasó para que te destroces la vida de esta

manera?». Porque pensaba, joder, esto es una locura. Podrías tener todo lo que quisieras.

Al final, la calle y las mujeres de aquella vida se convirtieron en parte de un pasado al que no podía volver, ni siquiera como turista. Como me dijo mi amigo Tak, el antiguo paciente y después terapeuta en Eden House, cuando dejas la calle, cuando abandonas ese juego, algunos de sus reflejos falsos y odiosos te acompañan.

—Se la jugabas a todo el mundo —dijo Barb—. Está ese aspecto de ti que..., no sé..., mientes, o te revistes de esa... arrogancia, es la única palabra que me parece apropiada.

Aparte de su experiencia, su eficacia también tenía que ver con que fuera mujer. Necesitaba a una mujer para que me explicara que no puedes compartimentar la vida, ser Ward Cleaver un día y una especie de Casanova callejero el siguiente. Tenía que aprender a ser un hombre, sin fingimientos.

NATURALEZA MUERTA CON EXTRATERRESTRE

Y aquí llega quizá el momento de derramar una lágrima perfecta, toda agridulce y reluciente de encantadora resignación. Salvo que, igual que la serpiente, en otro tiempo, tomaba el sol enroscada en el Edén y aguardaba con paciencia la oportunidad de abrir el mayor agujero de todos los tiempos en la fortaleza más segura, así un paquete de cigarrillos Camel espera entre bastidores el instante de aparecer y causar un efecto inesperado.

Robbins, *Still Life with Woodpecker*

El cáncer es un extraterrestre que se pasea entre nosotros. Un día estás caminando cuando llega una pequeña nave espacial, aterriza en algún lugar de tu cuerpo, y te secuestra desde dentro.

Yo tuve la extraña experiencia de autodiagnosticarme la invasión. A finales de noviembre de 1991, salí corriendo por la puerta de nuestra casa de Pillsbury. La nieve se había derretido y se había vuelto a congelar, y un desagüe en los escalones delanteros estaba roto. Cuando llegué al de abajo, la pierna derecha se me dobló debajo del cuerpo. Me dolió tanto que vomité. Volví a subir los escalones sentado y llamé al timbre, y la canguro que estaba cuidando a las niñas llamó a una ambulancia. Me había destrozado el menisco derecho. Me lo quitaron con cirugía el 21 de noviembre, y me quedé con muletas y dos niñas de dos años y medio. Era patético, y todavía lo iba a ser más.

La noche del 8 de diciembre de 1991, noté que un par de semanas de caminar con muletas me habían desarrollado los músculos del lado izquierdo del cuello. Muchísimo. A la mañana siguiente, me levanté a asegurarme de que no me había vuelto loco y, cuando me vi en el espejo, vi que había crecido aún más durante la noche.

«Veamos, una masa incontrolada justo encima de los nódulos linfáticos. Vaya, me parece que tengo un poco de cáncer».

Agarré a las gemelas, salimos por la puerta y nos fuimos al CUCH, el centro de salud universitario y comunitario afiliado a la Universidad de Minesota. Me

examinaron y, poco después, aparecieron más médicos y estudiantes para echar un vistazo al gigantesco tumor que estaba creciendo en el lado izquierdo de mi cuello. «Qué hijo de puta».

Las niñas estaban sentadas en una misma silla, contentas de que no estuvieran tocándolas y pinchándolas a ellas, pero asombradas al ver cuántos médicos había en la habitación. Me enviaron a la Universidad a que me hicieran una biopsia, pero yo ya sabía que las cosas no pintaban bien.

Tenía linfoma de Hodgkin, un cáncer del sistema inmunitario, y un cáncer «bueno», dentro de los que podían tocar. Pillado en las primeras fases, era curable, y estábamos en las primeras fases, a pesar del impresionante desarrollo del tumor. Ahora, lo único que tenían que hacer los médicos era casi matarme para conseguir salvarme la vida.

Cuando surge el tema de mi cáncer, suelo callarme. Apareció y desapareció, no hay nada que ver, sigan circulando. Pero, después de examinar mi enorme expediente médico y leer un reportaje que escribí más tarde para el *Twin Cities Reader*, tengo claro que el tiempo que pasé con el extraterrestre me marcó. Mi propia Área 51.

* * *

Desde que era pequeño, siempre me han encantado las películas de alienígenas. Después de ver el clásico de 1951 *Ultimátum a la Tierra*, estuve años soñando con individuos con cabeza de acero que, con voz impersonal y metálica, ordenaban al mundo que se rindiera. Los extraterrestres que me acompañaban ahora eran distintos. Estaban dentro de mí, me perseguían y estaban creando un yo al que no reconocía, con una intimidad que los hacía infinitamente más incomprensibles y aterradores.

Durante la ocupación, me dediqué a responder al teléfono con alegría desmesurada, escribir notas tranquilizadoras a viejas novias y sonreír con complicidad cuando alguien en una bata blanca mostraba un objeto afilado en sus manos. Me tapaba los oídos y tarareaba en silencio hasta que alguien me decía que los extraterrestres se habían ido.

* * *

La llamada de rutina del cirujano para confirmar la mala noticia fue un anticlímax. Le pregunté hasta qué punto era mala la noticia. «Bueno, desde luego, no es buena», dijo, como si fuera Martha Stewart. Colgué el teléfono y fui a observar a las niñas, que ya estaban dormidas, y luego fui a mirarme en el espejo. Me vi yéndome. No muriéndome, pero tampoco aquí.

Estuve pendiente de que alguien mostrara pánico, pero los médicos y los enfermeros hicieron su labor con una calma extraordinaria. Y yo, desde el principio,

imité esa indiferencia. Mi tendencia general a la agresividad ciega en casi todo retrocedió, y los papeles médicos de aquel entonces dejaron constancia de mi actitud valiente. En todos ellos me describían como un «caballero», un término que no solía ir asociado conmigo.

Sufrir cáncer tiene algo embarazoso, como si me hubiera despertado a mitad de noche y me hubiera encontrado a una persona desconocida tocándome. Cuando el diagnóstico se confirmó, rompí con una chica con la que estaba saliendo, una joven muy guapa a la que había conocido en rehabilitación, porque no podía soportar que alguien que me conocía de forma superficial me viera en plena batalla. A otros les daba vergüenza hablar del diagnóstico y preferían utilizar el término eufemístico de «una larga enfermedad». Había tanto deseo, en toda esa preocupación, de evitar lo desagradable, que empecé a pensar que estaba enfermo de «eso». «¿Cómo va eso?». «¿Han sacado todo eso?». «¿Qué tal va eso?». Ah, ¿te refieres a este gigantesco tumor canceroso que tengo en el cuello y que está inclinándose la cabeza hacia el otro lado? Parece que «eso» va estupendamente. El anfitrión, en cambio, está un poco aterrado.

Pensaba mucho en que yo era un blanco muy jugoso, el equivalente a la rubia de grandes senos y moral sospechosa en la película de monstruos, la que va a acabar de víctima seguro. Con un largo y corrompido historial de cigarrillos, narcóticos y Pop-Tarts, no debería haberme sorprendido tener «eso». Pero el linfoma de Hodgkin es más aleatorio. Es una especie de infección maligna, una proliferación incontrolada que acosa a personas por lo demás sanas, independientemente de su historia. Mis sospechas se dirigieron sobre todo a mi viejo microondas. Un viejo aparato que llevaba muchos años en casa de mis padres, de dudosa integridad estructural, que latía y zumbaba lleno de energía cada vez que hacía palomitas. Quizá, pensé, el microondas había traído el cáncer a mi vida.

Aunque tenía muy poco dinero y carecía de seguro, recibí una atención excelente —de nuevo, lo de vivir en Minnesota— en mi recorrido de una sala de espera a otra. El médico que llevaba mi caso era un destacado hematólogo llamado Greg, un hombre con unas dotes sociales poco frecuentes en su profesión. Nos vimos como actores en una serie de médicos de los años sesenta. Decía cosas como: «Vamos a vencer a esta cosa, David», y yo reprimía unas lamentables ganas de reír, en vez de asentir con la cabeza, lleno de determinación y confianza.

Algunas de las pruebas diagnósticas eran poca cosa —TAC, resonancias magnéticas con el extra de una inyección con tinte para el contraste—, pero otras eran horrorosamente agresivas, aunque dijeran que era la estrategia más «conservadora». Para evitar la quimioterapia, antes tenían que asegurarse de que el cáncer no se hubiera extendido.

En el contexto de algunas de esas salas de espera, podía considerarme un tipo afortunado. Durante mi tratamiento estuve sentado junto a una niña de ocho años completamente quemada por radiaciones de cuerpo entero y junto a un amistoso

ganadero de Luverne que tenía un anillo de acero atornillado en el cráneo para poder localizar el tumor durante sus tratamientos con rayos. Sonreían, sin duda —las personas, en general, reaccionan ante las situaciones absurdas con humor, para hacer que los que les rodean se sientan mejor—, pero sus batallas eran horribles, llenas de medidas desesperadas y, a menudo, decepciones.

Yo tenía suficientes antecedentes médicos como para ser casi un entendido, y prefería a personas competentes y directas. El que hizo la biopsia de mi médula carecía de lo uno y de lo otro. El hueso no se anestesia bien, y tiene una cantidad asombrosa de nervios. El médico actuaba de forma nerviosa y evasiva, y no paraba de resbalar los dedos sobre la pelvis que trataba de perforar. Gruñía, e incluso le oí maldecir en voz baja una vez, pero no me dirigió la palabra hasta que me pidió que cambiara de postura para tener un ángulo más directo. «Quizá sienta un ligero pinchazo aquí», dijo. Volvió a resbalar y metió la enorme aguja de la biopsia en tejido blando. En un intento de calmarle los nervios y la mano, solté una bromita: «Pinchazo, ¿eh? ¿Dónde hizo prácticas, en Dachau?». No respondió.

Tras el diagnóstico, las noticias fueron buenas, no había indicios de que el extraterrestre estuviese avanzando. El doctor Greg recomendó que me sometiera a una laparotomía diagnóstica, que suponía hacerme una incisión en mitad de mi abdomen, sacarme el bazo y estrujarlo en busca de alguna evidencia del cáncer, y luego extraer unos cuantos nódulos linfáticos y pequeños trozos de los demás órganos importantes para quedarse tranquilos. Le respondí que se parecía mucho a lo que le había hecho yo a una rana en clase de biología en el instituto. Salvo que la rana estaba *muerta* cuando se lo hice. «Sí, bueno, es más o menos lo mismo», dijo, y añadió que, en su opinión, era la medida más prudente.

Las personas de mi entorno, y algunas a las que no conocía muy bien, empezaron a darme consejos. «Sorgo», decían sin dudarlo. «Vitamina C», decían otros. «¿Has pensado en el yoga?». No, pensaba todo el tiempo en el cáncer. Era totalmente partidario de enviar un batallón médico armado hasta los dientes que destruyera cualquier cosa que encontrase. Al fin y al cabo, el que tenía el cáncer era yo, y, si pensaban que quemar savia y meditar iba a servir de algo, que lo probaran cuando les tocara a *ellos*.

Mis padres estaban desconsolados y asustados. Me habían visto a la deriva durante años, y cuando, por fin, tenía un poco de estabilidad, volvíamos a una situación de emergencia. Recuerdo ir en el asiento posterior de su coche a hacerme la laparotomía al día siguiente de Navidad. No recuerdo quién se quedó con las gemelas ni ese día ni los posteriores que pasé hospitalizado, pero no dejé de pensar en ellas ni un momento.

Media hora antes de la operación para extraerme el bazo, un médico al que no conocía entró en la habitación y dijo que era un cirujano maxilofacial. Él y su equipo habían llegado a la conclusión de que mi boca iba a estar sometida a mucha radiación porque el nódulo canceroso estaba en la parte alta del cuello, así que iban a sacarme

todos los molares como medida preventiva contra las caries producidas por la radiación y la subsiguiente necrosis de la mandíbula. Ante tanta autoridad, mis padres se limitaron a indicar que estaban de acuerdo, pero yo, sentado con la bata quirúrgica, me resistí a tomar una decisión tan importante para mi vida sin llevar pantalones.

Ordené mis pensamientos lo suficiente como para decirle al médico, cuyo nombre nunca llegué a saber, que tenía poco sentido de la oportunidad, y que, en ese día concreto, no estaba dispuesto a donar más que mi bazo. Sin levantar la vista de sus papeles, dijo que me arrepentiría de mi decisión y envió a una enfermera a que me enseñase fotografías de personas cuyos rostros se habían desprendido por la necrosis de la mandíbula. Seguí en mis trece y le dije que ya tenía que hacer frente a demasiadas cosas. Con una media sonrisa, dijo: «Conozco bastante bien el procedimiento al que se va a someter usted hoy y, créame, ni se va a dar cuenta cuando le quitemos los dientes».

Vaya, gracias. Le dije que habíamos terminado. Cuando llegó mi cirujano, le aseguré que, si el médico aquel estaba presente en el quirófano, me levantaría de la mesa de operaciones y me iría.

Incluso tres días después de la operación, cuando estaba sin bazo e inmunodeprimido, el cirujano maxilofacial siguió insistiendo en lo de mis muelas. Me enteré de que era un residente en rotación, y poco a poco comprendí que tenía algún hueco en su currículum que estaba intentando llenar. Por fin, monté tal escándalo que vino a hablar conmigo el jefe de residentes. Miró mi historial y dijo:

—No queremos sus dientes.

—Estupendo —dije— ¿puede decírselo aquí al doctor Mengele? —Me acuerdo de aquel gilipollas cada vez que me como un filete.

Los tratamientos de cáncer están llenos de realidades dolorosas y grandes ironías: la radiación puede causar cáncer y puede curarlo. Las toxinas en el cuerpo pueden facilitar el cáncer y ayudar a cerrarle la puerta. Para luchar contra él, hay que estar muy quieto. La estrategia conservadora requería agresividad táctica. Era, y sigue siendo, muy confuso. En el largo relato clínico, soy un pedazo de carne, una carne enferma, aunque no condenada. El pedazo de carne se llama «El paciente». Paciente es un buen nombre, desde luego, sentado, quieto, con las manos juntas y los ojos cerrados, esperando a que alguien toque el silbato y diga que el paciente está bien.

 UNIVERSITY OF MINNESOTA HOSPITAL AND CLINIC
OPERATIVE REPORT

Names: CARR, DAVID
UH# 135-46-01-7
OR Date: 12/26/91

IP

/dm3603267

John Raines, M.D.
CUHCC
2000 Bloomington Avenue South
Minneapolis, MN 55404

OPERATIVE SITE: Main Operating Room Suite.

PREOPERATIVE STATUS & DIAGNOSIS: This thirty-five year old man recently developed a mass in the left neck. I did a biopsy under local anesthesia and it showed nodular sclerosing Hodgkins disease.

Dr. Vercellotti in the Hematology Section carried out an extensive workup including abdominal CT, chest CT, and bone marrow biopsies, all of which proved to be within normal limits, showed no evidence of Hodgkins disease.

After some deliberation, the Hematology Section recommended that the patient

..... THE SURGEON AND ANESTHESIOLOGIST RECOMMENDED THAT THE PATIENT BE SUBJECTED TO STAGING LAPAROTOMY. HE CLINICALLY IS STAGE I-A AND THE USE OF RADIATION VERSUS CHEMOTHERAPY WAS CONTINGENT UPON ESTABLISHING THE STATUS OF THE ABDOMEN.

NAME OF OPERATION:

1. SPLENECTOMY
2. MULTIPLE LIVER BIOPSIES
3. MULTIPLE RETROPERITONEAL LYMPH NODE BIOPSIES.

ANESTHESIA: General.

OPERATIVE PROCEDURE: Under general anesthesia, the abdomen was prepared with Betadine and draped. A midline incision was made from xiphoid to about two inches below the umbilicus. Manual exploration of the abdomen revealed no palpable abnormalities. The spleen was questionably generous in size. There were a number of unusual adhesions of omentum to abdominal wall in the left upper quadrant which had to be taken down before the spleen was exposed. We then proceeded to clamp, divide and ligate the short gastric vessels. Then, we placed a single tie around the main splenic artery and tied it. The spleen was then mobilized up out of the retroperitoneum. Hilar vessels were then individually clamped, divided and ligated. The spleen was not grossly abnormal. It was sent to Pathology for permanent sectioning. After securing hemostasis over the bed of the spleen, we then proceeded to carry out a wedge biopsy of the left lobe of the liver, followed by the needle biopsy of the left lobe and another one of the right lobe of the liver. The next step was to open the lesser omentum and expose the retroperitoneal tissue lying just above the pancreas near the celiac axis. Here we encountered a mass of normal looking nodes. We were unable to dissect out a discrete node, but did obtain some fragments of nodal tissue from this celiac lymphatic plexus. We then exposed the first portion of the jejunum and mobilized

the ligament of Treitz's so as to get into the retroperitoneum behind the duodenum next to the aorta. There was a firm 1.5 centimeter node which was probably within normal limits, but was certainly easily palpable. This was dissected out and sent to Pathology for permanent sectioning. We then exposed the right iliac by opening the retroperitoneum there and sent out some nodal and peri-iliac soft tissue. The same procedure was carried out on the left side, although we were less certain of a definite node. We carefully palpated up and down the iliacs in the retroperitoneum and could identify no enlarged or suspicious nodes. The external iliac was palpated through the intact peritoneum and again no significant adenopathy could be palpated. The small bowel was then run and no lesions identified. One mesenteric node from the jejunal mesentery was excised and sent to Pathology. The abdomen was then closed using interrupted #1 Ticrons on the fascia and a subcuticular stitch of 4-0 Dexon to approximate the skin edges. The latter was supplemented with Steri-strips.

COMPLICATIONS: None.


JOHN P. DELANEY, M.D. (60918)
LUIS SANTAMARINA, M.D.
ANDERS ULLAND, M.D.

JPD/70
D: 12/26/91
T: 12/26/91

cc: Gregory Vercellotti, M.D./UMHC

[Hospital y Clínica Universidad de Minnesota
Informe operativo

Nombre: David CARR

.....
Doctor John Raines

.....
LUGAR DE OPERACIONES: Quirófano principal

CONDICIÓN PRECIRUGÍA Y DIAGNÓSTICO: Hombre de treinta y cinco años que ha desarrollado recientemente una masa en la parte izquierda del cuello. Practiqué una biopsia con anestesia local que reveló un linfoma de Hodgkin esclerosante nodular.

El doctor Vercellotti, del Departamento de Hematología, llevó a cabo una amplia variedad de pruebas diagnósticas, que incluyeron TAC abdominal, TAC torácico y biopsias de médula, todas las cuales dieron resultados dentro de los límites normales, sin muestras de linfoma de Hodgkin.

Después de varias discusiones, el departamento de Hematología recomendó que se sometiera al paciente a una laparotomía diagnóstica. Clínicamente, es un cáncer en estado IA y se decidió que el uso de radiación o de quimioterapia dependería de la condición del abdomen.

NOMBRE DE LA OPERACIÓN:

1. ESPLENECTOMÍA
2. MÚLTIPLES BIOPSIAS DE HÍGADO
3. MÚLTIPLES BIOPSIAS DE NÓDULOS LINFÁTICOS RETROPERITONEALES

ANESTESIA: General

PROCEDIMIENTO QUIRÚRGICO: Después de aplicar anestesia general, se preparó con Betadine y se cubrió el abdomen. Se hizo una incisión en el centro desde la xifoides hasta unos cinco centímetros por debajo del ombligo. La exploración manual del abdomen no reveló ninguna anomalía palpable. El bazo tenía un tamaño preocupante. Había una serie de adherencias poco habituales de epiplón en el cuadrante superior izquierdo de la pared abdominal que hubo que eliminar para dejar al descubierto el bazo. Procedimos a pinzar, dividir y ligar las arterias gástricas cortas. Luego colocamos un hilo alrededor de la principal arteria esplénica y lo atamos. Después extrajimos el bazo del retroperitoneo. Después pinzamos, separamos y ligamos, uno por uno, los vasos del hilio. El bazo no era anormalmente grande. Se envió a Patología para someterlo a un corte permanente. Después de asegurar la hemostasia en todo el lecho del bazo, procedimos a hacer una biopsia cuneiforme del lóbulo izquierdo del hígado. El siguiente paso fue abrir el epiplón menor y dejar al descubierto el tejido retroperitoneal justo por encima del páncreas y próximo al tronco celíaco. Aquí encontramos una serie de nódulos de aspecto normal. No logramos separar un nódulo entero, pero sí obtuvimos varios fragmentos de tejido nodular de este plexo linfático celíaco. Después dejamos al descubierto la primera parte del yeyuno y levantamos el ligamento de Treitz para introducirnos en el retroperitoneo detrás del duodeno y junto a la aorta. Había un nódulo firme de 1,5 centímetros que probablemente no superaba los límites normales, pero, desde luego, era muy palpable. Lo extrajimos y lo enviamos a Patología para que hicieran un corte permanente. Luego abrimos el retroperitoneo para dejar al descubierto la parte derecha de la fosa ilíaca y extrajimos parte del tejido blando nodular y perilíaco. Seguimos el mismo procedimiento en el lado izquierdo, aunque no teníamos tanta seguridad de que hubiera un nódulo. Palpamos cuidadosamente todos los vasos ilíacos en el retroperitoneo y no pudimos identificar ningún nódulo hipertrofiado ni sospechoso. Palpamos la fosa ilíaca externa a través del peritoneo intacto y tampoco palpamos ninguna adenopatía significativa. Recorrimos el intestino delgado y no identificamos tampoco ninguna lesión. Cortamos un nódulo mesentérico del mesenterio yeyunal y lo enviamos a Patología. Luego cerramos el abdomen utilizando Ticrons núm. 1 en la fascia y puntos subcuticulares de Dexon 4-0 para unir los bordes de la piel. A esto último añadimos tiras esterilizadas.

COMPLICACIONES: Ninguna].

El tictac de la jerga médica en el documento está lleno de subtexto.

«El paciente no tiene quejas».

Claro que las tiene. Muchísimas, y enconadas, y que no se pueden resolver con unos murmullos tranquilizadores.

«El paciente toleró bien el procedimiento y [fue] trasladado a la sala de reanimación en situación satisfactoria».

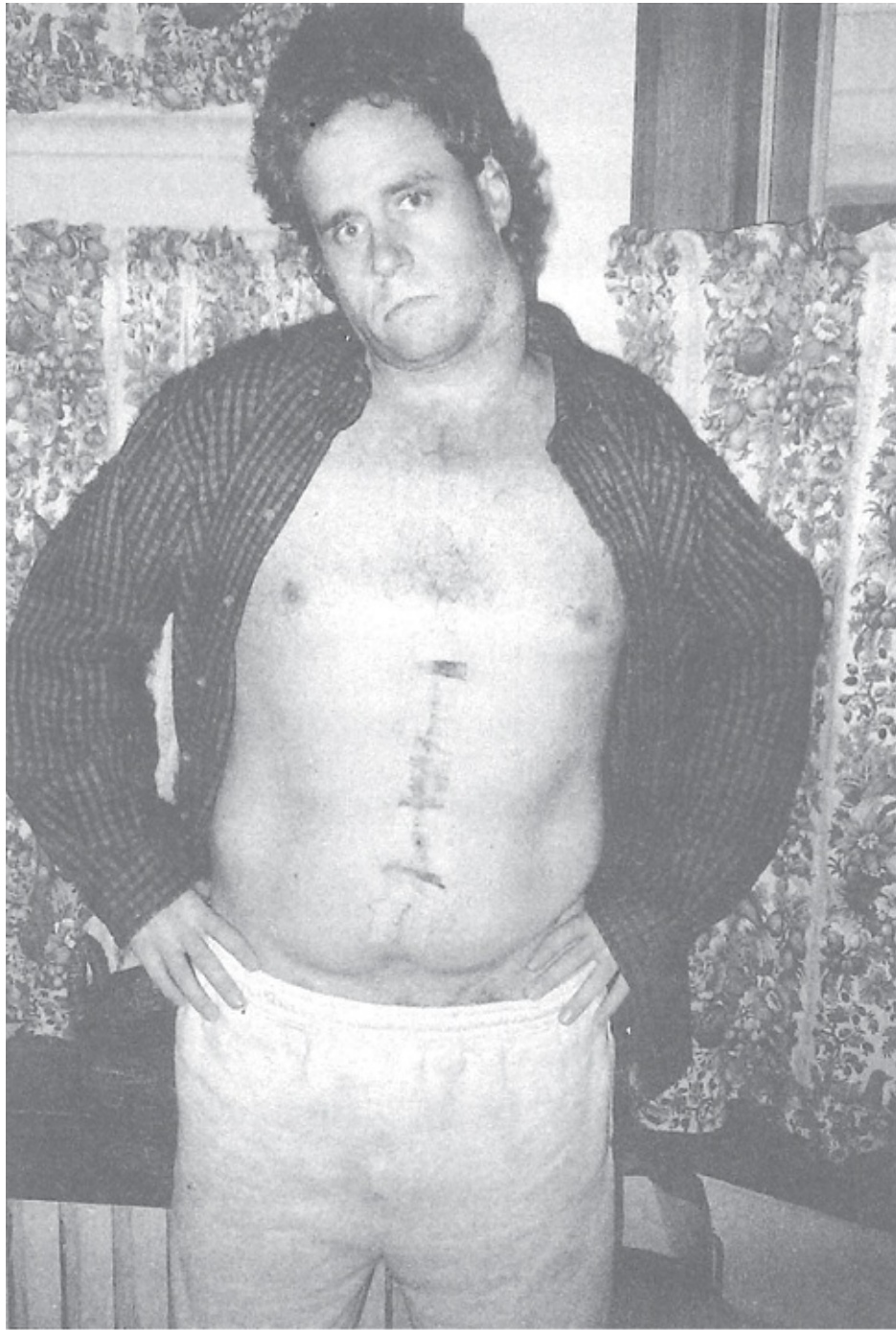
Que yo recuerde, el paciente tenía la sensación de que le habían abierto en canal y, cuando se despertó en la sala de reanimación, se dio cuenta de su estado y empezó a vomitar y, por tanto, a tirar de los puntos que acababan de darle.

«Al paciente se le ha extraído el bazo en el tiempo transcurrido desde el último examen».

¿Así como así? Mi bazo, con todo lo que me he expresado y me he desahogado en mi vida, debería haber sido un órgano muy adaptable. Digo yo que habría que reconocer su pérdida con algo más que una vida entera de antibióticos para profilaxis. Por supuesto que tuve un sentimiento agri dulce, pero ¿habría costado mucho que ese «agri dulce» tuviera de verdad algo de dulce?

«El paciente continúa mejorando y está en remisión completa de la enfermedad de Hodgkin».

Eso está mejor. Después de haber vivido medicado durante meses, salí corriendo. Una vez que el Borg médico tiene tus coordenadas, es capaz de trabar y cargar en un instante. He vuelto a estar en muchos hospitales, con muchos médicos, en muchas salas de espera, pero no porque el cáncer hubiera regresado, sino porque conseguí curarme aquella vez.



Desde luego, sus manifestaciones físicas no me han abandonado. No tengo mejillas —se me quemaron con la radiación— y tengo un cuello de cisne, aunque lleno de cicatrices de todas las biopsias, primero para ver si estaba presente el cáncer y luego para ver si había vuelto. Cuando voy a nadar, la gente a mi alrededor debe de preguntarse si he perdido una terrible pelea a navajazos. Tengo en mi abdomen lo que parece la marca de un machete: una cicatriz gruesa y granulada que baja desde el pecho hasta más allá del cinturón. Hay una pequeña sacudida en torno al ombligo, lo cual le da más dramatismo. Ahí dentro han estado muchas manos, y no me hago ilusiones de que no vayan a volver.

La ubicuidad del cáncer hace que, como le pasa a todo el mundo, me haya arrebatado a muchos familiares, incluida mi madre. Podría recurrir a la jerga de la

rehabilitación —me alegro de no ser yo—, pero, después de tantos años, todavía me siento muy en peligro. No desde el punto de vista clínico, pero sí psíquico. Aunque nunca suelo hablar de ello, tener cáncer me aterrorizó. Tenía la sensación de que estaba reproduciéndose todo el tiempo, incluso aunque no lo hiciera. Se me había olvidado eso hasta que obtuve el historial médico y lo examiné pasado todo este tiempo. Mi cuello volvió a hincharse, y, por lo menos en una ocasión, mi médico pensó que había notado un nódulo muy grande debajo del brazo. Después de mantener una actitud estoica durante los seis meses de tratamiento —no lloré, salvo por la noche, cuando me preguntaba si podía dar más malas noticias a Meagan y Erin—, la insinuación de que el cáncer había vuelto me provocó una crisis, lo que llaman un «episodio vasovagal». Eso quiere decir que me desmayé, no que me volví un blandengue. Era, como dicen, un falso positivo. Ahora estoy bien.

Pero distinto. Cuando la vida va bien, que es a menudo, siempre les digo a mis hijas que «las cosas no siempre serán así». Esparcido en los expedientes, enterrado bajo la jerga médica, está claro que tener cáncer me produjo una herida mucho mayor que la adicción. Con esta última, yo podía mirarme al espejo y decir: sí, esta enfermedad ha estado a punto de matarme y volverá a hacerlo si no estoy atento. Pero el cáncer tiene su propio calendario de citas. Un día, tu cuerpo te pertenece a ti, y al siguiente, no es más que un anfitrión. Ese poder místico, esa imposibilidad de controlarlo, da al cáncer un control del alma que nunca desaparece del todo.

A veces, cuando duermo, oigo un bip bip, como los ruidos de una máquina de hospital, o de una diminuta nave espacial que se dispone a aterrizar.

* * *

Volví del hospital con treinta centímetros de cicatriz en el abdomen. En aquella época, Doolie y yo nos veíamos de manera ocasional, pero, por pura compasión, vino y se aseguró de que el resto de mí aún funcionaba. Fue un gesto de una generosidad increíble, sobre todo porque mis heridas, cielos, rezumaban un poco. (No quiero adelantar acontecimientos, pero esta «estrategia conservadora» hizo que, para evitar las complicaciones de la quimio, tuviera que vivir una odisea quirúrgica, con una operación de hernia ventral, cirugía para reparar las cicatrices quirúrgicas —lo que, si se piensa, parece contradictorio—, pancreatitis aguda necrosante, extracción de la vesícula biliar, etcétera. Si tenían pensado utilizarme de cajero automático, me gustaría que hubieran instalado una puerta con bisagras en vez de cortarme para entrar cada vez).

Nunca estuve a punto de morir, pero, durante el primer mes de tratamiento, parecía que sí. En aquellos treinta días, me sometí a una biopsia de cuello, una biopsia de médula, una gran cirugía abdominal y miles de rads de radiación. Me despertaba rodeado de puñados de cabello, con las orejas, el cuello y el interior de la garganta quemados, pero me parecía que valía la pena. Yacía allí mientras me

irradiaban y una voz mecánica repetía instrucciones por un pequeño altavoz: «Retenga el aliento». «Relájese». Pasé mucho tiempo contemplando un cartel de imágenes tropicales en el techo y absorbiendo el ritmo zen de la máquina. (Quizá ese cartel fue el motivo de que, al acabar el tratamiento, sintiera el extraño impulso de irme a Nicaragua, pero no puedo estar seguro. Fue un buen viaje).

Pasé de ser un tipo gordo y con ligero aspecto de matón, con una cicatriz espantosa, a ser una persona delgada y casi beatífica. Cada vez que veía mi reflejo, ya fuera en un espejo o en la mirada de un amigo, apartaba los ojos.

Una noche, mi amiga Mary, a la que conocía de la parroquia, vino a nuestra casa de Pillsbury para dar de cenar a las niñas. Yo estaba descansando en el sofá del salón y escuchando la música de la conversación de Mary con Erin y Meagan mientras cocinaba. De pronto, una lámpara de cristal del techo se soltó, golpeó a Mary en la cabeza, se rompió y le abrió una raja en el brazo. Resulta que los inquilinos del piso de arriba se habían dejado el grifo abierto, la inundación había reblandecido el techo y, con la lámpara, cayó el diluvio universal. Mientras le ayudaba a contener la sangre de la herida, pensé: «Este lugar es el jodido templo maldito. Nadie más va a entrar ni salir. Solo nosotros».

Las niñas y yo desarrollamos una rutina. Meagan, que tenía una propensión casi patológica para cuidar de los demás, empezó a asumir todo tipo de responsabilidades a medida que las niñas se acercaban a los cuatro años. Desde mi sofá del salón, veía cómo colocaba vasos de zumo en el mostrador, por encima de su cabeza, o cómo limpiaba algo que se había caído con el papel de cocina que sabía que se guardaba debajo del fregadero. (Por cierto, Meagan no se acuerda de nada de esto).

Si mis hijas estaban asustadas, no lo dejaban ver. Adoptamos la costumbre de que yo les contaba todo lo que sabía, aunque todavía fueran tan pequeñas. Sí, estaba enfermo, de una cosa llamada cáncer, pero los médicos estaban bastante seguros de que iba a ponerme bien. Mientras tanto, quizá no tendría buen aspecto o no me encontraría bien. Por su parte, las niñas resistieron y dijeron que una cosa que se llamaba «cáncer» no iba a poder con personas como nosotros.



Cuando me encontraba bien, me dedicaba a ordenar el frigorífico de forma que todo lo que se podía comer crudo estuviera en los estantes de abajo; así, las niñas podían coger unas zanahorias o una manzana si tenían hambre. Más de una vez mandé a Meagan para que diera diez dólares al hombre que traía la *pizza*. «Quédese el cambio», la oía decir, de acuerdo con mis instrucciones, a algún tipo asombrado que seguramente lo contaba nada más volver a su local. Las noches en las que estaba demasiado cansado para acostarlas, me quedaba en el sofá y la oía decirle a Erin que era hora de rezar antes de ir a la cama.

«Hermosa señora, vestida de azul, enséñame a rezar...».

Cuando mis amigos me llamaban para ir a verme, me disculpaba y decía que estábamos bien, pero que no podíamos recibir a nadie en esos momentos. Los familiares eran otra cosa. Mi madre iba y venía, traía comida fácil de hacer y se llevaba la ropa para lavar. Mi hermana Co, mi aliada de siempre y la payasa de la familia, seguía controlando todo. Irrumpía por la puerta con los brazos cargados con comida basura y la cabeza llena de aventuras, y traía el circo a casa cada vez que entraba. En aquella época no podía ni soportar el sonido de la televisión, pero su voz, sus gritos, sus travesuras, me parecían celestiales. Cuando me preguntaba qué tal estaba, le decía la verdad, que me encontraba como una mierda y que «eso» me daba mucho miedo.

«¡Eh, qué coincidencia! ¡A mí también! Bueno —decía volviéndose hacia las niñas—, ¿qué os parece que vayamos a vuestro cuarto y construyamos un fuerte enorme en el que nadie esté de mal humor y todo el mundo se sienta bien?».

Cuando tengo que hacerme un TAC —que es cada vez que tengo algún achaque nuevo—, el técnico siempre se muestra confundido. «¿Dónde está su bazo?». «¡Eh! ¿Qué le ha pasado a su riñón?». Y «parece que le falta la vesícula». Y da varios

silbidos mientras repasa las ruinas de mi pasado en la pantalla.

Que conste en acta que he sufrido cuatro conmociones, no tengo menisco derecho, nací con un solo riñón, tengo medio páncreas, no tengo bazo ni vesícula, y lo que queda de mi interior está cubierto por una red de acero para mantenerlo en su sitio. Tengo cicatrices en el cuello y el abdomen, de cuando se metieron los cirujanos. Se me han roto las dos piernas, una muñeca, un brazo, un pie, la nariz (dos veces), una mano y un dedo. El cirujano maxilofacial tenía razón, me ha costado conservar las muelas, pero todavía pido solomillo, de poco hecho a medio. Tengo el cuello permanentemente doblado —el síndrome de la cabeza caída— porque los nervios y los músculos que lo sostienen sufrieron a causa de la radiación que absorbí hace tantos años.

Todo ello me sirve para recordar dos cosas:

Quizá me libré de unas cuantas cosas, pero no me libré del todo. Al salir, me llevé otras a rastras.

Y se puede vivir sin demasiadas cosas. No puedo donar nada, pero tengo suficiente salud para hacer cientos de kilómetros en bicicleta y esquiar por pendientes escarpadas cuando tengo ocasión, y a diario me siento lo bastante bien como para trabajar honradamente. Más vale seguir circulando, no vaya a ser que el extraterrestre localice tus coordenadas.

LA GENTE DE LA ALDEA

Cariño, tú eres la princesa que busca a su mamá, y yo soy la madre, y nos encontramos en los bosques al lado del palacio.

Meagan, hablando con Erin en la bañera
cuando tenían cinco años,
citada en una columna sobre Padres en
Family Times.

Empecé a recuperar para mí y para mis hijas las prerrogativas de una vida normal — en su versión burguesa— a medida que me curaba en 1991. Ese verano, los fines de semana, íbamos a Blueberry Lake, en Wisconsin, a unas cabañas de pesca desvencijadas que había comprado mi familia. Era un poco como el complejo de los Kennedy en Hyannisport, pero sin el fútbol, ni el océano, ni los yates: un nirvana de blancos pobres. Cuando funcionaban las motoras, llevaba a las niñas a pasear y a pescar y, cuando no funcionaban, sostenía las llaves inglesas mientras mi padre maldecía en voz baja. Muchas veces, aprovechaba para dormir un poco mientras el resto de la familia vigilaba a las gemelas.

Blueberry siempre era mucho más divertido cuando estaba mi hermana Coe, porque era sinónimo de travesuras. Por ejemplo, construía algún artefacto descabellado y claramente inseguro, ya fuese para la tierra o el agua, y plantaba en él a las gemelas.



Coo enseñó a mis hijas que las mujeres podían fabricar cosas —le encantaban las herramientas eléctricas— y que no hacía falta esperar a un hombre para que funcionaran. Había estado casada con un tipo estupendo, un agricultor, que de vez en cuando contaba chistes sobre maricas. Yo, que había pasado gran parte de mis años universitarios codeándome con una panda de lesbianas brillantes y aficionadas a la marihuana, y que notaba cómo se le abrían los ojos a Coo cada vez que estaba con ellas, sabía que en algún momento se despertaría y le diría a su marido que era una de ellas.

A partir de entonces, fue la auténtica caricatura de la lesbiana; enseguida conoció a alguien en un grupo de mujeres, una de ellas llevó un camión de mudanzas a la segunda cita y, en un abrir y cerrar de ojos, Coo estaba viviendo con su pareja en un barrio acomodado de Mineápolis y llevando esos horribles trajes de chaqueta de seda con estampado animal que parecen comprados en Lesbians R' Us. Era una persona llena de energía, capaz de alterar una habitación con su presencia, y le gustaba venir a mi casa para darle un buen repaso. Las gemelas empezaron a quedarse a dormir en su casa desde muy temprano. Había velas, películas, Skittles para todo el mundo, y nada de horarios rígidos para ir a la cama. Yo solía decir que esas noches eran el campamento de adoctrinamiento lesbiano.

La otra constante en los primeros años de mis hijas fue Kathy, su niñera, también lesbiana, aunque mucho menos extravagante. Era una antigua monja que vivía en la parte sur de la ciudad. Gracias a una serie de referencias, acabó siendo la canguro de cabecera para un grupo de padres y madres, sobre todo solteros, que tenían dificultades de un tipo o de otro.

Volví a ver a Kathy, que ahora vivía bastante lejos de la ciudad con su pareja de siempre, Cynthia, y de inmediato empezó a darme fotos. Le habían diagnosticado un

cáncer en estadio 4 y, como estaba de salida, quería dejarme algunas cosas. Hablamos durante horas, nos dimos un gran abrazo y hablamos sobre visitar a las chicas. Los dos sabíamos que no iba a ser posible.

Kathy tenía un toque de perfección, una constancia extraordinaria. Y cuidaba de los padres además de los hijos. Yo recordaba aquellos años, desde que las niñas tenían unos tres años hasta que cumplieron los seis, como un periodo sencillo y maravilloso, pero Kathy me recordó que también habían sido tiempos difíciles.

—Cuando pienso en lo mucho que trabajabais, todos vosotros, tanto las familias monoparentales como las de dos padres, cómo os matabais a trabajar, igual que yo... —dijo—. Yo trabajaba mucho, y tus padres trabajaban mucho, y las niñas florecieron, crecieron maravillosamente. Hice un buen trabajo con ellas. Encontré mi sitio.

Y dijo que yo encontré el mío mientras me conocí.

—Te cambió, tener a esas dos niñas. Estoy segura de que, si hubieras tenido dos chicos, habría sido distinto. Por algún motivo. Creo que te cambiaron.

Movió un brazo que claramente le dolía. El cáncer estaba en todas partes y ahora estaba aquí, a mi lado, dentro de mi amiga. Ella siguió hablando.

—Te hizo dejar de ser egocéntrico para centrar tu atención en ellas. Y eso significaba cuidarte tú. Lo vi, dio la casualidad de que estaba presente en el momento de la transformación. Las querías muchísimo.

Me recordó que contaba con el apoyo de una unidad táctica de amigos y familiares que me echaban una mano siempre que hacía falta. Que era muchas veces, por el trabajo o, en aquella época, por mi cáncer.

—Estabas rodeado de personas dispuestas a apoyarte hasta el final. No recuerdo a todos tus amigos, pero, de vez en cuando, venían a buscar a las niñas, y ellas sonreían. Las niñas estaban acostumbradas a tener a toda esa gente en sus vidas.

Y eso fue útil cuando caí enfermo.

—Recuerdo que hablabas de ello como si no fuera gran cosa, en plan «Tengo que hacer esto», es decir, que tenías que seguir adelante. No recuerdo que me despertaras compasión. Recuerdo que más bien te admiraba. Estabas de lo más decidido —dijo—. No recuerdo que parecieras digno de compasión. Recuerdo que estábamos todos preocupados por ti cuando estabas en el hospital. Recuerdo a tus padres (a tu padre más que a tu madre) y recuerdo que las niñas se iban a casa con ellos o con Coe, y que todos estábamos pendientes de las niñas.

Al final, yo me recuperé, pero Kathy no. Murió pocos meses después de que nos viéramos. Cuando veo las fotos de la guardería que tenía montada Kathy en su casa, ella suele estar fuera del encuadre, pero se la puede ver reflejada en todos los rostros, incluidos los de mis hijas.



* * *

Como padre, yo era el rey de la improvisación y no dejaba de esforzarme, no ya para conseguir lo que tenían otros, sino simplemente para mantenernos a flote y seguir nadando. Cuando las gemelas miraron, arrobadas, unos caros disfraces de vaqueras que vendían antes de Halloween, compré los sombreros y les dije que íbamos a fabricarles unos ponis para que los montaran. Con unos caballos de juguete, un poco de purpurina y dos cajas de cartón, conseguí que las niñas fueran felices a lomos de sus yeguas. Las vaqueras de Halloween de 1993 fueron un triunfo personal que no se me olvida.



Las gemelas estaban adquiriendo una personalidad propia a tal velocidad que, a veces, cuando iba a casa de Kathy a recogerlas al final del día, me parecían claramente distintas que cuando las había dejado por la mañana. Cuando empecé a cuidar de ellas eran un concepto, pequeños seres inquietos que me recordaban mi responsabilidad. Pero, entonces, empezaron a hablar y a responderme. Al repasar las columnas que escribí para el *Family Times*, me di cuenta de que había experimentado un giro radical, había pasado de ser un gran matón desagradable a ser uno de esos horribles padres empalagosos que piensan que todo lo que hacen sus hijos es extraordinario. Las cosas más pequeñas eran tremendas. Hacer un huevo. Comer caramelos. Ir de paseo.

FAMILY TIMES, OCTUBRE DE 1992

Hasta las viejas recetas familiares como el «Huevo al nido» —transmitida desde hace generaciones en mi familia— están sujetas a escrutinio. El otro día, le di a cada una de las niñas la oportunidad de freír su propio huevo dentro de un panecillo.

—Más mantequilla, papi. Eso es lo que hace que estén mucho más ricos —dijo Meagan mientras señalaba la margarina con la espátula.

—Eh, llevo haciendo huevos al nido perfectos desde que los dinosaurios recorrían la tierra —dije mientras ponía un poco más de margarina en la sartén—. Mi padre me enseñó a hacerlo.

—Bueno, es tu papá, pero es nuestro abuelo, y nosotras también sabemos hacerlo —dijo, mientras levantaba con habilidad una esquina del pan para ver cómo estaba haciéndose el huevo.

A continuación fue Erin y se quedó tan satisfecha con su desayuno que me

ofreció un beso en los labios, cosa poco frecuente.

—Ah, vaya —le dije, fingiendo asombrarme—. No suelen gustarte los besos.

—Bueno, he cambiado de opinión. —Hace no mucho, en el SuperAmerica, tuve un impulso y compré unos Gummy Bears, unas gominolas que decían tener sabores tropicales. Cuando abrí las bolsas a las niñas, el coche se inundó de un olor dulzarrón insoportable, y de pronto aterrizaron en el asiento delantero entre carcajadas y gritos de lo horribles que eran.

—No son gominolas. Son puaj —dijo Meagan, y así se desató una larga ristra de carcajadas de las dos listillas de detrás. Envalentonada, Erin dio con las palabras para describir exactamente lo horrible que era lo que les había comprado—. Son tan asquerosas que saben a árbol de brócoli.

Mi vida, que yo temía que se redujera a la nada cuando asumí una responsabilidad que iba más allá de mis propias necesidades, había empezado a estallar de maneras gloriosas e imprevistas.



UN AMOR SALVAJE

En mi familia éramos feroces unos con otros. Mis hermanos Jim y Joe desarrollaron las aptitudes que puedan tener como pugilistas a base de utilizarme como saco de boxeo, hasta que empecé a devolverles los golpes. «Te pegamos sin cesar hasta que te convertiste en una especie de monstruo, y entonces nos mantuvimos apartados», dijo Joe. Ahora bien, cuidábamos unos de otros. Era algo tribal, mucho más antiguo y duradero que la idílica postal suburbana en la que vivíamos. Recuerdo cuando acababa de empezar el instituto y unos chicos de un curso superior me llevaron a una esquina del gimnasio para aporrearme. Vi por encima de sus hombros a mi hermano Jimmy que venía corriendo. Supuse que quería unirse a la juerga, puesto que llevaba años haciendo lo mismo. Era un chico menudo, pero con el que más valía no enfrentarse. Todavía le llamamos el Salvaje. Saltó sobre la espalda de los agresores y no paró hasta que salieron corriendo. Una cosa tribal. Una cosa irlandesa. Nadie se mete con alguien de nuestra familia. Todavía hoy.

En una familia de siete, hay todo un universo de habilidades. La más pequeña, Missy, recibía un montón de órdenes y nos daba amor a cambio. Mi hermana Lisa era la única de la familia que se puso en la cola del sentido común cuando Dios hizo el reparto. Coe era una innovadora, una chica que siempre pensaba en las posibilidades y veía el cielo azul. Joe era el favorito de mi madre —una verdad que no se podía decir, pero que estaba ahí— y tenía una habilidad para caer bien que no terminaba en ella. Mi hermano John era el mayor, el que ayudaba a negociar la paz en la familia cuando no estaba haciéndolo en Oriente Próximo o Irlanda del Norte, lugares a los que iba en nombre de los obispos católicos. Y Jim era el único Carr que sabía contar. Antiguo ejecutor de embargos, con habilidad para el cobro de impagos, conocía y entendía los problemas de crédito en una familia que tenía unos cuantos. Cuando empecé a tener estabilidad en mi vida, me encontré con que tenía una deuda aproximada de treinta mil dólares.

«Envíame el expediente», ladró cuando le pedí consejo. El expediente era una bolsa llena de cartas amenazadoras, notificaciones de vencimiento y amenazas de embargo. El Salvaje conocía muy bien el juego y negoció en mi nombre, aprovechando sus dotes telefónicas, que le convertían en un animal rapaz. Escribió cartas con el arsenal bien dotado, y utilizó todas las balas: yo había sido adicto al *crack*, víctima del cáncer, padre soltero con dos hijas, y adjuntó un recorte. Mintió un poco al decir que estaba dispuesto a pagar las deudas personalmente, pero solo si el asunto se solucionaba en un breve plazo. Al final, la mayoría de mis acreedores aceptaron saldar las deudas por mucho menos dinero del que correspondía.

14/3/94

Betty Marks

Departamento legal de Citicorp

Re: David M. Carr

Betty, tal como acordamos en nuestras conversaciones de la semana pasada, adjunto un artículo que destaca algunos de los problemas que ha tenido David en su vida.

Como verá, llevó una vida animada, por no decir otra cosa. Ahora ha superado los problemas con la cocaína y también lidia con otras situaciones nuevas en su vida.

David es padre soltero de dos gemelas de cinco años, Meagan y Erin. Su madre —nunca se casaron— tenía los mismos problemas de dependencia que David y «se fue» cuando eran pequeñas. David tiene la plena custodia de estas niñas maravillosas.

Otra experiencia que ha vivido David es la del cáncer. Le diagnosticaron la enfermedad de Hodgkin hace año y medio. Después de meses de terapia y radiación, parece estar en remisión.

Le he dicho a David que debería escribir un libro sobre sus pequeñas aventuras de los últimos diez años, pero quién se creería que le ha ocurrido todo eso a una sola persona.

Esto sí que es una realidad: David está en pleno proceso de recomponer su vida, y el último gran obstáculo es su historial de crédito. No es demasiado bueno, por no decir algo peor. He ayudado a David en varias ocasiones: por ejemplo, le compré un coche que luego «perdió» (literalmente, no recordaba dónde lo había dejado y nunca apareció). Pagué algunas otras ejecutorias para que liberaran la casa de su exmujer, que la vendió, y él mismo pagó un préstamo estudiantil que estaba también en fase ejecutoria.

David no tiene dinero, pero tiene un hermano que sabe que, si se le da la oportunidad, prosperará y criará a esas dos maravillosas niñas. No puede obtener crédito ni comprarse una casa mientras esta ejecutoria siga vigente.

Está trabajando, pero las facturas médicas, el cuidado de las niñas y los gastos corrientes no le dejan suficiente para pagar una deuda tan grande como la que tiene con su empresa.

He aquí lo que le propongo: estoy dispuesto a pagarle setecientos cincuenta dólares a cambio de la liquidación total y definitiva de todo lo que debe David, incluida la cuenta en su agencia.

Es dinero mío, y es todo lo que tengo para resolver esta deuda. Si alguno de mis deudores me ofreciera veinte centavos por cada dólar después de siete años, lo aceptaría sin dudarlo.

Agradecería que tenga la amabilidad de estudiar este asunto.

Aunque, de jóvenes, nos zurrábamos de lo lindo, al crecer, acabamos aprendiendo cómo funcionaba el mundo y que era más seguro afrontarlo juntos. Éramos personas extraordinariamente distintas, pero teníamos cosas en común, incluida una afición excesiva a John Barleycorn^[13]; el Salvaje y mi hermana pequeña, Missy, parecían ser los únicos que no habían caído en esa trampa. Uno tras otro, los demás pasamos por el proceso de desintoxicación, un terreno que ya había preparado mi padre. Mi hermano mayor, John, es un antiguo seminarista que interrumpió sus estudios para sacerdote cuando conoció a Linda, su alma gemela y, con el tiempo, su esposa. Era un alto funcionario de la Iglesia Católica y trabajaba sin descanso en favor de los pobres, los desposeídos y los indefensos. Y, sin embargo, a pesar de sus éxitos constantes en el ámbito profesional y en el familiar, hace unos años le llegó el turno de reconocer su impotencia en un aspecto de su vida. Para él, su adicción era una forma de debilidad, una falta de rigor personal. Cuando entró en tratamiento, le envié una larga carta en la que detallaba nuestro historial familiar, para recordarle que su padre, una de sus hermanas y dos de sus hermanos habían pasado ya por ahí. Cuando hablé con él para el libro, me mandó una copia de la carta.

Hay una parte de ti que sigue pensando que el alcoholismo es un fallo moral, pero existen muchas pruebas que dicen todo lo contrario. Eres alcohólico y eres un hombre de grandes valores morales. No engañas a tu mujer ni dejas de pagar tus impuestos (no mucho, en cualquier caso). Tienes unos hijos maravillosos, con firmes principios, y has demostrado el poder de la fe en el ámbito personal y en todo el mundo. Es decir, eres un buen hombre. Pero también eres un alcohólico.

¿Qué es un alcohólico?

Una alcohólica es una mujer que nace con un defecto congénito, que sufre terriblemente en la adolescencia, y que comete tremendos errores. Esta mujer encuentra a un buen hombre, construye una vida nueva con él, pero va acompañada de la botella. Tiene un hijo que también posee ese defecto congénito. Y la mujer se rehabilita, quiere a ese hijo y a todos los demás con locura, los levanta, los anima, les enseña una vida buena y genuina. Se convierte en un ejemplo de fuerza y calma para todos los que la rodean, una dinamo de amor discreto. Esa mujer es una alcohólica, pero ha logrado recuperarse.

Un alcohólico es un tipo que vive su vida sin pensar en nadie más. Es un vividor que despliega alegría por donde va. Ama la vida y a la familia de la que procede, y recibe amor a cambio. Pero su afición a las juergas acaba pudiendo con él, y se encuentra en dificultades una y otra vez. Los buenos

ratos disminuyen y los sustituyen una multa por conducir bajo los efectos del alcohol, una vida solitaria emborrachándose en habitaciones de hotel y muchas mañanas de sufrimiento implacable. Al final, se harta de la soledad, el dolor, de toda la mierda, e ingresa en un centro de tratamiento. Consigue estar limpio justo a tiempo de acompañar a su madre que está muriéndose. Y, mientras tanto, encuentra a una mujer de sus viejos tiempos y, con ella, el amor verdadero. Se casa con esa mujer, acoge en sus brazos a sus hijos y a ella, y halla la manera de construir una nueva vida en medio del caos de tener poco dinero y unos adolescentes en casa. Su amada cae golpeada por la enfermedad, y él la acompaña a cada paso hasta que vuelve la estabilidad. Cuando muere su hermana, el hombre coge las riendas y pone todos sus asuntos en orden. Su amor es inmenso, igual que su talento, y ahora despliega mucho más que un buen rato por donde va. Este hombre es un alcohólico, pero vive sobrio día a día.

Un alcohólico es un tipo que se mete en líos desde muy temprano y con frecuencia, que cae en un mundo de oscuridad y drogas. Una vida joven y prometedora desaparece sustituida por una vida de corrupción, de búsqueda constante de la dosis y la euforia. En un momento dado, deja embarazada a su proveedora de drogas, y las gemelas que salen de ahí acaban siendo exclusivamente suyas. Se rehabilita, pasa seis meses en un antro tratando de recordar quién se supone que es. Encuentra una forma nueva de vivir y empieza a asumir la responsabilidad de su nueva vida y de las vidas que han depositado en sus manos. Lucha con el cáncer y muchas otras amenazas contra su salud, pero permanece sobrio. Conoce al amor de su vida, reanuda con éxito su carrera profesional, y encuentra una felicidad que no había conocido jamás. Ese hombre es un alcohólico, pero un alcohólico que ha decidido reconocer su impotencia ante el alcohol y las drogas y se ha rendido para ganar el combate.

Un alcohólico es un tipo que nace en circunstancias favorables, que tiene todas las ventajas, pero que, cuando emprende su propio camino, se tropieza. Tiene muchos hijos con una mujer a la que quiere, crea un negocio y lo pierde, y empieza a beber demasiado. Oculta las botellas en el sótano y bebe a escondidas cuando puede. Su vida profesional es un desastre, aplastada por fuerzas más allá de su control, hasta que, un día, decide que se acabó el gran experimento; que, si vuelve a cruzarse con el alcohol, va a perder la pelea. Recobra la sobriedad, aprende a ser humilde y empieza a trabajar para gente mucho más joven que él. Consigue lo que se ha propuesto y se jubila después de haber enseñado a muchos. En todo ese tiempo, el hombre logra un triunfo espiritual, porque se convierte en líder de hombres y mujeres. La mujer a la que ama cae muy enferma y él la cuida con amor y dedicación. La consuela hasta el último instante de vida, y, cuando ese instante también está a punto de

pasar, está totalmente presente. Vive su duelo, encuentra un nuevo amor y comienza otra vida rica y plena. Sigue queriendo y cuidando a sus hijos con todas sus fuerzas. Ese hombre es un alcohólico, pero ha encontrado a Dios en su vida, un Dios que le ha inundado con las promesas de la sobriedad.

Un alcohólico es un tipo que siempre actúa, y lo hace de prisa, un líder carismático y de enorme talento. En lugar de dedicar ese talento a enriquecerse, se convierte en un guía, un hombre que descubre y estimula la compasión. Encuentra a su amor y se casa con ella, y su influencia es cada vez mayor. Se encuentra igualmente cómodo entre los líderes mundiales y entre los seres más pequeños. La gente viene desde lejos para oírle hablar. Pero, en medio de todo ello, el hombre descubre que bebe demasiado, que usa el alcohol para amortiguar el dolor que le produce el mundo. Sus éxitos profesionales son cada vez más numerosos, pero tiene el alma oscura y atormentada. Su trabajo y su esfuerzo sufren mucho por el comportamiento irresponsable e infame de otros. Se hunde en una depresión de la que no consiguen hacerle salir ni la mujer ni la familia a las que tanto quiere. Hasta que, un día, se despierta y dice en voz baja: «Basta». Entra en un centro de tratamiento lleno de aprensión, pero entra. Ese hombre es un alcohólico, pero un alcohólico que ha dado el primer paso hacia la luz de su futuro.

MI PLAN PARA APODERARME DEL MUNDO

Ni por un momento he imaginado que nada de lo que tengo que contar pueda ser interesante para el público, ni por lo que constituye la narración misma, ni por el hecho de que se refiere a mi persona.

John Stuart Mill, *Autobiografía*^[14]

Cuando le conté a Sam, mi jefe en *The New York Times*, que iba a escribir el libro, hablamos de cómo podía abordar el proyecto.

—¿Sabes esa parte en la que te sacudes el polvo y te apoderas del mundo? —preguntó.

—Sí —dije.

—Esa mierda es *aburridíiiiiiiiiisima*; no le interesa a nadie.

Aun así, los principios del género me exigen analizar con detalle cómo cambié el rumbo que me empujaba a una condena inevitable y logré tener una vida profesional que desbordó todas mis expectativas. Así que aquí va:

Trabajé mucho.

Si unas memorias son un intento de fabricar la propia identidad a través de un relato, los sueños se limitan a invertir la polaridad de ese mismo imperativo. El futuro es todavía más fungible que el pasado: podemos inventárnoslo, asegurar que será así, pero nadie puede decir con certeza que vaya a suceder. Herman Melville, a propósito de la historia, dijo que el pasado es el libro de texto de los tiranos, mientras que el futuro es la biblia de los que son libres.

Para vencer en esta carrera, tanto si uno es el que persigue el trofeo como si se beneficia de lo que hayan conseguido otros, hay que practicar cierta dosis de autoengaño. Para empezar, el aspirante debe creer que el mundo es un lugar fundamentalmente meritocrático, que el esfuerzo dará fruto, que ganar es cuestión de intentarlo. Y, si logra sus objetivos, creerá que vive en un mundo justo y bello. Y, si las cosas no salen bien, se irá al bar a murmurar amargas maldiciones sobre un vaso de *whiskey* barato y a lamentarse por lo que podría haber sido.

Dueño de mi salud química y mi vida profesional, de forma definitiva o, al menos, temporal, tenía un objetivo global. Quería tener suficiente energía y habilidades para que, si se me acercaba alguien con malas intenciones, yo pudiera decirle: «No mandas en mí, vete a la mierda», y pasar a otra cosa. Había visto cómo zarandeaban a mi padre hombres inferiores a él, que mentían más que hablaban, y

decidí que no quería terminar así. O, por lo menos, si me iban a mangonear, que lo hicieran mujeres y hombres de talento, personas que supieran cosas y estuvieran dispuestas a enseñarme. Con la inspiración adecuada, soy tan trabajador como el que más, y requiero muy poco mantenimiento.

* * *

Mi vida profesional se benefició de la sabiduría de otros. Los tipos con los que me juntaba seguían estando locos; simplemente, ya no bebían ni se drogaban. Cuando llevaba ya un tiempo sobrio, alquilamos una casa flotante y bajamos el Misisipi con la intención de jugar al golf, cocinar a bordo y pescar un poco. Ese verano había llovido mucho, y el tipo que nos alquiló la barcaza echó un vistazo a aquel grupo variopinto —aunque no nos habíamos metido ni una gota de alcohol ni una dosis de droga en años, parecíamos un ejército zombi— y nos advirtió que no saliéramos del canal principal. Muchos canales secundarios se habían desbordado y tenían un aspecto atractivo, pero, en realidad, eran muy poco profundos y, sin el cuidado necesario, podíamos destrozar el carísimo motor de popa, dijo en tono grave.

No tuvimos cuidado. Intentamos pasar por el lado de sotavento de una isla y, cuando intentamos salir, nos quedamos atascados a contracorriente. El motor se embarrancó y lo utilizamos, más o menos, para cavar en el fango e intentar arrastrarnos de vuelta hacia donde se suponía que debíamos estar. Justo cuando estábamos a punto de lograrlo, se rompió algo, y el agudo silbido nos hizo comprender que ya no había ningún cable que conectara el motor y la hélice que conducía el barco.

Por arte de magia, flotamos hasta el canal principal y pudimos atracar en el lado de la isla en el que debíamos haber estado. Antes de hacer señales a algún barco que pasara, nos apiñamos en la cubierta: ocho tíos con mucha labia tratando de construir una versión de lo que había pasado. «Sí, estábamos a la deriva, y se soltó». O: «Había un gran tronco sumergido y no lo vimos hasta que era demasiado tarde». Las historias, todas falsas, empezaron a acumularse a nuestros pies. Mi amigo Steve, un músico y artista importante que, en una ocasión, estaba llamando la atención desde un balcón, en Nueva York, y se cayó varios pisos, se aclaró la garganta.

«La verdad es siempre más sencilla», dijo. Cuando vino el hombre, le dijimos que lo habíamos roto porque habíamos ido por donde no debíamos. La verdad, sencilla y sin adornos, es una especie de regalo, siempre que lo aceptes.

* * *

En mi sótano hay una carpeta llamada «Cosas profesionales». Está llena de notas pidiendo trabajo, notas para fijar el rumbo cuando ya lo tenía y notas para enderezarlo

si hacía falta luego. Lo que se ve en ellas es una serie de buenas ideas periodísticas, una verdadera necesidad de hacerlo bien y, ah, sí, otra cosa: da la impresión de que el tipo que las escribió era un auténtico gilipollas.

En 1993 quedó vacante el puesto de director en el *Twin Cities Reader*. El semanario, que solía estar lleno de vida, se había trasladado a las afueras de la ciudad y había madurado, quizá demasiado. Pero, sin decírselo a nadie, entregué una carta al editor, Jeff, en la que decía que su periódico había perdido el rumbo y que, si me contrataba, iba a llegar con una caja llena de granadas.

No me cabe duda de que algunas personas en las que pensaré usted para el puesto son muy listas y competentes, pero, la verdad, yo no iría con ellas a ninguna parte. Necesita a alguien que esté comprometido con la calidad, capaz de comunicarse de forma sustancial y directa, y de ofrecer un mensaje y una actitud que impulse a la gente a superarse constantemente.

Por definición, un director debe ser una persona que tenga muy claros sus propósitos y con convicciones, y las personas que trabajan a su alrededor pueden decirle que a mí no me falta ninguna de las dos cosas. Lo cierto es que el trabajo al frente del *Reader* solo me interesa si puedo agitar de verdad las aguas. Si está buscando a alguien que pueda respetar la valiosa sensibilidad de los periodistas y mantener las cosas tal como están, no le conviene hablar conmigo. Dicho esto, me encantaría tener la oportunidad de charlar con usted sobre los intereses que podemos tener en común.

No tenía ni idea de lo que pensaba Jeff del periódico, solo sabía lo que pensaba yo, y lo dije: «El periódico necesita mejoras, cualquier otro con el que hable será demasiado cobarde para cambiar las cosas, y yo estaré dispuesto a atemorizar o a despedir a cualquiera que me impida mejorarlo». A Jeff le convenció. Al cabo de tantos años, le llamé y le pregunté por qué se había jugado su dinero con un loco.

—Hablé con varias personas, y algunos, por tu historia, me aconsejaron en tu contra —recordó—. Otros se mostraron indiferentes y unos pocos dijeron: «Sí, David sabe lo que hace, es un buen tipo si consigues mantenerle por el buen camino. Si lo logras, entonces todo irá bien».

Era mucho suponer, pero, en fin.

En cuanto pensé que había una pequeña posibilidad de que me dieran el trabajo, pedí a todos los abogados, operadores políticos y empresarios conocidos que le enviaran faxes para ponerme por las nubes.

—Pensé que nos hacía falta alguien que fuera un poco irreverente, que volviera a infundir personalidad al periódico. Tú estabas al tanto de lo que pasaba. Tenías amigos bien situados; no quiero parecer papanatas, pero me impresionó el número de llamadas que recibí en tu apoyo; hiciste una gran campaña.

Durante siete años en el *Reader*, y posteriormente en el *Washington City Paper*,

fui el jefe. Mi tendencia natural al frenesí pasó a proyectarse sobre una redacción llena de gente. Ser de los que temen que se les pase algo por alto es una aptitud útil para un director de periódico, pero quizá no le convierte en alguien con quien te apetezca trabajar. Cuando me dieron el puesto, Paul, un redactor del *Star Tribune* de Mineápolis, publicó un perfil mío de lo más triunfal, muy amable y generoso.

Bajo un enorme titular, decía: «David Carr: Superviviente, el director del *Reader* derrotó al cáncer, la cocaína y la disputa por la custodia parental».

Cuando David Carr solicitó su nuevo cargo de director del *Twin Cities Reader*, dijo al editor del semanario: «Si no está dispuesto a que agite las aguas, no me llame». Como para subrayar su argumento, sobre la mesa de Carr, colgada del techo, se encuentra hoy una gigantesca Super Soaker, una pistola de agua que imita una ametralladora.

«Ah, eso —reflexiona Carr, de treinta y seis años—. Está ahí para recordar a todos los que entran en mi despacho quién manda».

Incluso en un hombre cuyo ingenio está a la altura de buenos amigos como los cómicos Tom y Roseanne Arnold, el comentario de Carr suena más a irónico que a humorístico. El *curriculum vitae* de Carr incluye el artículo para el *Minnesota Monthly* en el que Brian Coyle, el difunto concejal de Mineápolis, reveló su lucha contra el virus del sida, la espeluznante serie en dos partes para *Corporate Report Minnesota* sobre John Chenoweth, exdirector ejecutivo del Fondo de Jubilación de los empleados de Mineápolis que fue hallado muerto por disparos; y el perfil confesional, también para *Corporate Report Minnesota*, del piloto de Northwest Airlines que voló borracho.

Pero ¿David Carr a los mandos? Durante más de una década, Carr apenas estuvo en condiciones de controlarse a sí mismo, y mucho menos a un grupo de gente.

Fueron unas palabras agradables y halagadoras, pero seguramente no las que necesitaba un tipo que ya tenía dificultades para juzgarse con acierto a sí mismo. Las citas mías que se publicaron están llenas de soberbia y en ellas escasean la humildad y el autoconocimiento.

Dado que mi mayor experiencia de gestión había consistido en cobrar deudas de droga de la semana anterior, seguida de un periodo doméstico a cargo de unas gemelas de cinco años, tenía bastante que aprender. Como los periódicos que dirigí eran buenos, siempre he tenido el discreto orgullo de haber sido un buen jefe, pese a que, desde un punto de vista objetivo, por lo que muestran las notas y las conversaciones con gente que trabajo para mí, era gritón, grosero y agotador.

«Cuando asumí este puesto, dije que íbamos a dar una paliza a la competencia. No ha sido así», dice una nota interna de aquellos primeros tiempos. «Estoy orgulloso

de lo que hemos progresado, y creo que los periódicos de las tres últimas semanas muestran con claridad que somos capaces de publicar una obra digna de ser leída. Pero también puedo pensar en muchos otros periódicos que he leído sin mirar para no ver hasta qué punto eran, éramos, malos».

Recién llegado a las tareas de dirección, incluso en la pequeña escala en la que me encontraba, experimenté la terrible belleza del poder y, en el proceso, formé el tipo de crisol del que hablaba Nietzsche, en el que las personas se templaban a mi voluntad. Era una parodia de jefe, alguien que sabía motivar a la gente para subir una colina, pero no sabía escoger bien las colinas. Y mi tendencia a la idiosincrasia lingüística —lo que denominaban «carrismos»— provocó el desarrollo de una base de datos con un glosario que se pasaba a los recién llegados, medio en broma medio en serio. «Seré sincero contigo» —una frase con la que empezaba todo tipo de conversaciones— indicaba que no era tan sincero el resto del tiempo. Había que «reforzar» (mejorar) las historias, porque la información era demasiado «boquiabierta» (ingenua) y el resultado era un reportaje «con suspenso» (malísimo), lleno de clichés que estaban «proscritos» (prohibidos).

Una de las personas que superó las barreras lingüísticas fue Brett, que era mensajero de publicidad cuando le conocí en el *Reader*. Escribió de música *rock* y, más tarde, en el *Washington City Paper*, fue crítico de restaurantes, un trabajo que le ofrecí porque, a la hora del almuerzo, siempre parecía estar pidiendo comida a la gente: hijo de un antiguo gobernador de Minesota, se convirtió en un gran escritor que hoy vive y trabaja en Nueva Orleans.

A Brett le gustaba trabajar para mí, pero, claro, éramos amigos. Según su clasificación de tipos de supervisores, yo era un gritón.

—Algunas personas no pueden soportar que les griten. Yo no soy uno de esos —me dijo años después, sentados en su patio del Faubourg Marigny, cerca del barrio francés—. A algunas personas no les gusta la volatilidad. Siempre pensé que eras justo y sincero. Sincero no solo con el trabajo de tus empleados, sino contigo mismo. Cuando estallabas y teníamos algún tipo de desacuerdo, sabía que no te cerrabas a la posibilidad de estar equivocado y reconocerlo.

Yo era, dijo, un hombre con prisa que esperaba que los demás se adaptaran a mi ritmo.

—Pensaba que estabas intentando recuperar el tiempo perdido —dijo—. Que estabas intentando hacer un periódico mejor que el de más allá, y demostrar de lo que eras capaz, y todo ello contra el reloj. Creo que tenías la sensación de que habías desperdiciado una década de tu vida y que, mientras te dedicabas a drogarte y emborracharte, personas con menos talento que tú habían ascendido la escala y te habían sobrepasado en la profesión que adorabas. Y creo que eso no te sentaba nada bien.

Durante el tiempo que trabajé en el *Reader*, pasaron muchas cosas buenas. Quien sería el siguiente director, R. T., que luego sería alcalde de Mineápolis, negoció un

acuerdo para sacarnos del horrible edificio de oficinas de las afueras y llevarnos otra vez al centro, a la ciudad sobre la que queríamos informar. Contraté a Rose, que trabajaba en una tienda de camisetas y acabó siendo una reportera de investigación muy talentosa; a Burl, un escritor lacónico, pero estupendo y divertido: a un variado grupo de inadaptados. Hicimos un gran periódico y luchamos con uñas y dientes contra el *City Pages*, un semanario muy bueno que había superado al *Reader* en los años noventa.

Algunos de mis defectos me impedían ser un director muy creíble. Era un ambiente enloquecido en el que se hablaba con mucha franqueza. Más de una vez, me pasé de la raya. La gente estaba elogiando la blusa que llevaba una de mis colegas y yo añadí que cubría «un par de tetas estupendas». Poco antes de irme, el editor me llamó a su despacho y me dijo que varias mujeres de la redacción se sentían incómodas en mi presencia. Yo no entendía que ahora que era el director mi tendencia a soltar cualquier cosa y de cualquier manera no era tan apropiada. Me propuse no hacer ningún comentario sexista sobre la gente a la que supervisaba y no molestar a nadie. Maduré a expensas de la gente que me rodeaba, como siempre.

Nombré a Claude director editorial del *Reader*. Cuando yo trabajaba por mi cuenta y él me hacía reescribir las historias, prometí contratarle si algún día tenía la oportunidad. Una docena de años más tarde fui a hablar con él en Mineápolis y me dio la sensación de que estaba describiendo una caricatura que, más o menos, se había dibujado sola.

—Las reuniones editoriales siempre eran divertidas. Dios mío, eran descacharrantes. Eran graciosas, pero echabas broncas a la gente, saltabas y te enfurecías si no aparecían con ideas para reportajes y si llegaban sin prepararse o sin nada que aportar. Y luego, los becarios —dijo—. Decías algo como: «Si no tienes esto hecho para mañana, te voy a pegar tal patada en el culo que vas a ir a parar a la quinta planta...».

Me recordó que nos lo pasábamos bien, hacíamos un gran periódico y teníamos un equipo muy leal. En realidad, cuando dejé el *Reader*, en 1995, tenía la mitad de un equipo ferozmente leal. Los demás pensaban que era un bruto grosero y salvaje y estaban deseando que me fuera. Y no les faltaba razón.

UN APRETÓN DE MANOS Y UNA PACTO DE FUTURO

Nunca tuve ningún motivo para buscar esposa.

En 1993, mis intereses físicos y románticos se habían alejado del límite de la patología y habían encontrado su expresión en una monogamia en serie que quizá carecía de seriedad, pero era entretenida. La camarera que me fascinaba del restaurante de mi amigo; otra camarera, lista y guapa, que estaba fascinada conmigo; mujeres a las que conocía en reuniones de desintoxicación, o de padres, o de trabajo. Estaba curado del cáncer, hacía ejercicio en el gimnasio del YMCA y ya no era gordo, alcohólico ni toxicómano. No es que fuera un gran partido, pero tampoco estaba mal.

Una noche de la primavera de 1993, Sarah, una activista republicana con la que había servido mesas en otro tiempo, dijo que habían quedado unos cuantos en el Monte Carlo, un bar del centro al que solían acudir abogados, políticos y periodistas. Dijo que quería presentarme a una amiga. Le contesté que todos sus amigos fumaban cigarrillos demasiado largos, bebían demasiado alcohol pardo y, además, eran seguramente republicanos que odiaban a los pobres, y yo entraba casi en esa categoría. «Calla y ven», replicó.

Llegué con una chica —íbamos después a un concierto de *rock*—, pero Sarah se acercó para decirme que su amiga estaba allí y que tenía que conocerla.

—Bueno —dije, señalando a mi atractiva acompañante— ¿para qué voy a querer conocer a nadie?

—Estamos en la barra —insistió, y se fue (Jill no tenía ni idea de que estaban organizándole una cita).

Sarah me caía bien. Era una amiga y una fuente de información, así que, al cabo de un rato, me disculpé y me acerqué a ellas. Me presentó a Jillie, una rubia de ojos castaños, de una belleza clásica, refinada y elegante. Nos dimos la mano, oí música de Wagner, me ruboricé y perdí la conciencia de mi entorno. Seguimos dándonos la mano y mirándonos hasta que quienes nos rodeaban empezaron a ruborizarse también.

Todo lo que tenía de bueno no encajaba conmigo. Yo siempre había salido con mujeres que tenían mucho pelo oscuro que les caía sobre el rostro, labios hinchados, fantásticas chaquetas de cuero y más tatuajes que joyas. Como comentó una vez mi amigo Eddie: «Las mujeres con las que sales no solo tienen aspecto de brujas. Lo son». Aquella chica de mezcla danesa, islandesa, noruega e irlandesa había trabajado en el Senado para un republicano, tenía su propia casa en el sur de Mineápolis,

acababa de dejar un trabajo de vendedora y se disponía a hacer un posgrado para ser profesora. No era mi tipo.

Pero me encantó.

Sarah me dijo que mis recuerdos de cuando conocí a Jill no estaban nada adornados. «Nunca en mi vida he experimentado ese fenómeno, os presenté y fue como si el resto del mundo dejara de existir. Fue asombroso. Fue esa cosa química, una cosa intelectual y química tan poco frecuente que, cuando la ves, resulta espectacular».

Todavía hoy, miro a esta mujer y me pregunto por qué está conmigo.

* * *

Nuestra primera cita, el día de San Patricio de 1993, fue una maratón, trece horas, pero no en el sentido que están ustedes pensando. Fui a recogerla para ir a comer y estaba apoyada en un parquímetro del centro de Mineápolis, sonriente y con un aspecto de lo más adorable. Quedar para comer, normalmente, quiere decir nada de besos. Pero, cuando salí del coche, me acerqué y le planté uno en los labios.

Caminamos unas manzanas, hasta un asador llamado J. D. Hoyt's. Cuando tomamos asiento, metió la mano en el bolsillo y sacó una corbata de pajarita antigua, de color verde con estampado de tréboles. Yo saqué del mío una bombilla verde para la lámpara que colgaba sobre la mesa. La coincidencia de gestos, sin saberlo, sin ensayarlo, pero en sincronía, era un buen presagio. Hasta que, cuando estaba quitando la bombilla que había para sustituirla por la verde, se me cayó encima de la mesa. El destino, solo que ahora decorado con cristal hecho añicos.

Hablamos de nuestras familias. Su padre era brillante, bebedor e itinerante. Había crecido con su madre, una enfermera de oncología. «¿Está jubilada?», le pregunté. «Mi madre tiene once años más que tú», dijo. O sea, le quedaba todavía mucho tiempo productivo y maravilloso por delante. Su madre, explicó, era de esas madres que querría tener todo el mundo: compasiva, intuitiva y cuidadosa con sus opiniones salvo en asuntos muy importantes.

Decidió no volver al trabajo esa tarde y la llevé a St. Paul, donde el lado materno de mi familia, los O'Neills, celebraban una fiesta posdesfile de San Patricio en el local de mi primo Giggie. Ese primer día conoció a la tribu en todo su caótico esplendor: los borrachos, los rehabilitados, los locos, los triunfadores. Mi gente. De allí fuimos a Hopkins para el excéntrico desfile anual de mi madre y luego sugerí que cenáramos en mi casa. Recogimos el perro de Jillie, que estaba en su casa, y a mis hijas de casa de Kathy, y entonces hice la cena. Macarrones con queso para las niñas, lenguado de Dover salteado con plátanos para nosotros.



A partir de ahí, las cosas se sucedieron deprisa. Fuimos en su nuevo Saab a esquiar a Taos, Nuevo México, a las pocas semanas de conocernos. Esquiamos juntos y esquiamos por separado, y yo me revolqué a base de bien en las estrechas pistas negras de la travesía alta. La paliza que recibí deslizándome por mogules gigantescos me abrió la incisión interna del abdomen, que empezó a inflamarse como un miembro de la tripulación en *Alien* justo antes de que apareciera el monstruo. Apreté la zona hasta que mis entrañas volvieron a colocarse en su sitio, dispuesto a operarme cuando volviéramos. Jill, preparada para todo, se lo tomó con tranquilidad, nada de angustias. En todo el viaje no tuvimos más que una discusión. Cuando estábamos entrando en Iowa, puse *Exile in Guyville*, de Liz Phair. «Si crees que voy a vivir en su campo de concentración personal cinco segundos más, estás loco». En ese mismo instante decidí que, si lograba convencerla, tenía que casarme con aquella chica tan descarada.

A primera vista, parecía absurdo. Cuando Jillie acabó la universidad y empezó a trabajar llevando la agenda de un senador de Estados Unidos, yo estaba labrándome mi incipiente carrera de narcotraficante. Ella había pertenecido a una hermandad en la Universidad de Minesota, y era de una educación exquisita; yo era un gruñón. Le gustaban los hombres con pantalón de raya y buenos mocasines; yo tenía dos pantalones, ambos vaqueros de color negro, y llevaba zapatillas deportivas. Ella había estudiado *ballet* y se había formado en el Minnesota Dance Theatre, mientras que mi estilo de baile podría describirse como *soul* blanco descontrolado. Aunque los dos estábamos muy vinculados al mundillo musical de Mineápolis, mis gustos en todo lo demás le parecían atroces. Sus opiniones audaces, su carácter decidido y su firmeza sobre quién era y sobre los que eso significaba la hacían irresistible. El hecho de que fuera una católica conversa y comprometida, que iba a misa, le provocó espasmos de

alegría a mi madre. Nunca había pensado en casarme, y, si lo hubiera pensado, nunca habría sido con alguien como ella: una republicana que iba a misa, que había hecho sus tonterías cuando era más joven, pero que ahora era una persona adulta en todos los sentidos.

* * *

Antes de decidirme a pedirle matrimonio a Jill, tenía que solucionar varios asuntos. No recordaba exactamente cómo les había dado la noticia a las gemelas, pero entonces me acordé de que había contado la conversación en *Family Times*. Annie, la directora, me mandó el recorte, que yo no tenía.

The day before Christmas Eve, I loaded the girls into the car and explained we were going shopping for Jill, who is my sweetie and their very special friend. Before the car had even warmed up, they started peppering me with questions.

"Whaddaya gonna get her?" Erin said directly. "Maybe some jewels," suggested Meagan.

"You're getting very warm," I replied.

I knew we were about to have one of those important little family chats that generally begins with some difficulty and usually ends in a fair amount of accord.

I asked the girls if they knew what getting a ring was about. They both nodded after a bit and Erin added she thought it meant that "You love somebody." I explained that it also indicated you wanted to spend the rest of your life with that person.

"I want to marry Jill and make her part of our family."

There, I said it. I watched in the mirror as they traded glances from under their winter hats. Meagan spoke first.

"We already have a mother," she said quietly.

Erin and Meagan had just come back from spending ten days in Tucson with their mother, including a side trip to Mexico. By all accounts, it had been a time of re-connection and renewal. Our primary family value is loyalty and it made me proud that they were making their own little loyalties clear.

I explained the proposed arrangement in terms that went something

like: "Your mother will still be your mother. That isn't going to change regardless of who I marry or who we live with. Jill is going to get married to me and be part of our family, but your mom will be your mom for the rest of your life." Erin saw the trend and interrupted. "But we don't want a stepmother." Meagan nodded vigorously in agreement. All of the literature and pop culture symbolism which had been piled up around the notion of step-parenting apparently had an impact on both of them. If they had their druthers, there would be no evil, wicked stepmother tucking them in at night. I suggested that Jill could be what she always had been: a friend.

[La víspera de Nochebuena, metí a las gemelas en el coche y les expliqué que íbamos a comprar un regalo para Jill, que es mi novia y muy buena amiga de ellas. Antes incluso de que el coche estuviera caliente, empezaron a acribillarme a preguntas.

—¿Qué le vas a regalar? —preguntó Erin directamente.

—Quizá unas joyas —propuso Meagan.

—Caliente, caliente —respondí.

Sabía que estábamos a punto de tener una de esas charlas familiares llenas de importancia, que suelen empezar con grandes dificultades y acabar con bastante consenso.

Pregunté a las niñas si sabían lo que significaba comprar un anillo. Después de una pausa, las dos asintieron, y Erin añadió que creía que significaba que «quieres a alguien». Les expliqué que también significaba que querías pasar el resto de su vida con esa persona.

—Quiero casarme con Jill y que sea parte de nuestra familia.

Ya está, ya lo había dicho. Las observé por el retrovisor y vi cómo se intercambiaban miradas debajo de sus gorros de invierno. Meagan fue la primera en hablar.

—Ya tenemos una madre —dijo en tono apagado.

Erin y Meagan acababan de volver después de pasar diez días en Tucson con su madre, incluso con una excursión a México. Todo parecía indicar que habían sido unos días de reconectar y renovar su relación. El principal valor de nuestra familia es la lealtad, y me sentí orgulloso de que estuvieran dejando claras sus pequeñas lealtades.

Les expliqué más o menos de esta forma la situación que deseaba: «Vuestra madre seguirá siendo vuestra madre. Eso no va a cambiar, independientemente de con quién me case o con quién viva. Jill va a casarse conmigo y va a formar parte de nuestra familia, pero vuestra madre será vuestra madre para el resto de vuestra vida». Erin vio hacia dónde iba y me interrumpió. «Pero no queremos una madrastra». Meagan mostró su acuerdo con un enérgico movimiento de cabeza. Por lo visto, todo el simbolismo de la literatura y la cultura popular acumulado en torno a la noción de padrastro y madrastra les había afectado a las dos. Si podían elegir, preferían que no fuera una madrastra malvada quien les diera las buenas noches. Yo indiqué que Jill podía seguir siendo lo que había sido siempre: una buena amiga].

Además de la aprobación de las gemelas, necesitaba que guardasen el secreto. Confiaba en que el factor sorpresa me ayudara a conseguir que Jillie dijera sí. Los días previos a la Navidad de 1993, le dije: «Te voy a regalar algo que no sabes que quieres pero que te va a gustar mucho». Jillie es una cotilla total —la llamamos Krav, por el personaje de Gladys Kravitz en *Embrujada*—, necesita saberlo siempre todo, y se volvió loca. Repasó mi historial, mis aficiones y a mis antiguas novias. Y, por fin, dijo: «Como me compres una cazadora de cuero por Navidad, la aborreceré. Me cabrearé de verdad, y no me la pondré nunca. Nunca». Yo seguí el juego, conseguí una caja enorme en la que podría caber una cazadora, la envolví con sumo cuidado y la puse debajo del árbol.

En Nochebuena, le hice esperar horas mientras Santa Claus colocaba juguetes y ropa por todo el salón para las niñas. Se sentó y, por fin, le di la caja, grande y pesada. Dentro había un osito de peluche antiguo con una cajita pequeña entre las patas. La abrió y vio que tenía un anillo de compromiso hecho a medida, con un diamante mediano. Se lo puso y lo admiró, sin habla. Mientras tanto, yo me había puesto de rodillas y estaba diciendo no sé qué de que se casara conmigo y me hiciera el hombre más feliz. Ella seguía mirando la sortija, hasta que le dije que, si le gustaba, tenía que aceptar también los noventa kilos de tontería de los que procedía. Dijo que sí.

Fue una boda inmensa: policías y ladrones, jueces y delincuentes, políticos y conseguidores. Erin y Meagan estaban increíblemente preciosas llevando las flores y de pie junto a Jill, cuya aparición en la puerta de la iglesia me cortó la respiración. El evangelio fue la parábola del hijo pródigo, pero sentí que las riquezas que estaba recibiendo eran muy superiores a cualquier ternero engordado.

Nuestra relación era romántica y práctica; nos alternábamos llevando los pantalones de acuerdo con lo que necesitaba cada situación y compartíamos una afición a la aventura que nos llevaba a tomar juntos cada curva. Si el matrimonio consiste en una decisión diaria de amar, yo me he despertado sin ninguna duda sobre esa decisión todos los días desde entonces.

Jill creció sola con su madre, así que tenía gran respeto por lo que yo y los míos habíamos conseguido, pero le costó encontrar su sitio en una familia ya formada. Si he tenido una decepción, y es importante, es que nunca ha llegado a tener con Erin y Meagan la relación que yo esperaba. Cuando eran pequeñas, era más fácil para todos. Pero, a medida que se hacían mayores, me encontré a menudo en el centro de una pelea callada, pero muy palpable, por lograr que me inclinara hacia un lado u otro. Las niñas sentían su mirada vigilante cuando hacían cualquier cosa y, a veces, sus reproches. Es normal en todas las familias mezcladas, pero yo tenía la sensación de que necesitaba unas gafas protectoras para mantener todos aquellos estrógenos. Cuando me concedieron la custodia de Erin y Meagan, me comprometí a protegerlas de todo y todos los que pudieran interponerse en su camino, pero no tenía ni idea de que los problemas pudieran surgir, en parte, a una distancia tan íntima, por la persona

con la que había decidido casarme. Jill era una buena madre y creó un hogar del que cualquiera podría sentirse orgulloso, al mismo tiempo que desarrollaba trabajos buenos e interesantes. Pero, aunque era evidente que quería a las niñas, a veces daba la impresión de que no le caían demasiado bien. En parte, era inevitable: se ocupaba de la parte más desagradable de educarlas, y ellas le hacían un caso relativo, mientras que, cuando yo llegaba a casa al final de la jornada, me trataban con adoración.

Como todas las familias normales, hemos hecho ajustes y hemos arrinconado nuestras desilusiones. En conjunto, ha sido un camino largo y maravilloso, dirigido por dos personas que sellaron un pacto de futuro el día que se conocieron.

Jillie me había visto trabajar en el libro durante un año, remover un pasado del que ella sabía algo, pero del que tenía poca experiencia. Cuando me senté a hablar con ella en nuestra cabaña de los montes Adirondack, a finales del verano de 2007, dijo que nunca había tenido la menor duda de que íbamos a tener una vida espléndida juntos. Sin embargo, cuando nos conocimos, tenía todos los motivos para mantener distancia. Mi reputación seguía siendo desastrosa en ciertos ambientes. Teníamos conocidos en común, y algunos de ellos no me tenían en gran estima.

—Había gente que desconfiaba de ti, quizá no tanto de tu situación cuando nos conocimos, pero, desde luego, sí de tu pasado. No recuerdo lo que me dijeron, pero me dieron a entender, ya sabes: «Aléjate, no te juntes con él, no te fíes de él». Tenías fama de loco y problemático.

¿Y por qué no hizo caso de los consejos?

—Porque a mí me dabas una sensación muy distinta. Si empecé a enterarme de todas las cosas, fue sobre todo a través de ti, fue porque tú me las contaste con total sinceridad, así que nunca me sentí incómoda con tu imagen, con la fama que tenías ni con la persona a la que estaba empezando a conocer. Nunca tuve miedo de ti. Nunca dije: «Me pone los pelos de punta, no quiero estar con él», nunca. Creo que teníamos mucho en común. No que yo fuera como tú ni tú como yo, pero sí que conectamos de una forma que hizo que quisiéramos estar juntos y que sintiéramos que ese tiempo que estábamos juntos era mejor que el que pasábamos separados.

¿Y el hecho de que yo tuviera hijas?

—Estabas en una situación muy difícil, y en parte me atrajo que pudieras ser esa persona tan admirable, trabajar como una mula y ocuparte de las dos niñas. Me atrajo muchísimo —dijo—. Lo estabas haciendo a solas, y con poco dinero, y siempre con una buena actitud. Como diciendo: bueno, sí, es lo que me toca hacer, es lo que soy.

Poco antes de que le pidiera matrimonio, estábamos en el dormitorio de su casita de Pleasant Avenue. La habitación estaba pintada en un color rojo chino, estaba adornada por una composición con ramas de árbol y tenía luces blancas en el techo. Era una decoración peculiar y cautivadora, como la mujer que dormía allí. Estábamos hablando de nuestros sueños de futuro, como suelen hacer las parejas con un futuro en común.

—Dijiste que tu objetivo era convertirte en una figura importante en el

periodismo nacional —recordó.

¿Así, sin más?

—No me pareció nada extraño. Era una de esas cosas típicas de ti, que quizá sería realidad o quizá no. La gente tiene derecho a tener sueños.

Dado que acababa de dejar atrás las ayudas sociales y el cáncer, y que tenía mi primer trabajo de verdad en años como director del *Twin Cities Reader*, parece ofensivo y extravagante haber dicho algo así, incluso en la intimidad del dormitorio y con mi amante.

—Trabajas mucho, eres listo, no fallas nunca. No se me ocurre nada, en todo el tiempo que llevamos juntos, en lo que fracasaras y la fastidiaras y no te importara. Nunca, no se me ocurre ni una sola ocasión.

¿También soy astuto?

—Eso tiene un matiz negativo, y creo que no había nada negativo —dijo—. Astuto, no; seguramente estrategia, pero de forma metódica y general, tal vez sin fijarte demasiado en los detalles.

La observé mientras hablaba y, recordé nuestro viaje de novios, en el que pasé mucho tiempo mirándola y pensando en la enorme suerte que había tenido.



Hablamos un rato de la fusión de nuestra pequeña familia, de que, aunque estábamos profundamente enamorados, tuvimos obstáculos importantes en mi intento de cuidar tanto de las niñas como de ella. Jill dijo que esa era mi forma de ser.

—Tenías gran empatía, eras muy afectuoso, muy cariñoso, con una gran inclinación a responder a las necesidades, mucho más que yo —dijo—. Yo intenté hacer lo que se me daba bien. No tenía tanta empatía como tú. Y el hecho de que

fueran dos tampoco me facilitó las cosas. Si una hacía una cosa, la otra hacía la contraria. Aun así —dijo—, yo casi siempre me ponía de parte de ellas. —Ellas dicen que era justo al revés, por cierto.

»Eso es propio de tu familia. Sois completamente tribales. Por supuesto, tenías el sentimiento de que les debías muchísimo. Tenías que compensar el hecho de que su madre fuera quien era y de que, cuando vinieron a este mundo, lo hicieron en una situación que distaba mucho de ser perfecta. Así que no solo tratabas de ser el mejor padre posible, sino que querías compensar un montón de mierdas.

Más allá de mi decisión de volver a beber unos años después, hemos tenido muy pocas peleas, incluso a propósito de las gemelas. Sin embargo, cuando sugerí la idea de irnos a vivir a Washington, D. C., un lugar del que ella acababa de volver después de cuatro años, para ser director del *City Paper*, se enfureció. Estaba feliz de haber vuelto a Mineápolis, feliz de estar cerca de su madre, y pensando en tener un hijo con su madre al lado.

—Si crees que voy a irme a vivir a miles de kilómetros, a un sitio en el que ya he vivido, y a tener un bebé tan lejos de mi madre, estás loco...

Un mes más tarde, nos mudamos a Washington.

BIENVENIDO A LA CAPITAL DE NUESTRA NACIÓN, INOCENTE

Cuando llegué a Washington, estaba deseando hacer cosas nuevas en el *Washington City Paper*, una publicación mucho más grande y con un historial de calidad. Pero enseguida descubrí que había aterrizado en un lugar muy complicado. Mi reputación me había precedido.

NUEVO DIRECTOR PARA EL *CITY PAPER*

Washington City Paper, el efervescente semanario gratuito, tiene un nuevo director que es un cocainómano rehabilitado. David Carr, de treinta y ocho años, cuyo nombramiento anunció ayer el propietario del periódico alternativo desde su cuartel general en Chicago, viene desde Mineápolis, donde, durante los dos últimos años, ha llevado las riendas del semanario *TwinCities Reader*.

«El hecho de que sea un adicto en rehabilitación hace que tenga una fe inquebrantable en la capacidad de redención de las personas, de los seres humanos, de los alcaldes y todo eso, de modo que, en efecto, siento cierta afinidad [aquí]», dijo Carr ayer en su hotel, mientras descansaba de su búsqueda de casa. «Me gusta mucho el Distrito, creo que la ciudad tiene un gran potencial».

En la redacción del *City Paper*, el anuncio tuvo una acogida tibia. «Ha habido una desolación moderada y un optimismo moderado», dice un redactor que prefiere no ser identificado. «Sus variopintos antecedentes han sido objeto de risas irónicas, pero nadie le ha juzgado».

Carr, que lleva seis años sobrio, hace especial hincapié en que también fue durante cinco años (se casó hace cuatro meses) padre soltero de dos niñas gemelas que han cumplido ya seis, y en que es un periodista experimentado. «Es evidente que yo era el más indicado para el puesto», dice. «Soy una persona que se ha movido y ha hecho cosas... No estoy interesado en llegar a esta ciudad como “el hombre que se metía cosas por la nariz”».

«Lo incluyó en su *curriculum vitae*», dice desde Chicago Mike Lenehan, dueño del semanario gratuito, a propósito de la drogadicción de Carr. «Nunca fue un obstáculo». Carr sustituye al veterano director del *City Paper* Jack Shafer, que presentó su dimisión en noviembre.

The Washington Post, 1 de abril de 1995

EL CANALLA EN LA FIESTA

Era un candidato improbable para estar al frente de uno de los mejores semanarios del sector; dirigía un pequeño periódico en Mineápolis y las entrevistas no parecían estar yendo demasiado bien. Sin embargo, Jane, la jefa de operaciones de la publicación, me sorprendió con una llamada y una oferta. En el verano de 2007 la llamé para preguntarle por qué me habían dado un trabajo que parecía ligeramente fuera de mi alcance. Ella estaba ya retirada de la mayoría de sus obligaciones.

—Recuerdo que nos propusimos contratar pensando en la persona, no en el periódico —dijo—. Queríamos un líder. Era un grupo disfuncional, los empleados no eran muy maduros. Estaba claro que necesitábamos a alguien capaz de ser un líder, con el peculiar estilo de liderazgo que tienes o tenías en aquel entonces. Nos pareció que tú podrías, quizá no de buen grado, pero que podrías meterlos en cintura.

Con su historial de glorias narrativas, el *City Paper* era una especie de fantasía literaria para gente como yo. Podía contratar a los mejores periodistas principiantes, jóvenes con prisa que habían ido a Washington, D. C. en busca de un ascenso rápido. El equipo estaba formado por personas como Eddie, que antes había conducido un camión de helados y que creaba legendarios retratos de entropía; John, que escribía ácidos artículos políticos con una facilidad aterradora; Stephanie, con sus grandes espasmos investigadores; Amanda, una estudiosa de la vida en el Distrito que redactaba perfiles asombrosos. Teníamos a Jason con la policía, a Erik, que escribía la columna «El chismoso», de cotilleos, y a Brad, un editor de arte que, en realidad, era periodista. Darrow, un fotógrafo discreto y de inmenso talento, daba al periódico su característica elegancia en blanco y negro. Y, cuando por fin pude contratar y publicar a grandes escritores negros que reflejaban la cultura mayoritaria —Neil, Tanehesi, Jonetta, Jelani, Holly, Paul—, el periódico adquirió un nuevo nivel de credibilidad y relevancia.

Cuando llegué, en 1995, estaba lleno de planes y de tonterías. En nuestra primera reunión, los miembros del equipo recibieron una buena descarga de mí y de mi acento despiadado del Medio Oeste y decidieron que iba a durar poco. Al director interino le habían hecho la vida tan imposible que se sintió obligado a dejar un pez muerto en el sistema de ventilación.

No es que no tuvieran talento —muchos de ellos acabaron haciendo un gran trabajo en el *City Paper* y otros lugares—, solo que eran jóvenes privilegiados que no tenían gran experiencia de la vida más allá de la burbuja de universidades elegantes en las que se habían hecho mayores. Había mucha risita, mucha mirada irónica y mucho intercambio de notitas; me recordaba al instituto. Decidí que su manifiesta

falta de respeto era una especie de provocación. Eran, en conjunto, más listos que yo. ¿Pero más duros? La verdad es que no. Después de haber estado en la misma habitación con gente a la que debía dinero —gente que tenía armas e intenciones desconocidas—, trabajar en una oficina en la que la gente chismorreaba sobre lo idiota que yo era no me impresionaba mucho.

Hubo ciertos problemas de ajuste. Para alguien de Minesota, una tierra de gente blanca que come alimentos blancos en un paisaje a menudo blanco, *Chocolate City*^[15], con su clase media negra, sus dirigentes políticos negros y su legado cultural negro me resultó totalmente misteriosa. Durante mi primera semana, Jonetta, una periodista negra muy relacionada con la comunidad política, escribió una crítica feroz sobre el talento y las intenciones de las autoridades municipales. Siempre en busca de un titular llamativo, planté este en la portada: «Un agujero negro: ¿Por qué la comunidad negra no produce líderes a los que merezca seguir?». Me llovieron ataques de todas partes, los cuales me recordaron que debía tener cuidado con mis arrebatos y me fortalecieron para contestar en cuanto hiciese falta. Algún tipo marginal que se había erigido en portavoz llamaba y decía: «En la comunidad hemos discutido su último número...» y yo contestaba: «¿Quiere decir la comunidad en la que trabajo, en la que vivo, en la que van mis hijas al colegio, en la que pago impuestos, o en alguna otra comunidad que no conozco?». O empezaban: «No pueden decir eso», y yo respondía: «Pues acabamos de hacerlo, así que vamos a ver qué pasa ahora».

Los titulares me metieron en líos más de una vez. Cuando llevaba varios años, me di cuenta de que había toda una generación de chicos egocéntricos y juerguistas, procedentes de tierras lejanas —hijos de diplomáticos o de personas influyentes de todo el mundo, miembros de familias reales de sitios ignotos—, y se me ocurrió un titular para una historia que decía: «Estoy bien, Eurotrash^[16]». Roberto, hijo de un embajador, escribió un escabroso retrato social de los personajes que habitaban la vida nocturna de Georgetown, que saltaban de cama en cama, se drogaban y bebían como cosacos. Por motivos que no alcanzo a explicarme, encargué que el reportaje se ilustrara con fotos de personas reales en plena juerga. Ups. El desastre fue una auténtica prueba para los dueños, que hasta entonces me habían dejado bastante en paz y me habían apoyado en las duras y en las maduras.

En 2006 hice un viaje a Washington para ver a Erik, que había trabajado en el *City Paper* como colaborador, columnista y subdirector y, al final, acabó dirigiendo la publicación, y hablamos de aquella situación.

—Creo que oí murmullos entre personas muy inteligentes de Washington, o gente que te había conocido, que opinaban que tenías más ambición que talento. Que había una disparidad que, al final, te alcanzaría.

Igual que había hecho en otras ocasiones, escribí una columna que usaba los medios de comunicación como prisma para hablar de cuestiones culturales más amplias y empecé a demostrar que comprendía mi entorno.

Jill, a pesar de todas sus objeciones, estaba encantada con nuestra casita en American University Park, y encontró trabajo como directora administrativa de la Convención Nacional Republicana, en la que designaron a Robert Dole para que se inmolará.

A mis hijas, la ciudad les parecía maravillosa.

—Recuerdo cuando llegamos a Washington, D. C. —dice Meagan—, Erin y yo nos peleábamos por algo, y llegamos a la casa, y la vimos, lo grande que era, y estábamos completamente convencidas de que era una mansión. No estábamos acostumbradas a tener tantas puertas. Ni tantas ventanas, y había un jardín, y otras casas iguales en la calle. Era distinto.

En realidad, era una casita de tres dormitorios, pero, dado de dónde venían, seguramente les pareció gigantesca.

En 1996, Jill se quedó embarazada. Era una gran noticia, un cambio para todos, y ella estaba entusiasmada. Yo estaba impaciente por ver aquella pequeña bolita de amor que iba creciendo. Sin embargo, Jill fue, sin ninguna duda, una de las embarazadas más irascibles de la historia, como Sigourney Weaver en *Alien*, dispuesta a disparar en todas direcciones. Las gemelas y yo nos pasamos todo ese periodo escondidos tras los muebles. Cuando nació Madeline, el 13 de noviembre, con una cabeza llena de pelo oscuro y rizado con las puntas inexplicablemente blancas, la cogí de brazos de las enfermeras y la deposité en los de Jillie. Mi mujer la miró y dijo: «Si hubiera sabido que eras tú, no habría estado tan irritable».

Maddie empezó enseguida a ser la verdadera matona de la familia. A los dieciocho meses, si la mirabas arrobado, decía: «No me veas». Pero era difícil apartar los ojos.



* * *

Mientras vivimos en el Distrito, iba a reuniones de rehabilitación, pero con mucha menos involucración que en Mineápolis. Todos los jueves por la noche iba a una reunión en el comedor social de la Casa de la Caridad, con un grupo de hombres que conocían mi historia. Millonarios, taxistas, yonquis, borrachos corrientes y muchos

recién llegados que entraban directamente de la calle. Me gustaban las reuniones solo de hombres —siguen siendo mis preferidas— porque, cuando estoy con mujeres, no puedo evitar tener una visión estratégica de lo que comunico. Es una especie de principio de Heisenberg con criterios de género, que hace que, cuando hay mujeres presentes, cambie lo que digo. En el Distrito mariposeaba, me sentaba en la última fila y no establecía lazos firmes. Cada vez que volvía a Mineápolis, recordaba lo mucho que echaba de menos las reuniones de allí.

Además de todo esto, me pegaba mis juergas. Sin alcohol ni drogas, pero sí salía mucho, a un montón de cenas, y recibía en casa un montón de invitados. El trabajo estaba objetivamente bien. Mi tarea era no estropear un buen periódico, y lo conseguí. Pisamos un par de buenas historias al *Washington Post*, y sacamos un periódico del que hablaba la gente, aunque puede que no siempre con mucho afecto.

Todavía tenía que madurar como jefe. Muchas veces, trataba historias que me traían, cuidadosamente elaboradas, como tonterías sin importancia, y luego les desafiaba, más o menos, a que se atrevieran a llevarme la contraria. Sabía hacer que me presentaran buenos trabajos, pero tenía tendencia a aplastarlos al mismo tiempo. Al despacho de Brad, el inteligente y comprensivo editor de arte, se le conocía como Cabo de Buena Esperanza, mientras que al mío lo llamaban el Cabo del Miedo.

Una de las personas que me enseñó a ser buen jefe fue Amanda. Amanda entraba en mi despacho a hablar sobre una historia y yo la despachaba y le decía que me trajera algo escrito. «Carr, tienes que hablar con nosotros. Tienes que tomarte la molestia de desbrozar estas historias», decía.

Nunca se me había dado bien la nomenclatura de la edición. Soy hábil a la hora de escribir —puedo captar casi cualquier voz—, pero no tanto en estructura y organización. Disparo con la boca y pienso con las manos, pero Amanda y otros me enseñaron gradualmente el concepto del discurso razonado sobre estrategias editoriales, redacción y ejecución. De paso, esta mujer diminuta me regañaba sin cesar, y siempre pensé que la imitación que hacía de mí era brutalmente acertada. Me recordaba a mi hermana Coe, una persona menuda que causaba una gran impresión, sobre todo a base de bajar los humos a los grandullones de su alrededor.

Envié un correo electrónico a Amanda —estaba escribiendo un libro sobre algo que no era ella misma, y no quería interrumpir— para preguntarle sobre mi fama de déspota.

«Fuiste el mejor jefe que he tenido —contestó—. Aunque también ha sido el único trabajo que hizo que me doliera el pecho. Tenía veintidós años y era frecuente que me doliera el pecho cuando caminaba por Champlain Street. Fui al médico y me dijo que quizá era por mi trabajo. A veces eras un gilipollas, pero creo que era una estrategia para motivarnos. Pero, fundamentalmente, en el *City Paper* trabajábamos tanto porque tú ejercías ese efecto imposible de expresar en una redacción. Esa energía que desprenden los líderes buenos y peligrosos. Esa aura que hace que la gente te quiera agradar, aunque sin saber exactamente por qué. No sé cuál es el

origen. En parte, pasión por el trabajo. Y, en parte, credibilidad. Pero hay otra parte que nace contigo. Y tú lo tienes. Yo diría que el 99 % de los jefes no lo tiene».

El periódico cambió de gente, a medida que los jóvenes periodistas con un gran futuro se marcharon a otros trabajos y los sustituyeron otros más escépticos, llenos de talento, a los que yo había contratado personalmente. Mis aptitudes como directivo habían mejorado, pero no demasiado. Mi tendencia a la invención lingüística a menudo confundía a la gente más que inspirarla. Neil, que después tuvo una gran carrera en Nueva York, salió una vez de mi despacho tras una de mis charlas a puerta cerrada y dijo a los demás: «Acaba de despedirme o de darme un aumento, pero no estoy seguro de cuál de las dos cosas».

En un momento dado, a la mitad de mi etapa en el *City Paper*, recibí un largo mensaje de mi amigo David, que era uno de los que estaba escribiendo y produciendo *The Corner*, una serie de HBO sobre el narcotráfico en los barrios de viviendas de protección social. Me emocioné porque creí que a lo mejor quería que colaborase en el guion. Pero lo que dijo fue: «Tengo un papel de una sola frase para un joven blanco que compra droga, y creo que lo harías perfecto». Estuve en uno de los episodios, en el que me acercaba en coche hasta donde estaba Fat Curt y le daba dinero. «Volverás, ¿verdad?». Aunque tenía muy escasa experiencia como actor, no fue un papel muy difícil.

El 1 de enero de 1999, nombré subdirector del *City Paper* a Michael, un chico de veinticinco años que había recibido una beca Fulbright. El 3 de enero, caí en el hospital con una cosa llamada pancreatitis necrosante aguda. Estuve cuatro días en la UCI. Dieciséis en el hospital. Y un mes sin trabajar. Estaba tan enfermo y dolorido que me llenaron de narcóticos y me ordenaron reposo absoluto en la cama, lo cual quería decir nada de comida ni bebida. Jill, que nunca me había visto drogado, fue una noche al hospital en un momento de plena euforia. Me arranqué todos los tubos y salí corriendo por el pasillo diciéndoles a ella y a todos los demás que, en realidad, era miembro de la familia Kennedy y tenía cosas importantes que hacer.

—Estuviste de lo más desagradable —recuerda ella ahora—. Pude atisbar lo que debiste ser en los viejos tiempos.

No llegué a morirme, pero parecía a punto. Otra vez. La pancreatitis no se curó del todo, y me quedé con un quiste y con un dolor abdominal crónico. Recibí muchas lecciones sobre los misterios del páncreas en instituciones médicas de toda la región, incluido el Johns Hopkins de Baltimore. Fui a parar a una clínica especializada en el dolor, en la que un médico me dio un fármaco relativamente nuevo llamado OxyContin. Me permitía soportar el dolor, pero era un peligro por mi otro problema crónico: la tendencia a consumir sustancias químicas en exceso. Acabé obsesionado y llevando la cuenta exacta de las pastillas, hasta que llamé al médico y le dije que había que encontrar otra forma. Me ofreció un narcótico diferente. Tiré por el retrete todo lo que me había sobrado del anterior. Pero, a pesar de todo, en los años siguientes atravesé periodos de tomar analgésicos por el páncreas y las adherencias

quirúrgicas. En aquel momento pareció un mal necesario, pero abrió una enorme brecha en mis defensas, un hueco por el que el pirata podía colarse. Además, la enfermedad tuvo otras consecuencias, entre ellas, que me dejó el páncreas tan dañado que, con el tiempo, desarrollé diabetes insulínica.

El 16 de junio de 1999, mi hermano John me llamó para quedar conmigo en el National Airport de Washington. Mi madre, a la que unos meses antes habían diagnosticado cáncer de pulmón, estaba muriéndose. La enfermera de la residencia no estaba segura de que siguiera con vida cuando llegáramos a Mineápolis, así que llamamos a nuestra madre. «Os esperaré», dijo, mientras los dos escuchábamos el móvil de John.

Cuando entramos en la habitación, docenas de personas entraban y salían. Mi padre dirigía un coro improvisado que cantaba y rezaba. Todo ello me dio escalofríos. Estaban reunidos en torno a ella, cantando, contando chistes, hablando de «su» Joanie. A algunos, yo ni los conocía, y me pareció completamente extraño. Pero mi hermano me recordó: «Eh, a esa chica siempre le han gustado las fiestas. ¿Por qué iba a ser hoy diferente?».

Las gemelas —mis gemelas, sus gemelas— fueron uno de sus mayores triunfos. Insistía en que la llamaran Jo-Jo, que a mí me parecía una estupidez increíble, pero que a ellas les encantaba. Cuando la habitación, por fin, se vació un rato, leí las últimas anotaciones de su diario: «... mi cáliz se ha desbordado, Señor. Estaré contigo en cuestión de días», decía una. Me acerqué a ella y le recordé la época en la que tenía que pegar los lazos a las cabezas de las niñas porque no tenían pelo. La ropa a juego que les había comprado. Cómo toda la ropa llegaba a nuestra casa mágicamente doblada y conjuntada. No dijo nada, pero sonrió.



Y entonces llegó un nuevo grupo de gente. Mi madre recogía a gente sin cesar: los sin techo, los discapacitados intelectuales, el hijo de cabeza hueca. Ella me enseñó a abrocharme la camisa y a plancharla, a servir, a rezar, a ser madre, y ahora me estaba enseñando a decir adiós. Verla morir fue como ver una carroza gigantesca que se adentraba despacio y con elegancia en el agua.

* * *

En el 2000, cinco años después de empezar a trabajar en el *City Paper*, empecé a sentirme inquieto. Trabajaba para una gente muy agradable, la ciudad y su historia eran de lo más interesantes, pero, justo cuando las personas a las que había formado estaban escribiendo grandes historias, se iban a otros trabajos mejores. Aunque mi actitud como jefe había mejorado algo, me frustraba estar siempre metiendo mano en trabajos ajenos, recortando y toqueteando sus textos para hacerlos presentables. Era muy parecido a ser padre, pero sin la ventaja de estar formando a unas personas a las que yo había traído al mundo.

Mi amigo Brett de Mineápolis, que también había ido al *City Paper* y escribía sobre gastronomía, me dijo que había oído hablar de Inside.com, una web de noticias que estaban organizando Kurt, uno de los fundadores de la revista *Spy*, y Michael, un redactor de la revista *New York* y de *Spin*. ¿Por qué no buscaba trabajo allí?, me preguntó. «Brett, si esos tipos dan una patada a una piedra, les saldrán cinco personas más cualificadas que yo para escribir en su periódico», contesté. Se encogió de hombros y se fue.

Una hora después, en una fiesta, un idiota que no paraba de escupir cerveza y *pretzels* empezó a darme la paliza y a decir que el *City Paper* tenía que empezar a informar sobre el Capitolio porque allí era donde las noticias «caían del cielo». Miré su distintivo de identificación del Congreso y repetí una conversación que había tenido docenas de veces: le expliqué que, cuando llegaba a la estación de metro de Dupont Circle, se encontraba con treinta buzones de periódicos, y, de todos ellos, solo había uno que se ocupaba de la ciudad: *City Paper*. Me respondió que no me enteraba de nada.

Volví recorriendo a pie las pocas manzanas hasta la redacción; aunque eran las dos de la madrugada pasadas, escribí un correo electrónico a Kurt, a una dirección que había encontrado, incluí enlaces de algunos de mis artículos, se lo envié y me olvidé.

Unos días más tarde, Kurt apareció en mi bandeja de entrada con una invitación a coger el puente aéreo a Nueva York para hablar. Entré en la ciudad desde el aeropuerto de LaGuardia, mirando su densidad con nuevos ojos, los de un tipo con una familia de cinco miembros, y empecé a menear la cabeza. El sector de las puntocoms empezaba a tambalearse, tenía un buen trabajo, y ¿quién sabía si podría informar sobre los medios de comunicación de una ciudad en la que no había vivido jamás?

Para llegar a la redacción de Inside.com había que subir en un montacargas en el Starrett-Lehigh Building, en el West Side. Había filas de iMac de colores y, delante de ellos, gente que había trabajado en el *Wall Street Journal*, *Fortune* y *McSweeney's*. Estaban presentes todos los rasgos típicos de las puntocoms: la máquina de capuchino, los jóvenes genios, el ambiente despreocupado y la sensación de que todas las normas habían cambiado. Si me hubieran vendido un rebaño de burras, lo habría comprado entero.

Lo cual explica mi decisión, pero ¿por qué Kurt me eligió a mí antes que a toda la gente a la que podía haber contratado?

Años después, llamé a Kurt. Me dijo que no se acordaba exactamente, pero que podía imaginárselo.

—Supongo que debió de ser tu mensaje de correo electrónico; ya sabes, desprendía todo tu encanto peculiar e inexpresable. Y luego leí tus cosas y me parecieron buenas —dijo—. Me gustó la idea de trabajar con alguien que también era mayor de cuarenta años, alguien que tenía experiencias interesantes. Y enseguida me revelaste todo tu pasado de drogadicto, y eso seguramente me impresionó, tanto la parte siniestra como la recuperación, y tu sinceridad al hablar de ello. Y creo que pensé que tu experiencia en periódicos alternativos y de batalla era muy positiva para el equipo que estábamos formando sobre la marcha —hizo una pausa—. Y me pareció que serías divertido.

DAVID BOWIE NO CANTÓ PARA MÍ, PERO PODRÍA HABERLO HECHO

La memoria puede cambiar la forma de una habitación; puede cambiar el color de un coche.

Leonard, un hombre que no puede
construir nuevos recuerdos
y que está buscando al asesino de su
esposa, *Memento*.

Las personas suelen usar sus fábulas personales para responder a la pregunta sobre quiénes son. Mi fábula actual es que, en el año 2000, me caí de un camión de nabos en la parte sur de Manhattan —de noche, por supuesto— y la ciudad, como suele, acogió a otro inmigrante en su amplio seno. No sé si era un paleta, pero, desde luego, no conocía nada ni a nadie. En los primeros tres meses, antes de que llegara mi familia, me alojé en un apartamento lleno de bichos en Independence Plaza, en el que leía los diarios para intentar comprender ese lugar nuevo y extraño. Muchas de mis enseñanzas me las proporcionó la sección «Page Six» del *New York Post*, en la que se hablaba continuamente de un tipo del mundo del cine, un grandullón capaz de tapar el sol, que se llamaba Harvey. A veces, cuando estaba descansando con los periódicos junto a la ventana, miraba a la calle y veía llegar un gran coche negro del que salía un gigante, y todo el mundo a su alrededor, en plena Greenwich Street, se iba corriendo. El hombre iba repasando unas hojas que tenía en la mano y soltaba órdenes que yo no podía oír, y luego desaparecía en el interior del TriBeCa Film Center. Pasaron unas semanas, mis mundos se fusionaron y me di cuenta de que el hombre que aparecía en «Page Six» era el mismo de Greenwich Street. Y, poco después, me encontré en un coche entrevistando a Harvey.

Así es como pienso en mi introducción en Nueva York. Pero el pensamiento, con sus elaboraciones simbólicas y representativas, es todo lo contrario del recuerdo. Los recuerdos pueden estar basados en lo que sucedió, pero se reconstruyen cada vez que se evocan, de tal forma que los hechos que recordamos con más frecuencia son los menos exactos. Lo que nos viene a la mente es el recuerdo, no el hecho. Y la memoria utiliza los elementos de la ficción —los detalles físicos, el arco argumental, los personajes y las consecuencias— para ayudar a explicarnos a nosotros mismos y a los demás. En ese sentido, el recuerdo es también un acto de reafirmación. El término neurocientífico es *reconsolidación*. A la memoria le añadimos el verbo en presente.

Los recuerdos, sentados en el espacio entre las dendritas, aguardan al roce de un olor o un sabor y entonces vuelven rugiendo a la vida, pero siempre al servicio del relato actual. ¿Quién puede verdaderamente decir que nuestra mente, es decir, nuestro cerebro, no se dedica a una poética biológica cuando no miramos? Es frecuente encontrar en el subcórtez un diálogo que no tiene nada que ver con la participación consciente de la persona. Durante toda mi vida me ha pasado que, al apagar la luz por la noche dando vueltas a algún problema lingüístico complicado e irresoluble, me he despertado a la mañana siguiente con la solución perfectamente clara en la cabeza. Mientras dormía, alguien, una parte de mí, estaba despierto y trabajando. De modo que, ¿por qué no van a jugar los recuerdos en un estado de REM y a recolocarse para formar un relato más coherente, con una historia que encaje con el momento actual?

Si, en virtud de la neurociencia y de la naturaleza humana, cada individuo es una ficción creada por él mismo, ¿qué sucede cuando esas ficciones entran en conflicto con el recuerdo que tiene otra persona de unos hechos estrictos? ¿Quién gana? ¿El que grite más? ¿El que recuerde más detalles, aunque sean falsos? ¿O el que antes descubre la mentira en el relato del otro?

* * *

He contado más de una vez la historia de la primera noche que salí en Nueva York. Se presentaba la revista de compras *Lucky* en la librería Housing Works, en Crosby Street. Yo cubría el mundo de la edición para Inside.com y estaba al tanto de la relación que tenía el acto con el mundo de la moda —era una revista de compras, después de todo—, así que decidí llevar una camisa de pata de gallo y una americana de pata de gallo, en un torpe intento de vestimenta transgresora. Ya saben, algo tan horrible que quedara bien (salvo que quedaba mal, sin más).

En este recuerdo/retrato/mito, estoy pegado a una pared. No estoy bebiendo, no se puede fumar, y la sala está abarrotada, fundamentalmente gracias a las mismas doscientas chicas que acuden a todas las fiestas en Nueva York. Al cabo de un rato, decidí que tenía que hablar con alguien o marcharme. Escogí a un tipo con el pelo cortado a lo Pet Shop Boys, de aspecto inofensivo. Le saludé a toda velocidad, dije que era de Inside.com, que era periodista y que informaba sobre el sector de las revistas.

—Ese soy yo —dije, todo cordial—. ¿Qué haces tú aquí?

—Bueno, soy James Truman, el anfitrión —dijo.

Mierda. Lo sabía. Desde luego, sabía que era el director editorial de Condé Nast, el señor intelectual de la estrella de la muerte. No, en realidad, no tenía ni idea. Me volví a mi pared.

Una mujer increíblemente diminuta vio mi aspecto desolado y se acercó caminando sobre unos zapatos tan altos que se podían considerar superestructuras y

tan escandalosos que eran toda una declaración.

«Tú no eres de este ambiente», dijo, pero en tono amistoso. Claro que no. Estuvimos hablando y flirteando unos minutos y ella me aseguró que aquel mundo de gasa se reduciría enseguida a unas dimensiones prosaicas y controlables. Quedamos un día para comer, y recuerdo que, tiempo después, me invitó a un concierto de David Bowie. Fue una noche —también por lo que recuerdo— incandescente, sentados en la zona VIP, al lado de Iman y con una serenata de Bowie a poco más de un metro, probablemente dirigida a su mujer. En mi versión de la historia, Mim, mi guía en aquel espléndido sitio, se inclinó hacia mí y me dijo: «Ya estás dentro».

Llamé a Mim, hemos seguido siendo amigos, a pesar de que, cuando nos conocimos, ella se sentía totalmente harta en un mundillo que yo empezaba a conocer. Mis hijas pensaban que era la persona más guay que habían conocido. A mí me parecía aterradora y extraordinaria. Neoyorquina, redactora y editora, con un cerebro inmenso y vivo, era y es neurótica y brillante, tan capaz de ganar una competición de preguntas sobre *rock* como de debatir sobre las operaciones encubiertas del Gobierno durante la Guerra Fría. Nunca he ganado una discusión con ella, y esta llamada no fue distinta.

Me aseguró que no se había acercado a mí en la fiesta, sino que nos presentaron. No había dicho que yo no fuera de aquel ambiente. Dijo que, aunque fuimos a ver a Bowie, no nos sentamos cerca de Iman. Iman estaba a la derecha del escenario, según Mim, y nosotros, a la izquierda. Y tampoco dijo «Ya estás dentro». Mim se muestra firme sobre lo que recuerda. Me creo más su versión que mi propio relato.

—Teníamos unos asientos excelentes, increíbles, privilegiados —dijo—. La gente de David Bowie siempre se ha portado muy bien conmigo, y teníamos una mesita en el mejor sitio. Me pareció apasionante, porque normalmente no tengo tanta influencia como para que me den la mesita, la mejor mesita.

¿O sea que fue guay, pero no tan guay como estar sentados al lado de Iman mientras le canta David Bowie?

—No nos cantó a nosotros en concreto, pero fue un concierto muy bueno. Nos cantó a nosotros y a todos los demás en la sala Roseland, porque es Bowie. Cantaron todas las canciones de *Station to Station* salvo «Word on a Wing» y «TVC15», y luego lo comentamos. Sé que nada de lo que me cuentas de aquel día es mentira —dijo—, porque estaba allí. Las emociones que recuerdas son reales. Pero los hechos no coinciden en absoluto.

* * *

Cuando fui a trabajar a Nueva York, pregunté a mi amiga Amanda si creía que me iba a gustar. «Es una pelea. Si te gusta la pelea, es estupendo. Y, si no te gusta, es un horror».

Me gustó la pelea. A diferencia de Washington y Los Ángeles, donde la gente

sube y baja de acuerdo con un patrón secreto, Nueva York es una ciudad en la que el esquema del cableado es muy visible y esencial y extrañamente exacto. Si se te da bien lo que haces, si trabajas mucho y no te rindes, puedes hacerte tu hueco para ascender en la isla.

El truco para disfrutar de Nueva York es no estar tan obsesionado por abrirte camino hacia el centro de la tierra que se te olvide admirar el brillo de la ciudad, su dimensión y su capacidad de asombrar, que ponen todo lo humano en su justo sitio. Una noche, poco después de que empezara a trabajar, me quedé en la planta 13 del Starrett-Lehigh, mirando las luces de la ciudad al atardecer. Era un paleta del Medio Oeste observando, atónito, los rascacielos. Estaba en pleno ensueño, con la boca abierta de par en par ante tanta majestuosidad. «Pasa todo el tiempo», dijo Kurt, otro tipo del Medio Oeste. «No te cansas nunca de mirar».

No me canso. Después de un año en Inside, se les agotó el dinero y empecé a colaborar con la revista *New York* y con *Atlantic Monthly*. Y, de pronto, ese horizonte que había empezado a amar cambió para mí y para todo el mundo.

UNA HISTORIA COMÚN

Escribir es un acto de fe, no un truco de gramática.

E. B. White

En la mañana del 11 de septiembre de 2001, yo estaba en el lugar equivocado para un periodista: estaba en nuestra casa de Montclair, Nueva Jersey. Jillie estaba en la ciudad y me llamó a las nueve para decirme que se había estrellado un avión contra la torre norte del World Trade Center. Encendí la televisión mientras hablábamos y dije que alguien debía de haber grabado el impacto porque estaban repitiéndolo, pero ella me contestó: «No, estás viendo un segundo impacto».

Subí a la colina que dominaba Montclair y vi durante unos minutos cómo ardían las torres y, cuando volví a casa, me encontré con mensajes de mis jefes en la revista *New York* y *Atlantic Monthly* que reclamaban mi presencia en la ciudad. Agarré varios planos, agua, un pañuelo, comida, una linterna, cuadernos y todos mis distintivos de prensa. Recorrer los diecinueve kilómetros hasta Manhattan fue como remar contra corriente. Todo estaba acordonado. Conduje por encima de medianas y conos, tomé una rampa en dirección prohibida. Por fin llegué al túnel y le dije a un policía que había hablado con la Autoridad Portuaria y que me habían asegurado que, si llegaba hasta allí, podía aparcar en el puerto. Dijo: «Yo soy la Autoridad Portuaria, y usted está contando una sarta de mentiras».

Al final, conseguí subirme a uno de los barcos de evacuación en Hoboken; tuve que soltar el grifo de las lágrimas y decir que iba a perder mi trabajo, pero lo conseguí. Crucé el Hudson y empecé a andar hacia el sur de la ciudad. Cuando llegué, era pasado mediodía y las dos torres estaban destruidas, y, por supuesto, había polvo en todas partes. No tenía instrucciones concretas, así que empecé a entrevistar a toda la gente que había por allí. Había un hombre en concreto que tenía mucha información, y que me contó que, al caer la torre sur, el polvo había oscurecido toda la parte inferior de la torre norte hasta que cayó también. Y que, minutos después, había visto saltar a alguien desde muy arriba y aterrizar sobre un bombero o un policía que caminaba junto a la torre norte. Estas dos cosas no podían ser verdad, desde luego. Su memoria, ante el mayor espanto humano imaginable, estaba empezando a reconstituir lo que había visto en un relato que le permitiera comprenderlo.

Como todos los que estaban allí, me dediqué a improvisar y a tratar de ser útil. Me acercaba hasta que me gritaban que me mantuviera en el perímetro de seguridad.

Estaba en la esquina de las calles Church y Chambers, y un tipo que tenía una bodega allí vio mi cuaderno y empezó a hablar conmigo. «¿Ve este sitio de aquí?», señaló mientras me mostraba una gran hondonada en el polvo. «Aquí ha venido a parar un motor de uno de los aviones. Luego ha venido el FBI con un camión y se lo ha llevado». Estábamos a seis manzanas de las torres, y escribí lo que me había dicho, pero meneé la cabeza en un gesto de incredulidad. En un día en el que habían sucedido tantas cosas aterradoras, ¿por qué se inventaba más la gente?

A las 5:20 de la tarde, estaba junto a esa esquina cuando el Edificio 7 se cayó y lanzó una masa de escombros por toda la calle. Me metí debajo de un coche y me encontré con una paloma solitaria y un libro, roto y polvoriento, que había llegado allí desde las torres. *The elements of style*, el histórico manual de escritura de E. B. White.

Jillie se quedó esa noche en la ciudad y pudo conseguir las llaves del piso de los padres de una amiga, un enorme apartamento en el Upper East Side. Había conseguido hablar con nuestra canguro y con Erin, Meagan y Maddie. Después de una larga caminata hasta allí, me dejé caer en el sofá y empecé a mirar las imágenes del día. Los que menos sabían eran quienes habían estado allí mismo cuando sucedió, incluido yo. Vi un vídeo del segundo avión, del momento en el que golpeó la esquina sureste de la torre sur. Se podía ver a la perfección cómo el motor se desprendía, salía volando por Church Street y aterrizaba donde había dicho el tipo de la bodega.

* * *

Yo trabajaba para unos jefes estupendos. A Caroline y John, en la revista *New York*, les hacía gracia, y me dieron una mesa y algunos encargos excelentes. Era el paleta en una redacción llena de gente guay y maravillosa. En los días posteriores al 11 de septiembre, esos jefes reorientaron al equipo de periodistas, más acostumbrados a informar sobre el mundo de tul que envolvía la ciudad, para que hicieran un periodismo táctico. Y lograron producir un semanario que estuvo a la altura, y más que a la altura, de la ocasión. Mis propios artículos eran terribles, llenos de polvo y estados de ánimo, sin sustancia. Pero Caroline me encargó que escribiera los textos y los titulares para un libro de fotografías sobre los sucesos de aquel día y sentí, por fin, que había aportado algo a una historia inmensa.

Michael, el director del *Atlantic*, era un maestro a la hora de llevar las historias más lejos de lo esperado; me había contratado para informar sobre los medios de comunicación, pero cambió de opinión después de los atentados. Yo le había conocido en Washington. Jason, el reportero de sucesos del *City Paper*, estaba trabajando sobre una manzana de Capitol Hill con un historial notable de asesinatos y que parecía el ecosistema urbano perfecto para la violencia. Mientras trabajaba en su reportaje, nos enteramos de que el *Atlantic* estaba haciendo exactamente lo mismo, así que llamé a Michael y nos enzarzamos en un intercambio estratégico.

—Llevamos meses trabajando en esta historia —dije—. Y los que viven en la manzana nos dicen que están «esperando a que salga lo del *Atlantic*». Como todos. Pero nosotros vamos a sacarlo meses antes que vosotros. —Michael, que había contratado a un destacado escritor que vivía allí mismo y que era especialista en historias urbanas, despreció mi desafío.

—¿Has oído lo que está pasando en el zoo de Washington? —dijo—. ¡Creo que los guardianes están tirándose a los pandas! ¡Qué escándalo! Tenéis que prestarle atención. Es una historia tremenda.

Qué gracioso. Nosotros sacamos nuestro reportaje antes. La suya nos aplastó.

Michael tenía alma de reportero y a mí, cada vez que hablaba con él, me entraban ganas de atravesar muros. Me convenció para que investigara las advertencias del Departamento de Seguridad Interior sobre diversas vulnerabilidades, un tema para el que claramente yo no estaba capacitado, pero, mediante una especie de hipnosis, me convenció de que podría hacer un trabajo creíble. (Y tenía razón. Llevo años cobrando un cheque de derechos de autor de una academia militar porque incluyen el reportaje en su programa).

Sin embargo, al trabajar en casa y de forma ocasional para dos revistas, me estaba perdiendo el metabolismo y la sensación de urgencia de una redacción, el sentimiento de formar parte de algo. Recibí una llamada de Dave, el redactor jefe de comunicación en *The New York Times*, que había leído algunas cosas mías en *Inside*, y me preguntó si me interesaría hablar sobre un posible trabajo. Pensé que era lo más absurdo que había oído jamás. Mi padre, cuando le conté la conversación, dijo: «Bueno, siempre has querido trabajar en *The New York Times*». Mentira. No he dicho eso nunca en mi vida.

Como cualquier otro periodista en activo, siempre había leído y admirado el periódico, pero nunca había pensado que yo podría encajar en él. Además, tenía la sensación de que me quedaban cabos sueltos, sobre todo en el *Atlantic*. Llamé a Michael para decirle que me habían hecho una propuesta en el *Times*. Aunque quizá no sean las palabras exactas, me dijo que, como había recibido una oferta que parecía muy buena, estaba dispuesto a hacerse cargo también de lo que ganaba con la revista *New York*, ofrecirme un aumento de sueldo y evitar que tuviera que cambiar de trabajo cada mes.

«Ahí tienes», dijo. «Eso es lo que te ofrezco como director». Y entonces continuó, y aquí sí que recuerdo cada palabra: «Como amigo, tengo que decirte que, si te vas a ese sitio y les gustas, y ellos te gustan a ti, te cambiará la vida. Eso, yo no te lo puedo ofrecer. ¿Por qué no aceptas el trabajo, ves cómo te va y, si no te gusta, vuelves?».

Acepté el trabajo. Michael, que era reportero y no podía resistirse a una buena historia, dejó el cargo de director para irse a cubrir el comienzo de la guerra de Irak. Después de la primera guerra del Golfo, había escrito el libro *Martyr's day*, y ahora quería escribir un segundo libro. Murió durante el avance inicial hacia Bagdad,

cuando el Humvee en el que viajaba fue tiroteado, volcó y cayó en una zanja inundada. Yo escribí su necrológica en el *Times*.

LAS NECESIDADES DE LA MAYORÍA

Cuando hice la entrevista para trabajar en el *Times*, a finales de 2001, me iba muy bien hasta que me topé con Al, un directivo enorme e indómito. Miró con escepticismo mis antecedentes en revistas, semanarios alternativos y puntocoms —ni un atisbo de trabajo en un diario— y seguramente pensó que era un imbécil. Solo conseguí salir vivo de su despacho porque dejé muy claro que entendía a la perfección que las necesidades de la mayoría suelen ser más importantes que las del individuo. Vi que el rostro se le iluminaba cuando dije que estaba más interesado en encajar que en destacar.

Lo decía en serio. Me sentía como un niño de ocho años que se despierta con el cuerpo y el maletín de su padre. ¿No había nadie más competente, dotado y maduro para hacer ese trabajo? No obstante, empecé a trabajar en la sección de Economía y a escribir historias que luego se editaban y publicaban para que las leyera todo el mundo.

Dave, el redactor jefe de Comunicación, con el que di mis primeros pasos, era muy de la vieja escuela. En mis primeros artículos me di cuenta de varias equivocaciones —un terror que me despertaba en la larga cloaca de la madrugada—, y él me tranquilizó y me explicó con paciencia que mi tendencia a cargar mis historias de detalles era una forma infalible de equivocarse mucho. «Si no estás completamente seguro, quítalo. ¿Quién se va a enterar? No puedes equivocarte con algo que no sale publicado».

Todas esas herramientas básicas del oficio me ayudaron a aprender. Las tradiciones arraigadas de *The New York Times* han mejorado a casi toda la gente que ha trabajado alguna vez allí, incluido a mí. Imagínense trabajar en un sitio en el que todos —el jefecillo siniestro, el ambicioso recién llegado, el gran jefe que pasa de vez en cuando— están intentando que la empresa sea mejor. Incluso cuando te aplastan contra la pared, o te indican un error en tu trabajo, o lo cambian de arriba abajo cuando pensabas que ya habías terminado, su propósito es que sea mejor.

The New York Times es así de extraño, incluso extravagante. No tengo ningún reparo en reconocer que el esfuerzo se ve más majestuoso para los lectores del periódico que para quienes lo hacen, pero es difícil negar que es una institución llena de solidez. Los jefes del diario, en general, me han mantenido alejado de las noticias urgentes. Pero, aun así, he dado con unas cuantas que me han obligado a trabajar con un plazo imposible, escasa información y bombas que estallaban por todas partes. Y, justo cuando todo está perdido, cuando estás en pleno ataque de pánico, aunque no digas nada, la redacción te levanta y te ayuda a traspasar la línea de meta.

Si bien la oscuridad que se palpaba dentro de aquellas paredes me afectaba —el periodismo en una gran ciudad es un asunto muy serio que, si se ejerce mal, puede arruinar vidas—, el impulso general de mejorar las cosas también ejerció un profundo efecto en mí.

* * *

El *Times* experimentó un cambio fundamental en 2003. Parecía que el director ejecutivo, Howell, iba a ser el dios de todo durante toda la eternidad, pero se fue. El detonante fue Jayson, un tipo que pasó de la periferia del periódico, donde llevaba mucho tiempo, a ocupar el centro, hasta que ardió en llamas. Causó un inmenso escándalo que provocó la marcha de Howell y de su segundo, Gerald, cuando se reveló que Jayson se había inventado por completo noticias y fuentes.

Yo veía a Jayson como a un amigo que también estuviera en proceso de desintoxicación y con el que salía. Estaba metido en el periódico como yo nunca he estado ni estaré, así que siempre aprendía cosas interesantes cuando hablábamos. Jayson era muy sociable, una de esas personas adaptables que sabían cómo hacer feliz a casi todo el mundo, salvo si la persona en cuestión era su supervisor. Yo estaba al tanto de que se le consideraba problemático —se había metido en un montón de líos cuando trabajaba en la sección de local—, pero supervisar o juzgar a jóvenes reporteros ya no estaba entre mis tareas.

Poco antes de las Navidades de 2002, yo estaba en la sala de fumadores —en aquella época todavía existían— quejándome de que, al salir de una obra de teatro, me habían dado una lista de peticiones de unos niños cuyas familias no podían comprar regalos. La lista estaba llena de todo tipo de prendas modernas que no solo se salían de mi presupuesto, sino que me sentía incapaz de comprender. Jayson agarró la lista, la repasó y dijo que estaba dispuesto a dividírsela conmigo. Nos fuimos de compras. Él negoció con vendedores, les contó lo que estábamos haciendo, y pronto nos encontramos con una gran bolsa llena de cosas. Se le había olvidado la tarjeta de crédito en casa, vaya por Dios, pero me prometió que se encargaría de llevar los regalos a la casa de las afueras de Brooklyn. A la vuelta me contó que a la madre se le habían llenado los ojos de lágrimas y que los niños se habían vuelto locos porque habíamos acertado con todo lo que querían para Navidad.

Las cosas parecían irle mejor; en el otoño de 2002 pudo trabajar como reportero en la historia de los francotiradores de Washington. Pero sus historias acabaron siendo su ruina y, por extensión, la de Howell, que se había empeñado en que sus reportajes, escasos de fuentes y parcialmente inventados, se publicaran en primera página. A principios de 2003, me enviaron a Washington para escribir un reportaje sobre Ari Fleischer, el secretario de Prensa de la Casa Blanca. Cuando iba hacia allá llamé a Jayson y le pregunté dónde se alojaba, y mencionó el Jefferson. Le pregunté si tenían banda ancha. Dijo que sí. Quedamos en cenar juntos en Georgia Brown's, un

exclusivo restaurante de comida casera. Casi al instante, Jayson volvió a llamarme y me dijo que le habían ordenado que fuera a Virginia Beach. Cuando llegué al Jefferson, no había banda ancha y jamás habían oído hablar de él. Todo aquello debería haber hecho que se me dispararan las alarmas, pero lo dejé pasar. Me llamó cuando yo ya estaba en el tren de regreso para decirme que estaba volviendo a Washington.

No trabajábamos en la misma sección ni cubríamos los mismos asuntos, y no me creía su teoría de que los jefes querían cargárselo. Me parecía un buen tipo que se había recuperado de un periodo de adicción al *crack* y un periodista genuino, aunque conflictivo. A la hora de la verdad, resultó que había engañado a sus jefes y a sus lectores, y avergonzó enormemente al periódico. El suyo fue un fraude sofisticado y lleno de maquinaciones. Siempre he pensado que habría sido mucho más sencillo haber ido a los sitios y haber informado de lo que pasaba, sin más, pero no soy él.

Cuando se descubrió que estaba en marcha una enorme estafa, me quedé estupefacto. El día que se fue Jayson, Gerald, el director editorial, estaba mucho más preocupado por Jayson como persona que por Jayson como periodista, y me envió a buscarle. Le encontré en la calle 43 con su amiga Zuza. Me inquietaba que pudiera hacerse daño o recaer en el *crack*. Fue un momento cargado de emoción. Parte de mí quería estrangularle por mentir, por mentirme a mí sobre las mentiras, pero había muchos que lo hacían, así que pensé que debía mostrar algo de compasión. Le solté un discurso lleno de pánico, aunque no recuerdo los detalles. Más tarde, cuando se publicó su libro *Burning down my master's house*, aquel momento estaba presente. Cuenta que estaba con Zuza y que me vio acercarme.

Le vimos al otro lado de la calle, de pie, solo, con la bolsa negra colgada del hombro, las gafas negras. Se mecía hacia delante y hacia atrás, nervioso.

«¡Carr!», grité.

David cruzó la calle, y le presenté a Zuza. «Oh, Dios mío, cómo me alegro de que estés aquí», dijo, y le dio un gran abrazo a Zuza. «Cómo me alegro de que estés aquí». Me abrazó. Estaba llorando, las lágrimas le caían por el rostro, bajo las gafas de sol. «No te vas a ir al oeste, ¿verdad?», preguntó emocionado y entre lloros. Ir al oeste era ir a los lugares en los que me suministraban drogas. «No quiero, tío, no quiero». Yo también estaba llorando.

«No vayas, no vayas. No quiero que mueras, tío. No quiero que mueras. Mira, no sé qué es lo que ha pasado, sé que no fuiste sincero conmigo, y llegará un momento en el que aclararemos todo eso, pero no quiero que hagas ninguna estupidez, no quiero que vayas al oeste, no quiero que recaigas, no quiero que te suicides, y ya sabes que recaer es suicidarte poco a poco. Lo que sea que te está pasando por la cabeza, y que crees que te aliviará, no, lo hará diez veces peor. Diez veces peor, y te matarás. Y esta vez quizá no sea tan

poco a poco. No lo hagas. No lo hagas».

Lo extraño es que, quitando alguna descripción un poco hiperbólica, es muy posible que esa sea una reconstrucción literal de lo que dije, mucho mejor que la que yo habría podido hacer de memoria. Este tipo atravesaba el peor día de su vida y, meses después, escribe un libro y recuerda casi exactamente lo que le dije. Es casi como un truco de prestidigitador. Cuando me puse a escribir mi libro, llamé a Jayson y le pregunté cómo lo había hecho.

—Creo que lo repasé una y otra vez en mi cabeza durante mi estancia en el hospital. Me preocupaba salir sin trabajo, en mitad de Nueva York, con algo de dinero en el bolsillo, al menos cuarenta dólares, que me permitían comprar droga. Y seguí repitiéndome esa escena después de salir del hospital. —(Después de irse del *Times*, ingresó en un hospital por problemas de salud mental).

Leí su libro y todas las noticias sobre el escándalo tras su despido, y todavía no tengo ni idea de por qué lo hizo. Prácticamente agarró una cuerda, hizo un nudo alrededor de su cuello, ató el otro extremo alrededor de nuestros pies en el periódico, y saltó. Sin embargo, yo aún tenía varias preguntas fundamentales. ¿Qué pasó cuando estabas en el Jefferson de Washington, pero quizá estabas en Brooklyn?

—No sé a qué fecha concreta te refieres, pero al empezar los asesinatos de los francotiradores, estaba en el Jefferson —dijo, y añadió que había dormido en la habitación de otro periodista.

¿Y la gran bolsa de regalos y la conmovedora historia de la familia?

—Deberías tomar nota para tu libro de que tú y yo hablamos un par de veces después de todo lo que pasó y luego hubo un periodo de silencio —recordó—. Te llamé y me dijiste: «Lo único que quiero saber es si es verdad». Y yo te dije: «¿Es verdad qué?». Y tú preguntaste: «¿Les diste los regalos?». Y eso me dejó helado. No sé cómo decir hasta qué punto no me ofendió, porque encajaba en todo lo que estaba pasando, pero me hizo pensar que la gente estaba poniendo en duda hasta cosas como esa.

De modo que volví a preguntarle: «¿Es verdad?».

—Al cien por cien —dijo.

Le creo, pero puede que sea cosa mía.

LA ALDEA SUFRE UN GOLPE

No te he visto desde hace años, pero las cosas no están tan mal como parecen. Todavía seguimos bailando en mis sueños escandalosamente hermosos de Busby Berkeley.

Magnetic Fields, *Busby Berkeley Dreams*

El 27 de febrero de 2004, tomé un avión. Quería permanecer allí arriba, en el cielo de un azul brutal, donde el sol brillaba para todos, incluida mi hermana Coo. Mientras estuviera volando, Coo, que cantaba mal, bailaba bien y era una obsesa de las herramientas eléctricas y de sus sobrinas, todavía estaría viva. «Coo era la divertida», dice Erin ahora. Cuando Coo estaba haciéndole la cena a su pareja, Laurie, una mano invisible en forma de aneurisma se apoderó de ella y nos la arrebató. Siguió respirando, pero ya estaba muerta. Escribí unas palabras mientras me dirigía a verla y a despedirme de ella. Más tarde, publiqué lo que había escrito en *FamilyTimes*.

A nuestra familia le encanta el drama. Cualquier pequeña falta —el tropezón de un hermano alcohólico o un nuevo novio para la pequeña de la familia— lo convertimos en una tempestad de llamadas llenas de teorías, paliativos y consejos. Nos contamos unos a otros lo ocurrido, que suele tener un final dulce, en el que tanto el narrador como la familia salen indemnes, una vida sin verdaderas consecuencias. La última frase de esas historias se ha convertido en un distintivo familiar: «Y no murió nadie».

Mi hermana Coo es/era la reina del gran discurso rematado con un «nadie murió», una gran comunicadora capaz de utilizar un lenguaje más directo que un camello callejero y de tomar la palabra y conservarla en una familia llena de parlanchines. Era lista y tenía grandes dotes cómicas que desplegaba en unas historias en las que manifestaba su enorme variedad de intereses.

Esta historia comenzó la noche anterior. Mi hermano, en Washington, llamó para decirme que Coo se había caído y había empezado a emitir sonidos incoherentes. Su pareja, Laurie, llamó a una ambulancia, y fueron a un hospital cercano. Descubrieron que había sufrido un aneurisma y que tenían que estabilizarla y trasladarla a otro hospital para operarla.

El tic tac de las llamadas telefónicas durante toda la noche tenía esta vez más peso y más presagios. Dormité con el teléfono en la mano. Por la

mañana, hubo un atisbo de esperanza cuando los fármacos le bajaron la presión sanguínea y detuvieron la hemorragia, pero enseguida hubo nuevas fugas y nuevos horrores. No iban a poder trasladarla, al menos no a otro hospital. Me olvidé del *shock*, aunque no de sus implicaciones, y me saqué un billete en el primer vuelo. Mientras hacía la maleta en pleno frenesí, Jillie eliminó el traje negro porque dijo que era demasiado morboso.

Quince minutos antes de que mi avión despegara de Newark hacia Mineápolis, llegó la llamada de mi hermano Joe para decirme que el cerebro de Coe, grande y lleno de vida, estaba muerto. Habría una nueva evaluación posterior, pero todo parecía indicar que íbamos a tener que tomar varias decisiones al llegar.

Voy a necesitar el traje. Pero, antes de enterrar a Coe, tenemos que ir al hospital y reconocer que está muerta. Aceptar que esa cosa inanimada cuyo pecho se mueve solo gracias a una máquina de respirar no tiene nada que ver con mi hermana. Sé, sin confirmarlo, que es donante, porque es un espíritu generoso con un corazón inmenso.

Sé lo que va a suceder. Pese a ser un hombre que dedica gran parte de su tiempo a defender que la vida humana es sagrada desde el principio hasta el final, mi hermano mayor, John, dejará claro lo que hay que hacer después de hablar con el médico. No salidas de emergencia, solo un pasillo largo y oscuro por el que iremos con mi hermana y por el que volveremos, uno a uno, sin ella. La desconectaremos, porque nuestra ascendencia irlandesa nos ha enseñado que, con la muerte, no hay que andarse con tonterías. Le das tristemente la mano y luego te vas a buscar una botella de alcohol o, si eso te va a matar a ti también, una reunión con gente en parecidas circunstancias.

Por ahora, quiero quedarme aquí arriba, donde mi hermana no ha fallecido, donde el azul es infinito y las nubes no son más que adornos, no pavorosas volutas.

Era dos años más joven que yo y me quería con una ferocidad contradictoria, como un huracán de amor fraterno cuando no estaba ocupada en su propia y complicada vida. Su lealtad hacia mí —en una familia enorme, durante un tiempo formamos una alianza muy poderosa— fue el pago por los años en los que yo, cuando era niña, molía a palos a cualquiera que se atreviera a ridiculizarla por su voz nasal y su nariz regordeta, herencias de un paladar hendido. Cuando cumplió veinte años, ahorró dinero para que le rompieran quirúrgicamente los huesos del rostro y se lo recompusieran según la intención original del creador. A partir de entonces, fue imparable.

La moderación es una cosa en la que tanto ella como yo fuimos siempre moderados. La corrompí cariñosamente durante años, llevándola a bares vibrantes y de mala vida y fiestas llenas de gente siniestra. Teníamos el mismo estilo enloquecido de bailar, y la mayoría de mis grandes momentos

roqueros incluyen su cara levantada y feliz. De vez en cuando probaba la coca, pero, sobre todo, se metía raya tras raya de todo lo que la rodeaba. Inhalaba lo que tuviera al alcance: gente, tierras lejanas, bichos raros de todo tipo.

Al final, yo empecé a moverme y ella a cambiar de trabajo, de ciudad y de preferencias afectivas. Compartíamos secretos, pero solo cuando las cosas iban verdaderamente bien o verdaderamente mal. La semana pasada, cuando la llamé para ponerme al día de algún cotilleo familiar, me dijo que estaba «fabulosa». Sigue estando fabulosa, porque estoy en el aire y pienso seguir dirigiéndome hacia un horizonte en el que mi hermana continúa viva. Continúa siendo fabulosa.

57

INVESTIGACIÓN ADICIONAL

No hay en la naturaleza pasión de una impaciencia tan demoniaca como la del que, estremecido al borde de un precipicio, piensa arrojar en él. Aceptar por un instante cualquier atisbo de pensamiento significa la perdición inevitable, pues la reflexión no hace sino apremiarnos para que no lo hagamos, y justamente por eso, digo, no podemos hacerlo. Si no hay allí un brazo amigo que nos detenga, o si fallamos en el súbito esfuerzo de echarnos atrás, nos arrojamos, nos destruimos.

Edgar Allan Poe, *El demonio de la perversidad*^[17]

La adicción tiene un componente delfico. Cualquiera que lo niegue no tiene ni idea de lo que habla. El 23 de noviembre de 2002, casi catorce años exactos después de mi ingreso en Eden House, me encontré en mi cocina con una copa en la mano. Y no cualquier copa. Había estado recogiendo durante una fiesta, vertiendo los restos de un vaso en otro y, sin pensármelo mucho, me llevé el repugnante bebedizo a los labios. Y luego me bebí unos cuantos más.

Parecería que, si una persona va a hacer algo tan trascendental como tomarse una copa después de miles de años, lo planearía mejor: se vestiría bien, iría a un bar elegante y pediría un Martini como Dios manda. Durante catorce años, había pasado por encima de valiosos *whiskeys* de malta, tequilas exóticos y, en un momento especialmente difícil, de una cerveza helada después de que se quedaran sin Coca-Cola en una discoteca al aire libre frente a un volcán activo en Nicaragua. Pero había caído con el equivalente al calimocho.

En algún punto del traslado de Washington, D. C. a Nueva York, dejé de ir a las reuniones de exalcohólicos. Aun así, ¿por qué volví al ruedo? Me resulta imposible comprender por qué cometí un acto tan insensato, en parte porque estaba disfrutando de todo lo que promete la sobriedad: una mujer y una familia a las que adoraba, un trabajo del que estaba orgulloso y suficientes ingresos para vivir cómodamente.

Con aquella copa, de forma consciente o inconsciente, me propuse convertirme en

un agradable alcohólico burgués y lo conseguí. Dado que, en todas mis aventuras, había dejado claro que no bebía, al principio no se lo dije a nadie. Unas semanas más tarde, Jill estaba sentada en el porche posterior de nuestra casa y notó el olor a alcohol. Cinco años más tarde, no le costaba nada recordar aquella mañana.

—Estábamos en el porche de atrás, era sábado por la mañana. Yo había ido de recados y había estado haciendo cosas, tú estabas poniendo las luces exteriores de Navidad, para lo que hacía falta una escalera. Estábamos sentados en la mesa y me di cuenta, con toda certeza, de que olía a alcohol, y eran las diez y media de la mañana o algo así —dijo—. Yo pienso: «No puede ser, me lo estoy imaginando». Me convencí de que me lo estaba imaginando. Pero en un momento en que estabas fuera o habías ido a algún sitio, abrí tu bolsa, que estaba en la mesa auxiliar del comedor (tu maletín), y allí había una botella de vodka a medio beber dentro de una bolsa de papel, todo descuidado, sucio, derramado y maloliente.

Como el tipo al que pertenecía el maletín. Llamó a mi padre y a su madre, hubo mucho drama, empecé a ir otra vez a reuniones y estuve meses sin beber. No era capaz de explicar lo que había hecho. Durante años había sabido animar todas las fiestas sin necesidad de beber, y ahora había vuelto al pozo. Parecía que había sucedido de repente, pero no era así.

* * *

Algunos de mis viejos colegas de rehabilitación en Mineápolis lo habían visto venir, más o menos. En el verano de 2006, mientras nos tomábamos una hamburguesa, Dave C., mi amigo y hombre de negocios que compraba regalos de Navidad cuando las gemelas eran pequeñas, me dijo que se había preguntado, incluso desde la distancia y a raíz de nuestras conversaciones telefónicas, si yo me estaba haciendo dueño de Nueva York o, más bien, sucedía todo lo contrario.

—Me preocupabas —dijo—. Cuando empezaste a hablar de varias de esas personas a las que entrevistabas, el acceso que tenías a gente poderosa y consciente de lo que podías hacer por ellos, sabía que te iban a tender el anzuelo, que te iban a dar cosas o, al menos, a ofrecértelas, y que te ibas a encontrar en situaciones muy distintas a lo que vemos en Mineápolis, y te iban a volver muy vulnerable. Me preocupaba todo eso. Es una gran tentación, sobre todo cuando estás viajando y eso.

Se instaló un patrón de comportamiento caótico. Pasaba sobrio semanas o meses, hacía algún viaje, allí me descontrolaba, luego regresaba y a la vuelta me reincorporaba a las reuniones. Me emborraché en Los Ángeles, Londres, Montreal y Chicago, pero tenía mucho cuidado de hacer mi trabajo y entregar mis textos. Nunca confesé que era alcohólico, nunca me sumé al gran torbellino social de las juergas. Como las cosas no eran horribles, acabé convenciendo a Jill y empecé a beber en casa, al acabar la jornada, cuando las niñas estaban acostadas.

Intenté esnifar coca un par de veces, pero era mayor y estaba más atemorizado.

Sabía que, si me dejaba deslizar por esa pendiente, perdería el trabajo y a mi familia de inmediato. Estoy seguro de que hay un montón de hombres blancos cincuentones que siguen dándole a la coca, pero, a pesar de mis borracheras y de mi estupidez, no tenía verdadero interés en volver a las drogas ilegales. No obstante, la enfermedad siguió su progresión, incluso sin los narcóticos. El alcohol es un rival astuto y desconcertante. Nunca fui un borracho violento y cruel, sino callado y taciturno. En el fondo, sabía que lo que estaba haciendo no iba a salir bien. Nunca bebía pensando que era una persona normal, pero había una parte de mí que quería fastidiar las cosas. Iba de vez en cuando a las reuniones, alternaba la bebida con periodos sobrios, me metía de vez en cuando en líos.

Hubo algunos momentos divertidos. Jill y yo nos lo pasamos genial en París y otras ciudades en 2003, pero había claros indicios de que la situación era insostenible. En febrero de 2004, nos pusimos de punta en blanco para asistir a la inauguración del Time Warner Center en Manhattan. Me tomé una copa antes de salir, pero, consciente de que era un acto muy público y de que seguramente iba a tener que conducir yo a la vuelta, me contuve y empecé a comer. Cuando llegamos a la entrada del Lincoln Tunnel, había un control de alcoholemia, un fenómeno habitual que había superado sin problemas muy a menudo cuando estaba sobrio. No me preocupé, pero, cuando el policía me hizo la prueba, dijo que mi nivel estaba en el límite y que tenía que esperar a que me bajara. No bajó.

Me detuvieron, vestido de esmoquin, por conducir bajo los efectos del alcohol. No llegaba a estar legalmente borracho, pero tampoco podía conducir. Me encerraron en una comisaría del West Side para pasar allí la noche —Jill se quedó en el vestíbulo, donde la vigilaron hasta que decidieron que podía conducir— y luego me llevaron al centro para comparecer ante el juez por la mañana. Era la cárcel: una celda siniestra y una comida rancia. Pasó todo el día siguiente y no vino nadie a buscar al tipo del esmoquin, y empecé a sufrir un *shock* diabético porque no había comido. A última hora de la tarde, le dije al guardia que tenía un problema médico. Me dijo que no pasaba nada y que me iban a trasladar a las Tumbas, los legendarios calabozos de Manhattan. Horror. Por fin, conseguí que me llevaran ante el juez y que me dejaran salir a las calles de Nueva York, vestido con el mismo esmoquin del día anterior. Me declaré culpable, pagué la multa, fui a cursos de prevención del alcoholismo y volví a las reuniones. Pero la cosa no duró mucho.

Cada vez que volvía al mundo de la bebida, ocurrían cosas peores. En junio de 2004, fui a San Antonio, Texas, y pronuncié un discurso que fue muy bien recibido. Para celebrarlo, me fui a la zona de las colinas a beber, pasear en coche y divertirme. Al día siguiente perdí el avión y finalmente dejé la ciudad sin mis zapatos buenos ni las llaves de mi coche. Nada más llegar me fui directo a una reunión, en una habitación en forma de L en la que abrí mi corazón y hablé de la derrota que acaba de infligirme a mí mismo. Cuando me levanté para irme, reconocí a un tipo al que conocía, y al que antes no había visto porque estaba en el otro lado de la L. Era un

directivo medio del *Times*. Me horrorizó que hubiera oído mi historia, pero, cuando volví al trabajo, me encontré con un correo electrónico suyo en el que me recordaba que él estaba en la reunión por el mismo motivo que yo y que, si alguna vez necesitaba hablar, estaba a mi disposición.

Ir a las reuniones me hacía sentirme un poco fraude. Estaba rodeado de personas con años de recuperación, unos años que yo había anulado de una patada. Llegaba tarde, me iba pronto, me sentaba en la última fila y no hablaba mucho con nadie. Pasaba meses —a veces, hasta ocho seguidos— sin beber una gota, pero, siempre que volvía a hacerlo, acababa perdiendo el conocimiento o conduciendo borracho o deambulando por partes de la ciudad que no conocía. No me pegué con nadie, no me acosté con nadie y no volví a caer en las drogas. Mi carrera siguió floreciendo, en parte porque tracé una gran línea blanca en torno a ella; si estando sobrio me sentía ligeramente sobrepasado en el *Times*, borracho no habría tenido nada que hacer. Sin embargo, no me daba cuenta de que era una tendencia ni de que, en una de esas ocasiones, no iba a poder volver.

Otra vez empecé a repartir distintas versiones de la realidad. Le dije a mucha gente, entre otros a Sam, mi jefe, que había vuelto a tomar una copa de vez en cuando y que todo iba de maravilla. Una noche, quizá después de que le ascendieran, lo celebramos con una cena espontánea. Fuimos al Bar Americain, un local muy popular en el que había que reservar con semanas de antelación, y, sin más armas que su simpatía y su descaro, Sam nos consiguió una mesa justo en el centro de la sala. No mencionó *The New York Times*, un recurso que, sin que hubiera un motivo de trabajo, siempre me pareció un signo de debilidad. Fue una noche estupenda, una de esas veladas mágicas de Nueva York que parecen llenas de posibilidades. Nos tomamos dos Martinis y la mitad del menú, y brindamos mucho por la suerte de que dos idiotas como nosotros tuvieran el trabajo, la familia y la vida que teníamos. Por supuesto, Sam tomó el metro un poco alegre para volver a su casa con su preciosa familia. Yo me fui al West Side para beber solo.

La única persona a la que le dije toda la verdad fue Seth, un escritor que conocía. Nos habían presentado unos amigos comunes pensando que nos caeríamos bien, y así fue. Yo era mayor y con más años de rehabilitación a mis espaldas; él había sido adicto a la heroína, pero los dos nos tomábamos el periodismo y la sobriedad muy en serio. Cuando estaba bien, se lo contaba. Cuando estaba en el pozo, se lo contaba también. Él dirigía un programa de desintoxicación muy sencillo y tenía, como suele decirse, algo que yo quería.

Aparte de Jill, él era el único que conocía toda mi historia de aquel entonces. En el verano de 2007 le llamé y me sorprendió averiguar que había estado preocupado por mí desde mucho antes de 2003.

En 2001, nos dirigíamos a pie a la fiesta de una puntocom en el Village, una fiesta en la que ninguno de los dos iba a beber.

—Tú habías tenido alguno de tus problemas de salud y estabas tomando

OxyContin —dijo—. Íbamos hablando de que era fantástico y dijiste que, a veces, tenías que tomar una dosis ligeramente distinta a la que te habían recetado, pero que no era ningún problema. Yo estaba seguro al 98 % de que ese día habías tomado alguna dosis que estaba en el límite entre lo necesario y lo recreativo. Mantenías tres líneas de conversación a la vez. Me contabas cómo te iban las cosas, y, al mismo tiempo, tratabas de convencerte a ti mismo de que todo iba bien, y, al mismo tiempo, me preguntabas si me parecía que todo iba bien —dijo—. Y no, no le parecía que todo fuera bien.

* * *

Despojado de toda pretensión, podría decirse que nací alcohólico y simplemente me comporté como tal después de muchos años en remisión. Independientemente de los problemas de salud, la sobriedad te facilita mucho la vida si sigues algún tipo de estrategia, casi cualquiera. La mía empieza y acaba con reconocer mi impotencia, asistir a reuniones y, cuando me meto en un lío, confiar en un poder superior. Si te atienes a esos principios, puedes tener una vida coherente, estar casado y librarte de la cárcel. Pero lo que no puedes hacer es cambiar de canal. Si te invade el hastío, no puedes ir a la despensa e ingerir medio litro de alcohol para dejar de preocuparte, ni fumarte un canuto en el porche para desconectar. La sobriedad significa que, vayas donde vayas, debes mantenerte ahí, para bien o para mal.

Mi decisión de alargar mi investigación empírica sobre mi relación con el alcohol cuando los datos ya estaban claros me desconcierta. Creo que, más que una cuestión de haber logrado subir hasta lo alto de una resbaladiza escala profesional y no haber encontrado gran cosa, fue más bien un instinto superficial y arraigado de destruir las cosas que adoro. Tendemos a sentirnos indignos de las cosas buenas que encontramos en la vida, quizá porque, en nuestros momentos más oscuros, son mucho más de lo que pensamos que merecemos. Tal vez parezca un poco exagerado, mucha jerga psicológica para un asunto que, en realidad, es blanco y negro —hay algunas personas, en realidad millones, que no deberían consumir jamás sustancias psicoactivas—, pero ¿cómo explicar, si no, que sean tan habituales las recaídas en personas que llevan sobrias diez años o más? Tal vez no tiene que ver con imperativos freudianos, sino con algo más sencillo: el hecho de que los seres humanos tienen tendencia a olvidar. Podría decirse que tuve un lapsus de memoria.

* * *

Pasé por Chicago para ver a mi amigo Ike, un cantante y compositor de *rock*, antiguo portero en el Park Hyatt y astuto estudioso de la condición humana. Sentado en el estudio que había construido en su casa, reflexionó sobre el enigma de por qué

personas como yo escogen el caos. Conoce el síndrome, y a mí, muy bien.

—Estamos hablando de estadounidenses blancos de clase media que tienen ventaja para conseguir lo que se proponen y, sin embargo, una gran parte de ellos lo joden todo —dijo—. Te pasó a ti, me pasó a mí, le pasa a gente con la que nos cruzamos por la calle. ¿Por qué? No sé. La codicia y la inseguridad son evidentes; el hombre es ambicioso. ¿Cómo es el tópico? La avaricia rompe el saco. La gente codiciosa merece su castigo. Estoy totalmente de acuerdo.

Aunque Ike tiende hacia lo bíblico en las cultas epopeyas que escribe e interpreta, me sugirió que mi decisión podría haberse debido a algo tan básico como la añoranza por los aspectos oscuros de la vida, a pesar de sus inconvenientes.

—¿Es una huida de la monotonía de la vida del blanco de clase media en esta época? —preguntó—. ¿Estabas tentando tu suerte?

Sí.

—Tal vez llegaste a la conclusión —y yo lo hice— de que todo es demasiado recto, y algo en ti hace que te atraiga lo que está ocurriendo, la acción, algo que comparten las vidas del roquero, del periodista y del drogadicto.

A veces, sugirió, no era tanto cuestión de charlar en un bar con algún idiota veinteañero a las cuatro de la mañana —una cosa que llega a hartar, sobre todo al cabo de un tiempo— como de no saber exactamente cómo comportarte en el partido de fútbol de tus hijos.

—Ni siquiera puedo acercarme al colegio de mis hijos porque me da escalofríos. No quiero ir a la iglesia. No odio a esa gente, pero me recuerda todo aquello de lo que quería escapar cuando era joven. Así que es medianoche, todo el mundo está acostándose para levantarse temprano y trabajar al día siguiente, yo sigo viviendo en la misma ciudad, voy a emborracharme esta noche y me voy a dedicar a pasear por las calles, a estar despierto toda la noche, a atravesar mi jardín corriendo en calzoncillos en plena tormenta. ¿Es lo mismo que probar a ser un borracho burgués?

Casi exactamente lo mismo, ahora que lo pienso.

—Bebo demasiado —continuó Ike—. Desde luego, no tengo una historia de dependencia y programas como tú, quizá porque no he ido nunca a ninguna reunión. Pero no he tocado fondo como tú. No he puesto en peligro a mis seres queridos. Tienes que trabajar, tienes que ser un hombre. No pasa nada por ser un hombre y cuidar de tu gente, y eso implica hacer concesiones. Volvemos a pensar en los grandes artistas, grandes escritores, que renuncian a toda esa mierda (familia, hogar), ¿son verdaderos hombres? ¿Son *leales*? —preguntó, deteniéndose en una palabra que seguramente sabe que está cargada de significado en mi entorno—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Vas a ser leal a un jodido concepto como el de ser artista? ¿O vas a ser leal a unos seres humanos de los que eres responsable?

* * *

A falta de una fuerza necesaria y en contra, la obsesión que habita en el adicto está siempre en el sótano, haciendo flexiones y esperando su oportunidad. Y no hay tesoros, humanos ni de otro tipo, que cambien eso. Esa es la razón de que leer todas las memorias de yonquis que se burlan de los diversos programas de desintoxicación me haga reír. ¿Qué otra cosa hay? ¿El libre albedrío? ¿La moderación? ¿Un destello de superación seguido de una vida de autocontrol? Vale, es un buen plan, salvo que un adicto, a solas —yo, por ejemplo—, está en muy mala compañía. Las reuniones de personas en circunstancias similares en el sótano de una iglesia han salvado millones de vidas. ¿No te gustan los eslóganes? Invéntate otros.

En varios programas de rehabilitación, los miembros hablan de «resbalones», pero la verdad es que caer en la bebida y la droga puede ser un proceso muy largo. Un proceso en el que la perspectiva de colocarse o emborracharse sin tener que obedecer a un poder superior ni a un programa de vida cotidiana no deja de hacerte guiños. Así acabé yo en la cocina con aquella bebida repugnante.

Cuando lo pienso en serio, en algún momento de finales de los noventa y hacia el año 2000, dejé de identificarme como alcohólico y drogadicto y empecé a considerarme alguien que sencillamente no bebía ni consumía drogas. Tardé unos cuatro años en llegar a la asquerosa copa de la cocina, cuatro años de no ir a las reuniones, cuatro años de no hablar sinceramente con personas en tratamiento, cuatro años de una larga conversación en mi cabeza, hasta que la idea se hizo realidad.

Cada vez que volvía, saltaba un poco más bajo. Durante la caída, hablaba de vez en cuando con Seth.

—Decías, sabes qué, estoy tomándome una copa y todo va bien. Y cada vez que ocurría, yo te preguntaba: «¿No es eso lo que se dice siempre?». Y tú respondías: «Bueno, tampoco estoy fumando *crack*». Pero hay muchos grados de no ir bien antes de llegar a ese extremo. Tu trabajo no me preocupaba tanto, lo que de verdad me preocupaba era despertarme un día con una llamada para decirme que estabas en el hospital o que te habías muerto —dijo, recordando las veces en las que dábamos un paseo y hablábamos al salir de una reunión—. Quizá, no sé, era una tontería, pero confiaba en que, pasara lo que pasara en el trabajo, tenías el talento y la habilidad suficientes para arreglártelas.

Para un tipo como yo, el trabajo siempre es lo último que falla. En cierto sentido perverso, es más sagrado, más digno de protección que los amigos, los seres queridos, la familia.

No es que no lo intentara. Entre finales de 2004 y principios de 2005, estuve ocho meses sobrio. Pero el fin de semana del 4 de julio, me sentí un poco perdido. Había ido a Misisipi y Luisiana, para escribir sobre un autor que estaba haciendo la gira de presentación de su libro en balsa; un encargo apasionante y maravilloso. Mientras me dirigía en coche a St. Joseph's, Luisiana, llamé a mi consejero de rehabilitación y hablamos hasta que se me acabó la cobertura del móvil. Estaba inquieto pero decidido. Estaba cansado, hambriento y lejos de casa, pero se suponía que el motel en

el que iba a dormir estaba a la orilla de un lago. Pensaba que iba a tener una cena agradable, seguida de un café y de un buen libro en el porche.

Llegué a la dirección y me encontré una casamata de hormigón en un pantano. Me registré y fui a la habitación, que era peor que siniestra. El restaurante estaba cerrado, y fui a la tienda que había en la entrada, que fundamentalmente vendía dos cosas: *whiskey* y armas. En mi estado de nerviosismo, pensé: «Dios quiere que beba o que me vuele la tapa de los sesos». Compré una botella de Jack Daniel's.

Superé el fin de semana, pero entonces comenzó otra espiral. En agosto, mientras Jill estaba viajando por Francia, llevé a las niñas a nuestra cabaña de las Adirondack. Era tarde, yo estaba como una cuba y me perdí después de tomar un desvío. Cuando íbamos a poner gasolina, estuve a punto de abalanzarme sobre un coche que venía de frente. El grito de Meagan desde el asiento del copiloto fue lo único que me detuvo. El empleado de la gasolinera, un hombre que hablaba muy poco inglés, me vio, vio a las niñas y vio lo que había pasado.

«Váyase a casa, señor. Más vale que se vaya a casa».

Recuerdo la promesa silenciosa que hice a esas niñas cuando me hice cargo de su custodia, de que tumbaría a cualquier persona o cualquier cosa que las pusiera en peligro. ¿Qué podía hacer cuando la malevolencia procedía de mí mismo?

Sentado en esa misma cabaña a finales del verano de 2007, Erin se acordaba perfectamente. De todas estas entrevistas, las que he hecho con las gemelas son las más incómodas. Sigo teniendo una relación increíblemente tierna con cada una de ellas, una relación que construimos pronto y con solidez, pero que sufrió un duro golpe cuando empecé a beber. Cuando estaba con ellas no bebía mucho. Solía esperar a que se fueran a la cama. Pero eso solo sirvió para que, cuando las cosas empeoraron, se sorprendieran aún más. Nunca me habían visto borracho ni colocado y, desde luego, no se lo esperaban.

Erin me miró un instante cuando se lo mencioné y luego miró a la cámara. Recordó que aquel viernes por la noche les dije que se quedaran en casa, que las iba a llevar a nuestra casa de las Adirondack, en el norte, a tres horas y media de distancia en buenas condiciones.

—Salimos pronto del trabajo para irnos, y habías dicho que no quedásemos antes con nuestros amigos, pero allí estábamos, esperando y esperando, y preguntando cuándo salíamos, y tú estabas sentado en el porche, fumando y farfullando. Y yo decía: «¿Qué hace papá? ¿Qué demonios?». Me sentía frustrada. Entraste, preguntaste si habíamos hecho la maleta, y tenías el rostro todo rojo. Pero yo no te había visto beber cuando era pequeña, no tenía ni idea de lo que era. Nunca te había visto así. Subimos al coche, y tú parecías ido, pero pensé que estabas cansado. Maddie me susurró: «Me parece que papá ha bebido». —En esa época, Maddie tenía ocho años—. Yo respondí: «¡No! ¿Qué dices? ¡Cállate, no digas esas cosas! No es verdad». Meagan intervino: «No sé, Erin, me está poniendo un poco nerviosa». Estábamos todavía en Nueva Jersey, creo que a unos veinte minutos de casa. Tuvimos

que parar en una gasolinera, y no viste un coche que venía de frente, y estuvimos *así de cerca* de chocarnos. Entonces fue cuando todas nos dimos cuenta de que estabas completamente borracho. Fue la cosa más irresponsable que hiciste jamás.

Todavía estaba enfadada. Y yo todavía estoy arrepentido. Los catorce años anteriores de sobriedad no se borraron, pero los años posteriores de sobriedad adquirieron más importancia. Erin habría estado encantada de haber vivido siempre sin verme caer en la cuneta.

Lo que parecía una rápida espiral hacia el alcoholismo —así lo vieron mis hijas y así lo vi yo— fue más bien una pendiente larga y lenta, con mucha reflexión al respecto una vez que empecé a hablar de ello.

Fui al sur de Mineápolis para ver a mi amiga Cathy, cuyo exmarido, Patrick, está en la cárcel. Cathy sabe muy bien que las cosas pueden parecer maravillosas pero ir muy mal en el fondo.

Me mencionó una cosa extraña que dije en el año 2000, cuando su marido y ella, con su hija Grace y su hijo Jack, que es mi ahijado, se alojaron en mi casa para visitar la ciudad.

—Estabas llevándonos al aeropuerto y dijiste: «Eh, tengo una idea y me gustaría saber qué pensáis. ¿Creéis que podría escoger una ciudad, ir allí, beber allí y luego largarme?».

Era una broma, o eso pensaba, pero Cathy dijo que tenía ya escogida la ciudad: Nueva Orleans.

* * *

Cuando se produjo el huracán Katrina, yo estaba empeñado en ir, pero Jill estaba totalmente en contra, preocupada por que tuviera otra recaída con todas sus consecuencias. Fui unos días después de las inundaciones y el trabajo fue estupendo. Pero, cuando no estaba trabajando, me dediqué a pasear por una ciudad caótica y oscura con una botella de alcohol en la mochila.

Dado que la mayor parte de Nueva Orleans estaba inundada, era muy difícil encontrar una habitación de hotel, e invité a Brett, mi amigo del *City Paper* y del *Reader*, que entonces era crítico de restaurantes en el periódico local *Times-Picayune*, a que se viniera a una habitación que le había gorroneado a un colega. Trabajábamos en nuestros reportajes y salíamos de noche, pero yo me quedaba hasta mucho más tarde que él. Volví a Nueva Orleans para hablar con Brett de aquellos días caóticos. Nos vimos en el jardín de su casa del Faubourg Marigny, un barrio que sobrevivió al Katrina.

—Fue una situación difícil desde el punto de vista profesional. Soy crítico de restaurantes y, de pronto, me encontré haciendo cosas muy diferentes y preguntándome cómo iba a afectar aquello a mi vida, porque yo vivo aquí. Fue una época muy difícil para mí. No me pareciste un desastre. En parte, porque creo que tu

personalidad no cambia mucho cuando bebes. No eres una persona con demasiadas inhibiciones, así que tampoco es que necesites soltarte. Eso es lo que yo he visto siempre en ti, que eres muy desinhibido.

Y el contexto proporcionaba buenas excusas.

—En esos días, que un periodista se cogiera una borrachera se iba a notar poco.

Y así fue. Tenía mucha compañía.

—Recuerdo que admiré enormemente los reportajes que hiciste aquí —dijo—. Me pareció que estaban muy bien escritos y tenían el nivel justo de empatía e irreverencia, y recuerdo que pensé que habías logrado darles el giro perfecto.

Mi hermano John me llamó cuando se publicó mi segundo artículo desde Nueva Orleans, asombrado de que alguien que estaba apartado del alcohol pudiera acercarse tanto al borde del abismo y no caer en él. Yo me limité a darle las gracias por haberme leído y colgué el teléfono en cuanto pude. Y, cuando me puse a repasar todo, miré el recorte. Se podía oler el *whiskey*. Era un buen trabajo, pero con un enfoque imposible de sostener:

El barrio Francés, que ha servido tantas veces como telón de fondo en televisión, está vacío, salvo por los borrachos y los locos de Johnny White's, un bar que nunca cierra. El resto del barrio está totalmente a oscuras, manzana tras manzana. ¿Estoy en Bourbon Street o en Royal Street? ¿Hacia dónde está el hotel? ¿Se me está quedando la linterna sin pilas?

El miércoles por la noche, en medio de la pesadumbre, en la esquina de St. Louis y Royal, apareció la sombra de una figura inclinada sobre un gran caldero. Finis Shelnutt, el dueño del Kelsto Club, había cocinado una enorme ración de jambalaya y tenía a su lado una neverita con cerveza fría para acompañarla. No era un truco comercial, sino un gesto de esperanza.

«No quiero su dinero», dijo. «Solo quiero saber qué piensa de la comida. En estos momentos necesito dar, no recibir». Un grupo de periodistas —reporteros que enviaban crónicas que luego podían publicarse o no— asintieron con la cabeza. Por cierto, la jambalaya estaba increíblemente picante, quemaba hasta sorprender, pero en el buen sentido, a los espectros y sonámbulos que se acercaban a comerla.

Tal vez la historia del Katrina me afectó tanto porque, en algún sitio de mi interior, las aguas llenas de fango estaban subiendo y amenazaban con apoderarse de mí. Enviaba mis reportajes y quería quedarme más tiempo, pero Jill escuchó en mi voz algo que no le gustó. Cuando se produjo la amenaza de un segundo huracán, me ordenó que me subiera a un avión. Lo hice, pero no aterricé bien.

Al volver a Nueva York, me sumergí de inmediato en una historia sobre Caris, una actriz que no podía formar recuerdos debido a una lesión cerebral. Había hecho papeles de jovencita en Broadway y ahora estaba representando un monólogo con

ayuda de fichas. Jill y yo fuimos a ver su espectáculo del domingo 25 de septiembre de 2005. Esto es lo que escribí:

La primera vez que vi a Caris Corfman, después de su monólogo en el Flea Theater, me miró a los ojos —casi me taladró— mientras le decía lo mucho que me había gustado su actuación. Se sintió halagada y fue increíblemente amable.

La segunda vez, volvió a mirarme fijamente y a responderme con amabilidad. Pero no tenía ni idea de quién era. Habían pasado exactamente cinco minutos.

No puede recordar nada. Hace diez años, los médicos le detectaron un tumor benigno en el cerebro. Cuatro operaciones sirvieron para eliminarlo, pero dañaron la parte del cerebro que regula la memoria a corto plazo. Como consecuencia, no solo se olvida de alguien a quien ha visto hace cinco minutos, sino que tampoco puede recordar si se ha tomado la medicina, si ha comido, si debe ir a la derecha o a la izquierda o si debe quedarse quieta.

La fascinación que me produjo quizá estaba relacionada con el hecho de que a mí, en aquel entonces, se me estuviera olvidando algo muy importante: que, para un tipo como yo, olvidar podía ser un error fatal. O, como decía ella en su obra: «Si no hay memoria, no hay vida; si no hay memoria, no hay carrera profesional; no hay memoria».

* * *

El hecho de que, durante los tres años anteriores, hubiera podido beber y dejar de beber cuando quería, y la mayor parte del tiempo hubiera estado sin beber, indicaba que era capaz de parar. No bebía como una persona normal —mi idea de una fiesta era estar sentado, solo, en el porche de mi casa y beberme cien centímetros cúbicos de vodka con hielo, seguidos de otros cien centímetros cúbicos con hielo, seguidos de vodka directamente de la botella, a palo seco, hasta que me había bajado la botella—, pero dejaba de beber lo suficiente como para hacer cosas normales, como ir a trabajar y asistir a actos sociales. Aun así, estaba apoderándose gradualmente de mí una patología que no podía detener. Aquel domingo, después del espectáculo de Caris, estuve con Jill bebiendo en el patio del TriBeCa Grand Hotel, y los Martinis y el maravilloso entorno me engañaron y me hicieron pensar que todo iba bien.

El lunes tuve grandes dificultades para trabajar, estuve inquieto y mirando el reloj, que no es frecuente en mí, y el lunes por la noche estuve bebiendo. El martes 27 de septiembre aguanté media jornada, pero luego me fui del trabajo, con la piel erizada y las células —las sinapsis— vacías de todos los recuerdos relevantes y

pidiendo a gritos una copa. Hasta ese momento, jamás había abandonado el trabajo para beber. Recorrí la Octava Avenida, bebiendo en bares anónimos con otros como yo, gente que miraba fijamente al camarero y se preguntaba cuándo se iba a decidir a servirles otra maldita copa.

Llamé a Jill, y se dio cuenta de que estaba muy mal. Dijo que esa tarde presentaban los programas de las universidades en el instituto de las niñas, y que no quería que fuera por allí. Le dije que sí pensaba ir. Ella replicó que me subiera al tren para volver a casa. Yo dije que iría en coche. Ella respondió que se iban a ir sin esperarme y que confiaba en que no se me ocurriera aparecer. Volví en coche a una casa vacía. Por algún motivo que entonces me debió de parecer evidente, me di una ducha y me puse un traje. Había cierta lógica. Si no puedes estar en plena forma, al menos que lo parezcas. Y entonces me bebí media botella de vodka.

Salí tarde y borracho, pero muy arreglado. De camino al instituto de las niñas, en lo alto de la colina que lleva a Verona, el coche que iba por el carril izquierdo disminuyó la velocidad, así que aceleré y lo adelanté por la derecha.

58

ESTÚPIDO ZOQUETE

A través de las ventanas, vi unas luces rojas brillantes que se reflejaban en las paredes, acompañadas de una sirena muy aguda. El sonido era persistente y acusador. No se parecía en absoluto a una canción.

Ann Patchett, *Bel Canto*

DEPARTMENT OF POLICE VERONA, NEW JERSEY DRINKING – DRIVING REPORT (page 2 of 3)

DATE: 09/27/05

CC# 5009736

OPERATION OF THE MOTOR VEHICLE:

On Tuesday September 27, 2005 I was assigned to the 1500-2300 tour of duty in marked patrol vehicle #4. At approximately 1929 hours I was northbound on Grove Ave in the area of number 24 when I observed NJ-KRT57R traveling southbound at a speed of 44 MPH. I then turned my patrol vehicle around in an attempted to stop the above vehicle. As I attempted to position my vehicle behind the above vehicle the driver began to accelerate to speeds over 50 MPH. At this time I activated my overhead lights and affected a motor vehicle stop on Bloomfield Ave near Elm Rd in North Caldwell. The driver of the vehicle abruptly stopped the vehicle and pulled to the side of the road approximately three feet into the driveway of the "Exxon" gas station.

WHEN STOPPED:

Upon approaching the vehicle I observed the driver with his hand out of the driver side window holding what appeared to be his New Jersey Drivers License. The driver of the vehicle was found to be David M. Carr from his New Jersey (picture type) Drivers License. At this time I detected a strong odor of an alcoholic beverage emanating from the interior of the vehicle. Mr. Carr was then asked for his registration and insurance card. Mr. Carr fumbled through paperwork in an attempted to find the documents but was unsuccessful in his attempts. At this time I observed that his eyes were blood shot and watery and that he had white saliva buildup on his lips and in the corners of his mouth. I then asked Mr. Carr if was feeling okay to which he replied, "Yes." At this time I asked if he had been drinking, to which he also replied, "Yes." Mr. Carr was then asked where he was coming from and he stated, "Mount Saint Dominic." It was later discovered that Mr. Carr was in route to Mount Saint Dominic. I asked Mr. Carr where he had been drinking and he answered, "90 Cooper Ave." I then asked Mr. Carr to exit his vehicle and walk to the sidewalk, which was well lit, free of debris and level. Mr. Carr walked around the rear of his vehicle swaying and used his left hand for support on the rear of his vehicle as he approached the sidewalk. At this time I advised Mr. Carr that I was going to conduct field sobriety tests. Mr. Carr was asked his level of education to which he responded, "I graduated college." Mr. Carr was asked if he had any injuries or illnesses which would cause him to have a problem completing any of the tests to which he responded, "No." Before beginning I advised Mr. Carr to listen to all of the instructions carefully and not to begin each test until he was told to. At this time I demonstrated the walk and turn test, I advised Mr. Carr, with his arms at his sides, take nine heel-to-toe steps, turn, and take nine heel-to-toe steps back, while counting each step out loud, while watching his feet. Mr. Carr was asked if he understood these instructions to which he

DRINKING – DRIVING REPORT

(Continuation page 3 of 3)

DATE: 09/27/2005

CC# 5009736

Mr. Carr was advised that he was being placed under arrest, he was then handcuffed, read his Miranda rights and placed in the rear of marked patrol vehicle #4.

ENROUTE TO STATION:

While being transported to Headquarters, Mr. Carr apologized several times for his actions and stated that he would be more than cooperative if he could contact his wife.

AT THE STATION:

While at headquarters, Mr. Carr was again advised of his rights under Miranda. Mr. Carr stated that he understood his rights verbally and also shook his head that he understood his rights, however he would not sign the waiver. Mr. Carr was cooperative in answering any pedigree information questions. During conversation with Mr. Carr he stated that he had earlier spoken to his wife and that she told him not to drive. Mr. Carr further stated that he was going to Mount Saint Dominic from work in New York City, which contradicted his previous statements. Mr. Carr repeatedly stated that he was wrong and that I, Officer Shafer was right to pull him over and that it was a "good stop." Mr. Carr was read The Standard Statement and when asked if he would submit to breathe testing he replied, "I am consenting to the testing of my breath for alcohol content." Mr. Carr was cooperative while giving breath samples. Refer to Alcohol Influence Report for results. This Officer contacted Mr. Carr's wife, Jill Rooney Carr, to arrange to pick up her husband from Headquarters. Mr. Carr was issued five traffic summonses and released to his wife, who signed the Potential Liability Warning at 2142 hrs.

TRAFFIC OFFENSES:

Summons # A-083296 39:4-98
A-083297 39:4-50
A-083298 39:3-76.2f
A-083299 39:3-29
A-083300 39:3-29

OFFICERS SIGNATURE: Plm. Robert Shafer # 0487
Plm. Robert Shafer

27/9/2005

Conducción del vehículo:

El martes 27 de septiembre de 2005 tenía el turno de 15:00 horas a 23:00 horas en el coche patrulla núm. 4. Aproximadamente a las 19:29, me dirigía hacia el norte por Grove Avenue, a la altura del número 24, cuando vi el vehículo matrícula NJ-KRT57R que viajaba hacia el sur a una velocidad de cuarenta y cuatro millas por hora (70,8 km/h). Di la vuelta a mi coche patrulla con el fin de intentar detener el vehículo mencionado. Cuando intenté situar mi vehículo detrás del vehículo mencionado, el conductor empezó a acelerar hasta por encima de las cincuenta millas por hora (80,5 km/h). En ese momento activé las luces de mi techo y le ordené que se detuviera en Bloomfield Avenue, cerca de Elm Road, en North Caldwell. El conductor del vehículo frenó bruscamente y apartó su coche aproximadamente a un metro de la calzada en la entrada a la estación de servicio de Exxon.

Una vez detenido:

Al acercarme al vehículo vi al conductor que sacaba la mano por la ventanilla sosteniendo lo que parecía ser su permiso de conducir de Nueva Jersey. El conductor se identificó como David M. Carr, de acuerdo con su permiso (que incluía fotografía). En ese momento detecté un fuerte olor a bebidas alcohólicas que emanaba del interior del vehículo. Pedí al señor Carr su permiso de circulación y los documentos de su seguro. El señor Carr rebuscó entre los papeles para intentar encontrar los documentos, pero no lo consiguió. Entonces observé que tenía los ojos inyectados en sangre y lagrimosos y que tenía los labios y las comisuras cubiertos de saliva.

Le pregunté si se encontraba bien y me respondió: «Sí». Entonces le pregunté si había bebido, a lo que también me respondió: «Sí». Le pregunté de dónde venía y dijo: «Mount Saint Dominic». Más tarde descubrí que el señor Carr se dirigía hacia Mount Saint Dominic. Le pregunté dónde había bebido y respondió: «En el 90 de Cooper Avenue». Entonces pedí al señor Carr que saliera del vehículo y caminara hasta la acera, un camino que estaba bien iluminado, limpio y llano. El señor Carr rodeó el vehículo por la parte de atrás, tambaleándose, y se apoyó con la mano izquierda en la parte trasera del coche para llegar hasta la acera. Entonces advertí al señor Carr de que iba a hacerle unas pruebas de alcohol allí mismo. Le pregunté qué nivel de educación tenía y respondió: «Tengo un título universitario». Le pregunté si tenía alguna herida o enfermedad que pudiera impedirle llevar a cabo las pruebas, y contestó: «No». Antes de empezar, ordené al señor Carr que escuchara con atención todas las instrucciones y que no comenzara cada prueba hasta que se lo dijera. Entonces le mostré cómo era la prueba de caminar y dar la vuelta y le dije que, con los brazos en los costados, diera nueve pasos con los pies tocándose uno delante del otro, se volviera y diera otros nueve pasos en sentido contrario, mientras los contaba en voz alta y se miraba los pies. Le pregunté si comprendía las instrucciones y respondió: «Sí». El señor Carr empezó a hacer la prueba antes de que terminara de darle las indicaciones. Además, no juntó suficientemente los pies, perdió el equilibrio mientras caminaba, usó los brazos para recuperarlo, dio la vuelta mal y dio un número incorrecto de pasos (7). Entonces le mostré la prueba de la pata coja y le ordené que permaneciera de pie con los pies juntos y los brazos a los lados mientras escuchaba mis instrucciones. Hice la demostración levantando el pie izquierdo unos quince centímetros del suelo, con las dos piernas rectas y los dedos hacia afuera. Pregunté al señor Carr si había entendido las instrucciones y respondió: «Sí». El señor Carr empezó a hacer la prueba antes de que terminara de darle las instrucciones. Además, usó los brazos para mantener el equilibrio y apoyó el pie cuatro veces. Entonces dije al señor Carr que, en mi opinión, estaba conduciendo su vehículo intoxicado y bajo la influencia del alcohol o las drogas.

Informé al señor Carr de que quedaba detenido, le puse las esposas, le leí sus derechos y lo introduje en el asiento posterior del coche patrulla núm. 4.

De camino a la comisaría:

Mientras lo trasladaba a las oficinas centrales, el señor Carr se disculpó varias veces por sus acciones y aseguró que estaría más dispuesto a cooperar si le permitía contactar con su esposa.

En la comisaría:

Una vez en las oficinas centrales, volví a leer al señor Carr sus derechos. El señor Carr dijo que conocía sus derechos, tanto verbalmente como asintiendo con la cabeza, pero que no iba a firmar ningún documento de renuncia al abogado. Se mostró dispuesto a cooperar y contestó todas las preguntas sobre sus antecedentes. Durante la conversación, dijo que había hablado antes con su mujer y que ella le había dicho que no condujera. También dijo que se dirigía desde su trabajo en Nueva York a Mount Saint Dominic, lo cual contradecía sus afirmaciones anteriores. El señor Carr repitió varias veces que había hecho mal y que yo, el agente Shafer, había hecho bien en detenerlo y que había sido una «buena

parada». Le lei la normativa y, al preguntarle si estaba dispuesto a someterse a una prueba de aliento, respondió: «Doy mi consentimiento a que comprueben el contenido de alcohol en mi aliento». El señor Carr se mostró colaborador al proporcionar muestras de aliento. Los resultados figuran en el Informe sobre Influencia del alcohol. Este agente se puso en contacto con la esposa del señor Carr, Joll Rooney Carr, para que se acercara a recoger a su marido en las oficinas centrales. El señor Carr recibió cinco denuncias de tráfico y quedó bajo la custodia de su esposa, que firmó la Advertencia Sobre Posible Responsabilidad a las 21:42 horas].

59

RENOVADO

¿Y ahora qué?

La vida del borracho lanza pocas señales cuando las cosas no van bien. Los arrestos suelen ser un buen indicador, y yo llevaba ya unos cuantos. Otro sería la incapacidad de limitar la bebida a horas apropiadas del día. Pero a la mañana siguiente de mi detención, mientras Jill y yo nos mirábamos sentados en el porche trasero, las opciones parecían limitadas. Había estado en tratamiento cuatro veces —cinco, en realidad, pero entonces no lo sabía—, había sido conferenciante y asesor en temas de desintoxicación, y podía hacer una presentación bastante decente sobre el alcoholismo como enfermedad sin necesidad de mirar ningún papel, así que no parecía que necesitase más información. Tampoco necesitaba más investigación empírica, dado que me acababan de quitar las esposas y estaba en pleno síndrome físico de abstinencia del alcohol. El alcoholismo no requiere el grado de locura y anarquía que provoca la adicción a la cocaína, pero destruye tu vida ladrillo a ladrillo y te deja hecho un tembloroso y pobre desastre.

Cuando ingresé por primera vez, en 1984, en el centro de desintoxicación de Parkview, un agradable lugar en St. Louis Park en el que se comía bien y había buenos terapeutas, no sabía gran cosa del alcohol y no tenía ninguna dependencia física. Mi compañero de habitación, Mike, un dentista jubilado de International Falls, estaba terminando su tratamiento, que había sido muy fructífero. Mike era el decano del grupo, un tipo razonable con una especie de aura de zen noruego. «Todo va bien —decía—, todo va bien». Le dieron un permiso de fin de semana y, al volver, me confesó que se había bebido una o dos botellas y que pensaba seguir actuando como si no hubiera pasado nada. Pero sí había pasado. A la mañana siguiente, mientras nos vestíamos, le atenazó el síndrome de abstinencia y empezó a temblar hasta tal punto que la parte de arriba de su dentadura postiza —quién lo iba a decir, un dentista sin dientes— se cayó con gran estruendo. Llamé a la enfermera, oí cómo anunciaban la emergencia por los altavoces y presencié todo el proceso de reanimación, pero no sirvió de nada. Salió de nuestra habitación en camilla, ya fallecido. Me quedé estupefacto.

Yo era, por herencia y por preferencia, un bebedor sustancial, sobre todo de alcoholes oscuros y también de ginebra en grandes cantidades, que siempre me parecía que me convertía en un triunfador, hasta que dejó de hacerlo. Ahora bien, esa misma carga genética hizo que pudiera beber durante años sin sufrir terribles consecuencias médicas. Y mi ritmo de vida, con la despreocupación que la caracterizaba, disimulaba el hecho de que, en un momento dado, había traspasado el

límite del alcoholismo clínico. Para cuando comencé mi tercer tratamiento, en St. Mary's Hospital, a principios de 1988, estaba bebiendo una botella diaria de distintos tipos de alcohol. Varias horas después de ingresar en St. Mary's con una bolsa de basura en la que estaban todas mis pertenencias, me acerqué al puesto de enfermería para decir que me encontraba mal, tenía la visión borrosa, me picaba la piel y el corazón me latía con mucha fuerza.

«Es el síndrome de abstinencia del alcohol», dijo la enfermera con voz monótona. «Le daremos algo para facilitar la transición».

Me dio tal horror que casi me caigo al suelo. Ser cocainómano me parecía bien — tenía cierto grado de transgresión y modernidad—, pero ¿un borracho cualquiera? En Nueva York, veinte años más tarde, habían vuelto los escalofríos que sacuden el alma y todo lo demás. El síndrome de abstinencia del alcohol es muy desagradable para el que lo sufre y ninguna fiesta para el que lo presencia. Yo estaba hecho una piltrafa patética. De forma inconexa, Jill y yo repasamos toda la gente a la que podíamos llamar y las instituciones a las que dirigirnos. Y entonces Jill dijo: «¿Qué tal ese tío de tu trabajo? El que me dijiste que habías visto en una reunión. ¿No te dijo que le llamaras si necesitabas ayuda?».

¿Qué pasaba con aquel tipo? No sabía nada de él, en realidad, aparte de que me lo había encontrado en una reunión, que él me había visto también y que tenía un puesto importante. Después de varios intentos, conseguí contactar con él.

Le dije que no quería ponerle en ninguna situación incómoda, porque era jefe en el *Times*, pero que iba de culo con el tema de la bebida. ¿Debía volver al loquero, llamar a mi supervisor, qué?

Me dijo que no me preocupara por el trabajo, que lo que le interesaba era ayudarme como pudiera. Se mostró lleno de preocupación y empatía a pesar de que, en realidad, no me conocía y sabía bastante poco de mí. Escuchó cuando le conté mi historia. Dijo que le daba la impresión de que necesitaba someterme a un tratamiento. El hecho de que, en los tres años anteriores, hubiera podido beber y dejar de beber cuando quería, y la mayor parte del tiempo hubiera estado sin beber, indicaba que era capaz de parar. ¿Qué iba a contar en el trabajo? Me respondió que yo era un empleado bien considerado, sin problemas profesionales, ninguno, y muchos días libres acumulados. «No les digas nada». Me pidió que le llamara cuando saliera del centro de desintoxicación y que entonces veríamos.

Sam, decidí, era otra cosa. Era mi amigo, además de mi supervisor directo. Tenía que contárselo.

* * *

La regla general es que, para los tratamientos de desintoxicación, es mejor irse al campo. Pero, por motivos relacionados con el seguro y por no haberlo pensado lo suficiente, Jill y yo decidimos que a la mañana siguiente ingresaría en un centro en la

propia ciudad. Esa noche me emborraché de manera horrible e hice el ridículo al despedirme de mis hijas. Lo repentino que había sido todo, la incertidumbre y mis disculpas de borracho aterrorizaron a las niñas.

—No recuerdo haber pensado en ti como alguien poco confiable —dice Meagan—. No recuerdo haber pensado nunca que tomaras decisiones que pudieran ponernos en peligro. Así que, cuando sucedió, aunque fuera muy breve, fue aterrador. Eres un padre estable, eres el padre bueno, eres todas esas cosas. Cuando no lo eres, das mucho miedo.

Por la mañana, fuimos al centro en Midtown, y me di cuenta de que me esperaban unos días muy complicados. Era un lugar serio y con todos los avances médicos, pero un vistazo rápido a la sala de espera me indicó que casi todos los pacientes eran heroinómanos recogidos en la calle; no había un alojamiento especial para el torpe borracho de la casa con jardín. Pero me daban una cama, y Jill ya no sabía qué hacer conmigo. Me pregunté qué me esperaba en el piso de arriba, pero sabía que no iba a ser ningún camino de rosas.

Subí y fue épico, como una película de horror de serie B programada en bucle durante días. Colchones de plástico, la gente rascándose nerviosa, y yo, sudoroso y con escalofríos. Paseé por mi habitación durante media hora, mirando la ciudad por una ventana sucia y pensando en todos los actos manifiestos que me habían llevado a aquel lugar. Como buen cateto que era —aunque me había convertido en un buen ejemplar de alcohólico burgués—, fui con un paquete de cigarrillos a la sala de fumadores. Un tipo con rastas grasientas y ojos muy vivos empezó a acosarme de inmediato.

—Aquí compartimos todo por igual —dijo.

—¿Ah, sí, como qué, por ejemplo?

—Como que me das la mitad de ese paquete para repartirlo entre la gente de aquí, y tú te quedas con la otra mitad —dijo, sin sonreír. Todos los demás dejaron de mirar la televisión y se volvieron hacia mí.

—¿Qué tal si nos comportamos civilizadamente? Tú me preguntas si me sobra un cigarrillo, y yo te doy uno —dije.

—¿Y si no? —quiso saber.

—Si no, te saco tus ojos de mierda.

Sonrió y me miró, con mi sudor y mis temblores.

—No tienes pinta de poderle sacar los ojos a nadie.

—Tal vez hoy no —dije—. Pero mañana me encontraré mejor.

Me cogió el cigarrillo de la mano y se fue.

Cuando vi al médico, me preguntó qué pretendía lograr con el tratamiento. Le dije que quería desintoxicarme del alcohol lo más deprisa posible y volver a casa. Me hizo una receta de Librium y dijo que, si me despertaba al cuarto día y era capaz de hacer vida normal sin él, me daría el alta.

Cerré las escotillas de mi habitación y me acosté en posición fetal. Un amigo se

acercó a dejarme cigarrillos, una tarjeta para llamar por teléfono y monedas sueltas para usarlas en la planta de abajo. Empleé la tarjeta para llamar a Jill y quejarme de lo horrible y mezquino que era aquel sitio. Me mostré patético, como un borracho y un llorón.

Allí estaba, caminando sin rumbo en un edificio cerrado, durmiendo en una habitación en la que entraba cualquiera y se ponía a rebuscar: había vuelto a donde había estado muchos años antes, con un puñado de gente como yo, que se acariciaba las marcas de las agujas y preguntaba cuándo tocaba el siguiente reparto de pastillas. Habían pasado diecisiete años, pero me acordaba a la perfección de todo.

El mensaje que transmite el despertarte con el rostro pegado por tu propio sudor a un colchón de plástico genérico es elegante y directo. No eres un buen ejemplar de borracho burgués. Si juegas con *whiskey*, el *whiskey* te la jugará. No, no me había pinchado en el cuello ni me había peleado ni había pasado drogas a prostitutas. Pero estaba en el fondo.

El cuarto día, domingo 2 de octubre, por la mañana, eludí el baile de los neandertales; perdón, quería decir un buen rato con mis colegas toxicómanos en la cola de las medicinas. Fiel a su palabra, el médico me dio el alta.

«Buena suerte ahí fuera», dijo mientras me despedía con la mano.

Esperé a Jill en la calle. Se acercó andando, me miró de arriba abajo y preguntó si estaba seguro de estar listo para volver a casa.

«¿Por qué, quieres que vuelva a ese paraíso? No, gracias. Vámonos».

Llegué a casa y tuve una larga charla telefónica con mi nuevo amigo del trabajo sobre el tratamiento, sobre las ventajas de ser un paciente interno o un paciente externo, sobre mi siguiente paso. No nos sobraba el dinero, y el tratamiento iba a ser caro. Yo me sentía un poco desbordado, sin saber qué hacer ahora que había vuelto a convertirme en el problema.

—¿Quién sabe si todo lo que necesitas es volver a ir a las reuniones? ¿En plan intensivo, por ejemplo, noventa días de reuniones diarias? —sugirió—. Recuerda —dijo antes de colgar— no tienes por qué volver a sentirte así jamás.

Le dije que había ido a las reuniones de forma intermitente, que había mandado a la mierda catorce años de sobriedad que me habían costado mucho.

—Esos catorce años y todo lo que has logrado siguen siendo tuyos —dijo, y añadió que ahora se trataba de asegurar los siguientes catorce.

Fui a una reunión para neófitos cerca de la redacción, alcé la mano y anuncié los poquísimos días que llevaba sobrio. Cinco días, once, veintitrés, y así sucesivamente. Fui a reuniones en Montclair, en el *downtown* de Manhattan, en el *uptown* y, sobre todo, en *Midtown*. Volví a entrar en la secta: iba pronto, saludaba a la gente, me tragaba todas las buenas palabras y, de pronto, me encontré contando semanas, meses, y, ahora, años. Y, si las cosas salen como deseo, espero que muchos más.

Al volver al trabajo, Sam me dijo de forma muy clara que su apoyo y el del periódico eran incondicionales. Cuando me veía salir corriendo a mi reunión de las

12:30, me guiñaba el ojo. Algunos de mis mejores amigos de la redacción se dieron cuenta de que había dejado de beber, pero no fue un gran tema de conversación. No era algo de lo que estuviera deseando hablar.

Poco a poco, recordé quién era. La esperanza es lo último que se pierde. Los pequeños placeres de ser hombre, de ser un alcohólico que no bebe y un drogadicto que no se droga, me sostuvieron. Una cosa llevó a la otra, como se suele decir. Después de un par de años de emborracharme de forma ocasional, llevo otros dos, casi tres, en los que el monstruo no se me ha acercado ni una sola vez, no me ha hecho pensar en la recaída. Después de haber tocado un fondo firme y no demasiado horrible y sin dejar de ir a las reuniones, empecé a recordar lo directa y sencilla que era mi vida antes de tomarme aquellos restos de copa en la cocina.

Cuando en el verano de 2007 subí a la cabaña de las Adirondack para empezar el libro, recibí una llamada de mi amigo del trabajo, que ya se había jubilado. Tenía otro amigo que dirigía unas reuniones en un centro del *Midtown* y necesitaba a alguien que fuera a hablar. ¿Había oído hablar del sitio? Era el mismo en el que había ingresado yo dos años antes.

Volví a la ciudad y hablé en la reunión. El sitio seguía siendo tan siniestro como recordaba. En medio de la sesión hubo una gran pelea, y varios de los internos tenían cicatrices recientes de la calle. Pero esa vez, curiosamente, sentí que aquel era mi sitio. Claro que, al acabar la reunión, me dejaron salir.

Sentado en nuestra cabaña, mientras escribía el libro, cada día observé las ruinas de mi pasado. Fui a más reuniones. Aquella tan amigable en Saratoga, Nueva York, en la que la gente hablaba de multas de estacionamiento, padres enfermos y gatos con leucemia. La siniestra al otro lado de la montaña, en el antiguo pueblo minero, donde se llama al orden con un martillo fabricado con un destornillador clavado en un trozo de madera. Quizá sea muy exquisito, pero todas se me parecen. Se acabó Ricitos de Oro —esta es demasiado blanda, esta es demasiado dura—: todas son como deben.

LAS GEMELAS RECUERDAN

Me esperaban las últimas entrevistas del verano. Las gemelas.

Ninguna de las dos me había conocido como drogadicto ni como alcohólico, pero ya tenían diecinueve años y, después de pensar durante años que yo era un superhombre, me habían visto pegarme el batacazo. Cuando decidieron contar, en sus redacciones de presentación para la universidad, la historia de su familia, lo que yo había creído que iba a ser un relato sencillo —chico conoce a chica, chica y chico tienen hijas gemelas, chico y chica explotan, chico y gemelas viven felices y comen perdices— se había convertido en algo cada vez más complicado para ellas. Al fin y al cabo, ellas fueron las que crecieron sin su madre al lado. Ellas fueron las que me tuvieron que enseñar a ser padre. Ellas fueron las que tuvieron que encontrar su sitio cuando me casé. Y, después de oírme decir durante toda su vida que la sobriedad no producía más que cosas positivas, me vieron tirar todas esas palabras a la basura.

Siento un inmenso respeto por las personas que son hoy Erin y Meagan y por la vida que llevan. Salieron de la nada y se han convertido en lo que ellas han querido. Su éxito no me debe nada a mí. El hecho de que sean unas jóvenes independientes y brillantes me llena del mismo asombro que supongo que sienten todos los padres, pero su recorrido hasta aquí ha sido mucho más meritorio. Después de los últimos meses viendo expedientes médicos, fotos, diarios, pensé en todo lo que han vivido, viajando a la estela de unos adultos que también tuvieron que crecer mucho.

Ahora bien, preguntárselo, hablar con ellas, era otra cosa muy distinta. Si ellas eran lo mejor que me había pasado a mí, ¿había ocurrido algo vagamente parecido en sentido inverso?

Erin y yo pasamos el verano juntos en las Adirondack. Ella trabajaba en un bar y servía mesas, y yo escribía encerrado en una habitación. Fue una convivencia incómoda: un escritor ante su primer libro y una chica de diecinueve años a punto de empezar segundo de carrera, dos de los seres más egocéntricos sobre la tierra. Pero había llegado el momento de hablar. Erin es reflexiva, pero tiende a ver el lado bueno de las cosas, y es más bien hedonista.

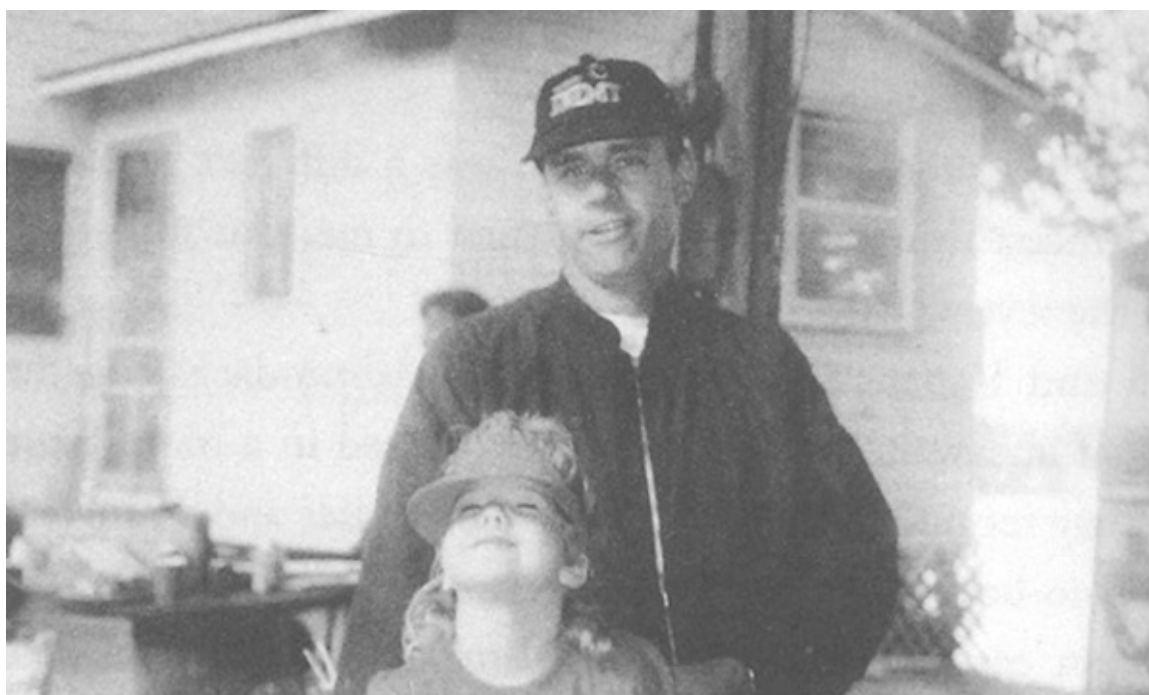
De pequeña, cuando salíamos a pasear en coche, decía: «Me encanta este mundo porque hay muchas cosas que me gustan en él». Es una niña —una adulta, ya— que siempre ha visto el vaso medio lleno y, cuando está vacío, encuentra la manera de llenarlo. Con un inmenso conocimiento de la cultura popular y un gran talento para escribir y para hablar, su apariencia optimista oculta una determinación increíble.

Estaba a punto de volver a la Universidad de Wisconsin, y era evidente que estaba impaciente por irse, no solo por alejarse de mí y del sórdido libro que estaba

escribiendo, sino porque allí estaba construyéndose una vida. Cuando hablábamos, dejaba claro que le gustaría que su madre hubiera sido diferente, que Jill hubiera sido diferente, que yo hubiera sido diferente, pero que creía que todos hicimos lo que pudimos, incluida ella.

—Solo con ver mis orígenes y cómo crecí, mi escaso peso al nacer y todo aquello —dijo—. He leído el expediente médico, cuántos problemas había entonces, y mírame ahora. Voy a empezar mi segundo año de universidad, he sacado buenas notas, tengo amigos, soy lista, hago bien ciertas cosas. La verdad es que puedo decir que la vida ha sido generosa conmigo.

»Megan y yo somos más inteligentes porque tú eres nuestro padre —dijo, mirando a la cámara en lugar de mirarme a mí—. Aprendimos mucho de ti —se volvió hacia mí—. Eres un hombre inteligente. La buena educación, el respeto, todas esas cosas que veo que les faltan a algunos de mis coetáneos, sé que las tengo gracias a mi educación, no solo gracias a ti, sino también a Kathy, nuestra niñera, gracias a Jo-Jo, a la abuela Diane. Fue un esfuerzo colectivo, y dio fruto. Y tú fuiste el jefe de la tribu.



Erin está cambiando, probando colores de pelo, *piercings* y modas igual que otras personas cambian de canal. No juzga a nadie y, a cambio, espera que nadie le juzgue. Tiene muy poco contacto con su madre —demasiado dramatismo para ella— y una relación indiferente con Jill que está transformándose en algo más sustancial ahora que no tienen que vivir juntas.

A nosotros dos nos une, además de una historia común, nuestro amor por todas las formas de cultura popular. Nos intercambiamos películas y MP3, pasamos horas charlando sobre el valor estético de diversos artefactos. La semana antes de volver a la universidad, nos montamos en el coche y fuimos a un restaurante-club venido a

menos pero maravilloso a cuarenta y ocho kilómetros. Se llevó su iPod, como siempre, y repasó todas las canciones que quería que escuchase. Con un pequeño redoble de tambor, puso *At the bottom of everything*, de Bright Eyes, un grupo que nos encanta a los dos y que habla de afrontar el futuro con «nuestras linternas y nuestro amor». En teoría, habla de un accidente de avión, pero su estrepitoso coro recuerda que hacer un viaje juntos, incluso uno que termina en una muerte feroz, siempre produce algo de felicidad. Es una canción fantástica, llena de esperanza, terror y presagios, todo ello sostenido por el poder del amor. Mientras la oímos, experimentamos un momento de conexión. El sol empezó a ocultarse en los valles que atravesamos, el atardecer se convirtió en noche y una luna muy llena hizo su aparición espectacular. Deslizó su mano en la mía. Vamos a ser felices.

* * *

Buena parte de los daños colaterales por la vida que yo había escogido recayeron en Meagan. De pequeña, pasaba el tiempo agarrada a mis piernas, y creció preguntándose si alguna de las personas con las que se cruzaba podía ser su madre, una búsqueda que no le proporcionó el cariño y el afecto que deseaba. Empezó a hacer cosas maravillosas en el colegio y en el deporte para sentirse valiosa, pero, cuando eso dejó de ser suficiente, empezó a consolarse de manera negativa. La comida se convirtió en una forma de premiarse y castigarse, y la depresión le acompañó durante muchos días y noches. Acabó varias veces en el hospital, y volvimos a sentirnos unidos después de recorrer consultas de médicos por todo Nueva Jersey en busca de alivio para ella. Durante todo el instituto, necesitó que yo estuviera presente y atento. Tuvimos muchas conversaciones a altas horas de la noche. Aquella situación tensó nuestra relación al mismo tiempo que la consolidaba. A pesar de sus notas, la universidad empezó a parecer un sueño que se alejaba. Hasta que, de pronto, se hizo cargo de su vida, su cuerpo y su destino. Hablamos mucho de la posibilidad de que estudiara en alguna universidad cercana, pero, a la hora de la verdad, se decidió por la Universidad de Michigan, un campus inmenso que no estaba precisamente a la vuelta de la esquina.

Está obteniendo grandes resultados académicos y da muestras de estar absorbiendo bien los tropiezos de la vida independiente. Desde que era diminuta, Meagan siempre fue absurdamente elocuente y muy directa para hablar tanto de sí misma como de otros. Ahora, en segundo año de carrera, ya tiene claro que quiere hacer un máster en trabajo social y curar los problemas de otros. Es una persona que se preocupa sin cesar, siempre lo ha sido.

—Creo que era muy consciente de la tensión. No recuerdo estar yo estresada, pero sí que, desde muy, muy pequeña, siempre fui una niña muy angustiada —dijo.

Pero no se acuerda de cuando éramos pobres, ni de cómo me cuidaba, a su corta edad, cuando tuve cáncer. Ni tampoco conserva recuerdos de sus primeros años, de

cuando no estaba ni conmigo ni con su madre. Dijo que salimos adelante porque yo tenía «una inteligencia muy práctica» y era «muy resolutivo».

Meagan siempre ha sido mucho más comprensiva que Erin con las dificultades de su madre. Cuando era pequeña e iba a visitarla, nunca quería volver. Y yo siempre pensé que, en parte, era porque quería quedarse a cuidar de ella. A estas alturas, parte de esa empatía ya se ha desvanecido.

—La gente vive como puede, aunque no sea muy productivo, y creo que mi madre aprendió desde muy pronto a vivir una vida muy destructiva y, aun así, arreglárselas —dijo—. Creo que nunca ha sabido vivir de otra forma. Si no son las drogas, son los hombres; si no son los hombres, es el dinero; si no es eso, es la soledad; y si tampoco es eso, es la enfermedad mental. Siempre se busca alguna forma de destrucción.

Eso dejó un vacío que nadie, ni yo, ni la tribu, ni Jill, pudimos llenar. Meagan aprendió a ser la mujer que es hoy, sobre todo, por su cuenta.

—Me sentía como si estuviera mirando a través de un cristal, intentando ver —dijo en referencia a cómo fue crecer en nuestra casa—, y no creo que funcionara nunca muy bien.

Estamos sentados en nuestra cocina de Montclair. Pronto se irá a Michigan, y de repente me parece muy importante decirle que todo lo bueno empezó con ella.

—Me lo dices muy a menudo, y no tengo motivos para no creerte —dijo—. Siempre comprendí que vosotros teníais vuestra vida, y que vuestras hijas no eran toda vuestra vida. Pero también nos dejaste siempre claro que nuestra llegada a tu vida fue fundamental, contribuyó a salvarte. Cuando decías eso, siempre te creí.

¿Incluso cuando volví a emborracharme después de tantos años?

—Sabía que ibas a meter la pata, y sabía que sería difícil, pero nunca pensé que tirarías tu vida a la basura.

¿Otra cosa que nunca previó? Que de todo aquello saliera un libro.

—Nunca me imaginé que pudieras ser de esas personas que encuentran catártico algo así.

Chúpate esa. Esa es mi niña.



61

NI PIZCA DE NORMAL

Cada persona normal, de hecho, solo es normal en la media. Su ego se asemeja al del psicótico de una u otra forma y en mayor o menor medida.

Sigmund Freud

En la primavera de 2007, regresé a Nueva Orleans. La excusa del viaje era informar sobre el renacimiento del *Times-Picayune*, pero cualquiera que comprobara un calendario se habría dado cuenta de que era el primer fin de semana del Festival de Jazz, la fiesta anual en honor de la música autóctona. Jill y yo tenemos amigos muy queridos en la ciudad e intentamos ir siempre que podemos. Era además un último adiós: Joan y Jeff, que siempre habían vivido allí, se marchaban porque no podían soportar la idea de educar a sus hijas en una ciudad que había dejado de funcionar en tantos aspectos y que no daba señales de que se fuera a recuperar a corto plazo.

Cuando preparábamos el viaje, Maddie, que entonces tenía diez años, dijo que le parecía divertido. «¡Apuntada!», le contesté. Así que llegamos los tres al aeropuerto Louis Armstrong. La última vez que había estado allí, las cintas de equipajes servían de lugar de clasificación para los evacuados débiles o enfermos. Había llegado hasta allí en medio de una muchedumbre —se anunciaba otro huracán—, me había sentado en el suelo y me había emborrachado con aire taciturno mientras esperaba mi avión. Recuerdo que observé lo que ocurría a mi alrededor y tuve todo tipo de pensamientos siniestros, sobre el mundo, sobre aquel lugar y sobre mi futuro.

A mi regreso, en el lugar de los enfermos volvían a estar las maletas de siempre, y el sitio ofrecía el aspecto genérico de cualquier aeropuerto. No se me escapó la alusión metafórica, ahora que había apartado a un lado los escombros de mi ruina reciente y me encontraba una vez más en terreno firme. Alquilamos un coche y fuimos a la casa de nuestros amigos, en Esplanade, a pocas manzanas del recinto ferial.

Durante tres días, nos hicimos con toda la comida y toda la música que pudimos. De noche, cuando salíamos a cenar en grupo, daba la vuelta a mi copa de vino para que no me sirvieran. Y por la mañana, antes de que la casa cobrara vida, me iba andando a una reunión de gente como yo en un café cercano, en la que hablaba sobre las alegrías del Festival de Jazz y cómo sortear sus obstáculos alcohólicos. Hay un dicho según el cual, quien se toma en serio la bebida, se toma en serio la recuperación. Y las reuniones fueron una revelación, llenas de palabras sinceras y

compromisos muy serios. Esos pequeños esfuerzos me parecían un precio muy pequeño a cambio de todo lo que me divertía.

Lo cual me llevó a preguntarme por qué había pasado tres años dando tumbos antes de reconocer que tenía razón la primera vez que reconocí mi impotencia ante el alcohol. Sin embargo, pasarse una larga temporada sumergido en la bebida tiene ventajas, especialmente para el alcohólico. ¿Que dices que estás aburrido de los esplendores banales de la vida cotidiana? Prueba a prescindir de ellos. Cuando yo estaba en una de mis juergas alcohólicas intermitentes, habría dado lo que fuera por irme a la cama como una persona normal y levantarme e ir a trabajar, sin tener que pensar en lo que había bebido la noche anterior ni en los temblores que inevitablemente llegaban por la mañana. Cuando bebía, cualquier pregunta me parecía amenazante. Para el alcohólico, algo tan simple como «¿Qué has estado haciendo?» se convierte en una acusación. «Bueno, no gran cosa, solo conseguirme algo de beber a escondidas a la mínima oportunidad, perder el conocimiento de vez en cuando y hacer todo lo posible para cubrir el caos con una pátina de normalidad».

Ser normal tiene considerables ventajas prácticas. En los años que llevo de sobriedad, he vivido tres coberturas informativas de los Óscar, con fiestas llenas de alcohol a cada paso y algún que otro cuarto de baño con alguien «resfriado». Hacía vida social, iba a las fiestas y luego volvía felizmente al hotel para trabajar.

Con la sobriedad, pude cruzar el país en coche para llevar a Erin y Meagan a sus universidades y, cuando paramos a cenar en South Bend, Indiana, las chicas tomaron su primer trago legal de alcohol con sus padres. Pude hablar con autoridad sobre las ventajas y los inconvenientes de beber y sobre el papel que sus antecedentes familiares podrían tener en sus decisiones y las posteriores consecuencias.

Con la cabeza clara y con plena conciencia, he levantado las manos en un concierto del grupo Hold Steady, he llevado a mi familia a esquiar por pistas negras «double diamond» junto al Lago Tahoe, he hecho kayak en el mar en Maine y me he tendido sobre un embarcadero en un pequeño lago de las Adirondack con Maddie para enseñarle su primera estrella fugaz «de verdad». Y la estrella llegó como estaba previsto.

Ninguna de esas cosas habría sido posible con mi versión borracha. Quizá habría conservado el trabajo, quizá me habría mantenido apartado de la coca, quizá seguiría casado, y quizá tendría todavía relación con mis hijas. Pero quién sabe si podría haber hecho todo lo anterior.

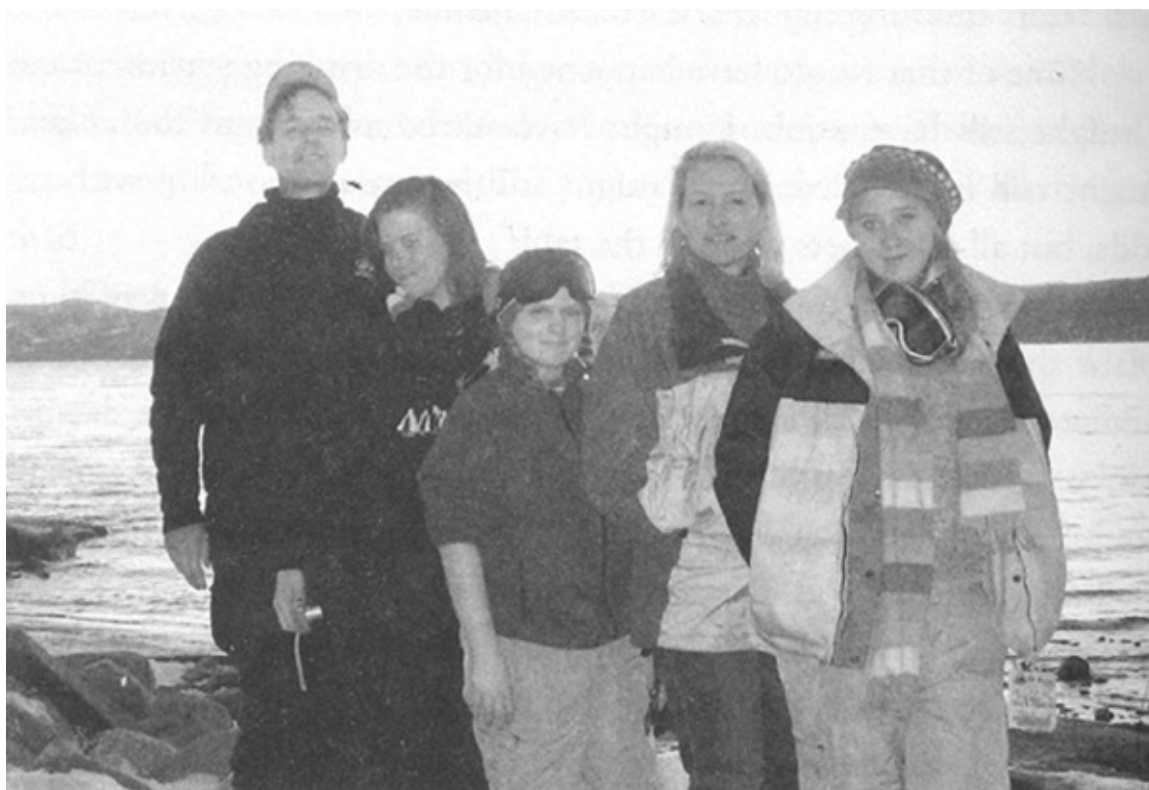
No es fácil explicárselo a quienes no están aquejados del descontrol que acompaña a la adicción. Un alcohólico o un drogadicto bebe o se mete una dosis porque, como todo el mundo, quiere sentirse un poco diferente. Pero nunca se queda ahí. Yo podría estar borracho mañana o pinchándome cuando ustedes lean esto, pero es muy poco probable, mientras siga tomando la decisión diaria de aceptar quién soy y quedarme satisfecho con eso al final del día.

Lamento haber tenido que caer de nuevo para recordar esas lecciones básicas,

pero no había terminado. Tuve que tomar ese desvío, entero, para comprender que no soy normal. Si escogí beber catorce años después fue, entre otras cosas, porque me había acomodado en una vida envuelta en una apariencia de normalidad que me hizo pensar que yo era normal. No curado, no recompuesto, sino normal. Después de dos años de investigaciones y conversaciones incómodas, me di cuenta de que, a pesar de vivir en una casa normal y corriente de estilo colonial, de mediados de siglo, en una calle corriente de una ciudad corriente, eso no significa que yo lo sea también. Soy simpático —incluso amigable—, pero lo que soy, en realidad, es un loco que aprovecha los frutos de actuar como una persona normal.

En términos psicoanalíticos reductivos, he logrado cierto grado de integración, no solo entre *aquel tipo* y *este tipo*, sino entre mi pasado y mi presente. Carl Jung sugirió que, hasta que no expresáramos nuestra faceta masculina y nuestra faceta femenina, no podríamos estar completos. A pesar de la testosterona que he exhibido toda mi vida, mi salvación vino de comportarme como una madre normal. Siempre te dicen que tienes que curarte por tu bien, pero lo único que me permitió dejar de hacer el imbécil fue recordar que otras personas dependían de mí.

Hoy tengo una vida que no me merezco, pero todos pisamos esta tierra con la sensación de que somos un fraude. El truco es dar las gracias y confiar en que la aventura no termine demasiado pronto.



UNA HISTORIA REAL

Cuando empecé a tratar de recordar quién era, compré un disco duro externo, un objeto de tecnología pensado para conservar el pasado. El dependiente de Best Buy me preguntó qué tamaño necesitaba. ¿Qué tamaño?

19,3 gigabytes.

Eso es lo que acabó ocupando mi vida, en bits, en el disco. Durante dos años de investigar y escribir, los datos se acumularon y empezaron a contar una historia que yo creía conocer pero no.

¿El vídeo de Donald, una mezcla de ángel y fantasma, bebiendo directamente de una botella de Old Grand-Dad y diciéndome que sí, que quizá hubo una pistola aquella noche, pero que no, que él no la tenía? 166 631 kilobytes.

¿El vídeo de la entrevista con Chris en la que dijo que seguramente Donald tenía razón? 205 375 kilobytes.

¿El PDF del informe policial sobre la agresión a un tal William C. Mikhil, es decir, el taxista al que nunca conocí? 1025 kilobytes.

¿El archivo de audio DDS —no existe vídeo— de Doolie diciendo que me senté encima de su pecho y le pegué? 7098 kilobytes.

¿El archivo JPEG de Meagan recién nacida, rodeada de todo tipo de máquinas, luchando por comenzar una vida que acabaría siendo espléndida? 773 kilobytes.

¿El vídeo de mi mujer en nuestra cabaña, mirando a la cámara y diciendo sin dramatismos que sabía que cada día de su vida iba a ser una aventura, y una aventura magnífica? 230 032 kilobytes.

¿La música que escuché todo el verano mientras escribía el libro, para oír algo que no fuera solo la voz del arrepentimiento procedente de mí y de otros en esas largas noches en el ordenador? (Las canciones más reproducidas: *Chillout tent* de Hold Steady, *Bastards of young* de The Replacements, *You love to fail* de The Magnetic Fields, *Sinfonía número 9 en re menor* de Beethoven, *Whatever happened to the girl in me?* De Ike Reilly. En total, 2836 canciones, todas oídas al menos una vez). 6,94 gigabytes.

¿La entrevista escrita con Bob, el responsable de los programas de tratamiento de Hennepin County, que me dijo que tenía una cosa a mi favor: «un aspecto que parece poco desde el punto de vista estadístico», lo que denominaba «la capacidad de ser optimista»? 27 kilobytes.

¿El libro que englobaba todo —las entrevistas de audio y vídeo, las mentiras, las verdades, los documentos escaneados, las fotos, los informes de arrestos, los expedientes médicos, las enmiendas, las acusaciones, las promesas de amor, perdón y

venganza— en un paquete no tan organizado? 37 586 kilobytes.

Al terminar la noche, cuando acababa de escribir, conectaba el disco duro al ordenador, y siempre me fascinaba el simbolismo de que necesitara una memoria externa. Transfería los datos del ordenador al disco y luego, sosteniéndolo por el cable, me quedaba mirando el metal reluciente, asombrado ante una cajita que sabía más cosas de mí que yo mismo.

La cajita sabía que yo tuve la pistola y que no robé a mis hijas, pero que no era el candidato ideal a tener su custodia. La cajita sabía que mi primer terapeuta perdió la licencia para ejercer, lo mismo que mi abogado defensor, y que mi mentor acabó en la cárcel, mientras que yo salí de todo más o menos indemne. La tarjeta de memoria sabe que dejé a deber a todos los abogados que me ayudaron, pero que pagué religiosamente a todos los camellos. Sabe que David Bowie no cantó para mí y que el cáncer me hizo daño, aunque yo fingiera que no. La cajita sabe el nombre auténtico del taxista al que pegué y, en medio de todos los 1 y los 0, sabe que otros me corrompieron tanto como yo a ellos. La cajita hizo las cuentas y descubrió que había estado en tratamiento cinco veces, no cuatro, y que me libré por los pelos de una sexta. La cajita sabe que fui un narcotraficante penoso y un buen periodista. Los datos que contiene dejan claro que Dios no me abandonó nunca, tal vez porque unas monjas rezaron por mí.

* * *

El disco externo se encontraba a mi lado en el coche el lunes 4 de junio de 2007, lleno de todo lo que había descubierto sobre una historia que creía conocer. Me dirigía a nuestra cabaña y tenía prisa. Me pararon por sobrepasar el límite de velocidad a las afueras de Saratoga Springs. Era el día en que iba a empezar a escribir el libro, y me pareció un buen presagio que pudiera atraer mi viejo enjambre de problemas justo cuando más lo necesitaba.

Esperé sentado, con el permiso de conducir asomando por la ventanilla y el cinturón bien abrochado. El policía me preguntó si lo llevaba puesto cuando había pasado raudo y veloz a su lado.

—No puedo decírselo, agente.

No era que no me acordase, es que no quería decírselo.

—¿Ah sí? —preguntó, inclinándose hacia mí—. ¿Tiene algún antecedente que deba saber?

Mmmm, no. Me revolví un poco y me mordí la lengua para no soltar una impertinencia. «Quizá podría consultar su base de datos y decirme: ¿la pistola la tenía Donald o la tenía yo?». Sabía que, si me buscaba en el ordenador, no iba a encontrar gran cosa. Veinte años son mucho tiempo, e incluso mi recaída de unos años antes había sucedido en otro estado. Así que, la verdad, ¿qué necesitaba saber, aparte de que no llevaba puesto el cinturón cuando pasé a su lado?

El policía, joven y amistoso, seguía de pie mientras yo repasaba todo eso en mi cabeza. Me oí abrir la boca y hablar del pasado reciente.

—No tenía el cinturón puesto cuando he pasado a su lado.

Volvió a su coche, me puso una multa por el cinturón y dijo que iba a dejar pasar lo del límite de velocidad. Le di las gracias y me fui.

AGRADECIMIENTOS

Libro: Flip, David, Ruth, Cynthia, DonJack, Michelle, Peter, Jonathan, Phil, Jaime, Carolyn Alexis, Sharon.

Web: Nick, Jigar.

Entrevistas: Anna, Donald, Chris, Doolie, Tommy, Brett, Marion, Barbara, Phil, Mickey, Peter, Todd, Pat, Terry, Deborah, Brian, Frank, Cathy, Barb, Emily, Rose, Daniel, Scott, Scotty, Seth, Mim, Bob, Dave, David, Annie, Steve, Lizzy, Nancy, John, Tony, Paul, Cute Michael, Peter, Emily, Julie, Zelda, Patrick, Steve, Dan, Tak.

Trabajo: Sam, Bruce, Lorne, Bill, Jill, John, Dave, Danielle, Scott, Larry, Campbell, Randy, Tim, Anne, Julie, Chip, Rick.

Vida: Bill, Eddie, Erik, Kurt, Dave, Claude, Brett, Seth, Tommy, John, Burl, Oats, Bill W.

Familia: Joanie, John Sr., John Jr., Joe, Jim, Coe, Lisa, Missy, Diane, Linda, Mary, Mary, John, Don.

Imprescindibles: Jill, Meagan, Erin, Madeline.

La historia es mía, pero el libro no. Gracias de verdad por los consejos, la tolerancia y la sinceridad.

Notas

[1] Traducción de Julio Cortázar. <<

[2] A Mineápolis y a St. Paul se las conoce como Ciudades Gemelas, porque están pegadas, tan solo separadas por el río Misisipi [N. de la T.]. <<

[3] Traducción de José María Valverde. <<

[4] Muskie es «lucio» en inglés, en concreto un tipo de lucio [N. de la T.]. <<

[5] En Estados Unidos, las llamadas Sustancias Controladas están clasificadas en cinco categorías.

Categoría I: sustancias que no tienen un uso médico reconocido, no son seguras y tienen grandes posibilidades de crear adicción. Por ejemplo, heroína, LSD, cannabis, éxtasis.

Categoría II: sustancias con uso médico, sobre todo narcóticos y estimulantes, pero con grandes posibilidades de crear adicción y una grave dependencia física o psicológica. Por ejemplo: metadona, morfina, codeína, anfetaminas y metanfetaminas, pentobarbital.

Categoría III: sustancias con menos posibilidades de crear adicción, escasa dependencia física y una dependencia psicológica más alta. Por ejemplo, medicamentos con dosis altas de narcóticos, como paracetamol con codeína, y esteroides anabolizantes.

Categoría IV: sustancias con menos posibilidades de crear dependencia. Por ejemplo, alprazolam, diazepam y lorazepam.

Categoría V: sustancias con poca posibilidad de crear adicción. Por ejemplo, medicamentos con dosis muy bajas de narcóticos, como los jarabes con codeína.

[N. de la T.]. <<

[6] El grupo Black Gangster Disciple Nation, o los Gangster Disciples, es una banda criminal formada a finales de los años ochenta en Chicago, que se ha escindido y reunificado varias veces en las últimas décadas y que, con el tiempo, ha extendido sus actividades a otras ciudades del Medio Oeste. Sus miembros son mayoritariamente negros. [N. de la T.] <<

[7] Blue Room es, entre otras cosas, el nombre que suele darse a los reservados. [N. de la T.]. <<

[8] Traducción de Enrique Sordo, Madrid, Alfaguara, 2014 [N. de la T.] [.<<](#)

[9] Traducción de Miguel Sáenz, Random House, 2012. <<

[10] Robert Bly es un poeta, creador del movimiento mitopoético de hombres, que dice que los chicos necesitan una iniciación a la masculinidad antes de ser adultos. [N. de la T.]. <<

[11] Daniel Boone es un leñador, explorador y pionero norteamericano de los siglos XVIII y XIX y una figura mítica en las leyendas de la frontera americana, símbolo de la vida al aire libre. [N. de la T.] <<

[12] Ward Cleaver es un padre de familia típico de la posguerra, personaje de la serie Leave it to Beaver, que se emitió en Estados Unidos en los años cincuenta. [N. de la T.]. <<

[13] Personaje del folkllore británico que personifica el alcohol. [N. de la T.]. <<

[14] Traducción de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza, 1986. <<

[15] Apelativo utilizado para referirse a Washington, D. C., una de las ciudades con más proporción de población negra de todo Estados Unidos. En la última década del siglo xx y primera del xxi, esa proporción se acercaba al 75 %. [N. de la T.] <<

[16] «Eurobasura». Término despectivo para referirse a los jóvenes europeos ricos, arrogantes y de vida ociosa en Estados Unidos. [N. de la T.]. <<

[17] Traducción de Julio Cortázar. <<